

Serie ESTUDIOS

Fernando Collantes Gutiérrez

*El declive demográfico de
la montaña española (1850-2000)
¿Un drama rural?*



MINISTERIO
DE AGRICULTURA, PESCA
Y ALIMENTACIÓN

SUBSECRETARÍA

SECRETARÍA GENERAL
TÉCNICA



EL DECLIVE DEMOGRÁFICO DE LA MONTAÑA ESPAÑOLA (1850 - 2000) ¿UN DRAMA RURAL?

Fernando Collantes Gutiérrez



MINISTERIO DE AGRICULTURA, PESCA Y ALIMENTACIÓN
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
CENTRO DE PUBLICACIONES

Paseo de la Infanta Isabel, 1 - 28014 Madrid

CATALOGACIÓN DE LA BIBLIOTECA CENTRAL DEL MAPA

COLLANTES GUTIÉRREZ, FERNANDO

El declive demográfico de la montaña española: (1850-2000): ¿Un drama rural?

Fernando Collantes Gutiérrez. Madrid

Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

Centro de Publicaciones, 2004

364 p. - 22 cm. - (Estudios 159)

ISBN - 84-491-0639-7

I. MIGRACIÓN RURAL-URBANA - 2. DESARROLLO RURAL - 3. ZONA DE MONTAÑA

I. España. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

II. Título III. Estudios (España. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación), 159

314.727 (23)

338.1 (460-22)

Las opiniones emitidas en esta publicación
reflejan exclusivamente los pensamientos
del autor de la misma.

© Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación

Imprime: Centro de Publicaciones

Edita:



MINISTERIO
DE AGRICULTURA, PESCA
Y ALIMENTACIÓN

SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

Centro de Publicaciones

Paseo de la Infanta Isabel, 1 - 28014 Madrid

NIPO: 251-04-087-7

ISBN: 84-491-0639-7

Depósito Legal: M-50533-2004

Diseño: Grafismo, S. L.

Motivo de Portada: Paisaje de Picos de Europa (Cantabria) de Carmen Belmonte.

“La belleza del campo, los placeres de la vida rural, la paz de espíritu que depara y la independencia que efectivamente proporciona [...] tienen un encanto que atrae en mayor o menor medida a todo el mundo”

ADAM SMITH, *La riqueza de las naciones*

– Me gustaría conocer –dijo Kremnev– las nuevas bases sociales sobre las que se ha edificado la vida de Rusia después de la revolución campesina de 1930 [...]

– En la base de nuestro sistema económico, como en la base de la antigua Rusia, está la hacienda campesina individual. La hemos considerado, y seguimos considerándola, como el tipo más perfecto de actividad económica. En ella el hombre no se opone a la naturaleza, en ella el trabajo se efectúa en el contacto creativo con todas las fuerzas del cosmos, y crea nuevas formas de existencia. Cada trabajador es un creador, cada manifestación de su individualidad es arte del trabajo. Inútil decirle que no hay nada más sano que el trabajo y la vida en el campo, que la vida del agricultor es la más variada, y otras cosas obvias. Es éste el estado natural del hombre, del cual lo ha alejado el demonio del capitalismo.

ALEXANDER V. CHAYANOV,

Viaje de mi hermano Alexei al país de la utopía campesina

“Los encantos de la vida rural siempre han sido muy ensalzados, ensalzamiento destinado en parte a esconder el esfuerzo solitario que supone. Yo nací y me crié en Canadá, en una granja, y hasta el día de hoy cada mañana me despierto con un sentimiento de satisfacción por no tener que dedicar las próximas horas a esa monótona pero tan elogiada labor. Uno de los logros de este siglo ha sido la huida general de lo que Marx, con alguna exageración, llamaba la estupidez de la vida rural”

JOHN KENNETH GALBRAITH, *“El asunto inacabado del siglo”*

INDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo por Rafael Domínguez	7
Introducción	9
 Capítulo 1.	
EL DECLIVE DEMOGRÁFICO	
Pautas de despoblación	23
Las consecuencias demográficas de la despoblación	39
Un análisis de casos	53
 Capítulo 2.	
EVOLUCIÓN, PERIFERICIDAD Y DESPOBLACIÓN	
El mercado, la apertura y sus matices	65
La industrialización y sus tensiones	78
Modelos cambiantes de reproducción económica	86
 Capítulo 3.	
LA REPRODUCCIÓN DE LAS ECONOMÍAS CAMPESINAS	
De la geografía a la economía	97
“Su” estructura social de acumulación	115
El nivel de vida de los campesinos	138
 Capítulo 4.	
LA DIVERSIFICACIÓN DE LAS ECONOMÍAS DE MONTAÑA	
Los arroyuelos de la diversificación	149
Adiós a la república campesina	174
La penalización rural en el bienestar	193
 Capítulo 5.	
¿POR QUÉ SE HA DESPOBLADO LA MONTAÑA?	
Los determinantes de la despoblación	209
¿Qué papel para el elemento político?	223
De vuelta a los casos: una recapitulación	235

	<u>Págs.</u>
Epílogo.	
HACIA LA ESTRATEGIA DEL DESARROLLO RURAL	247
Bibliografía	259
Apéndice Estadístico	325
Índices de cuadros, gráficos y mapas	351

El premio Nobel de Economía Paul A. Samuelson dijo una vez que el estudioso trabaja para obtener la única compensación que merece la pena: el aplauso de sus iguales. Por su parte el también laureado George Stigler comentó que "la gente exige un grado mucho mayor de evidencia para los hallazgos impopulares o no esperados que para aquellos que son confortablemente normales". El libro que el lector tiene en sus manos, escrito por un economista agrario que ya ha logrado el aplauso samuelsoniano, contiene unos cuantos de tales hallazgos impopulares o no esperados y aporta un conjunto formidable de evidencia, que convertirá este trabajo en una referencia de obligada consulta para todos aquellos que se interesen por frenar la despoblación y el diseño de las políticas de desarrollo rural.

Cuando pergeñamos la tesis doctoral de la que esta obra es un producto mejorado y evolucionado sugerí a mi antiguo y brillante alumno Fernando Collantes aplicar el venerable enfoque empirista de Adam Smith, una combinación equilibrada de teoría económica con análisis histórico para un propósito de economía aplicada, a un asunto que había atraído mi atención por un encargo. Creo que en 1993 Vicente Pinilla, de la Universidad de Zaragoza, en la que ahora profesa nuestro autor, me pidió una conferencia sobre la despoblación de la montaña cantábrica para un curso sobre pueblos abandonados.

Cinco años después, Fernando me propuso hacer una tesis de historia del pensamiento económico, materia, que, como el lector observará, domina ampliamente. Pero consideré que la forja del economista teórico que Fernando llevaba ya dentro requería el duro entrenamiento previo que implica la labor del historiador económico en su lucha por encontrar y elaborar datos y adaptar las técnicas estadísticas para la inducción demostrativa. Así que aproveché sus entonces afanes literarios relativos a los pueblos abandonados para reorientar las preferencias iniciales a lo que acabó siendo su investigación principal.

Aunque fuera sólo por este cruce de destinos, *¿Un drama rural? El declive demográfico de la montaña española (1850-2000)* es un libro excepcional. Pero, si el origen del trabajo se aparta de lo ordinario, también lo hace su calidad literaria y la excelencia científica derivada de su muy original enfoque. Como se puede comprobar con una simple lectura

del índice nos encontramos ante un autor que acuña poderosas metáforas, y que, con su prosa -densa pero fluida- desmonta mitos (el de la autarquía pseudocomunista de las zonas de montaña, el de la despoblación como patología capitalista), para persuadirnos de que el declive demográfico forma parte de la fisiología del crecimiento económico y que, por lo mismo, hay que combatirlo con una política de desarrollo que mitigue el problema de la penalización rural en la provisión de infraestructuras, equipamientos y servicios públicos.

El enfoque del trabajo también me parece excepcional en el panorama de la economía española actual. Se trata de una combinación interdisciplinar en donde la economía con mayúsculas (Smith, Mill, Marx, Marshall, Kautsky, Veblen, Sombart, Chayanov, Keynes, Schumpeter, Polanyi, Myrdal, Kuznets, Hirschman o Galbraith), con un claro sesgo teórico evolucionista que no desdeña el problema de la agencia, se combina con la historia económica, el análisis geográfico y un uso instrumental (y no como fin en sí mismo) de las técnicas estadísticas, para analizar -a partir de una monumental base de datos construida sobre una exhaustiva lista de fuentes primarias-, las pautas de despoblación y sus causas, el funcionamiento de las economías campesinas de montaña, el estudio de los niveles de vida en esas zonas y su evolución paralela al proceso de diversificación económica que han conocido. Todo ello para el ámbito peninsular, con una perspectiva de largo plazo y comparativa con la montaña europea, y una finalidad práctica (aunque la modesta proposición del autor se relegue a modo de epílogo), a saber, el diseño de una política de desarrollo rural que supere la visión estrechamente agrarista de la economía de montaña en España.

Por tanto, y termino como empezaba, creo que este libro va a servir para mucho más que para conseguir el aplauso de los iguales. Fernando Collantes, con su alta productividad investigadora y con la calidad de éste y de otros trabajos citados en la completa bibliografía del libro ya lo tiene ganado entre sus colegas de historia e instituciones económicas. Cuando la obra sea leída por otros economistas agrarios, o por geógrafos, sociólogos y antropólogos, cuando la utilicen los técnicos de las administraciones central y autonómica, cuando algún que otro inquieto político interesado en los problemas de las zonas de montaña copie alguna de sus fértiles ideas, estoy seguro que no sólo se elevará la consideración académica de la historia económica, sino, y esto me parece lo más importante, los hallazgos respaldados por una aplastante evidencia, inspirarán nuevas actuaciones para atajar el proceso de despoblación y poner en marcha en España una economía de montaña viable a medio plazo.

Rafael Domínguez Martín
Santander, 10 de junio de 2004

INTRODUCCIÓN

La despoblación rural es un fenómeno impactante. El vaciamiento de los pueblos deprime los estados de ánimo rurales, pero también los urbanos. En la sociedad española actual, el deseo de favorecer al medio rural es independiente de adscripciones políticas o ideológicas. Desde luego, no todos los grupos sociales experimentan este deseo con igual intensidad, pero estamos lejos de encontrarnos ante uno de esos temas en los que el enfrentamiento surge de manera natural tras la mera presentación de los principios de partida. Aquí, el principio de partida, la tristeza por la decadencia rural, es común. Cuando, en marzo del año 2001, el grupo Entesa Catalana de Progrés propuso la creación en el Senado de una Comisión Especial de Estudio sobre la situación de las poblaciones de montaña, 214 senadores sobre un total de 215 votaron a favor.¹

Dentro del imaginario rural las montañas ocupan un lugar especial, y España es un país muy montañoso. La superficie peninsular es un promontorio cuya altitud media, próxima a los 600 metros, sólo es superada en Europa por Suiza y Austria. De los aproximadamente 50 millones de hectáreas del país, casi 10 se encuentran por encima de los 1.000 metros de altitud. Apenas un 10% de la superficie nacional está por debajo de 200 metros.² La montaña es paradigma de ruralidad, pero, para su desgracia, también lo ha sido de crisis demográfica. El

¹ Diario de Sesiones del Senado – Pleno, nº 37, 20 de marzo de 2001 (www.senado.es, Publicaciones).

² Zapata (2001: 564). Sobre el relieve como uno de los tres grandes ejes (junto a la humedad y el calor) de diferenciación geográfica dentro del medio rural español, Mata (1997: 113).

objetivo de este libro es explicar cómo y por qué se ha producido esa crisis, aún abierta hoy, en la montaña española. Como el fenómeno tiene una dimensión histórica indudable y unos determinantes económicos (en sentido amplio) igualmente evidentes, el libro es un libro de historia económica. Desde el punto de vista historiográfico, su planteamiento se caracteriza por la asunción del largo plazo como periodo de análisis y la utilización de criterios ecológicos (en este caso, orográficos) como base para la delimitación espacial del objeto de estudio (en detrimento de los criterios provinciales o regionales que hasta ahora han sido manejados en los análisis comparados de historia rural de que disponemos). Sin embargo, también me gustaría poner esta investigación al servicio de los debates que actualmente se plantean, no ya en España sino en toda la Unión Europea, acerca de la dirección que debería seguir la política rural.

La gran diversidad imperante en la montaña española favorecía la adopción de un método de análisis comparado. Mi objetivo ha sido encontrar las características de las zonas con peores resultados demográficos, en particular aquellas características susceptibles de ser consideradas causantes de ese “drama rural” que figura en el título del libro. En palabras de un polifacético observador, “resulta muy duro, cuando atraviesas los caminos, encontrarte con gentes que de su lugar y de su infancia tan sólo guardan los recuerdos con la nostalgia de que todo, menos la memoria, está perdido”.³ Sin duda, hay mucho de dramático en la despoblación de las comarcas de montaña, por no hablar de aquellos casos extremos en los que pueblos enteros terminan por verse abandonados. No pretendo negarlo, como tampoco podría negar que, en último término, la propia existencia de este libro se deriva de la generalizada percepción de que, en efecto, hay algo parecido a un drama escenificándose día a día en muchos de nuestros pueblos.

Pero esto no debería llevarnos a idealizar la sociedad rural previa a la despoblación, como tan frecuentemente se hizo en España durante

³ Labordeta (1995: 279).

los años posteriores a la Guerra Civil.⁴ Uno de los ministros de Agricultura del régimen franquista, Rafael Cavestany, contraponía por ejemplo la imagen “del campesinado puesto en pie sobre su tierra con una casa al fondo, a cuya puerta juegan sus hijos” con la del “triste desfile proletario arrastrando irredimibles cadenas de esclavitud”.⁵ Es cierto que el tamaño demográfico de la montaña era mayor hace cincuenta años, pero ¿en qué condiciones? En el plano económico, la brecha que separaba a los habitantes de la montaña del español medio era bastante mayor que en la actualidad (como mostraré más adelante). En el plano social, las discriminaciones de género eran evidentes y, por añadidura, se entremezclaban con una organización del trabajo que favorecía la jerarquización interna del grupo familiar. Si ya John Stuart Mill apuntó que “la meta de la actividad humana debe ser algo mejor que dispersar a la humanidad por la superficie de la tierra en familias aisladas, regidas cada una por un déspota patriarcal”, Werner Sombart, en la misma línea, llegó a escribir ya en el siglo XX que “la libertad que antes habitaba en las montañas se ha trasladado hoy a las ciudades y arrastra a las masas tras de sí”.⁶ Cada persona que emigró fue, en parte al menos, un voto a favor de la destrucción de esta sociedad rural tradicional.

Así pues, no cabe duda de los tintes dramáticos que puede llegar a adquirir la despoblación, pero no menos dramático habría sido que la sociedad rural tradicional siguiera vigente (como de hecho ocurre en las montañas del Tercer Mundo). En mi opinión, el desenlace del verdadero drama presente depende de nuestra capacidad o incapacidad para construir un medio rural que ofrezca una mayor calidad de vida a sus habitantes sin por ello perder sus características rurales.

⁴ Sevilla-Guzmán (1979: 139-143); véase también Entrena (2000: 323-324). Paniagua (1992) propone algunos matices a esta visión, que podrían complementarse con elementos proporcionados por Sánchez Domínguez (1999: 95-97). Por su parte, Fontana (1975: 206-207) muestra cómo esta corriente ideológica se encontraba ya presente en los años previos a la Guerra Civil.

⁵ Cfr. Sevilla-Guzmán (1979: 184). Cuando, a comienzos de la década de 1980, nuestros parlamentarios discutían sobre la puesta en práctica de una política de montaña, más de uno partía de preconcepciones similares; véase en particular Ley (1985: 224).

⁶ Mill (1871: 653), Sombart (1927, I: 442).

Un avance del análisis histórico

El libro consta de cinco capítulos. En el primero de ellos, “El declive demográfico”, se describen las pautas de despoblación. El periodo 1860-1950 puede ser caracterizado en términos de declive relativo, ya que el peso poblacional de la montaña sobre el total nacional descendió década tras década y existían ya claros saldos migratorios con signo negativo en todas las zonas. Durante este periodo, el leve crecimiento de la montaña española fue resultado de la combinación de casos tan diversos como la notable expansión demográfica de la montaña meridional y el inicio de la despoblación en el Pirineo y el Sistema Ibérico. A partir de 1950, el fenómeno migratorio se hizo más intenso y la despoblación se generalizó, afectando con particular intensidad a la montaña interior del país; la zona menos declinante sería, en cambio, el Pirineo. La regresión demográfica alcanzó su clímax en el marco del gran crecimiento económico nacional de la década de 1960, para después ir desacelerándose hasta nuestros días. Como los movimientos migratorios fueron selectivos por edad y sexo, las comunidades de montaña vienen mostrando una clara tendencia hacia el envejecimiento y la masculinización. Ello se ha traducido en la presencia, desde la década de 1980, de un exceso de defunciones sobre nacimientos. Todo lo cual ha configurado un cuadro de indudable declive demográfico, apenas matizado por el pequeño grupo de comarcas que últimamente ha logrado ganar población sobre la base de saldos migratorios positivos.

Las causas de este declive deben buscarse en la economía. El capítulo 2, “Evolución, perifericidad y despoblación”, presenta las principales coordenadas del análisis. En este capítulo se rechaza el “paradigma de la autarquía” como modelo explicativo del funcionamiento tradicional de las economías de montaña. En su lugar se propone un matizado “paradigma de la mercantilización”, que subraya los vínculos mercantiles existentes entre las áreas de montaña y otros territorios. Ello hacía de las economías de montaña parte de un sistema más amplio de división espacial del trabajo. En él la montaña ocupaba por lo general una posición periférica y dependiente, en el sentido de que sus grandes transformaciones económicas y demográficas fueron adaptaciones a cambios previos ocurridos en otra parte. Así, en el marco del proceso de industrialización de la economía española que

arrancó a mediados del siglo XIX, se mantuvo una tensión, desde la perspectiva de la montaña, entre efectos de polarización y efectos de difusión. Los efectos de polarización se manifestaron en el declive de actividades económicas previamente importantes y, sobre todo, en la despoblación. Pero también hubo efectos de difusión, derivados de la expansión de la demanda urbana de producciones para las que la montaña contaba con ventajas absolutas o comparativas (caso de ciertas producciones agrarias, el carbón o, más recientemente, el turismo). Esta tensión entre efectos de polarización y efectos de difusión se ha saldado, en el largo plazo, con la transformación del modelo reproductivo de la montaña. Lo que originalmente era una economía basada en familias campesinas que desarrollaban estrategias de pluriactividad (combinando recursos tras participar en diversos ámbitos mercantiles y no mercantiles) se ha transformado en una economía que se reproduce de manera más sencilla (con el mercado laboral ganando un protagonismo creciente en las estrategias personales), si bien aún compleja en relación a la media nacional.

Las economías de montaña fueron campesinas hasta bien entrado el siglo XX. El capítulo 3 está dedicado, precisamente, a “La reproducción de las economías campesinas”. La dotación geográfica condicionó las orientaciones productivas de los campesinos, y la ganadería tendió a pesar más que la actividad agrícola (la montaña meridional incluye la mayor parte de excepciones a esta regla). El desarrollo de estas líneas productivas se produjo en el marco de unas “estructuras sociales de acumulación” dignas de atención. Las relaciones laborales se encontraban habitualmente incorporadas dentro de las relaciones familiares, ya que las explotaciones se basaban en la utilización de trabajo familiar no remunerado. Esto hizo que algunos rasgos demográficos comarcales, como el tamaño medio de las familias o los patrones de emigración temporal, vinieran condicionados por las estrategias económicas familiares. En el plano más estrictamente institucional, estas familias y sus estrategias se encontraban a su vez insertas en sistemas locales de organización económica, el principal de los cuales tenía que ver con la utilización de superficies de propiedad pública y vecinal. El conflicto efectivo entre estos sistemas locales y el coercitivo aparato estatal no fue tan frontal y generalizado como a veces se supone. Así, por ejemplo, las privatizaciones de superficies públicas no fueron intensas, salvo excepciones. Y, en el plano educativo, el Estado tampono-

co fue capaz de impedir que la diversidad de modelos de sociedad rural se tradujera en disparidades territoriales en cuanto a dotación de escuelas y, por extensión, en cuanto a resultados del proceso de alfabetización.

Las señaladas diferencias geográficas, productivas y sociales dieron lugar a importantes discrepancias en los niveles de vida de los campesinos de unas y otras cordilleras. En la Cordillera Cantábrica, por ejemplo, las tasas de mortalidad y analfabetismo eran muy inferiores a la media nacional, los niveles de consumo de carne eran elevados en relación a otras áreas de montaña, y había buenas infraestructuras de transporte. En la montaña meridional, en cambio, la calidad de vida del campesinado era mucho peor. Pero, además, la industrialización de la economía española generó la consabida tensión entre efectos de polarización y efectos de difusión para las familias campesinas. Los campesinos de las montañas cantábrica y meridional encontraron una demanda expandida para algunas de sus producciones ganaderas y agrícolas. El Pirineo y las sierras del interior del país quedaron en una situación más complicada ante el derrumbe de la trashumancia ovina como actividad vertebradora de sus economías.

A su vez, la industrialización fue introduciendo de manera significativa elementos no campesinos. Tal es el tema del capítulo 4, “La diversificación de las economías de montaña”. Varias comarcas de la Cordillera Cantábrica vieron su vida económica súbitamente transformada por la minería con la explotación de sus yacimientos de carbón. También algunas iniciativas industriales, desarrolladas sobre todo en el Pirineo y algunos puntos muy concretos de la Cordillera Cantábrica, pueden entenderse como efectos de difusión generados desde los focos catalán y vasco de la industrialización. Y, en las últimas décadas, el turismo de montaña se ha desarrollado de manera notable en consonancia con el aumento del nivel de vida medio de la sociedad española. El Pirineo, por su dotación ecológica y por su pertenencia o proximidad a regiones punteras, ha sido la economía más capaz de diversificarse. Por idénticas razones, las cosas han sido bien diferentes en la montaña meridional. Pero la actividad agropecuaria se encuentra hoy día en niveles muy inferiores a los que comúnmente se suponen, incluso en los casos de débil implantación de actividades extractivas, industriales o de servicios. Esto se debe a que la despoblación se ha nutrido

primordialmente de familias campesinas: reforzando el efecto directo derivado de la creación de empleo en los sectores secundario o terciario, el masivo descenso del número de agricultores también ha presionado al alza el peso porcentual de los sectores no agrarios. A esto lo llamo cambio estructural “por defecto”; es un fenómeno engañoso (porque induce a exagerar el dinamismo rural genuino), pero real.

Independientemente de la forma en que haya tenido lugar, la diversificación de las economías de montaña ha venido acompañada de cambios serios en la estructura social de acumulación. Aunque a ritmo pausado en comparación con el resto del país, la mercantilización del trabajo ha ido en aumento y las relaciones laborales han tendido a salir de la esfera familiar. Las emigraciones temporales campesinas, en otro tiempo tan cruciales para la estrategia reproductiva familiar, han sido sustituidas por las inmigraciones temporales efectuadas por habitantes urbanos con segundas residencias en la montaña (y para quienes la migración temporal quizá sea igualmente crucial, pero ya sólo en un sentido psicológico). Paralelamente, el flujo de decisiones empresariales llegadas desde fuera de la montaña ha aumentado, como también lo ha hecho el flujo de decisiones políticas. Los tristes episodios relacionados con la construcción de embalses y el consiguiente desalojo de pueblos muestran la cara más amarga de esa pérdida de peso específico de las comunidades locales. En un plano más positivo, sin embargo, la pertenencia a sistemas políticos más amplios también ha depurado desde 1982 una política de montaña cuyos beneficios específicos vienen a unirse a los beneficios genéricos del resto de políticas agrarias y rurales.

La segunda mitad del siglo XX registró, además, un importante deterioro relativo de los niveles de vida de los habitantes de la montaña, al menos en varios elementos importantes: infraestructuras de transporte, equipamiento doméstico, dotación educativa, dotación sanitaria, acceso a servicios de mercado (como los servicios comerciales)... Los habitantes de la montaña interior son, para su desgracia, los que mejor conocen esta auténtica “penalización rural” en la calidad de vida, que se presenta más mitigada en lugares como el Pirineo. Las economías de montaña sólo cuentan con un indicador de bienestar relativo en franca mejoría durante las últimas décadas: el nivel de renta disponible, que se encuentra por debajo de la media nacional pero cada

vez más cerca de la misma. Sin embargo, se trata de un engañoso proceso de convergencia económica “por defecto”.

“¿Por qué se despobló la montaña?” (capítulo 5) es la pregunta clave. Se constata una estrecha conexión entre las fases de la evolución demográfica de la montaña y las fases de crecimiento de la economía española (incluyendo aquí las disparidades regionales con que se abrió paso este crecimiento). Aquí sostengo, en primer lugar, que la despoblación sólo se generalizó a partir de 1950 porque, hasta entonces, las potencialidades migratorias de los habitantes de la montaña se encontraron con importantes obstáculos. El primero de ellos fue el bajo ritmo de expansión de la demanda urbana de trabajo, en consonancia con el bajo ritmo de crecimiento económico. Otros obstáculos fueron el analfabetismo y, en casos como el de la montaña meridional, la distancia geográfica hasta los principales focos de la industrialización del país, que dispararon los costes del desplazamiento. Además, hay que tener en cuenta que algunas de las economías campesinas de montaña no entraron en crisis productiva como consecuencia del arranque de la industrialización, por lo que la situación de sus poblaciones no era desesperada. Durante la segunda mitad del siglo XX, la demanda laboral urbana se expandió a gran ritmo, creando en las ciudades oportunidades de empleo fuera de la agricultura (y por tanto oportunidades de acceso a mayores niveles de renta) que no estaban disponibles en la montaña, mientras, por añadidura, la penalización rural en el bienestar se exacerbaba. Estas insuficiencias comparativas del modo de vida rural alimentaron la despoblación. En las últimas décadas, las nuevas pautas de inmigración temporal han suavizado o detenido el declive demográfico allí donde han aparecido.

La despoblación de la montaña ha sido, en mi opinión, un fenómeno impulsado por el funcionamiento general del sistema económico. No se trata tanto de una patología del capitalismo como de una parte de su fisiología. Las intervenciones perjudiciales ejecutadas desde los centros políticos no fueron una parte tan central de la historia como en ocasiones se sugiere. Más opinable es el papel de las omisiones de la política pública en materia de penalización rural, pero incluso una parte de esta penalización está relacionada con servicios de mercado, por lo que el aspecto clave parece ser la posición ocupada por las comarcas de montaña en el sistema económico y los cambios experi-

mentados en la misma como consecuencia de alteraciones en los condicionantes tecnológicos e institucionales de la reproducción de dicho sistema (y, en particular, como consecuencia de las alteraciones vinculadas al proceso de industrialización y desarrollo económico). Para concluir el análisis histórico, presento una recapitulación de la historia económica y demográfica de los diferentes bloques montañosos de nuestro país.

En el epílogo, “Hacia la estrategia del desarrollo rural”, se analizan algunas de las insuficiencias de la política de montaña y la política rural en general. Se argumenta que el sector agrario tiene, en relación a su relevancia ocupacional, un peso desmedido en la recepción de ayudas, sobre todo teniendo en cuenta que la vinculación de las mismas a la preservación ecológica es por ahora bastante más apriorística que efectiva. Pero, sobre todo, carecemos de una auténtica política rural (más bien tenemos un apéndice ruralista incrustado en una política básicamente agraria), centrada en la provisión sistemática del capital fijo social que, en la forma de infraestructuras, equipamientos y servicios públicos (así como incentivos reguladores para el sector de servicios de mercado), mejore la habitabilidad de nuestras zonas de montaña y mitigue el problema de la penalización rural. Finalmente, sugiero que, en la medida en que no todas las comarcas montañosas se enfrentan a los mismos problemas, sería conveniente desarrollar estrategias de desarrollo rural diferentes según los casos. Tengo la impresión de que lo dicho es cierto para el conjunto del medio rural y, precisamente por ello, mi conclusión final es quizá la más sorprendente posible en un estudio de estas características: con una política rural como la señalada, no necesitaríamos una política específica para la montaña.

El trabajo se cierra con las referencias bibliográficas (separadas según sean fuentes primarias y fuentes secundarias, las primeras de las cuales son citadas en el texto en negrita) y un apéndice estadístico comarcal. He intentado proporcionar una perspectiva general del problema, proponiendo argumentos claros para espacios geográficos amplios. Esta opción me ha parecido la más novedosa y (con suerte) útil, dado el gran número de monografías comarcales con que ya contamos. El apéndice estadístico permite al lector, de todos modos, profundizar en el seguimiento de los casos comarcales que le resulten de mayor interés.

Agradecimientos

Este libro es una versión libre y revisada de mi tesis doctoral, *El declive demográfico y económico de la montaña española: un análisis a largo plazo (1850-2000)*, defendida durante el curso 2002/03 en la Universidad de Cantabria. Rafael Domínguez dirigió la investigación y me resulta francamente complicado resumir en pocas palabras mis motivos para el agradecimiento; todos ellos se derivan en cualquier caso del acentuado sentido del compromiso profesional y personal con que encaró sus tareas de dirección. Vicente Pinilla mostró un gran interés por la investigación y una halagadora confianza en mis posibilidades. Debo hacer extensivo el agradecimiento al resto de compañeros del área de Historia Económica de la Universidad de Zaragoza, por la hospitalidad con que me han tratado desde mi llegada allí; en especial, Iñaki Iriarte me facilitó enormemente la consecución de la flexibilidad residencial requerida. Vicente Pérez Moreda, Carles Sudrià, Sebastián Coll y James Simpson formaron parte del tribunal que juzgó mi tesis junto con el ya citado Vicente Pinilla; todos ellos realizaron sugerencias que sin duda han mejorado el resultado final.

Me he beneficiado igualmente de la ayuda prestada en diferentes momentos del proceso de investigación por Victoriano Calcedo, Rafael Dobado, Domingo Gallego, Luis Germán, Alfonso Herranz, José Ignacio Jiménez Blanco, Jordi Maluquer de Motes, José Ramón Moreno, Antonio Parejo, José María Pérez de Villarreal, Santiago Piquero, Leonor de la Puente, Joaquín Recaño, José María San Román, Roberto Sancho y Javier Silvestre, quienes leyeron algunos de mis trabajos y/o me pusieron sobre la pista de materiales de interés. Agradezco también los comentarios de los asistentes a los seminarios de historia económica de la Universidad de Barcelona y la Universidad de Zaragoza, a la segunda y tercera ediciones del *Curso sobre políticas frente a la despoblación y para el desarrollo rural* y al curso *Factores de crecimiento económico regional en España, siglos XIX-XX* (organizados por la Universidad de Zaragoza). Marta Guijarro guió mis primeros pasos como investigador en la Universidad de Cantabria. La beca predoctoral concedida por esta última institución me permitió iniciar y desarrollar buena parte de este proyecto. Más adelante, también pude beneficiarme de dos ayudas a la investigación concedidas por el CEDDAR (Centro de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo

de Áreas Rurales). El apoyo de Juan Manuel García Bartolomé ha sido muy importante de cara a la publicación de este libro, pero también para la propia realización de la investigación. Tanto él como Pedro Fraile me acogieron con gran amabilidad durante mis estancias en el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación y en el Departamento de Historia Económica e Instituciones de la Universidad Carlos III de Madrid, respectivamente. La ayuda prestada por Esperanza Gutiérrez a lo largo de estas estancias fue inestimable.

Estancias durante las cuales viajaba, mañana tras mañana, en el tren de cercanías que une Alcalá de Henares con la estación de Atocha en Madrid. Este libro está dedicado a la memoria de las casi doscientas personas que fueron asesinadas cuando viajaban por esa línea en la mañana del 11 de marzo de 2004.

Y, por supuesto, a mi madre, M^a Ángeles Gutiérrez, que siempre estuvo ahí. Y a Elena Ortiz, con quien mantengo una deuda intelectual tan difícil de delimitar como las parcelas de las vidas.

Capítulo 1

EL DECLIVE DEMOGRÁFICO

Adam Smith señaló que “la decadencia de ciertas ramas de la economía o de ciertas zonas del país” es “algo que puede ocurrir aunque el país en general atraviere una intensa prosperidad”.¹ A mediados del siglo XIX, España era un país poco próspero y habitado por unos quince millones de personas, una cuarta parte de los cuales vivía en pueblos de montaña.² Se trataba de una proporción superior a la de residentes en ciudades y no muy alejada de la de ocupados en actividades económicas diferentes de la agraria. Sin embargo, a lo largo del último siglo y medio, y mientras los procesos de urbanización y desagrarización se desplegaban en toda su magnitud, la población de las zonas de montaña ha experimentado un incontestable declive. Muchas de éstas son hoy, en medio de la prosperidad smithiana que disfruta la sociedad española, auténticos desiertos demográficos.

PAUTAS DE DESPOBLACIÓN

El *Diccionario* de la Real Academia define “montaña” simplemente como una “elevación natural del terreno”.³ La ambigüedad de la definición se corresponde con el laxo uso del término en el vocabulario popular y complica la tarea de delimitar las áreas montañosas. Tarea para la cual sólo contamos con un antecedente claro: la delimitación realizada a raíz de la entrada en vigor de la Ley de Agricultura de Montaña de 1982. Los criterios utilizados para la ocasión no han estado exentos de críticas, en particular por su carácter exclusivamente orográfico (echándose de menos algún tipo de categoría socioeconómica adicional), pero al menos permitieron la confección de un primer

¹ Smith (1776: 441).

² El registro sólo era igualado en Europa por Suiza (Ryser 1956: 64). Italia y Francia se mantenían, por contra, en valores del 21% y el 11% respectivamente (Agnoletti 2003: 406; Estienne 1989: 396).

³ Real Academia Española (1989).

listado de municipios calificados como “Zonas con Agricultura de Montaña” (en adelante, ZAM).⁴ He respetado esta delimitación y he agrupado los municipios ZAM según la comarcalización agraria del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. De este modo, los resultados pueden ser fácilmente interpretados en términos de las unidades de análisis habitualmente manejadas por los diseñadores de la política rural.

Cuadro 1.1.

Zonas de agricultura de montaña (ZAM) por Comunidades Autónomas

	Municipios			Superficie (miles de hectáreas)		
	Total (1)	ZAM (2)	(2) / (1) %	Total (1)	ZAM (2)	(2) / (1) %
Andalucía	764	327	43	8.727	3.302	38
Aragón	728	260	36	4.765	1.925	40
Asturias	78	64	82	1.057	958	91
Baleares	66	19	27	501	101	20
Canarias	87	72	83	724	492	68
Cantabria	102	64	63	529	428	81
Castilla-La Mancha	915	331	36	7.923	2.727	34
Castilla y León	2.252	711	32	9.419	3.862	41
Cataluña	940	250	27	3.193	1.302	41
Comunidad Valenciana	534	141	26	2.331	648	28
Extremadura	380	73	19	4.160	466	11
Galicia	312	109	35	2.942	1.281	44
Madrid	176	62	35	800	239	30
Murcia	44	2	5	1.132	182	16
Navarra	264	138	52	1.042	524	50
Rioja (La)	174	71	41	503	262	52
País Vasco	231	176	77	726	570	79
<i>Total España</i>	<i>8.047</i>	<i>2.870</i>	<i>36</i>	<i>50.475</i>	<i>19.269</i>	<i>38</i>

Fuente: Gómez Benito, Ramos y Sancho (1987: 19-20).

De acuerdo con los criterios definidos a raíz de la ley de 1982, un municipio podía ser considerado ZAM si al menos el 80% de su superficie se encontraba por encima de 1.000 metros o si su pendiente media era igual o superior al 20% o, finalmente, si de forma simultánea presentaba una altitud superior a 600 metros en el 80% de su territorio y

⁴ El listado se recoge en Gómez Benito, Ramos y Sancho (1987: 147-168). Una prezo crítica al carácter exclusivamente orográfico de los criterios empleados, en Saenz y Ferrer (1983: 95-96).

una pendiente media superior al 15%.⁵ La aplicación de estos criterios resultó en la clasificación como ZAM de 2.870 municipios, el 36% del total del país, y algo más de 19 millones de hectáreas, el 38% del total. Como se aprecia en el cuadro 1.1, todas las Comunidades Autónomas tienen algún territorio ZAM, si bien existen importantes diferencias. La superficie ZAM ocupa más del 75% de Cantabria, el País Vasco y Asturias (en este último caso, abarca hasta el 91%); en cambio, no supera el 20% en regiones como Extremadura o Murcia. El carácter meramente orográfico de los criterios permitió la calificación como ZAM de varias capitales de provincia (Oviedo, Ávila, Cuenca, San Sebastián, Segovia y Soria) y otros importantes núcleos urbanos (Algeciras, Baracaldo, Eibar, Galdácano, Irún, Mondragón, Santurce...). He excluido estos casos flagrantes mediante la incorporación de un criterio socioeconómico poco restrictivo: no podían mantenerse en el análisis aquellos municipios con más de 10.000 habitantes cuyo porcentaje de población activa primaria (minería incluida) fuera en 1960 inferior a la correspondiente media provincial.

Cuadro 1.2.

La evolución demográfica de la montaña española, 1860-1991

	<i>Tasa de variación media anual</i>				<i>Población, 1860 = 100</i>			
	<i>1860-1900</i>	<i>1900-1950</i>	<i>1950-1970</i>	<i>1970-1991</i>	<i>1900</i>	<i>1950</i>	<i>1970</i>	<i>1991</i>
Andalucía	0,2	0,6	-1,2	-0,9	110	146	114	94
Aragón	-0,2	-0,3	-2,4	-1,4	94	82	51	38
Asturias	0,1	0,3	-0,6	-1,0	105	122	108	88
Baleares	-0,1	-0,5	-0,6	-0,3	94	72	64	61
Cantabria	0,4	0,2	-0,8	-0,7	115	127	108	93
Castilla-La Mancha	0,2	0,4	-2,5	-2,2	108	130	79	50
Castilla y León	0,2	0,2	-1,5	-1,7	107	120	88	62
Cataluña	-0,6	0,1	-0,4	-0,4	79	82	75	70
Com. Valenciana	0,1	-0,4	-1,8	-1,6	105	87	61	44
Extremadura	0,4	0,7	-1,2	-1,5	118	166	130	95
Galicia	0,1	0,1	-1,1	-1,5	102	107	86	63
Madrid	0,1	0,5	0,1	0,9	104	136	137	165
Murcia	0,3	0,5	-1,1	0,1	115	144	117	120
Navarra	-0,2	-0,1	-1,1	-0,8	93	90	72	62
La Rioja	-0,2	-0,3	-2,9	-2,1	92	80	44	28
País Vasco	0,2	0,5	1,8	0,1	107	137	196	200
<i>Total España</i>	<i>0,1</i>	<i>0,3</i>	<i>-1,0</i>	<i>-1,0</i>	<i>104</i>	<i>119</i>	<i>98</i>	<i>79</i>

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1902), DGIGCE (1932) e INE (1952; 1973a; 1993). Elaboración propia. Las reorganizaciones de términos municipales han sido controladas con la ayuda de Melón (1977), García Fernández (1985) e INE (1993).

⁵ Gómez Benito, Ramos y Sancho (1987: 15-20).

La despoblación de los municipios ZAM

A lo largo del último siglo y medio, los pueblos de montaña han perdido el 20-25% de su población original, pero la pérdida no ha sido uniforme a lo largo del tiempo (cuadro 1.2). Entre 1860 y 1950 la población de montaña aumentó en un 20% como consecuencia de un crecimiento ligero pero continuo. La despoblación se manifestó durante la segunda mitad del siglo XX y aún hoy día continúa vigente; para 1970, la montaña ya había perdido todo el crecimiento acumulado durante el siglo precedente.

La despoblación tampoco fue uniforme a lo largo del espacio. En primer lugar, hubo diferencias regionales en la cronología del proceso. Las montañas de Aragón, Cataluña, la Comunidad Valenciana, Navarra o La Rioja comenzaron a perder población ya antes de 1950. En la montaña riojana, por ejemplo, la despoblación era ya un hecho desde al menos mediados del siglo XIX y, a la altura de 1950, el tamaño demográfico había descendido en un 20% respecto a 1860. Por contra, las zonas de montaña de Extremadura, Andalucía y Murcia vieron aumentada su población durante ese mismo periodo en proporciones muy considerables (66% en Extremadura y aproximadamente 45% en las otras dos regiones).

Además, hubo diferencias en la intensidad de la despoblación. Incluso para aquellas áreas de montaña ya familiarizadas con el fenómeno, la segunda mitad del siglo XX supuso una ruptura: en la montaña riojana, por retomar el ejemplo, la velocidad de la despoblación se multiplicó por diez. La ruptura fue aún más acusada en zonas en las que, como en Castilla-La Mancha, se había registrado previamente un crecimiento de cierta consideración y ahora la despoblación alcanzaba ritmos superiores al 2% anual. En otras partes de nuestra geografía, en cambio, las pérdidas poblacionales fueron menos intensas. La montaña catalana llegó a 1950 con su población disminuida en un 18% respecto a 1860, pero en 1991 la pérdida agregada no superaba el 30%. Y, de acuerdo con la estadística, en Madrid y el País Vasco ni siquiera hubo despoblación, aunque convendría matizar que ello es en parte resultado de la inclusión como ZAM de algunos municipios no muy equiparables a nuestra noción intuitiva de lo que es un pueblo de montaña (dado el carácter poco exigente de la corrección efectuada sobre los criterios legales). Sea como fuere, lo cierto es que la despoblación no afectó con igual intensidad a toda la montaña española.

¿Cómo analizar las causas de la despoblación y, en general, la historia económica y demográfica de estos municipios? En primer lugar, agrupando de algún modo a los casi tres mil ayuntamientos. La agrupación por Comunidades Autónomas tiene el inconveniente de que algunas de éstas cuentan con zonas de montaña muy diversas entre sí, hasta el punto de localizarse en algunos casos en cordilleras diferentes. Me ha parecido más útil optar por un tipo de agrupación cuyo resultado fueran unidades representativas de las principales cordilleras del país. Al estar basada en criterios agroclimáticos, la comarcalización agraria oficial se ajusta bien a este fin.⁶ Además, y debido a sus características, la comarca es probablemente la unidad más adecuada para el análisis de las economías rurales.⁷

Cuadro 1.3.

Las comarcas agrarias de montaña, por agregados geográficos

<i>Provincia</i>		<i>Superficie montañosa (hectáreas)</i>	<i>Superficie montañosa sobre total comarcal (%)</i>
<i>Norte</i>		3.423.868	
<i>Galaico-castellana</i>		<i>1.263.477</i>	
Interior	Pontevedra	76.417	100
El Barco de Valdeorras	Orense	246.576	100
Verín	Orense	214.733	81
Sanabria	Zamora	167.568	84
Bierzo	León	241.279	86
Montaña	Lugo	189.182	100
La Cabrera	León	127.722	100

⁶ He seguido la comarcalización que estaba vigente cuando la Ley de Agricultura de Montaña entró en vigor (**Ministerio de Agricultura** 1978); de este modo se simplifica la tarea de agrupar los municipios ZAM por comarcas. La comarcalización agraria ha sufrido algunos cambios, pero, en lo referente a la montaña, poco significativos. He prescindido de las comarcalizaciones oficiales de algunas Comunidades Autónomas, que, al no basarse sólo en criterios agroclimáticos, sí introducen algunas diferencias de mayor calado, pero que por el momento no se encuentran difundidas por todo el territorio nacional ni han sido incorporadas a estadísticas nacionales como el Censo Agrario.

⁷ Véase Sancho Hazak (1997a: 209-213). Una temprana defensa de la comarca como marco para la elaboración de políticas de desarrollo rural, en Pérez Díaz (1971: 218-219).

	<i>Provincia</i>	<i>Superficie montañosa (hectáreas)</i>	<i>Superficie montañosa sobre total comarcal (%)</i>
<i>Astur-leonesa</i>		<i>1.294.082</i>	
La Montaña de Luna	León	196.306	100
La Montaña de Riaño	León	237.329	100
Vegadeo	Asturias	53.549	100
Luarca	Asturias	94.412	88
Cangas de Narcea	Asturias	214.964	100
Grado	Asturias	72.621	94
Belmonte de Miranda	Asturias	100.471	100
Mieres	Asturias	143.773	100
Llanes	Asturias	78.733	100
Cangas de Onís	Asturias	101.924	100
<i>Cantábrica oriental</i>		<i>866.309</i>	
Guardo	Palencia	54.127	100
Cervera	Palencia	76.016	98
Aguilar	Palencia	47.010	100
Liébana	Cantabria	57.423	100
Tudanca-Cabuérniga	Cantabria	69.823	100
Pas-Iguña	Cantabria	86.653	100
Asón	Cantabria	44.706	100
Reinosa	Cantabria	100.106	100
Merindades	Burgos	207.801	89
Cantábrica	Álava	33.228	100
Estribaciones Gorbea	Álava	40.622	100
Montaña Alavesa	Álava	48.794	100
<i>Pirineo</i>		<i>2.035.699</i>	
<i>Pirineo navarro-aragonés</i>		<i>1.164.950</i>	
Cantábrica-Baja Montaña	Navarra	245.515	79
Alpina	Navarra	176.518	100
Jacetania	Huesca	298.635	100
Sobrarbe	Huesca	212.336	100
Ribagorza	Huesca	231.946	94
<i>Pirineo catalán</i>		<i>870.749</i>	
Valle de Arán	Lérida	62.048	100
Pallars-Ribagorza	Lérida	206.985	100
Alto Urgel	Lérida	164.003	100
Conca	Lérida	100.418	100
Solsones	Lérida	111.653	97
Bergadá	Barcelona	101.272	94
Cerdaña	Gerona	25.041	100
Ripollés	Gerona	99.329	100

	Provincia	Superficie montañosa (hectáreas)	Superficie montañosa sobre total comarcal (%)
Interior		3.538.160	
<i>Ibérica norte</i>		<i>610.159</i>	
Demanda	Burgos	209.109	95
Sierra Rioja Alta	La Rioja	89.216	100
Sierra Rioja Media	La Rioja	80.288	100
Sierra Rioja Baja	La Rioja	40.907	100
Pinares	Soria	66.583	84
Tierras Altas y Valle del Tera	Soria	124.056	100
<i>Central</i>		<i>1.189.289</i>	
Jaraiz de la Vera	Cáceres	60.480	85
Barco Ávila-Piedrahita	Ávila	114.263	100
Gredos	Ávila	81.859	97
Valle Bajo Alberche	Ávila	107.059	100
Valle del Tiétar	Ávila	116.079	100
Segovia	Segovia	172.267	87
Lozoya Somosierra	Madrid	142.060	92
Arcos de Jalón	Soria	104.576	100
Sierra	Guadalajara	290.646	100
<i>Ibérica sur</i>		<i>1.738.712</i>	
Molina de Aragón	Guadalajara	291.032	100
Alcarria Baja	Guadalajara	152.707	98
Serranía Alta	Cuenca	106.777	100
Serranía Baja	Cuenca	249.179	100
Rincón de Ademuz	Valencia	37.047	100
Alto Turia	Valencia	117.993	91
Serranía de Albarracín	Teruel	160.409	100
Serranía de Montalbán	Teruel	189.653	85
Maestrazgo	Teruel	239.374	100
Alto Maestrazgo	Castellón	128.970	100
Peñagolosa	Castellón	65.571	87
Sur		1.927.436	
<i>Subbética</i>		<i>1.442.175</i>	
Sierra Alcaraz	Albacete	186.149	100
Sierra Segura	Albacete	216.657	100
Noroeste	Murcia	181.964	83
Sierra de Segura	Jaén	193.419	100
Mágina	Jaén	94.929	86
Sierra de Cazorla	Jaén	133.685	100
Sierra Sur	Jaén	100.768	95
Montefrío	Granada	65.926	100
Hués-car	Granada	154.520	87
Los Vélez	Almería	114.158	100

	Provincia	Superficie montañosa (hectáreas)	Superficie montañosa sobre total comarcal (%)
<i>Penibética</i>		485.261	
Río Nacimiento	Almería	78.913	100
Campo Tabernas	Almería	115.951	97
Alto Andarax	Almería	66.772	100
La Costa	Granada	63.108	82
Las Alpujarras	Granada	113.570	100
Valle de Lecrín	Granada	46.947	100

Fuente: Ministerio de Agricultura (1978). Elaboración propia.

Una muestra significativa de comarcas montañosas

Tras incorporar los municipios ZAM al mapa de comarcas agrarias, he seleccionado las 84 comarcas que aparecen en el cuadro 1.3. De ellas, 59 están íntegramente compuestas por municipios ZAM. He elegido las otras 25 de acuerdo con un doble criterio: por un lado, he buscado comarcas en las que los municipios ZAM ocupen al menos el 75% de la superficie (obviando, a efectos de la posterior investigación, los municipios no montañosos de la comarca); por el otro, he concedido preferencia a las comarcas que, por su situación geográfica, más podían aportar al estudio de las principales cordilleras del país. Dado que casi todas las comarcas íntegramente montañosas se sitúan en dichas cordilleras, las 25 comarcas que completan la muestra son contiguas a ellas. Han quedado fuera, sin embargo, comarcas que, sin ser íntegramente montañosas, sí cuentan con más de un 75% de superficie ZAM pero están alejadas de los ejes trazados por las comarcas íntegramente montañosas. Éste ha sido el caso en provincias como Tarragona, Huelva, Córdoba, Alicante, Cádiz o Málaga. Las quince Comunidades Autónomas peninsulares se encuentran, de todos modos, presentes.

El cuadro 1.4 ilustra la representatividad de la muestra. Estas 84 comarcas han venido suponiendo entre el 50 y el 60% de la población y la superficie totales de la montaña española, y su trayectoria demográfica ha sido, en términos agregados, similar a la ya descrita para el conjunto de municipios ZAM. Estamos hablando de 2,3 millones de personas en 1860, que llegaron a rozar los 2,7 millones en 1950 y habían caído a 1,6 millones en 1991. No sólo se trata, por tanto, del grue-

so de la montaña española, sino que estamos incluso ante una muestra razonable del conjunto del medio rural español: las 84 comarcas seleccionadas ocupan el 22% de la superficie del país y llegaron a concentrar el 15% de su población a mediados del siglo XIX.

Cuadro 1.4.
Comparación entre la muestra de 84 comarcas
y el total de municipios ZAM

	<i>Todos los municipios ZAM</i>	<i>Muestra de 84 comarcas</i>
<i>Superficie</i>		
Número de hectáreas	19.269.150	10.925.163
Muestra / Total (%)		57
Porcentaje sobre el total nacional	38	22
<i>Población</i>		
Número de habitantes		
1860	4.132.874	2.356.266
1900	4.286.853	2.389.511
1950	4.901.918	2.687.707
1970	4.032.543	2.124.885
1991	3.280.760	1.653.316
Muestra / Total (%)		
1860		57
1900		56
1950		55
1970		53
1991		50
Porcentaje sobre el total nacional		
1860	27	15
1900	23	13
1950	18	10
1970	12	6
1991	8	4
Tasa de variación media anual		
1860-1877	0,1	0,0
1877-1887	0,2	0,1
1887-1900	0,1	0,0
1900-1910	0,4	0,4
1910-1920	0,2	0,2
1920-1930	0,3	0,3
1930-1940	0,2	0,2
1940-1950	0,3	0,2
1950-1960	-0,4	-0,5
1960-1970	-1,5	-1,8
1970-1981	-1,1	-1,3
1981-1991	-0,8	-1,0

	<i>Todos los municipios ZAM</i>	<i>Muestra de 84 comarcas</i>
Población, 1860 = 100		
1877	101	100
1887	103	101
1900	104	101
1910	108	105
1920	110	107
1930	113	110
1940	115	112
1950	119	114
1960	114	109
1970	98	90
1981	86	78
1991	79	70

Fuente: Ministerio de Agricultura (1978), Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1902), DGIGCE (1932) e INE (1952; 1973a; 1993). Elaboración propia. Las reorganizaciones de términos municipales han sido controladas con la ayuda de Melón (1977), García Fernández (1985) e INE (1993).

Para facilitar la interpretación de los resultados, he agrupado las 84 comarcas en dos capas diferentes. En la primera de ellas, he formado cuatro grandes bloques geográficos: la montaña Norte, el Pirineo, la montaña Interior y la montaña Sur. En la segunda capa considero un total de diez agregados comarcales: Galaico-castellana, Astur-leonesa y Cantábrica oriental en la montaña Norte; Pirineo navarro-aragonés y Pirineo catalán; norte y sur del Sistema Ibérico y Sistema Central en la montaña Interior; y sierras subbéticas y penibéticas en la montaña Sur (mapa 1.1).

Mapa 1.1.

Las comarcas de montaña de la muestra: Norte, Pirineo, Interior y Sur



Así como la primera capa de cuatro bloques representa divisiones geográficas claras, la segunda capa contiene elecciones discutibles. La montaña Norte, por ejemplo, podría haberse separado en función de la orientación hacia la costa o hacia la meseta de sus comarcas; el Pirineo podría haber sido dividido en comarcas centrales y comarcas extremas... No intentaré convencer al lector de que mis diez agregados comarcales son la opción más conveniente en toda circunstancia. En el caso de la montaña Norte, por ejemplo, la separación entre comarcas orientadas hacia la costa y comarcas orientadas hacia el interior es importante para comprender varios aspectos del funcionamiento de las economías campesinas, pero la separación en Galaico-castellana, Astur-leonesa y Cantábrica oriental también resulta iluminadora en aquellos aspectos relacionados con los efectos derivados de la proximidad de focos de industrialización (como los vizcaínos y guipuzcoanos). Además, así como la comarca resulta una unidad de análisis fructífera para fines investigadores diversos, la agrupación de comarcas puede carecer de ese atractivo en las ocasiones en que sea una realidad más existente en la mente del investigador que fuera de ella. Las comarcas que forman la parte sur del Sistema Ibérico han sido y son bastante homogéneas entre sí, confirmando al agregado comarcal una representatividad notable, pero no cabe decir otro tanto de las comarcas del Pirineo catalán. Y, sin embargo, creo que estos agregados comarcales pueden ser útiles para captar tendencias generales y orientar nuestra atención hacia las realidades comarcales más relevantes en cada caso.

Declive absoluto y declive relativo

La población de las 84 comarcas elegidas representaba en 1860 el 15% del total nacional, pero hoy día apenas alcanza el 4%. Esta pérdida de protagonismo relativo ha tenido lugar de forma continua a lo largo del último siglo y medio, sin que sea posible encontrar rastro alguno de reversiones de tendencia, siquiera débiles o esporádicas.⁸

⁸ El peso poblacional de las 84 comarcas cayó al 12,8% en 1900, al 9,6% en 1950 y al 6,3% en 1970. No hubo un solo periodo intercensal en el que este porcentaje aumentara o se mantuviera estable.

Ahora bien, la despoblación no comenzó hasta la década de 1950 (cuadro 1.5). Hasta entonces, podemos considerar que las zonas de montaña estaban inmersas en un declive demográfico relativo, en la medida en que, si bien registraban crecimiento poblacional, éste era inferior a la media nacional y, por ello, el peso de la montaña dentro del país mostraba una clara tendencia a la baja.

Además, durante todo el periodo 1860-1950, la demografía de la montaña se caracterizó por la presencia estructural (no episódica o coyuntural) de saldos migratorios negativos. Dejando a un lado las migraciones temporales que efectuaban algunos miembros de las familias para favorecer la reproducción de la economía campesina, existían también desplazamientos de tipo definitivo. La montaña no era capaz de absorber todo su excedente vegetativo: en torno a tres cuartas partes del mismo se canalizaban finalmente hacia otros lugares.⁹ He aquí un nuevo indicio del declive relativo que precedió a la despoblación.¹⁰

⁹ Calculado a partir de Collantes (2001a: 124).

¹⁰ En Grigg (1992: 8-9, 22-26) pueden encontrarse algunas similitudes en estas pautas con respecto al resto de países europeos; véanse también Naredo (1975: 3) y Carmona y Simpson (2003: 40).

Cuadro 1.5.
Trayectorias demográficas comparadas

	<i>Tasa de variación media anual de la población de hecho</i>						(1)	(2)
	<i>1860- 1900</i>	<i>1900- 1950</i>	<i>1950- 1970</i>	<i>1970- 2000</i>	<i>1860- 1950</i>	<i>1950- 2000</i>		
Total montaña	0,0	0,2	-1,2	-1,0	0,1	-1,1	1950	2000
<i>Norte</i>	0,1	0,2	-0,8	-1,1	0,2	-1,0	1950	2000
<i>Pirineo</i>	-0,5	0,1	-0,7	-0,3	-0,2	-0,5	1860	2000
<i>Interior</i>	0,1	0,0	-2,0	-1,2	0,1	-1,5	1910	2000
<i>Sur</i>	0,2	0,5	-1,4	-1,0	0,4	-1,2	1950	2000
Galaico-castellana	0,0	0,1	-0,8	-1,5	0,1	-1,2	1940	2000
Astur-leonesa	0,1	0,3	-0,7	-1,1	0,2	-0,9	1960	2000
Cantábrica oriental	0,0	0,2	-0,8	-0,7	0,1	-0,8	1950	2000
Pirineo navarro-aragonés	-0,3	-0,1	-1,2	-0,4	-0,2	-0,7	1860	2000
Pirineo catalán	-0,7	0,3	-0,2	-0,3	-0,2	-0,3	1860	1991
Ibérica Norte	-0,1	-0,1	-2,2	-1,7	-0,1	-1,9	1860	2000
Central	0,1	0,3	-1,6	-0,7	0,2	-1,1	1950	1991
Ibérica Sur	0,2	-0,2	-2,5	-1,9	0,0	-2,1	1910	2000
Subbética	0,5	0,8	-1,5	-1,1	0,6	-1,3	1950	2000
Penibética	-0,1	0,1	-1,3	-0,9	0,0	-1,0	1887	2000

	<i>Población, 1860 = 100</i>				<i>Tasa migratoria (tantos por mil)</i>			
	<i>1900</i>	<i>1950</i>	<i>1970</i>	<i>2000</i>	<i>1860- 1900</i>	<i>1900- 1950</i>	<i>1950- 1970</i>	<i>1970- 2000</i>
Total montaña	101	114	90	67	-5,5	-7,2	-22,3	-13,1
<i>Norte</i>	103	116	99	71	-5,3	-6,7	-16,8	-13,2
<i>Pirineo</i>	83	87	75	68	-10,0	-5,2	-14,2	-4,2
<i>Interior</i>	104	106	70	49	-3,7	-9,2	-29,8	-14,0
<i>Sur</i>	110	143	107	79	-4,8	-7,2	-30,3	-17,6
Galaico-castellana	100	107	92	59	-4,1	-7,0	-15,3	-15,9
Astur-leonesa	106	124	108	78	-5,7	-5,3	-16,5	-12,5
Cantábrica oriental	101	113	96	77	-6,7	-9,5	-20,4	-10,5
Pirineo navarro-aragonés	90	87	68	60	-8,9	-8,4	-19,1	-5,9
Pirineo catalán	76	87	83	76	-11,4	-1,5	-9,3	-2,7
Ibérica Norte	96	90	57	35	-6,2	-11,4	-30,3	-19,4
Central	106	121	88	71	-2,7	-7,9	-28,3	-8,9
Ibérica Sur	106	98	59	34	-3,5	-9,7	-31,7	-20,2
Subbética	120	177	130	94	-1,5	-4,7	-30,9	-18,6
Penibética	97	100	77	60	-9,4	-12,0	-28,9	-15,6

(1): Fecha en que se alcanza el máximo demográfico

(2): Fecha en que se alcanza el mínimo demográfico

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1883; 1892; 1902; 1913), Dirección General de Estadística (1922; 1943), DGIGCE (1932), INE (1952; 1962; 1973a; 1985a; 1993; 1995; 1996; 1997b; 1998), www.ine.es (población municipal en 2000, Movimiento Natural de la Población entre 1996 y 2000) y Collantes (2001 a). Elaboración propia. Las reorganizaciones de términos municipales han sido controladas con la ayuda de Melón (1977), García Fernández (1985) e INE (1993; 1997a).

Durante ese siglo de declive relativo, la población de las 84 comarcas seleccionadas aumentó en un 14% y el número de familias residentes en ellas también experimentó un ligero crecimiento. Los saldos migratorios habían estado habitualmente en torno al 6-7 por mil, y su máximo (registrado en la década de 1920) no había superado la barrera del 10 por mil.¹¹ Pero todo iba a cambiar a partir de la década de 1950.¹² Entre 1950 y 1970 los movimientos migratorios definitivos se volvieron mucho más comunes y triplicaron la intensidad alcanzada con anterioridad. Fue entonces cuando comenzó a manifestarse la despoblación. Para 1970 ya se había perdido, con holgura, todo el crecimiento lentamente acumulado durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX. La historia se aceleraba.

Pero los movimientos migratorios comenzaron a ralentizarse durante la década de 1970, hasta el punto de que hoy día se encuentran prácticamente detenidos: a lo largo de los últimos diez años, el saldo migratorio neto apenas ha superado el uno por mil. Paralelamente, las pérdidas demográficas de la montaña son cada vez menos considerables. Aun con todo, las zonas de montaña han representado durante la segunda mitad del siglo XX un caso paradigmático, y en ocasiones extremo, de la crisis demográfica del medio rural español.¹³

Diversidad en las trayectorias demográficas

Las trayectorias demográficas de las diferentes zonas de montaña tienen algunos elementos en común. Como puede verse en el gráfico 1.1, el periodo 1950-70 fue crítico tanto en la montaña Norte como en el Pirineo, las sierras interiores o la montaña Sur. De igual modo, la desaceleración de la despoblación ha afectado a todas las áreas durante las tres últimas décadas. Y en el periodo previo a 1950 tampoco encontramos enormes desviaciones con respecto a la pauta general.

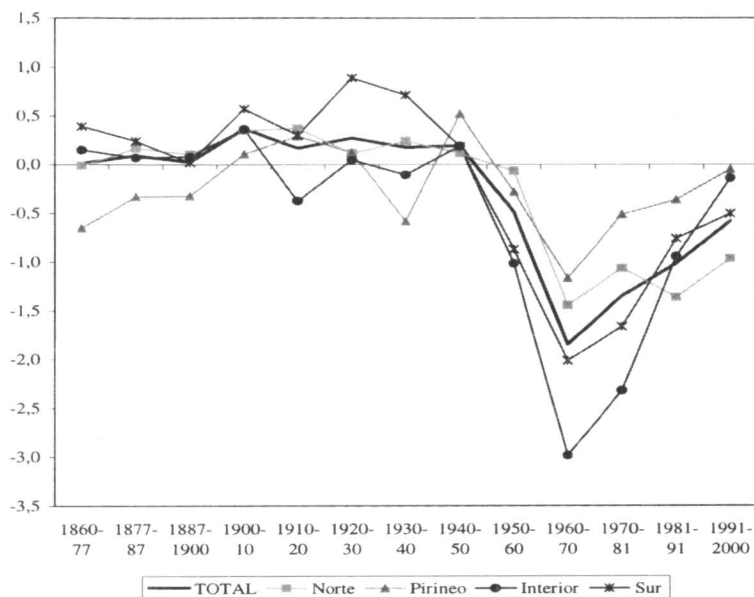
¹¹ Collantes (2001a: 124).

¹² La ruptura introducida por la década de 1950 en la trayectoria demográfica del medio rural español ha sido subrayada por Naredo (1996: 198), B. García Sanz (1993: 70-71) o Pérez Díaz (1967: 38); véanse también Camarero (1997: 230-232) y Reher (2003: 22-23).

¹³ Sobre la mayor intensidad de la despoblación en áreas de montaña frente al resto del medio rural, Collantes (2001b: 205).

Gráfico 1.1.

Tasa de variación media anual de la población de hecho

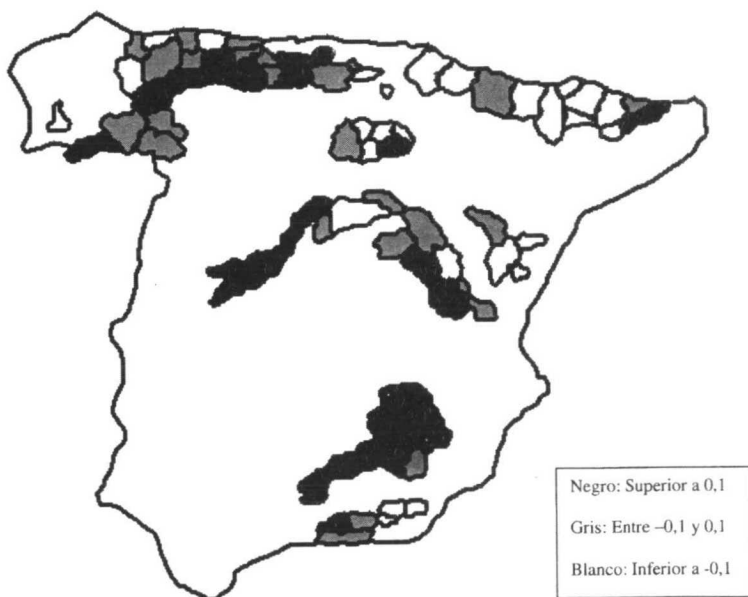


Pero, aunque no fueran enormes, desviaciones hubo. Como ya sabíamos, el declive demográfico se manifestó en nuestra geografía con algunas diferencias reseñables en cronología y magnitud (mapas 1.2, 1.3 y 1.4). Durante la segunda mitad del siglo XIX, y en contraste con la pauta general, las comarcas septentrionales del Sistema Ibérico perdieron población. Éste fue también un momento de aguda crisis demográfica para el Pirineo, si bien en su caso no se trataba del inicio de un proceso definitivo. Pero el Pirineo no recuperaría ya su volumen demográfico de mediados del siglo XIX, de igual modo que las sierras penibéticas, con pérdidas ocasionales, alcanzarían su techo a finales de ese mismo siglo.¹⁴ En el Sistema Ibérico, en cambio, la cri-

¹⁴ No faltan pues casos que ilustran el éxodo rural previo a la crisis finisecular propuesto por Erdozain y Mikelarena (1996).

sis crónica de las comarcas septentrionales se extendió a las comarcas meridionales a comienzos del siglo XX. En contraste con esta pauta de despoblación precoz, las comarcas subbéticas llegaron a 1950 con una población que casi doblaba la de 1860.

Mapa 1.2.
Tasa de variación media anual
de la población de hecho entre 1860 y 1950

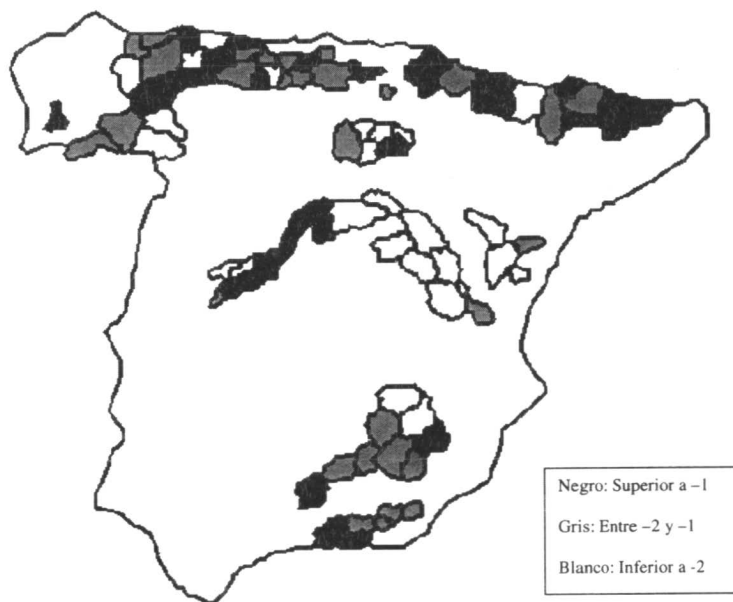


Cuando, a partir de 1950, se generalizó la despoblación, se manifestaron diferencias de magnitud. El Sistema Ibérico, cuyos habitantes mostraron una intensidad migratoria muy superior a la de la fase anterior, fue la cordillera más afectada. El Pirineo, en cambio, registró pérdidas moderadas; para muchas de sus comarcas, la nueva crisis no fue peor que la de la segunda mitad del siglo XIX. La montaña Norte, por su parte, no soportó mal el periodo crítico 1950-70, pero está teniendo

problemas para ralentizar la despoblación en las últimas décadas. Paralelamente, el Pirineo catalán y el Sistema Central, sobre la base de saldos migratorios positivos, han llegado incluso a recuperar población durante el decenio de 1990. Si no todas las zonas entraron en crisis al mismo tiempo y no todas entraron en crisis de igual magnitud, los acontecimientos recientes sugieren que no todas las zonas saldrán de dichas crisis simultáneamente o con semejante fuerza.

Mapa 1.3.

**Tasa de variación media anual
de la población de hecho entre 1950 y 2000**



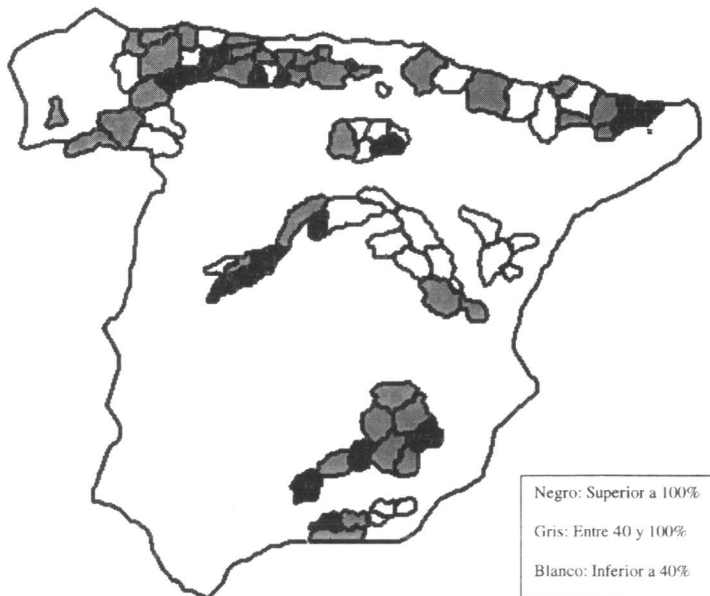
LAS CONSECUENCIAS DEMOGRÁFICAS DE LA DESPOBLACIÓN

La despoblación cambió para siempre a los pueblos de montaña. Como veremos, su economía sufrió a partir de entonces transformacio-

nes drásticas. También se produjeron grandes cambios en otros órdenes de la vida social, y elementos culturales y antropológicos tradicionales fueron quedando atrás mientras nuevas mentalidades se abrían paso. La propia noción de pueblo o valle fue perdiendo relevancia sociológica con respecto a la fase anterior. Además, la despoblación tuvo efectos sobre la estructura demográfica de (lo que quedaba de) los pueblos de montaña. El envejecimiento o la aparición de saldos vegetativos negativos han sido los más llamativos, configurando un cuadro de declive que va más allá de la mera pérdida de población. Estas consecuencias demográficas de la despoblación se derivan en su mayor parte del carácter selectivo de los movimientos migratorios que originaron el proceso.

Mapa 1.4.

Población en 2000 como porcentaje de la población en 1860



¿Emigración individual o emigración familiar?

El número de familias residentes en la montaña ha seguido en el largo plazo una evolución similar a la del conjunto de la población: hasta mediados del siglo XX hubo un ligero crecimiento del número de hogares y posteriormente se produjo un descenso acelerado del mismo (cuadro 1.6). La emigración de familias completas, que cerraban sus casas en los pueblos para trasladarse a las ciudades, fue por tanto un elemento central del proceso de despoblación. De hecho, allí donde la despoblación comenzó a manifestarse antes de 1950 (por ejemplo, en el Sistema Ibérico o el Pirineo), también hubo cierre de casas. Tanto antes como después de 1950 existe una correspondencia clara entre la trayectoria demográfica de las distintas zonas y la evolu-

Cuadro 1.6.
Tasa de variación media anual del número de familias

	1887-1930	1930-1960	1960-1981
Total montaña	0,1	0,1	-0,8
España no montañosa	0,6	1,0	1,8
<i>Norte</i>	0,0	0,4	-0,4
<i>Pirineo</i>	-0,1	-0,2	-0,2
<i>Interior</i>	-0,1	-0,2	-1,7
<i>Sur</i>	0,3	0,1	-1,1
Galaico-castellana	-0,1	0,3	-0,6
Astur-leonesa	0,1	0,6	-0,4
Cantábrica oriental	0,0	0,1	-0,2
Pirineo navarro-aragonés	-0,2	-0,7	-0,6
Pirineo catalán	0,1	0,3	0,1
Ibérica norte	-0,4	-0,2	-2,0
Central	0,1	0,1	-1,2
Ibérica sur	-0,1	-0,5	-2,3
Subbética	0,6	0,1	-1,2
Penibética	-0,2	0,0	-1,0

Fuente: DGIGE (1892), DGIGCE (1932) e INE (1962; 1984a). Elaboración propia.

ción del número de familias en ellas residentes (gráfico 1.2).¹⁵ Durante la segunda mitad del siglo XX, el número de hogares abiertos descendió con particular intensidad en las zonas más afectadas por la despoblación (de nuevo el Sistema Ibérico).¹⁶

Así pues, los movimientos migratorios que dieron lugar a la despoblación no sólo fueron cuantitativamente superiores a los movimientos de la fase previa: también hubo una diferencia de tipo cualitativo. Antes de la despoblación, la emigración definitiva de alguno de los miembros de la familia contribuía a la reproducción económica de la misma, asegurando la obtención de equilibrios convenientes. En este contexto, la emigración absorbía una parte variable del crecimiento vegetativo comarcal pero el número de familias no descendía, como tampoco lo hacía el propio tamaño demográfico de la montaña. Ésta fue la situación general hasta 1950, con las lógicas excepciones de las comarcas de despoblación precoz. En el norte del Sistema Ibérico, por ejemplo, este tipo de emigración equilibradora dejó de ser central ya en el siglo XIX. La emigración de familias completas tuvo, por contra, una responsabilidad importante en la despoblación que encontramos ahí desde mediados de siglo. Tal iba a ser la pauta común a toda la montaña durante la segunda mitad del siglo XX: los movimientos migratorios ganaron un carácter familiar más acusado y pasaron a destabilizar las demografías comarcales. Lejos de contribuir a asegurar la reproducción de las estructuras socioeconómicas, la emigración pasó a ser una amenaza, acaso la principal, para las mismas.

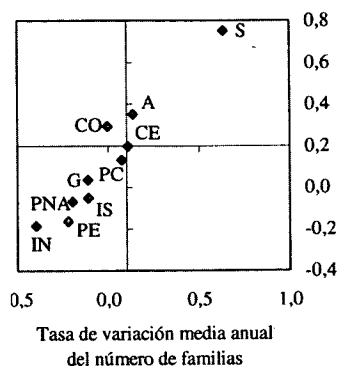
¹⁵ En todos los gráficos de dispersión que se adjuntan, los ejes se encuentran colocados en el valor que las variables correspondientes toman para el conjunto de la montaña. G: Galaico-castellana; A: Astur-leonesa; CO: Cantábrica oriental; PNA: Pirineo navarro-aragonés; PC: Pirineo catalán; IN: Ibérica norte; CE: Central; IS: Ibérica sur; S: Subbética; PE: Penibética.

¹⁶ Los coeficientes de correlación de rangos entre variación del número de familias y variación demográfica total arrojan valores de 0,85 y 0,93 para 1887-1930 y 1960-1981, respectivamente.

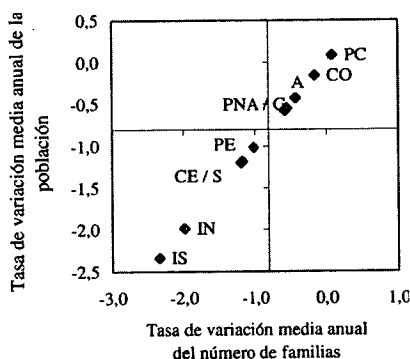
Gráfico 1.2.

**Evolución comparada de la población y
el número de familias en dos periodos**

1887-1930



1960-1981



Las estrategias familiares son, por lo tanto, centrales para explicar la despoblación. En la medida en que la emigración pasaba a ser practicada por todos los miembros de la familia y no sólo por alguno de ellos, las tasas migratorias tenían una buena razón para acelerarse durante la segunda mitad del siglo XX. Pero esto no fue todo: la aceleración también se debió a la proliferación de nuevos movimientos migratorios individuales. Esta emigración individual no respondía ya a la búsqueda de equilibrios familiares; de hecho, podía dificultar la reproducción del modelo económico doméstico, en particular cuando éste implicaba la utilización masiva de trabajo familiar no remunerado. Las nuevas corrientes de emigración individual reforzaron la tendencia a la despoblación y, sobre todo, introdujeron importantes deformaciones en las estructuras demográficas de la montaña. ¿Quiénes protagonizaron estos movimientos individuales?

Cuadro 1.7.

Razón de masculinidad de la población de derecho

	1887	1920	1950	1981	2000
Total montaña	97	99	98	101	101
España no montañosa	98	97	92	96	96
<i>Norte</i>	91	95	96	100	98
<i>Pirineo</i>	106	105	103	104	104
<i>Interior</i>	101	102	101	104	106
<i>Sur</i>	101	101	99	100	100
Galaico-castellana	94	96	97	100	98
Astur-leonesa	88	95	94	98	97
Cantábrica oriental	94	96	97	103	104
Pirineo navarro-aragonés	104	106	104	109	108
Pirineo catalán	108	105	101	101	101
Ibérica norte	94	98	100	107	112
Central	103	102	101	103	104
Ibérica sur	103	103	101	105	108
Subbética	102	103	100	101	100
Penibética	99	98	97	99	100

Razón de masculinidad: número de varones por cada 100 mujeres

Fuente: DGIGE (1892), Dirección General de Estadística (1922), INE (1952; 1985a) y www.ine.es (población municipal en 2000). Elaboración propia.

Mujer soltera busca...

La despoblación rural no ha sido un fenómeno neutro desde el punto de vista del género: las mujeres han mostrado una propensión migratoria superior a la de los hombres. Como consecuencia de ello, los pueblos de montaña han ido masculinizándose conforme avanzaba la despoblación (cuadro 1.7). La masculinización no ha llegado a extremos mayores porque los movimientos migratorios también han sido selectivos en función del estado civil.¹⁷ En 1991, tan sólo un tercio de la población de la montaña estaba soltera, cuando la media nacional se aproximaba al 50%; tradicionalmente, sin embargo, no habían existido grandes diferencias en este sentido (cuadro 1.8). La población soltera participó pues con gran intensidad en las migraciones individuales que aceleraron la despoblación. A las familias enteras que emigraban vinieron a sumarse numerosos hijos solteros de otros

¹⁷ Resultado anticipado por Kautsky (1899: 232).

matrimonios. En algunos casos, por supuesto, se trataba de desplazamientos entrelazados.

Cuadro 1.8.
Porcentaje de solteros en la población mayor de 15 años

	1860	1887	1981	1991
Total montaña	22	18	33	33
España no montañosa	22	20	48	46
<i>Norte</i>	27	23	34	33
<i>Pirineo</i>	22	19	34	35
<i>Interior</i>	17	14	32	33
<i>Sur</i>	18	15	31	31

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1892) e INE (1985a; 1994). Elaboración propia.

Cuadro 1.9.
Razón de masculinidad de la población soltera

	1860	1887	1981	1991	2001
Total montaña	99	99	134	140	132
España no montañosa	105	104	107	109	113
<i>Norte</i>	88	87	129	137	131
<i>Pirineo</i>	110	115	149	147	137
<i>Interior</i>	107	107	147	155	142
<i>Sur</i>	109	110	127	133	124
Galaico-castellana	90	90	127	136	131
Astur-leonesa	83	82	125	134	128
Cantábrica oriental	96	93	141	143	136
Pirineo navarro-aragonés	110	112	153	152	142
Pirineo catalán	110	119	143	141	132
Ibérica norte	89	92	149	165	154
Central	118	113	144	147	134
Ibérica sur	106	107	151	165	155
Subbética	111	112	128	133	123
Penibética	107	109	125	131	125

Razón de masculinidad: número de varones por cada 100 mujeres

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1892), INE (1985a; 1994) y www.ine.es (Censo de Población de 2001). Elaboración propia.

La gran protagonista de los movimientos migratorios individuales fue la mujer soltera. Dado que la población casada es actualmente mayoritaria, no existe un enorme desequilibrio entre el número total de hombres y mujeres. El desequilibrio se refleja entonces en la población soltera: en 1991, llegó a haber en la montaña 140 solteros por cada 100 solteras; en el Sistema Ibérico, esta razón de masculinidad alcanzaba entonces un valor de 165 (cuadro 1.9). Con anterioridad, la relación entre solteros y solteras había guardado un mayor equilibrio, sin perjuicio de que las migraciones temporales o algunos correlatos culturales de los sistemas de herencia generaran determinados desequilibrios. Durante las últimas décadas, en cambio, el paulatino estrechamiento de las posibilidades matrimoniales locales desde el punto de vista de los varones ha marcado una clara ruptura con respecto a la fase previa.¹⁸

El envejecimiento y la retroalimentación de la despoblación

Y, desde luego, la propensión migratoria también dependía de la edad.¹⁹ Los jóvenes se lanzaron al cambio con mayor facilidad que las personas más mayores, y ello ha provocado un aumento continuado del índice de envejecimiento, o cociente entre las personas mayores de 64 años y los menores de 16 (cuadro 1.10). Durante la década de 1980, los mayores superaron en número a los jóvenes por primera vez; hoy día aquéllos representan casi el doble de población que éstos. Previamente, los pueblos de montaña habían contado con pirámides

¹⁸ Sobre el desequilibrio sexual en las zonas rurales españolas, véanse Camarero (1993: 351-369, 376-379; 1997: 236-238) y B. García Sanz (1997a: 107; 1999: 101-102).

¹⁹ Como también había encontrado ya Kautsky (1899: 234). Para el medio rural español, Camarero (1993: 285-291; 1997: 233) y B. García Sanz (1997a: 108-110; 1999: 98); véanse también los datos de Pérez Díaz (1971: 101) para una comarca rural castellana.

por edades con base amplia y cúspide estrecha, en la que apenas el 5% de la población total superaba los 64 años. Una parte del cambio posterior no es ajena a transformaciones más generales como la transición demográfica, a través de la cual España ha pasado en el largo plazo de una situación de altas tasas de natalidad y mortalidad a otra en la que ambas tasas son bastante bajas.²⁰ Pero el envejecimiento de la montaña ha sido particularmente intenso y nos remite al carácter selectivo de los movimientos migratorios.

Cuadro 1.10. Índice de envejecimiento

	1860	1887	1981	1991	2001
Total montaña	10	14	73	115	194
España no montañosa	10	14	40	45	104
<i>Norte</i>	12	16	74	122	244
<i>Pirineo</i>	11	14	69	115	170
<i>Interior</i>	9	13	103	157	223
<i>Sur</i>	8	11	55	81	130
Galaico-castellana	12	14	81	144	283
Astur-leonesa	13	16	73	116	244
Cantábrica oriental	13	17	64	105	191
Pirineo navarro-aragonés	12	15	65	111	168
Pirineo catalán	10	12	72	118	172
Ibérica norte	10	14	107	189	307
Central	8	12	88	133	182
Ibérica sur	9	13	130	194	292
Subbética	9	12	56	82	131
Penibética	7	10	53	78	129

Índice de envejecimiento: (Población mayor de 64 años / Población menor de 16 años) * 100

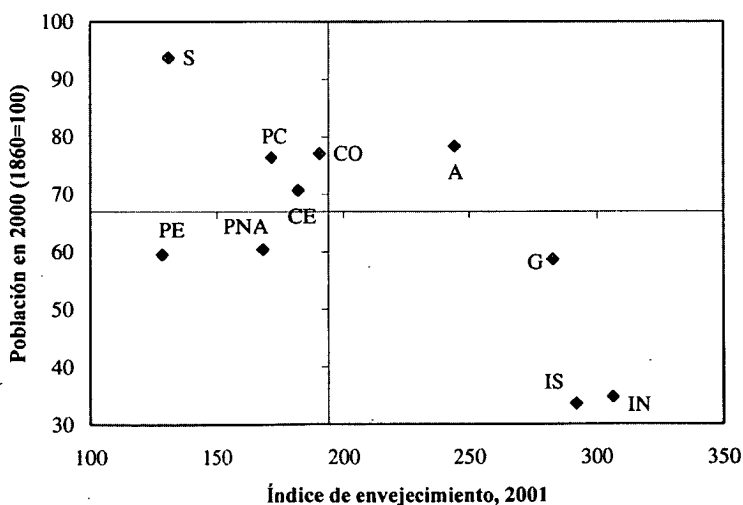
Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1892), INE (1985a; 1994) y www.ine.es (Censo de Población de 2001). Elaboración propia.

²⁰

Pérez Moreda (1999a). Para el conjunto del medio rural español, Camarero (1993: 140-152), Faus e Higuera (1999: 916-922) o B. García Sanz (1999: 106-111).

Precisamente, las zonas más afectadas por la despoblación son las más envejecidas en la actualidad (gráfico 1.3).²¹ En el Sistema Ibérico ya había más personas mayores que jóvenes a la altura de 1981; hoy día, la relación es de tres contra uno. La montaña galaico-castellana, cuya despoblación fue más intensa en 1970-2000 que en 1950-70, ha registrado también un envejecimiento de gran magnitud. En el otro extremo, la montaña Sur tiende a envejecer, pero a un ritmo pausado; sólo durante la década de 1990 ha comenzado a haber en ella más personas mayores que jóvenes. En su caso, la amplia reserva demográfica acumulada hasta 1950 amortiguó los efectos de las salidas migratorias. Pero, para zonas que, como el Sistema Ibérico, llegaron a esa fecha más tocadas, la emigración masiva tuvo consecuencias espectaculares.

Gráfico 1.3. La despoblación y el envejecimiento



²¹ El coeficiente de correlación de rangos entre variación demográfica para 1860-2000 y envejecimiento en 2001 asciende a 0,75. Leal y otros (1975: 197) obtienen un resultado similar para el conjunto de la agricultura española en la década de 1960.

A su vez, el envejecimiento se tradujo en un descenso sostenido de las tasas de crecimiento vegetativo (cuadro 1.11). Una población envejecida dio paso a un número cada vez mayor de defunciones en relación a unos nacimientos que, debido también a la alteración de la estructura por edades, iban perdiendo dinamismo. Tras el cénit migratorio, tan sólo hubo que esperar poco más de una década para que, a mediados de los años 1980, hubiera ya en la montaña española más defunciones que nacimientos.²² No disponemos de estadísticas sistemáticas sobre el crecimiento vegetativo antes de la década de 1970 (salvo para el breve intervalo 1886-92), pero parece claro que la vitalidad demográfica de los pueblos de montaña era muy superior. A lo largo de la última década, las pérdidas vegetativas se han convertido en la principal fuerza impulsora de la despoblación.

Así pues, la despoblación ha tendido a retroalimentarse, a través de los efectos que los movimientos migratorios han tenido sobre la estructura por edades y el saldo vegetativo.²³ Las migraciones comenzaron a desacelerarse en los años de 1970, pero dejaron sembrada la semilla de futuros impulsos de despoblación. Como muestra el gráfico 1.4, las pérdidas por saldo vegetativo negativo han sido tanto mayores cuanto mayor fuera el grado de envejecimiento y, por extensión, la magnitud del declive demográfico.²⁴ El Sistema Ibérico vuelve a destacar, tanto por el tamaño de su actual exceso de defunciones sobre nacimientos como por la precocidad con que (ya en la década de 1970) quedó abierta esta vía de despoblación. La montaña Sur, en cambio, participa de estas tendencias de forma rezagada y sólo durante la década de 1990 comenzó a registrar saldos vegetativos negativos.

²² Sobre la inversión del signo del saldo vegetativo en el medio rural español, Camarero (1997: 234-236).

²³ Para el conjunto del medio rural español, B. García Sanz (1997a: 113).

²⁴ El coeficiente de correlación de rangos entre el envejecimiento inicial y la variación vegetativa durante los diez años siguientes es de 0,92 para 1981-1991 y 0,91 para 1991-2000.

Cuadro 1.11.

Tasa de crecimiento vegetativo medio anual (tantos por mil)

	1886-1892	1910-1920*	1970-1981	1981-1991	1991-2000
Total montaña	4,4	7,4	1,9	-1,2	-4,7
<i>Norte</i>	4,0	7,2	1,3	-2,5	-6,8
<i>Pirineo</i>	5,5	6,7	2,7	-1,0	-3,4
<i>Interior</i>	4,5	7,5	-0,2	-2,6	-5,8
<i>Sur</i>	4,6	8,1	4,2	2,3	-0,6
Galaico-castellana	2,0	5,8	-0,7	-3,8	-8,1
Astur-leonesa	4,7	6,6	1,9	-2,5	-7,1
Cantábrica oriental	6,6	11,2	3,4	-0,1	-4,1
Pirineo navarro-aragonés	6,5	8,1	3,3	-0,7	-2,9
Pirineo catalán	4,2	4,9	2,2	-1,4	-3,9
Ibérica norte	4,8	7,9	-0,7	-3,4	-6,9
Central	4,6	8,5	1,2	-0,9	-4,4
Ibérica sur	4,3	6,6	-2,2	-5,1	-8,1
Subbética	3,4	8,2	4,1	2,2	-0,4
Penibética	6,3	7,8	4,5	2,5	-0,9

Los datos para 1910-1920* son aproximativos; para más detalle, Collantes (2001a).

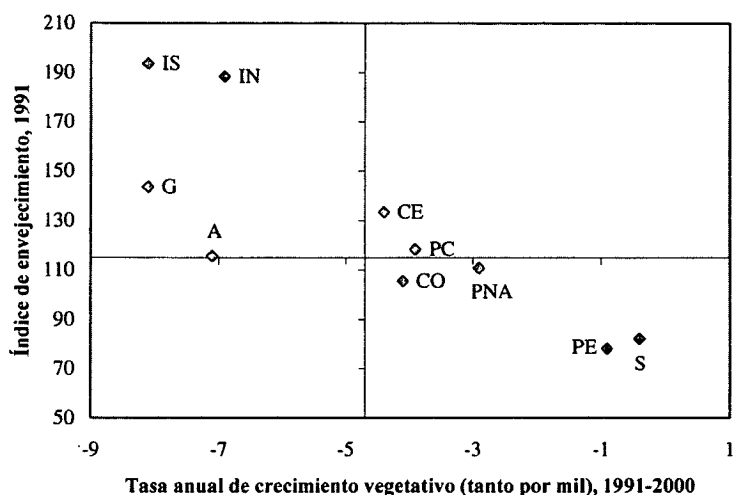
Fuente: Collantes (2001a), INE (1995; 1996; 1997b; 1998) y www.ine.es (Movimiento Natural de la Población, 1996-2000). Elaboración propia.

Pero, pese a las imágenes mentales que suscita la idea de retroalimentación, la despoblación viene desacelerándose en las tres últimas décadas. Sus efectos sobre la estructura por edades de los pueblos han minado la reserva de emigrantes potenciales, ya que el envejecimiento ha conllevado un descenso de la propensión migratoria. La despoblación se ha desacelerado porque los movimientos migratorios lo han hecho.²⁵ A esta fuerza se opone otra, la emergencia de saldos vegetativos negativos, que es insuficiente para mantener el ritmo de despoblación que llegó a alcanzarse durante el tercer cuarto del siglo XX. En sus años estelares, la emigración podía llevarse de la montaña al 20-30 por mil de su población; al cabo de una década, esto podía suponer una disminución demográfica del 20-30%. En comparación, la despoblación inducida por saldos vegetativos negativos (al 5 por mil anual durante los años 1990) es casi una anécdota.

²⁵ Sobre la desaceleración general de la emigración rural en España, Camarero (1993: 207-217).

Gráfico 1.4.

El envejecimiento y la generación de saldos vegetativos negativos



No cabe duda de que los saldos vegetativos negativos contribuyen a retratar lo que significa un declive demográfico. Además, por su carácter estructural, pueden pesar como una losa sobre algunas tentativas de reactivación poblacional. La reactivación sólo se hace posible ya a través de saldos migratorios positivos, como muestran los casos del Sistema Central y el Pirineo catalán durante la última década. Pero lo peor de la crisis ha pasado ya: la despoblación ha sido tan intensa en décadas pasadas que ahora va quedándose sin recorrido.²⁶

La consecuencia final: los desiertos demográficos

Ya a mediados del siglo XIX las comarcas montañosas se encontraban poco densamente pobladas, incluso en referencia a un país que, como el nuestro, ha mantenido y mantiene densidades demográficas

²⁶ Como ya anticiparon, en relación al sector agrario, Leal y otros (1975: 224).

inferiores a la media europea. Teniendo en cuenta los principales determinantes de la densidad poblacional en la España de mediados del siglo XIX, no resulta sorprendente el puesto ocupado por la montaña.²⁷ En primer lugar, los sistemas agropecuarios de la montaña se enfrentaban a importantes restricciones geográficas, por lo que no podían alcanzar los rendimientos por unidad de superficie que en otras zonas del país permitían sostener densidades demográficas superiores. En segundo lugar, la práctica totalidad de comarcas carecía de acceso al mar. Ello impedía obtener las ventajas económicas de la litoralidad, cifradas en un acceso a mercados grandes y a mayores posibilidades de especialización y división del trabajo. Finalmente, las comarcas de montaña carecían de sustitutos institucionales para conseguir las ventajas de la litoralidad, como por ejemplo la presencia dentro de su territorio de grandes centros urbanos especializados en funciones político-administrativas.

Cuadro 1.12.
Densidad de población (habitantes por km²)

	1860	1900	1950	1970	2000
Total montaña	21,6	21,9	24,6	19,4	14,4
España no montañosa	33,6	41,0	63,9	80,2	99,5
<i>Norte</i>	28,7	29,5	33,2	28,5	20,3
<i>Pirineo</i>	17,8	14,7	15,4	13,3	12,1
<i>Interior</i>	15,7	16,4	16,6	11,1	7,7
<i>Sur</i>	23,6	25,8	33,7	25,2	18,5
Galaico-castellana	29,8	29,9	32,0	27,3	17,5
Astur-leonesa	32,0	33,9	39,8	34,6	25,1
Cantábrica oriental	22,2	22,4	25,1	21,3	17,1
Pirineo navarro-aragonés	16,2	14,5	14,1	11,0	9,8
Pirineo catalán	19,9	15,0	17,2	16,4	15,2
Ibérica Norte	16,8	16,1	15,0	9,6	5,8
Central	19,0	20,1	22,9	16,7	13,4
Ibérica Sur	13,2	14,0	12,9	7,7	4,4
Subbética	17,6	21,1	31,2	22,9	16,5
Penibética	41,2	39,9	41,0	31,8	24,5

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGICE (1902), INE (1952; 1973a), www.ine.es (población municipal en 2000) y Ministerio de Agricultura (1978). Elaboración propia.

²⁷ Aplico aquí los argumentos preliminares que se exponen en Collantes, Pinilla y Ayuda (2004) para el conjunto de provincias del país.

En estas condiciones, algunas de las zonas de montaña del país eran ya algo parecido a desiertos demográficos en 1860 (cuadro 1.12). El sur del Sistema Ibérico, por ejemplo, apenas contenía 13 habitantes por km². Sin embargo, la definición del desierto demográfico no deja de tener, como el propio drama rural que da título al libro, un importante componente relativo. En 1860, España tenía tan sólo 31 habitantes por km² y el conjunto de la montaña se acercaba a los 22; de hecho, las sierras penibéticas y las comarcas cantábricas litorales (o próximas a la costa) superaban holgadamente la media nacional. La montaña no era el desierto poblacional que, en general, es hoy día.

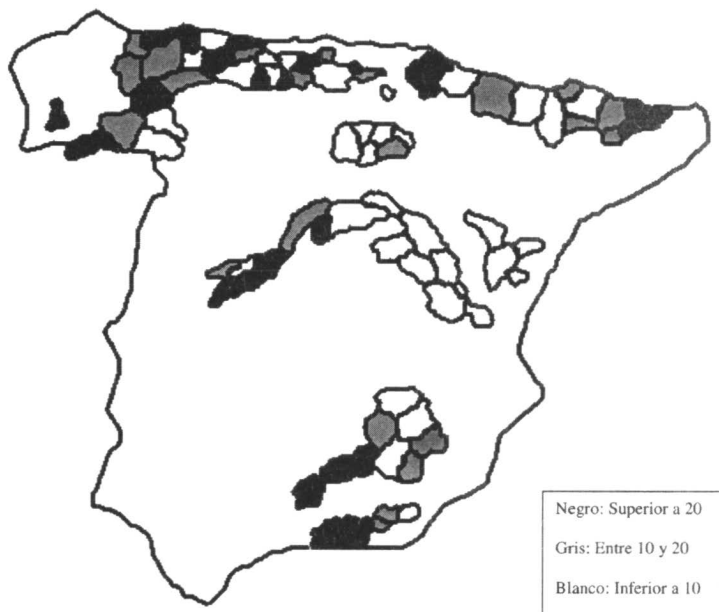
El declive del último siglo y medio tiene pues una gran responsabilidad en la configuración histórica del débil pulso demográfico de la montaña. A lo largo de este siglo y medio, la población de España ha crecido hasta elevar la densidad por encima de 80 habitantes por km². Simultáneamente, se ha producido un espectacular aumento de la concentración de la población, que ha tenido su contrapartida en la desertización de provincias completas, generalmente provincias del interior que ya tenían densidades bajas a mediados del siglo XIX. La montaña se ha visto envuelta en esta misma dinámica, y la brecha que separa su densidad de la media nacional se ha multiplicado a lo largo de este periodo. Es esta brecha el indicador que quizá con mayor pertinencia permite hablar de desertización demográfica. En 1860, el sur del Sistema Ibérico podía tener sólo 13 habitantes por km² en 1860, pero al menos se aproximaba a la mitad de la media nacional; hoy día, en cambio, no sólo ha caído por debajo de 5 habitantes por km², sino que esta densidad representa poco más del 5% de la media nacional. Su caso es extremo, pero no excepcional (mapa 1.5).

UN ANÁLISIS DE CASOS

Este apartado proporciona una visión descriptiva de las pautas comparadas de despoblación. El apéndice estadístico comarcal que figura al final del libro sostiene algunos de los ejemplos presentados, y el lector también puede utilizar este apéndice como instrumento para profundizar por su cuenta en las peculiaridades demográficas de las distintas comarcas. Desde luego, lo que sigue está lejos de constituir un relato exhaustivo y tan sólo aspira a introducir los elementos bási-

cos para el posterior análisis comparativo del declive de las economías y poblaciones de montaña.

Mapa 1.5.
Densidad demográfica (habitantes por km²), 2000



Una región con grandes diferencias internas: la montaña Norte

Si agregamos los datos de las comarcas que componen la montaña Norte, el resultado final devuelve una imagen bastante bien adaptada a la pauta general que ya conocemos. La despoblación comenzó en la década de 1950, momento hasta el cual se registró un leve crecimiento. No fue una despoblación muy acentuada entre 1950 y 1970, pero en la década de 1980 se cortó la desaceleración iniciada en la década previa. Este corte es el principal rasgo distintivo de la montaña Norte en las dos últimas décadas, durante las cuales ha sido la zona con las mayores pérdidas poblacionales.

Todo resultado agregado esconde peculiaridades individuales, pero, en el caso de la montaña Norte, esto es particularmente cierto. Un pequeño grupo de comarcas ni siquiera ha perdido población: hoy día, la Cantábrica alavesa multiplica por 2,5 su tamaño demográfico de 1860; Mieres (Asturias) lo duplica y Guardo (Palencia) casi lo hace; la Montaña de Luna (León) y Aguilar (Palencia) completan el grupo de comarcas cuya población actual es mayor que la de 1860 (junto al cual se sitúa la comarca cántabra de Pas-Iguña, cuya pérdida ha sido insignificante). La Cantábrica alavesa no sólo burló la despoblación durante la segunda mitad del siglo XX, sino que creció (sobre la base de saldos migratorios positivos y un aumento del número de familias) a una tasa del 4% anual en el periodo crítico de 1950-70, mientras la mayor parte de la montaña española se derrumbaba. También Guardo (como Pas-Iguña) evitó la despoblación en estas décadas críticas. El éxito de largo plazo de Mieres, la Montaña de Luna o Aguilar se basa en mayor medida en su expansión previa a 1950/60 (fase durante la cual también creció mucho la población de la comarca leonesa de Montaña de Riaño), ya que, a partir de entonces, han perdido población. De todos modos, sea cual fuere la senda perseguida para evitar la pérdida poblacional en el largo plazo, la tendencia hacia el envejecimiento y la generación de saldos vegetativos negativos se ha presentado en estas comarcas de manera moderada. Y, en el plano de las densidades, la Cantábrica alavesa roza hoy los 100 habitantes por km², Mieres supera los 70 y ninguna comarca de este selecto grupo es realmente un desierto demográfico.

El balance es bien diferente en gran número de espacios próximos a (o incluso limítrofes con) éstos. Hasta diez comarcas han visto reducida su población a menos de la mitad entre 1860 y 2000, lo cual las sitúa mucho más próximas al universo demográfico de la montaña Interior que al dato agregado de la montaña Norte a que pertenecen. Estas diez comarcas se encuentran muy repartidas a lo largo del espacio: se trata de Sanabria (Zamora), la Montaña lucense, La Cabrera (León), Vegadeo y Belmonte de Miranda (Asturias), Cervera (Palencia), Liébana y Reinosa (Cantabria), Merindades (Burgos) y la Montaña alavesa. La mayoría de ellas ya habían perdido algo de población antes de 1950 y, para muchas, la despoblación que sobrevino a continuación fue tan intensa como la del Sistema Ibérico; por añadidura, las pérdidas poblacionales no se han desacelerado con facilidad a lo

largo de las últimas décadas. En la Montaña lucense, por ejemplo, la despoblación apareció intermitentemente entre 1860 y 1950, para acelerarse en las dos décadas posteriores; pero, justo cuando parecía que había comenzado la fase de desaceleración, la década de 1980 registró las mayores pérdidas de la historia. En estas condiciones, si ya en 1981 había más personas mayores que jóvenes, el índice de envejecimiento supera hoy día el valor 400. Y la crisis es todavía mayor en comarcas como La Cabrera, donde se tienen más de cinco personas mayores por cada joven después de que, entre 1970 y 2000, los movimientos migratorios repuntaran y la despoblación se viera reforzada por unos saldos vegetativos cada vez más negativos. La Cabrera nunca fue una gran concentración demográfica (nunca superó los 13,5 habitantes por km² alcanzados a finales del siglo XIX), pero hoy no pasa de 4 habitantes por km². Los datos generales de la montaña Norte agregan, por tanto, algunos de los éxitos y fracasos más extremos de la historia demográfica de la montaña española.

Una cronología peculiar: el Pirineo

El punto de llegada ha sido el mismo para el Pirineo que para la montaña Norte o el conjunto de la montaña española: el Pirineo también ha perdido entre 1860 y 2000 aproximadamente un tercio de su tamaño demográfico. Lo que resulta peculiar del Pirineo es la cronología del proceso. Durante la segunda mitad del siglo XIX se produjeron ya intensas salidas migratorias que, unidas al cierre de casas enteras y el consiguiente descenso del número de familias, crearon un escenario de despoblación que la mayor parte de comarcas montañosas no conocería hasta después de 1950. La despoblación afectó con particular dureza al Pirineo central; el Valle de Arán (Lérida), por ejemplo, perdió entre 1860 y 1900 más del 40% de su población inicial. Hacia los extremos de la cordillera, la evolución demográfica no fue tan declinante y, de hecho, las comarcas gerundenses de Cerdaña y Ripollés no perdieron población.

En cualquier caso, a la altura de 1950, y después de que la despoblación se hubiera detenido durante la mayor parte de la primera mitad del siglo XX, lo cierto es que la población pirenaica se había reducido en un 13% con respecto a 1860. Ni siquiera el norte del Sistema

Ibérico, que vivía una despoblación secular y a la postre definitiva, llegaba a 1950 con tales pérdidas. Sin embargo, las trayectorias del Pirineo y el Sistema Ibérico se separaron radicalmente en la decisiva segunda mitad del siglo XX. Si el Sistema Ibérico vio agravada su crisis hasta los mayores extremos, el Pirineo fue la zona menos afectada por la despoblación en este periodo, no sólo porque la intensidad migratoria fue menor que en otras zonas de montaña (o, para varias de sus comarcas, menor que durante la segunda mitad del siglo XIX), sino también porque desde la década de 1970 las salidas migratorias fueron perdiendo casi todo su ímpetu, mezclándose además con movimientos de entrada.

Inicialmente, esta fortaleza demográfica se basó en el extremo oriental de la cordillera: Bergadá (Barcelona) y las comarcas gerundenses, que ganaron población en el crítico periodo 1950-70. Más adelante, Cerdaña ha seguido ganando población y otras comarcas han conseguido poner fin al declive: en la década de 1970, Jacetania (Huesca) y el Valle de Arán; en los años 1980, Alto Urgel (Lérida); y, en la década de 1990, Sobrarbe (Huesca) y Pallars-Ribagorza y Solsonés (Lérida). En todos los casos, la nueva expansión demográfica se ha basado en la aparición de saldos migratorios positivos; en el Valle de Arán ya entraban corrientes migratorias cuyo saldo neto anual ascendía a casi el 9 por mil en la década de 1970, valor que se ha triplicado desde entonces. Dada esta trayectoria, y a pesar de sus enormes pérdidas de la segunda mitad del siglo XIX, el Valle de Arán se encuentra hoy cerca de recuperar su tamaño demográfico de 1860 y, además, es la comarca montañosa menos envejecida del país (tan sólo cuenta con 82 personas mayores por cada 100 jóvenes).

Desde luego, no todas las áreas pirenaicas han corrido la misma suerte. En el Pirineo central, las comarcas oscenses de Sobrarbe y Ribagorza, el Pallars-Ribagorza ildense y la Alpina navarra han experimentado un declive muy profundo: su población actual representa el 28-36% del nivel de 1860. Las pérdidas fueron ya claras antes de 1950 y se aceleraron a partir de entonces, dando lugar a un envejecimiento acusado que, junto con la espectacular masculinización de la población soltera (en el Sobrarbe llegó a haber en 1991 más de dos solteros por cada soltera), favoreció a su vez la aparición temprana de saldos vegetativos negativos. Como, además, nunca estuvieron estas

comarcas muy densamente pobladas, hoy día son desiertos demográficos con menos de cinco habitantes por km² (menos de tres en el caso del Sobrarbe). Sin embargo, el Pirineo, aun incorporando estos casos, es la zona que mejor parada ha salido de la segunda mitad del siglo XX y la que con mejores perspectivas demográficas encara los comienzos del siglo XXI: a lo largo de la década de 1990, diez de sus trece comarcas han registrado saldos migratorios positivos y ocho han dejado ya de despoblarse.

La crisis de las crisis: la montaña Interior

Tierras Altas-Valle del Tera es una comarca soriana encuadrada en el norte del Sistema Ibérico que, sin partir de una gran densidad demográfica (unos 16 habitantes por km² en 1860), perdió población ya en algunos momentos del siglo XIX y, sobre todo, en la primera mitad del siglo XX, llegando a 1950 con una pérdida total del 7% respecto a su nivel demográfico de 1860. Esto incluía la emigración de familias completas, y aún así la gran crisis estaba por llegar. En tan sólo dos décadas (1950-70), el número de habitantes descendió de 18.000 a poco más de 8.000. Los movimientos migratorios se ralentizaron a partir de la década de 1970, pero siguieron siendo intensos (en la década de 1980, aún afectaban anualmente al 15 por mil de la población). Además, las migraciones trastornaron la estructura por edades de los pueblos: si ya en 1981 había 178 personas mayores por cada 100 jóvenes, en 2001 la razón ha subido por encima de 500. En estas condiciones, los saldos vegetativos negativos estuvieron presentes desde al menos la década de 1970, llegando en la de 1980 a producir pérdidas anuales superiores al 10 por mil (cuando la media fue de 1,2 por mil). La despoblación podía haberse desacelerado con respecto a 1950-70, pero era la más intensa de toda la montaña española. Los 8.000 habitantes de 1970 se han convertido hoy en 3.000, un 17% del nivel de 1860. Actualmente, Tierras Altas-Valle del Tera no llega a tres habitantes por km² y es la comarca montañosa menos densamente poblada del país.

Lo que ha ocurrido en esta comarca soriana es un caso extremo, impresionante, pero no rocambolesco. La historia es similar en otras partes del Sistema Ibérico. En las vecinas comarcas de la sierra rioja-

na, la despoblación (con un componente familiar destacado) fue incluso más acusada durante la segunda mitad del siglo XIX, y también experimentó una gran aceleración durante la segunda mitad del siglo XX. Las comarcas septentrionales del Sistema Ibérico han perdido el 65% de su población en el largo plazo, y ello a pesar de que la comarca soriana de Pinares creció de manera destacada durante la primera mitad del siglo XX y sólo comenzó a despoblarse (y de manera no muy intensa) a partir de 1960. En las comarcas meridionales del Sistema Ibérico, la pérdida de largo plazo ha sido similar y, además, no existen excepciones claras al declive extremo: en ninguna comarca ha habido pérdidas de largo plazo inferiores al 45% (llegando en el Maestrazgo turolense a casi el 80%). En su caso, la despoblación no arrancó hasta las décadas iniciales del siglo XX, pero la aceleración migratoria, el envejecimiento y la aparición final de saldos vegetativos negativos (todo ello en versión extrema) marcaron la trayectoria de la segunda mitad del siglo XX.

La despoblación del Sistema Central, por su parte, no ha sido secular, ni tampoco tan intensa. Hasta 1950 la población tendió a crecer, y lo hizo a un ritmo ligeramente superior a la media de la montaña. El extremo occidental de la cordillera (Jaraiz de la Vera –Cáceres– y los valles del Bajo Alberche y el Tiétar –Ávila–) realizó una contribución decisiva, contrapesando las ocasionales dificultades demográficas de otras comarcas más próximas a Madrid (Lozoya Somosierra en la propia provincia, Arcos de Jalón –Soria– o la Sierra de Guadalajara). La emigración se aceleró durante el tercer cuarto del siglo XX, dando lugar al inicio de la despoblación, pero posteriormente los saldos terminaron incluso por volverse positivos y la población del Sistema Central aumentó ya a lo largo de la última década. Ahora bien, todo este aumento se ha concentrado en Lozoya Somosierra y la comarca de Segovia, mientras varias comarcas alinean su trayectoria con la del sur del Sistema Ibérico y otras incluso ven agravada en los últimos tiempos su crisis demográfica.

En suma, la gravedad de la crisis es el signo distintivo de la montaña Interior. En la década de 1970, cuando el crecimiento vegetativo aún era positivo en la montaña Norte, el Pirineo o la montaña Sur, en la montaña Interior ya era negativo. Para 1991, todas las comarcas mostraban índices de envejecimiento superiores al simbólico valor

100; en la actualidad, catorce de ellas (sobre un total de veintiséis) presentan índices superiores a 300. La masculinización de la población soltera también es extrema. Además, la desertización demográfica del territorio resulta espectacular: si las densidades de partida ya eran más bajas que en las otras zonas, hoy día caen por debajo de los 8 habitantes por km², menos de una décima parte de la media nacional.

El declive menos pronunciado en el largo plazo: la montaña Sur

Entre 1860 y 1950, la población de la montaña Sur creció de manera notable. Es cierto que algunas comarcas de las sierras penibéticas tuvieron problemas: a la altura de 1950, y tras varias ráfagas migratorias de alta intensidad y generalidad (afectando en ocasiones a familias completas), el Alto Andarax almeriense había perdido más del 20% de su nivel en 1860, y otras comarcas almerienses también llegaron diezadas a esa fecha. Aunque las comarcas penibéticas granadinas mantuvieron su tamaño demográfico (el Valle de Lecrín incluso ganó población en casi un 50%), la montaña penibética en su conjunto no recuperaría ya su techo demográfico de 1887.

Sin embargo, las sierras subbéticas registraron un crecimiento espectacular: los 250.000 habitantes de 1860 se habían convertido en 450.000 a la altura de 1950. Las salidas migratorias no eran intensas y nuevos hogares se formaban cada año (las 75.000 familias de 1887 se convirtieron en más de 100.000 para 1930). Este dinamismo demográfico fue particularmente acentuado en las comarcas jienenses y, durante la primera mitad del siglo XX, también en la Sierra Segura albaceteña. En una de estas comarcas jienenses, la Sierra de Cazorla, la población de 1950 multiplicaba por casi 2,5 su nivel de noventa años antes. En toda la montaña española, sólo Mieres mejoraba ese registro; pero Mieres era un islote de dinamismo dentro de la Cordillera Cantábrica, mientras que la Sierra de Cazorla era la punta de lanza de una expansión demográfica bastante generalizada. Ninguna comarca subbética perdió población entre 1860 y 1950.

Todo cambiaría durante la segunda mitad del siglo XX. En realidad, ya durante la década de 1940 se había registrado una cierta aceleración de las salidas migratorias. La aceleración prosiguió entre 1950 y 1970, y todas las comarcas de la montaña Sur perdieron población de

manera ostensible. No fue una crisis como la de la montaña Interior, pero las pérdidas sí fueron superiores a las de la montaña Norte o el Pirineo. Durante las tres últimas décadas, la emigración y la despoblación han perdido vigor; en el decenio de 1990, tan sólo el Pirineo y el Sistema Central tuvieron mejores resultados demográficos que la montaña Sur. La población incluso ha crecido en el Noroeste murciano, si bien no hasta el punto de poder compensar declives tan pronunciados como los de las sierras albaceteñas. En cualquier caso, los círculos viciosos de la despoblación no se han cerrado con tanta rapidez en la montaña Sur como en otras partes. A la altura de 1991, y al contrario que en las demás zonas, el número de personas mayores aún era inferior al de jóvenes y los nacimientos habían excedido a las defunciones durante los diez años precedentes. Además, no hay casos de desertización extrema y, aunque tres comarcas (las dos albaceteñas y la granadina de Huéscar) caen por debajo de 10 habitantes por km², otras, como la Sierra Sur jienense, se mueven en torno a los 50 (habiendo llegado a superar el umbral de 75 en 1950). En perspectiva de largo plazo, hasta cuatro comarcas (todas ellas subbéticas: Montefrío en Granada, la Sierra Sur y la Sierra de Cazorla en Jaén, y el Noroeste murciano) han ganado población. Es cierto que las sierras penibéticas han perdido el 40% de su población entre 1860 y 2000 (más que la media de la montaña española), pero las comarcas subbéticas apenas han perdido el 6%.

Como resultado, la montaña Sur presenta el mejor balance en el largo plazo, habiendo evitado una despoblación extrema y habiendo retardado y minimizado las manifestaciones complementarias del declive. Sin embargo, la gran reserva demográfica acumulada hasta 1950 es en buena medida responsable de todo ello. La montaña Sur no ha encontrado un camino diferente al del resto de la montaña española: simplemente ha recorrido con mayor lentitud el camino habitual.

¿Por qué han seguido las zonas de montaña ese camino? ¿Cuáles han sido las causas de su crisis demográfica? La historia (económica) que proporciona las respuestas a estas preguntas comienza antes incluso que la propia crisis: arranca a mediados del siglo XIX, cuando la industrialización, un fenómeno llamado a desencadenar vastas transformaciones en el conjunto de la sociedad española, comenzaba a abrirse paso. Los capítulos que siguen intentan contar esa historia.

Capítulo 2

EVOLUCIÓN, PERIFERICIDAD Y DESPOBLACIÓN

¿Cómo estudiar la evolución histórica de las economías de montaña? Siguiendo a Thorstein Veblen, “el proceso de cambio acumulativo que debe explicarse, para los propósitos de la ciencia económica, es la secuencia de cambio en [...] los métodos de manejo de los medios materiales de vida”.¹ Ello implica interpretar la evolución socioeconómica como un proceso de selección a través de cuyos mecanismos las formas económicas mejor adaptadas persisten y se reproducen, mientras las formas peor adaptadas se extinguen.² Desde esta perspectiva, el desenlace central en la historia contemporánea de la montaña ha sido la extinción de la economía campesina y la selección de formas económicas más diversificadas tanto social como productivamente. La despoblación fue el más eficaz de los mecanismos a través de los cuales se consumó este proceso de extinción/selección. Pero, para comprender cómo pudo esto ser así, necesitamos comprender primero cuáles eran las características y modos de funcionamiento de una y otra forma económica.³ Los capítulos 3 y 4 analizan sucesivamente las economías campesinas de montaña y su paulatino proceso de diversificación. Previamente, este segundo capítulo proporciona las concepciones generales que sirven de base al análisis posterior.

EL MERCADO, LA APERTURA Y SUS MATICES

La idea de que, antes de la despoblación masiva, las zonas de montaña desarrollaron una economía autárquica (al menos en lo esencial)

¹ Veblen (1898: 410); estos métodos equivalían al concepto vebleniano de institución económica (Veblen 1898: 412-413).

² Hodgson (1992: 293, 296; 1993a: 136-140).

³ Véase Hodgson (1993a) sobre la distinción entre las aproximaciones filogenética y ontogenética a la evolución. Una sencilla ilustración puede encontrarse ya en Schumpeter (1939: 15-16).

es aún popular en algunos círculos académicos y, desde luego, fuera de ellos. Los campesinos de montaña, se nos dice, desarrollaban una estrategia de autosubsistencia en la que el mercado ocupaba un papel marginal. Las dificultades de comunicación impuestas por la orografía eran en parte responsables, pero en ocasiones se hace referencia también a una supuesta preferencia apriorística de los campesinos por las soluciones no mercantiles. Habría sido precisamente la irrupción del mercado (retratada como fenómeno exógeno en el que el papel de los montañeses se enuncia en voz pasiva) lo que desestabilizó a las comunidades autárquicas, introduciéndolas en un nuevo mundo de precios, beneficios, rentabilidad... Y la montaña, por sus características geográficas, tenía todas las de perder en un mundo regido por tales categorías. Y más si la coerción estatal actuaba, como a veces ocurría, en su contra. De ahí la despoblación.⁴

La concepción autárquica de la economía campesina no es sostenible

El trabajo realizado por los historiadores rurales en el último par de décadas cuestiona seriamente varios puntos de esta visión.⁵ En primer lugar, no ha hecho falta avanzar hasta bien entrado el siglo XX para encontrar una presencia significativa (el adjetivo es aquí la clave) de los mecanismos de mercado en las economías de montaña. En segundo lugar, los habitantes de la montaña desempeñaron un papel activo (y no pasivo) en el proceso de mercantilización: en la persecución de sus objetivos económicos, actuaron selectivamente en diferentes mercados y no mostraron preferencias apriorísticas por evitar el mercado o desarrollar una estrategia basada en el autoconsumo. Finalmente, en tercer lugar, las economías de montaña estaban ya abiertas antes de la

⁴ La principal referencia en este sentido puede haber sido Braudel (1966), que produjo la imagen de una montaña europea autárquica, “fábrica de hombres” para las tierras bajas y sus ciudades. Algunas de las monografías más influyentes acerca de la montaña española retuvieron esta visión autárquica: García Fernández (1975), Daumas (1976), Cabero (1980), Calvo (1977), Violant (1949) y, con importantes matices, Solé (1951).

⁵ En el campo de la geografía, ya el trabajo de Ortega Valcárcel (1974) marcaba ciertas distancias con respecto a las obras citadas en la nota anterior. Lasanta (1989) o Cuesta (2001) han persistido, sin embargo, en el enfoque autárquico.

despoblación, y las relaciones con otros territorios resultaban cruciales para la reproducción de las familias campesinas.⁶

Estas relaciones con otros territorios se derivaban, como en otras partes de la montaña europea, de dos líneas causales.⁷ En primer lugar, las insuficiencias intrínsecas de la vida económica de montaña volvían imprescindibles algunos de estos vínculos. En muchas comarcas, la ganadería era un pilar básico y, sin embargo, las restricciones ecológicas impedían alimentar a los rebaños durante todo el año. La trashumancia fue la más legendaria de las soluciones a este problema, al permitir que los rebaños pastaran durante el invierno fuera de la montaña.⁸ Pero las restricciones ecológicas también imponían la necesidad de establecer otro tipo de contactos mercantiles, por ejemplo para complementar las producciones de los débiles sistemas agrícolas locales. Aun concediendo que los campesinos quisieran ser autárquicos (lo cual no creo cierto), es discutible que pudieran serlo.⁹

Pero, en segundo lugar, también hay que tener en cuenta que la inserción en el mercado y en las relaciones exteriores podía proporcionar mayores niveles de vida que la estrategia autárquica, en particular en aquellas situaciones en las que los principios smithianos de división

⁶ Collantes (2001b; 2001c), donde se defiende extensamente este enfoque frente a otras posibles alternativas. Se trata de premisas claramente insertas, además, en la principal historiografía reciente sobre el sector agrario de la España contemporánea, especialmente Gallego (1998: 15-30) y también Simpson (1997), Gallego (1992; 2001a; 2001b) y Pinilla (2004). Lo mismo cabe decir de la historiografía rural europea, por ejemplo Grigg (1992), Jonsson y Pettersson (1989) o Grantham (2003). Y también en el plano teórico: Chayanov (1924a: 41-42, 117-120, 141, 231-232, 261, 265) o la síntesis de Domínguez (1992).

⁷ En las próximas líneas aplico el esquema de Pollard (1997a: 132).

⁸ De acuerdo con los cálculos de Lasanta (2002: 186) para varios puntos del Pirineo aragonés, en torno al 35-40% de la alimentación del ganado dependía del exterior por la vía del pastoreo trashumante.

⁹ Para el Valle de Arán, cuya deficiente accesibilidad podría inducir a pensar en una mayor viabilidad de la estrategia autárquica, Madoz (1845-50: "Valle de Arán") afirmaba todo lo contrario: que "si alguna vez la desgracia de los habitantes es tal que ni por Viella ni por la Bonaigua [el puerto que comunica el Valle con el resto de Cataluña] pueden pasar sus ganados, la aflicción del país es extraordinaria".

del trabajo, especialización e intercambio fueran aplicables.¹⁰ Los campesinos de montaña no siempre forzaban al máximo sus posibilidades de producir sus propios alimentos porque en ocasiones podía resultar más eficiente especializarse en la actividad ganadera (o en cultivos agrícolas para el comercio fuera de su comarca) y dedicar una parte de los ingresos obtenidos a asegurarse el suministro deseado de alimentos. La especialización sólo podía hacerse plena cuando los costes de acceso a los mercados supracomarcales fuesen reducidos, por lo que, en el caso más común, una cierta orientación especializada se combinaba con una amplia gama de actividades complementarias realizadas por distintos miembros de la familia. Algunas de ellas, como las relacionadas con la explotación forestal (por ejemplo, el comercio fluvial de madera), se desarrollaban en el propio sector agrario.

Pero también las actividades no agrarias de los campesinos podían vincularlos al exterior. Aprovechando los tiempos muertos de su labor agraria, algunos miembros de la familia podían realizar movimientos migratorios estacionales o temporales para trabajar, por poner dos ejemplos, como jornaleros en las explotaciones de las tierras bajas o como miembros del servicio doméstico de las clases urbanas acomodadas. O también podían emplearse en rudimentarias actividades manufactureras que, bajo determinadas circunstancias, podían estar destinadas a mercados exteriores a la comarca.

En suma, el mercado exterior generaba incentivos para que las familias campesinas desarrollaran estrategias reproductivas no autárquicas. La precariedad de los transportes y los métodos de difusión de la información (así como, en algunos casos, de la propia dotación cam-

¹⁰ Smith (1776), Chayanov (1924a: 73). Domínguez (2002b) sostiene, desde una óptica comparativa, que la mercantilización del campesino norteño contribuyó a mejorar su nivel de vida. Quizá debido a la existencia de este tipo de conexión, diversos testimonios de habitantes del Pirineo (por seguir con esta zona de accesibilidad tradicionalmente complicada) reclamaban, en el marco de la crisis agraria de fines del siglo XIX, mejores comunicaciones para dar mayor salida a sus producciones agrarias, aludían a la depreciación del ganado como causa generadora de malestar social o reclamaban una intensificación de la protección arancelaria; *Crisis* (1887-89, II: 173, 363; III: 690, 693; IV: 220, 636-637; V: 197). Testimonios similares para otras comarcas poco accesibles, como algunas de la montaña meridional, en *Crisis* (1887-89, II: 97, 558).

pesina de recursos clave en este sentido como la alfabetización) introducían sin duda numerosas imperfecciones y rigideces en el ensamblaje de este armazón, pero ni mucho menos hasta el punto de autorizarlos a describir los elementos mercantiles como piezas menores de una estrategia por lo demás autárquica. Frente al paradigma de la autarquía, me parece más conveniente adoptar un matizado “paradigma de la mercantilización”.¹¹

Los matices de la mercantilización: apertura sí, pero... ¿desde cuándo?

Cuatro son los matices que deseo introducir en relación a la mercantilización de los campesinos de montaña: (1) los procesos de apertura y mercantilización se fraguaron durante el tramo final del Antiguo Régimen o, en el peor de los casos, con el derrumbe del mismo y consiguiente tránsito hacia a un orden institucional liberal; (2) la mercantilización no era plena, sino que los campesinos combinaban su actividad en la economía de mercado con la obtención de ciertos recursos (en ocasiones decisivos) fuera de los mercados; (3) los resultados económicos logrados por los campesinos mediante la participación en los mercados se encontraban condicionados por una amplia gama de elementos institucionales; y (4) la posición sistémica de las economías de montaña fue una posición periférica y dependiente. Repasemos brevemente cada uno de estos asuntos.

¿Desde cuándo puede considerarse que existía una apertura significativa de las economías campesinas de montaña? Cada vez son más los estudios que encuentran evidencias de apertura y mercantilización en el periodo preindustrial. Así, por ejemplo, las economías campesinas de la Cornisa Cantábrica fueron escenario inicial de la revisión historiográfica del paradigma de la autarquía. Ya antes del final del Antiguo Régimen, los campesinos del norte del país participaban selectivamente en los mercados de bienes y factores, en calidad tanto de oferentes como de demandantes, adaptando sus estrategias familiares de pluriactividad y especialización parcial a las cambiantes condi-

¹¹ Tomo la expresión de Domínguez (1996). Este enfoque es aplicado por el propio Domínguez (1995) a las economías de montaña contemporáneas del arco cantábrico.

ciones de dichos mercados.¹² Casi una década después, esta visión de las economías preindustriales de montaña se encuentra afianzada: también la reproducción económica del Sistema Ibérico o del Pirineo preindustriales parece ahora claramente vinculada a la reproducción de un sistema más amplio. En el caso del Sistema Ibérico, la emergencia de algunos importantes focos manufactureros “protoindustriales” vuelve aún más insostenible cualquier intento de caracterización autárquica. Por no hablar de la evidente necesidad que tanto los ganaderos del Sistema Ibérico como los del Pirineo tenían de obtener en otros territorios una parte significativa del alimento para sus rebaños. O de las redes de movilidad temporal que los campesinos crearon en paralelo a las redes de desplazamiento ganadero trashumante.¹³

En realidad, parece que estos activos campesinos de la montaña española no eran muy diferentes a los campesinos de otras zonas de montaña europeas. Hoy día la balanza historiográfica se ha desequilibrado en sentido contrario al habitual: si los partidarios de la autarquía habían encontrado en las restricciones geográficas del medio montañoso un determinante de la cerrazón al mundo mercantil, el estado actual de nuestros conocimientos tiende más bien a responsabilizar a dichas restricciones de la inviabilidad e insensatez de una estrategia autárquica.¹⁴ Por ello, la integración de las zonas de montaña en un sistema económico más amplio emerge como un fenómeno de largo plazo, no ya previo a la despoblación, sino previo también al propio proceso de industrialización que iba a transformar de manera decisiva dicho sistema económico (y, por extensión, la trayectoria de las comarcas montañosas).

¹² Domínguez (1995; 1996).

¹³ Moreno Fernández (2001a; 2002).

¹⁴ Pollard (1997a) incide en esta perspectiva de la mercantilización y la apertura, si bien su estudio sobre las áreas marginales de Europa (con especial énfasis en las montañas) no incluye a la Europa mediterránea. Casi todos los trabajos recogidos en Albera y Corti (coords.) (2000) sobre la montaña europea (tanto alpina como mediterránea) se orientan en una dirección similar. El importante libro de McNeill (1992) propende quizá hacia una caracterización sesgada de lo que significaba el mercado para los montañeses, pero desde luego no se adhiere a la hipótesis de la autarquía. De hecho, el propio Braudel (1966) incurre en contradicciones internas en dicha adhesión.

En suma, todo apunta a que las economías de montaña se encontraban ya razonablemente abiertas antes de que las reformas liberales puestas en marcha durante la primera mitad del siglo XIX situaran al mercado en una posición central como coordinador de las decisiones productivas de la sociedad. Por supuesto, tanto estas reformas como el posterior proceso de desarrollo económico y expansión de mercados aumentaron el grado de apertura de las economías de montaña, pero me parece discutible que fueran éstos los cambios que introdujeron a la montaña en un sistema económico más amplio. En cualquier caso, y dado el arco temporal escogido, esta cuestión no es central para el desarrollo de los posteriores argumentos. Desde mediados del siglo XIX, cuando arrancó la industrialización del país y comenzó así la cuenta atrás para la despoblación de la montaña, no cabe duda de que ésta se ha encontrado integrada en ese sistema más amplio y su campo de fuerzas polarizadoras y difusoras. Que lo estuviera desde tiempo atrás (como yo intuyo) o sólo desde las reformas liberales es un debate interesante, pero no imprescindible a nuestros efectos.

Combinando la economía de mercado con la “vida material”

Las economías campesinas no eran autárquicas, pero eso no quiere decir que toda su actividad estuviera volcada hacia los mercados extracomarcales. Ni siquiera significa que los mercados abarcaran todas las parcelas de la vida económica de las familias. Esta vida económica se desarrollaba en dos plantas. En la planta baja tenía lugar una “vida material” de la que el mercado se encontraba ausente: las pequeñas parcelas cultivadas para el autoconsumo, la obtención de recursos forestales y alimenticios en los montes comunales, los trabajos domésticos para la reproducción física del hogar... Esta vida material no sólo se desarrollaba en la esfera de los bienes y los servicios: también incluía el recurso sistemático a la mano de obra familiar no remunerada.

Por encima de la vida material transcurrían las aventuras de los campesinos en la planta superior: la economía de mercado.¹⁵ Aquí se

¹⁵ He tomado las metáforas de Braudel (1979).

encontraban las orientaciones especializadas de sus explotaciones agrarias: uno o varios productos agrarios destinados a mercados extracomarcales cuyas coyunturas marcaban el desempeño de las economías campesinas, como también lo hacían las periódicas reestructuraciones de la división espacial del trabajo según unas ventajas comparativas que cambiaban en función de alteraciones sistémicas en la tecnología, el marco institucional o la localización geográfica de los consumidores. A ello habría que añadir la prestación de servicios de transporte y servicios comerciales. Y, además, esta economía de mercado tampoco se desarrollaba exclusivamente en la esfera de los bienes y servicios: las migraciones estacionales y temporales de determinados miembros de la familia campesina suponían su participación en mercados laborales exteriores a la montaña. Los ciclos y tendencias de estos mercados también influían notablemente sobre las opciones estratégicas a disposición de estas economías familiares adaptativas.¹⁶

Así pues, los campesinos se movían con soltura por ambas plantas de la casa: combinaban los recursos obtenidos en el mercado con los obtenidos fuera de él. Ahora bien, los acontecimientos de la planta de arriba estaban expuestos a mayor inestabilidad que los de la planta de abajo: como señalaba Karl Kautsky, el mercado es “más incierto y veleidoso que el tiempo”.¹⁷ Es cierto que la reproducción de la vida material se enfrentaba a la posible amenaza de la sobrecarga ecológica, pero esto era más o menos manejable a escala campesina (ya fuera a nivel familiar o, mediante regulaciones, a nivel comunitario). No puede decirse lo mismo de la multiplicidad de elementos tecnológicos, institucionales y demográficos que podían abrir o cerrar las puertas de los mercados. Por ello, fueron estos cambios en la economía de mercado los que tendieron a determinar las transformaciones de las estrategias campesinas.

Es preciso subrayar que la economía de mercado y la vida material estaban conectadas. No sólo eran fuentes independientes para reunir recursos: la participación de los campesinos en los mercados dependía

¹⁶ Sobre el concepto de economía familiar adaptativa, Wall (2003: 546).

¹⁷ Kautsky (1899: 16).

en muchas ocasiones de su capacidad para obtener algunos recursos fuera de ellos. El caso más claro es el de la especialización agraria, que casi siempre dependió de la utilización generalizada de trabajo familiar no remunerado.¹⁸ En el caso de algunas especializaciones ganaderas, la explotación de los pastos comunales también resultaba central para posteriormente actuar con garantías en la economía de mercado. En suma, los campesinos subían a jugar a la economía de mercado provistos de algunos recursos obtenidos en la planta baja de la vida material. Y en el sentido inverso también podían darse influencias: en algún caso, una intensa pero truncada especialización agrícola pudo llevar al borde de la sobrecarga ecológica, amenazando la propia reproducción de la vida material.

Creo que los proponentes de la autarquía han exagerado el peso de la planta de abajo y, sobre todo, no han percibido que la evolución de las estructuras campesinas tendería a venir marcada por el desenlace de las aventuras en la planta de arriba. Pero la vida material no era un elemento residual. Aunque sólo sea por su papel como suministradora de recursos clave para la actuación de los campesinos en la economía de mercado, la importancia de la vida material es tal que no podemos explicar lo ocurrido a partir de enfoques fundamentados sobre la preconcepción ahistórica de que todos los bienes y factores se encontraban mercantilizados.

Mercado y estructura social de acumulación

El funcionamiento de una economía de mercado es algo más que el funcionamiento de sus diferentes mercados. Analizar una economía de mercado comprende también, en mi opinión, analizar las instituciones que rodean a los mercados y los complementan. Esto no es una proposición normativa (sobre la necesidad de que existan instituciones complementarias al mercado), sino una proposición positiva, histórica: hay una amplia gama de instituciones que, más allá de regular el funcionamiento de los mercados, influyen sobre las posiciones y dotaciones con que los distintos agentes económicos acuden a los mismos, condicio-

¹⁸ Véase Offer (1997: 464), que desarrolla este aspecto en un marco más amplio.

nando por tanto los resultados por ellos obtenidos tras los actos de intercambio. Siguiendo la terminología de la economía política radical, llamaré “estructura social de acumulación” a este marco institucional que rodea al mercado y condiciona la capacidad de los agentes económicos para actuar en él.¹⁹

La participación de los campesinos en la economía de mercado también tenía lugar en el escenario dispuesto por una determinada estructura social de acumulación. Aunque, en último término, los resultados obtenidos por los campesinos en el mercado dependían de los juegos entre la oferta y la demanda, detrás de estos juegos periódicamente resueltos a través de estrategias de optimización individual se encontraban estructuras institucionales no originadas por tales estrategias, sino por inercias históricas y por la capacidad o incapacidad de los distintos grupos sociales para alterar tales inercias.²⁰ La regulación de los mercados agrarios y los montes comunales, la mayor o menor prioridad otorgada a la lucha contra el analfabetismo, la construcción de restricciones sociales al matrimonio campesino o la disolución de las relaciones laborales en un entramado más amplio de relaciones familiares fueron, como se irá examinando más adelante, algunos de los elementos de la estructura social de acumulación en que se movieron los campesinos.

El Estado desempeñaba un papel muy importante, pero no monopolístico, en la configuración de esta estructura social de acumulación. Las comunidades locales encontraron en ocasiones formas de adaptar algunas regulaciones estatales a los intereses de sus grupos dominantes (lo cual no siempre fue una buena noticia para los grupos más desprotegidos).²¹ En otras ocasiones, además, algunos de los asuntos clave

¹⁹ Gordon, Edwards y Reich (1982: 41-45), Bowles y Edwards (1985: 88-90). La importante crítica realizada por Spencer (2000) a esta corriente no engloba, sin embargo, a este concepto. Los regulacionistas franceses, como Boyer (1989: 59-60, 68-69), manejan ideas similares.

²⁰ He adoptado aquí la perspectiva institucionalista-evolucionista de Veblen (1898), Hodgson (1993b; 2003) o North (1994: 359-360).

²¹ Gallego (1998: 17-18) incorpora este tipo de “adaptación política”, gestionada por las elites locales, como uno de los rasgos característicos la España rural contemporánea previa a la Guerra Civil.

quedaban fuera del ámbito natural de regulación estatal y eran fijados en el marco sociocultural de las comunidades locales o incluso a escala familiar. Así, cuando subían a la economía de mercado, los campesinos no siempre estaban jugando en campo ajeno: las comunidades locales influían sobre algunos elementos de la estructura social de acumulación y, por ende, fueron hasta cierto punto capaces de conjugar su apertura a un sistema económico con el mantenimiento de algunos rasgos institucionales propios. Rasgos que se encuentran en el corazón mismo de la sociedad rural tradicional que fue destruida por la despo-lación.

Perifericidad y dependencia

Los flujos de bienes, servicios y factores productivos que conectaban a las zonas de montaña con un sistema más amplio eran, como se ha dicho, esenciales para la reproducción económica de aquéllas. Pero, contempladas desde el punto de vista del sistema, no eran gran cosa. La montaña ocupaba, por lo tanto, una posición periférica en la economía de mercado.²² Además, y como ya se ha señalado, los juegos del intercambio eran inestables. Del modo más imprevisible, los campesinos de la montaña podían encontrarse en problemas para mantener sus posiciones en uno o varios de los mercados en que participaban. O, de manera no menos repentina, podían descubrir con agrado que se abrían puertas que hasta entonces habían estado cerradas o sencillamente no existían. Estos cambios en los mercados se desplegaban al compás del “tiempo del mundo” braudeliano.²³ Las zonas de montaña formaban parte de la economía de mercado, pero no era en ellas donde se originaba ese tiempo del mundo que pautaba las grandes transformaciones de la misma.

²² Evidentemente, no se trataba de una periferia a escala mundial, sino de una periferia interna de la economía europea, española o de la región correspondiente (según los casos); véase Braudel (1979: 49, 235-236).

²³ Braudel (1979). De lo ya señalado se desprende que no compartiría sin embargo la caracterización que este autor hace de la montaña como “zona neutra [...] casi fuera de los intercambios”, como uno de los “innumerables pozos fuera del tiempo del mundo” que perforan incluso a las economías avanzadas (Braudel 1979: 24-25).

Tal es el sentido en el que considero que las economías de montaña eran dependientes. Trasladando al ámbito espacial los conceptos creados por Joseph Schumpeter para el ámbito empresarial, cabe señalar que, de los dos tipos de respuesta posible en la historia económica, las economías de montaña elaboraban en la mayor parte de casos una respuesta meramente adaptativa. La respuesta creativa estaba por lo general fuera de alcance.²⁴ Otros territorios y grupos sociales sí tenían capacidad para intentar marcar el tiempo del mundo y alterar en su favor las restricciones (tecnológicas, institucionales, mercantiles...) que constreñían el resultado de sus estrategias económicas. La montaña y sus campesinos debían tomar como dadas tanto las restricciones como las alteraciones de las restricciones que periódicamente conseguían obrar otros grupos sociales en otros territorios. Y, a partir de ahí, debían adaptarse.

Perifericidad y dependencia eran pues rasgos esenciales de la participación de las economías de montaña en un sistema más amplio, pero conviene desdramatizar ambos términos. Ambos fueron creados como herramienta de análisis del subdesarrollo, y en muchos casos han sido utilizados como prelude al excesivo argumento de que la salida del atraso sólo era posible tras una ruptura previa con el capitalismo y sus polarizadoras relaciones económicas internacionales. No utilizo los conceptos de perifericidad y dependencia como ilustración de los males que la integración en el mercado deparó a las economías de montaña. Tampoco derivaré de ellos en el epílogo una adhesión a la retórica del desarrollo rural endógeno (cuyas raíces se hunden igualmente en la economía del desarrollo).²⁵ La economía de mercado tenía sus riesgos, sus inestabilidades, sus dependencias para los campesinos de montaña, pero aún peor para ellos era verse desplazados de la misma y obligados a descender a la mediocridad de su vida material. Teniendo esto claro, tampoco creo que deba idealizarse lo que signifi-

²⁴ Schumpeter (1939: 81-82; 1947: 149-151).

²⁵ Una precoz, y lúcida, reflexión sobre cómo “la autonomía de una comarca en desarrollo se basa [...] en la relación con el exterior” en un contexto en el que la comarca “no controla los datos fundamentales de su situación”, en Pérez Díaz (1965: 233-243). Sobre la evolución histórica del concepto de desarrollo rural y sus vínculos con la economía del desarrollo, Ceña (1995).

ca participar en mercados (como los proponentes de la autarquía han idealizado a menudo el supuesto proto-anticapitalismo de los campesinos) y camuflar las evidentes asimetrías y jerarquizaciones que estaban implícitas en tal estrategia (sin perjuicio de que otras estrategias pudieran, y puedan, generar también sus propias asimetrías y jerarquizaciones).

¿Cuándo se convirtieron en periféricas las economías de montaña? ¿Lo fueron desde el momento mismo de su incorporación al sistema de división espacial del trabajo? ¿Pasaron a serlo con posterioridad? Si es así, ¿cuándo? En la medida en que no he cerrado el debate sobre el momento de la incorporación, tampoco tendría mucho sentido aspirar a dejar estas otras preguntas contestadas de manera supuestamente definitiva. Es probable que, en el tramo final del Antiguo Régimen, algunas economías de montaña pudieran ser menos periféricas de lo común. Esto también ocurría en otras partes de Europa, básicamente allí donde se había instalado un extraordinario propulsor del cambio económico en la Europa tardofeudal, la manufactura rural dispersa. Algunas características de las economías de montaña han sido señaladas para explicar por qué estas manufacturas rurales tendieron a concentrarse en ellas: la disponibilidad de mano de obra (ante la presencia de largos tiempos muertos en la explotación agraria como consecuencia de los efectos de la geografía sobre el periodo vegetativo), el acceso a la energía hidráulica de los ríos (en un escenario energético aún dominado por las fuentes orgánicas), la propia pobreza agrícola del territorio (que incentivaría una división del trabajo con áreas más fértiles)... Sea como fuere, lo cierto es que varias zonas de montaña consiguieron ocupar una posición menos periférica de lo que quizá podríamos pensar de manera intuitiva. Pero tampoco hay que olvidar que fueron muchas las zonas de montaña (tanto en España como en Europa) en las que no emergió una actividad manufacturera de tanta envergadura y cuya densidad económica en relación al flujo agregado de la economía de mercado era francamente débil.

Por ello, me inclino a pensar que no existe una respuesta contundente y genérica en relación al grado de perifericidad de estas áreas antes de la industrialización. De nuevo, sin embargo, no necesitamos alcanzar tal respuesta para seguir adelante. La industrialización de la economía española iba a abrir una fase en la que la perifericidad era y

es evidente. Y aquí, además, se encuentran las raíces del declive demográfico, incluso aunque la despoblación tardara casi un siglo en manifestarse. Ahora bien, sería un error pensar que la industrialización sólo generó efectos de periferización. En el próximo apartado sitúo la periferización y la despoblación como elementos de un cuadro más amplio, el de las transformaciones inducidas por la industrialización. O, dicho de otro modo, el cuadro de las respuestas adaptativas registradas en la montaña ante cambios creativos originados en otras partes.

LA INDUSTRIALIZACIÓN Y SUS TENSIONES

El desarrollo de la industrialización generó en España, como en el resto de países europeos, vastas transformaciones en todos los órdenes de la vida social y económica. El arranque del proceso se sitúa convencionalmente en la parte central del siglo XIX, derribados ya los fundamentos del Antiguo Régimen y consolidado un orden institucional liberal. La industrialización española formaba parte de un único proceso desplegado a lo largo del espacio: la industrialización de la economía europea, que comenzó en Gran Bretaña durante la segunda mitad del siglo XVIII y fue posteriormente difundiéndose a otros países de la parte noroccidental del continente como Francia, Holanda, Bélgica, Suiza o Alemania. La periferia mediterránea y oriental de Europa no quedó excluida de estas transformaciones, pero se industrializó con mayor lentitud. En realidad, los cambios estructurales habitualmente asociados a la industrialización no culminaron en la mayor parte de estos países hasta después de la Segunda Guerra Mundial.²⁶

España, como integrante de este último grupo de países, registró el arranque de su industrialización en la parte central del siglo XIX.

²⁶ Pollard (1981); véanse también Berend y Ranki (1982) sobre esta periferia europea durante el siglo XIX, y Catalán (1999) a más largo plazo. El atraso español en el contexto europeo ha sido el nudo central de nuestra historiografía económica; Nadal (1975), Prados de la Escosura (1988), Tortella (1994) y Carreras y Tafunell (2004) son tan sólo algunas de las muestras más distinguidas.

Durante la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del XX, se produjo desarrollo económico y cambio estructural, pero a un ritmo pausado. Y, tras el parón de la Guerra Civil, la férrea autarquía de la década de 1940 se saldó con resultados económicos muy negativos. Así, el periodo 1850-1950 fue para la economía española una fase de crecimiento y cambio estructural indudables, pero el ritmo de las transformaciones fue lento y la brecha que separaba a España del núcleo de la industrialización europea tendió a ensancharse. Más adelante, durante el tercer cuarto del siglo XX y en el marco de la “edad dorada” del capitalismo occidental, España registró, como otros países de la periferia europea, un crecimiento acelerado (que no tenía precedentes siquiera remotos)²⁷ y culminó la mayor parte de sus cambios estructurales.

Por añadidura, la industrialización no sólo transcurrió de manera pausada, sino que además se abrió paso de manera muy desigual en nuestra geografía: fue un fenómeno polarizado desde el punto de vista regional.²⁸ A la altura de 1900, una vez atravesada la primera etapa del proceso, Cataluña y el País Vasco concentraban una proporción del producto industrial del país muy superior a su peso demográfico o superficial. En una segunda etapa, correspondiente al primer tercio del siglo XX, algunas otras regiones, como la Comunidad Valenciana, Madrid, La Rioja, Asturias o Cantabria, consolidaron también sus bases industriales. Aún hoy son visibles buena parte de las disparidades económicas generadas durante estas etapas de arranque y consolidación de la industrialización española.²⁹

²⁷ Los trabajos recogidos en Comín, Hernández y Llopis (eds.) (2002) proporcionan la más actualizada visión de las principales fases evolutivas de la economía española.

²⁸ Germán (1995). La reivindicación más vigorosa de la industrialización como fenómeno regional, en Pollard (1981: 14-15).

²⁹ El libro de Germán, Llopis, Maluquer de Motes y Zapata (eds.) (2001) contiene estudios monográficos sobre la historia económica de las actuales Comunidades Autónomas. Domínguez (2002a) proporciona una perspectiva sintética de largo plazo sobre las disparidades regionales y sus causas; véase también Rosés (2003) sobre el siglo XIX. Erdozáin y Mikelarena (1999: 105-108, 110-111), proporcionan una visión provincial del proceso de desagrarización ocupacional entre 1877 y 1991.

Tanto el ritmo general de la industrialización española como sus particularidades regionales tendrían una influencia determinante y primordial sobre la trayectoria demográfica de las economías de montaña. Una vez creadas, las disparidades espaciales tendían a retroalimentarse: si el éxito llamaba al éxito, entonces el fracaso también llamaba al fracaso.³⁰ Pero existían igualmente fuerzas que tendían a difundir el desarrollo desde los polos hacia las periferias. La industrialización generaba así una tensión continua entre efectos de polarización y efectos de difusión.³¹ Desde la perspectiva de las comarcas de montaña, ésta era la tensión entre efectos que tendían a incrementar su perifericidad y efectos que tendían a disminuirla. A su vez, podemos distinguir entre las consecuencias productivas y las consecuencias demográficas de esta tensión (cuadro 2.1).

Cuadro 2.1. El desarrollo económico y sus tensiones

	<i>Efecto de polarización</i>	<i>Efecto de difusión</i>
<i>Esfera productiva</i>	Destrucción de actividades económicas "tradicionales"	Nuevas oportunidades en el sector agrario y fuera de él
<i>Esfera demográfica</i>	Emigración masiva y despoblación	Pautas residenciales post-industriales

Las tensiones en la esfera productiva

En el plano productivo se desplegaban las ya conocidas inestabilidades de los juegos del intercambio. La industrialización destruyó algunos elementos que tradicionalmente habían formado parte del modelo económico de la montaña. Quizá el caso más impactante fue el hundimiento de la manufactura protoindustrial, incapaz de competir con la pujante industria fabril radicada en los focos de la industrialización. La emergencia de esta industria fabril marcaba las nuevas condiciones tecnológicas e institucionales en que se moverían los correspondientes sectores, transmitiendo el tiempo del mundo a las desplazadas

³⁰ Marshall (1890: 226-227), Krugman (1992: 42-44).

³¹ Hirschman (1958), Myrdal (1957), Perroux (1964).

manufacturas rurales. La mejora de los transportes y la creciente integración del mercado nacional aceleraban la rapidez de la transmisión, intensificando la potencia del efecto polarizador. Aquellos juegos de intercambio locales que dependieran de la protección natural otorgada por las condiciones geográficas de la montaña iban a verse cada vez más amenazados. Así ocurrió, por ejemplo, con muchas de las producciones agrícolas de bajo rendimiento que se vendían en los mercados comarcales.

Junto a estos efectos de polarización, sin embargo, se daban también efectos de difusión. El éxito de la industrialización en otros lugares expandía sus mercados y creaba nuevas oportunidades de comercio. Dado que la industrialización y la urbanización fueron procesos paralelos, la mayor parte de estas nuevas oportunidades estaban vinculadas a la expansión de los mercados urbanos. En particular, el crecimiento de la demanda urbana de productos agrarios podía tener efectos positivos sobre la dinámica de las explotaciones campesinas de la montaña. Dando la razón a Adam Smith, la ganancia de la ciudad no tenía por qué significar la pérdida del campo.³² Ahora bien, la difusión del desarrollo no era inmediata: estaba condicionada a que las explotaciones campesinas pudieran producir lo que se demandaba y pudieran hacerlo en condiciones competitivas de costes (incluyendo los costes de transporte). Por ello, la dotación ecológica y la posición geográfica real (esto es: incorporando el acceso a la red de transportes) condicionaban seriamente las posibilidades de las economías de montaña para aprovechar estos efectos de difusión.

Con todo, es difícil encontrar una sola región de montaña en la que el crecimiento de la demanda urbana de productos agrarios no terminara generando algún que otro efecto de difusión, siquiera indirecto. En la Cordillera Cantábrica, las explotaciones campesinas pudieron adoptar una mayor especialización ganadera. En la montaña meridional, la dirección de la especialización fue la opuesta: se profundizó la

³² Smith (1776: 483); también Marshall (1890: 141-142) o Kautsky (1899: 270-271). Como recoge Grigg (1992: 8, 64-66), se trataba de un efecto habitual en el sector agrario de la Europa en proceso de industrialización; véase también Grantham (1999: 38).

vertiente agrícola. Incluso en el Pirineo, cuya economía agraria tradicional fue rápidamente puesta en jaque por la industrialización (por ejemplo a través del declive de la trashumancia), hubo efectos difusores indirectos, como la recría de ganado equino para su posterior uso en las regiones agrarias que estaban abasteciendo directamente a los dinámicos mercados urbanos.

Pero, además, la industrialización expandía los mercados de productos no agrarios, y la montaña podía contar con ventajas comparativas o absolutas para algunos de ellos. El ejemplo más temprano fue quizá el del carbón, un recurso repentinamente puesto en valor por el paso a una economía basada en fuentes energéticas inorgánicas (acaso la ruptura decisiva de la industrialización). La extracción de ese carbón alteró profundamente la vida económica de varias comarcas de montaña, reduciendo su grado de perifericidad. Incluso terminaron por manifestarse efectos de difusión en el sector manufacturero, uno de los que con mayor claridad quedaban en principio fuera del alcance de las economías de montaña en los inicios de la industrialización. La dotación de recursos estratégicos pudo ser importante para este desenlace, pero no menos terminó siéndolo también la pertenencia a ambientes regionales con suficiente capacidad propagadora. Satisfecha esa restricción, el crecimiento industrial experimentado por un reducido número de comarcas de montaña ha llegado a ser espectacular para los estándares rurales.

Estas tensiones de polarización y difusión se encontraban, claro está, sujetas a las constantes variaciones e inestabilidades propias de los juegos del intercambio. El tirón ejercido por la demanda urbana, por ejemplo, no siempre era uniforme y, sobre todo, no siempre tenía la misma importancia relativa dentro del conjunto de transacciones de la economía de mercado. Así, el desarrollo de la industrialización iba restando importancia relativa a la demanda urbana de productos agropecuarios, incluso aunque esta demanda siguiera creciendo en términos absolutos. Además, cada nueva etapa del proceso podía alterar los condicionantes tecnológicos e institucionales de la división espacial del trabajo. Por ejemplo, la ganadería de montaña entró en el último tercio del siglo XX en un declive relativo (no absoluto) que tiene que ver con su lento tránsito hacia una ganadería "industrial" relativamente desvinculada de los recursos naturales y, por extensión, con la anu-

lación de su original ventaja comparativa derivada de la dotación ecológica. Qué decir, por su parte, de la crisis estructural vivida por la minería del carbón más o menos por las mismas fechas. No es menos cierto que tales fueron también las fechas de una oleada distinta de efectos de difusión: los efectos generados por una sociedad casi plenamente urbanizada que encuentra en el medio rural un espacio atractivo para el turismo, el ocio o incluso la residencia temporal. Ahora bien, la dotación natural y la posición geográfica iban ahora también a condicionar la capacidad de las distintas áreas de montaña para beneficiarse de estas nuevas demandas de la sociedad urbana y elaborar su respuesta adaptativa.

¿Cuál fue el balance neto de esta tensión, en la esfera productiva, entre polarización y difusión? En el largo plazo, no cabe duda de que las economías de montaña son hoy más periféricas que en 1850. Su participación en los flujos de la economía de mercado representa hoy un porcentaje menor sobre el total nacional (por poner una referencia) que hace siglo y medio. Sin embargo, las economías campesinas de montaña no se vieron destruidas por el supuesto predominio en la esfera productiva de los efectos de polarización sobre los efectos de difusión. En términos estructurales, la creación de nuevas oportunidades de comercio (en particular con las ciudades en expansión) pudo ser tan importante como (o incluso más que) la destrucción de elementos tradicionales del modelo económico de la montaña.

Lógicamente, esto no se cumplió para todas las comarcas por separado, ni tampoco para todas las explotaciones campesinas. Hubo importantes crisis, tanto estructurales como coyunturales, que mostraron a los campesinos la cara más amarga de la incesante e inestable evolución de la economía de mercado. Hubo comarcas enteras que, incapaces de beneficiarse de las nuevas oportunidades tan desigualmente introducidas por la industrialización, quedaron sumidas en crisis que se revelarían terminales. Pero también hubo un número significativo de comarcas cuyos habitantes sí accedieron a oportunidades económicas que de otro modo habrían sido impensables. En mi opinión, lo que destruyó a las economías campesinas no fue un supuesto predominio de los efectos de polarización en la esfera productiva, sino su abrumador predominio en la esfera demográfica.

Las tensiones en la esfera demográfica

El desarrollo de la industrialización expandía la demanda urbana de gran número de mercancías. En la medida en que algunas zonas de montaña pudieran beneficiarse de ello, su tamaño demográfico tendería a verse afianzado o incluso aumentado. Sin embargo, la gran restricción que en el largo plazo pesaba sobre el tamaño demográfico de la montaña venía dada por el hecho de que la industrialización no sólo expandía la demanda urbana de carne, aceite o carbón: expandía igualmente la demanda urbana de trabajadores. Y ésta también era una demanda que los habitantes de la montaña estaban dispuestos a cubrir.³³

A largo plazo, el principal problema que planteaba la industrialización a la generalidad de las economías de montaña no era su efecto polarizador directo, sino la altura a la que acabaría situando el estándar aceptable de calidad de vida. Ya Sombart hablaba de la “norma de bienestar” urbana que “irresistiblemente, penetra hasta los más altos valles de los Alpes”.³⁴ Como iremos viendo, las ciudades ofrecían mejores perspectivas económicas (como consecuencia de su mayor vinculación a los sectores dinámicos de alta productividad) y un mejor acceso a diversos equipamientos y servicios que, poco a poco, fueron haciéndose sitio en el canon social de calidad de vida de todo el país. Ambos atractivos de la ciudad se derivaban (directamente en el caso del primero; indirectamente en el del segundo) de su posición central en la economía de mercado, pero, precisamente por ello, no eran incompatibles con la propagación de efectos difusores hacia las zonas de montaña. Así pues, podía darse el caso de que las economías campesinas se encaminaran hacia su desaparición como tales en razón del deterioro de los niveles de bienestar relativo de sus habitantes (y de las consecuencias del mismo sobre su propensión migratoria), y no tanto por una crisis estricta en su modalidad de inserción en la división del

³³ Véase Pollard (1981: 30) sobre este tipo de relaciones contrapuestas entre un núcleo industrial y su medio rural circundante.

³⁴ Sombart (1927, I: 370).

trabajo.³⁵ A nivel agregado (y sin perjuicio de los matices que después irán proponiéndose), esto es de hecho lo que tendió a ocurrir: la despoblación se convirtió así en el principal mecanismo a través del cual las formas campesinas quedaron apartadas del proceso selectivo de evolución económica.

Sin embargo, así como el desarrollo económico iba a restringir tarde o temprano las posibilidades de la montaña de retener sus volúmenes poblacionales preindustriales, también iba a terminar generando efectos de difusión en el plano demográfico. Al contrario de lo que ocurre en la esfera productiva, donde se suceden indistintamente ráfagas de polarización y difusión, los efectos de difusión demográfica se han hecho notar sólo después de manifestada la despoblación rural. Estos efectos tienen que ver con la difusión de pautas residenciales "post-industriales". La proliferación de residencias secundarias y la intensidad de algunas corrientes de inmigración temporal han contribuir a redefinir el papel de los espacios montañosos en una sociedad crecientemente urbanizada y que ya ha completado el grueso de los cambios estructurales que acompañan a la industrialización.³⁶ Aunque este tipo de pautas residenciales (que comparten causalidad con el desarrollo del sector turístico rural) no son exclusivas de las últimas décadas, sólo ahora, tras la industrialización y la despoblación rural, han podido alcanzar dimensiones significativas.

Las nuevas pautas post-industriales son sólo uno de los numerosos aspectos en los cuales las economías de montaña son hoy bien distintas de las de 1850 o 1950. En el próximo apartado sostengo que los cambios acontecidos han tendido a simplificar el complejo modelo reproductivo original de la montaña, pese a lo cual la complejidad es aún notable en comparación con el estándar urbano (y, por añadidura, de la sociedad en su conjunto).

³⁵ Esto contradice hasta cierto punto a Chayanov (1924b: 25-28), que tendía a restringir los nexos entre economía campesina y economía capitalista (en el sentido más estricto) a las categorías económicas compartidas por ambas (por ejemplo, el precio de las mercancías).

³⁶ Una nota bibliográfica sobre el papel de las áreas rurales en la sociedad post-industrial, en Camarero (1993: 20-23); véase también Paniagua (1997: 983-992).

MODELOS CAMBIANTES DE REPRODUCCIÓN ECONÓMICA

Si comparamos la estrategia económica de las familias campesinas con la estrategia de los ciudadanos urbanos del presente, la primera parece más compleja. Los ciudadanos urbanos de la actualidad tendemos a basar nuestra estrategia en la participación en un determinado mercado laboral, hasta el punto de que, en el caso de los contratos laborales permanentes, la propia necesidad de una estrategia económica llega a desaparecer. Incluso los pequeños empresarios y los trabajadores autónomos de nuestros días comparten por lo general una característica con los asalariados: su estrategia económica se despliega sobre un único campo, en su caso el mercado de los bienes y servicios por ellos producidos. Estamos acostumbrados a estrategias individuales sencillas, al menos en el sentido de que no suelen abarcar varios campos de actuación.

Las complejidades de la reproducción campesina

El modelo reproductivo de las economías campesinas de montaña era bastante más complejo. Como ya sabemos, las familias campesinas combinaban varias formas de obtención de recursos: participaban en diferentes mercados de bienes y servicios y en diferentes mercados laborales, y además podían recurrir a la producción directa de valores de uso. ¿Por qué esta complejidad? Adam Smith sostenía que la pluriactividad era propia de países poco desarrollados en los que el tamaño del mercado no era suficiente para incentivar un mayor grado de división del trabajo y especialización.³⁷ Creo, en efecto, que la pluriactividad era el reflejo simétrico de las restricciones que frenaban la especialización. El razonamiento puede aplicarse a fuentes de recursos como las migraciones temporales o la oferta de servicios de transporte, pero parece particularmente claro en el caso de las explotaciones

³⁷ Smith (1776: 35, 176). Grigg (1992: 6) aplica esta idea a la historia agraria del mundo occidental; véase también Carmona y Simpson (2003: 308). Erdozain y Mikelarena (1996: 110-113) y Moll y Mikelarena (1993: 38) sintetizan algunas de las actividades complementarias del campesinado en diferentes partes de España.

agrarias. La especialización de éstas requería la existencia de mercados agrarios densos y la capacidad por parte de los campesinos para acceder a los mismos.³⁸ Los costes de transporte podían restringir seriamente tal acceso, como también podían hacerlo los costes de transacción, en particular aquellos relacionados con las asimetrías informativas y el consiguiente establecimiento de redes comerciales más o menos estables.³⁹ Los campesinos no estaban apriorísticamente en contra de la especialización, pero las ventajas debían ser suficientemente claras para compensar los riesgos asumidos.⁴⁰

Desde mediados del siglo XIX, algunas de las restricciones a la especialización fueron relajándose. La industrialización y la urbanización aumentaron el tamaño de los mercados de productos agrarios. Además, el tendido de la red ferroviaria rebajó algunos costes de transporte y abrió posibilidades de división espacial del trabajo hasta entonces inexistentes.⁴¹ Por añadidura, la proximidad a algunos de los principales mercados o rutas mercantiles podía limar las fricciones informativas. Ello pudo hacer que, en varias comarcas de montaña, los campesinos confirieran una orientación más especializada a sus explotaciones. No necesariamente renunciaban al resto de fuentes de recursos, pero su esquema reproductivo tendía a simplificarse. Sin embargo, estos cambios se distribuyeron de manera muy desigual entre las distintas comarcas. El acceso a los nuevos medios de transporte, por ejemplo, afectó sobre todo a comarcas dotadas de algún recurso estratégico (como el carbón) o interpuestas entre dos focos económicos con importantes relaciones entre sí; era, por tanto, más una cuestión de azar que de dinámica campesina.⁴² Además, las ventajas comparativas eran

³⁸ Aplicando el tratamiento de Mill (1871: 135), que a su vez desarrolla la idea smithiana de que “la división del trabajo está limitada por la extensión del mercado” (Smith 1776: 49).

³⁹ Véase, para el conjunto de la agricultura española, Carmona y Simpson (2003: 19, 32, 51, 305-306). Pollard (1997a: 61-63, 261) subraya la especial incidencia de este problema en las áreas marginales europeas.

⁴⁰ Vries (2003: 174).

⁴¹ Los efectos positivos del desarrollo de las comunicaciones sobre la especialización de las explotaciones agrarias ya habían sido destacados por Kautsky (1899: 271).

⁴² Collantes (2002) se centra en la influencia de las infraestructuras de transporte sobre la evolución económica de las comarcas montañosas.

periódicamente redefinidas, por lo que la propia falta de competitividad podía terminar restringiendo las posibilidades de especialización.

Una segunda vía de simplificación del modelo reproductivo vino dada por la aparición de elementos económicos ajenos a la sociedad campesina. En general, se trataba de empresas mineras o manufactureras que empleaban mano de obra asalariada y explotaban algún recurso estratégico de la montaña o aprovechaban algún otro tipo de ventaja locacional. Estas empresas podían, además, alterar la estructura social de acumulación de las economías de montaña, introduciendo elementos inmunes a la capacidad mediatizadora de las comunidades locales. Los salarios pagados por estas empresas sirvieron en ocasiones para reforzar la estrategia campesina de pluriactividad, añadiendo una nueva fuente de recursos. En otras ocasiones, sin embargo, contribuyeron a consolidar espacios económicos de reproducción simplificada, basada en la actuación exclusiva en un solo mercado (en este caso, el mercado laboral). Es por ello que introdujeron una segunda vía de simplificación de lo que en principio era un complejo esquema reproductivo para las economías de montaña.

Cuadro 2.2.
Porcentaje de ocupados en el sector primario

	1860	1887	1960	1981	1991	2001
Total montaña	79	85	82	41	28	16
España no montañosa	65	67	36	14	9	6
<i>Norte</i>	83	89	83	42	29	15
<i>Pirineo</i>	73	77	68	21	14	9
<i>Interior</i>	74	83	85	41	27	15
<i>Sur</i>	77	83	84	55	39	25
Galaico-castellana	86	90	92	53	35	14
Astur-leonesa	82	89	78	37	27	16
Cantábrica oriental	78	86	81	34	24	13
Pirineo navarro-aragonés	74	81	81	23	17	10
Pirineo catalán	71	73	55	18	12	7
Ibérica norte	66	81	84	36	22	14
Central	75	83	83	39	24	13
Ibérica sur	75	83	88	47	34	19
Subbética	78	84	82	53	40	27
Penibética	76	82	88	59	38	21

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1892), CPDES (1963), INE (1962; 1966a; 1985a; 1994) y www.ine.es (Censo de Población de 2001). Elaboración propia.

Sin embargo, y a pesar de las matizaciones efectuadas, las complejidades de la reproducción campesina siguieron marcando la vida económica de la mayor parte de la montaña española hasta bien entrado el siglo XX. A la altura de 1960, el porcentaje de ocupados en el sector agrario permanecía en niveles similares a los de la segunda mitad del siglo XIX: un 75-85% de la población activa estaba censada como población agraria (cuadro 2.2). De manera razonable, se han suscitado dudas acerca de lo que miden y no miden las cifras de empleo agrario de los censos modernos. Estas cifras inducen a sobreestimar el número total de horas trabajadas en labores agropecuarias, ya que una parte del trabajo de estos activos agrarios se desarrollaba en tareas que en rigor corresponderían a los sectores secundario o terciario, tales como manufacturas domésticas, servicios de transporte y comercio, producción de bienes intermedios para su uso en la explotación agraria, pequeña transformación de las producciones de dicha explotación...⁴³ Pero, precisamente por ello, estas cifras de empleo agrario son idóneas para medir la extensión del campesinado y su compleja pauta de reproducción económica.

Así pues, las economías y sociedades de montaña fueron eminentemente campesinas hasta el desencadenamiento de la despoblación generalizada. Durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX, el número de campesinos se mantuvo más o menos constante (cuadro 2.3). En algunas zonas de expansión demográfica notable, como las sierras subbéticas, el campesinado creció en términos absolutos. En las zonas que ya comenzaron a perder población durante esta larga fase, como el Pirineo y el Sistema Ibérico, los campesinos y sus familias constituían la base social de las salidas migratorias, pero, incluso en estos casos, la economía que los emigrantes dejaban atrás seguía siendo una economía campesina.

⁴³ Por ejemplo, Carmona y Simpson (2003: 92, 114) para el caso español, y Pollard (1981: 89) o Cipolla (1974: 86) en perspectiva general. Un análisis pormenorizado sobre el tema en relación a los censos de población españoles, en Erdozain y Mikelarena (1999: 97-100); desde otra óptica, véase también Pujol (2002: 214).

Cuadro 2.3.
**Variación de la población ocupada en el sector primario
y el número de explotaciones**

	Población ocupada en el sector primario				Índice 2001, 1960=100	Número de explotaciones, 1999 1962=100
	Tasa de variación media anual					
	1887- 1960	1960- 1981	1981- 1991	1991- 2001		
Total montaña	0,0	-5,9	-4,7	-5,0	10	49
España no montañosa	0,0	-4,7	-2,6	-1,6	24	61
<i>Norte</i>	0,1	-5,9	-5,3	-6,8	8	44
<i>Pirineo</i>	-0,2	-6,2	-4,0	-3,6	12	31
<i>Interior</i>	-0,1	-6,3	-5,1	-4,4	10	37
<i>Sur</i>	0,3	-5,3	-3,6	-3,2	16	79
Galaico-castellana	0,1	-4,3	-6,8	-9,6	7	59
Astur-leonesa	0,1	-6,9	-4,2	-5,6	8	34
Cantábrica oriental	0,0	-6,9	-3,8	-4,6	9	34
Pirineo navarro-aragonés	-0,2	-6,8	-3,6	-3,8	11	39
Pirineo catalán	-0,3	-5,5	-4,5	-3,4	14	23
Ibérica norte	-0,2	-6,6	-5,8	-4,1	9	20
Central	0,1	-6,0	-5,3	-3,6	11	46
Ibérica sur	-0,2	-6,6	-4,6	-5,5	8	35
Subbética	0,4	-5,6	-3,1	-2,7	17	85
Penibética	0,0	-4,8	-4,6	-4,4	14	67

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1892), CPDES (1963), INE (1962; 1966a; 1985a; 1994) y www.ine.es (Censo de Población de 2001 y Censo Agrario de 1999). Elaboración propia.

Por supuesto, había excepciones, comarcas que llegaron a la parte central del siglo XX con un grado de diversificación económica importante. Casi todas ellas se localizaban en la montaña Norte y el Pirineo. En torno a 1960, hasta el 35-45% de las familias estaban desvinculadas de la vida campesina en comarcas como Mieres (Asturias), Guardo (Palencia), la Cantábrica alavesa o la Jacetania (Huesca). El Pirineo catalán en su conjunto se movía en tales registros, siendo el único agregado comarcal en el que la descampesinización había llegado a extremos significativos para mediados del siglo XX; en alguna de sus comarcas, como el Ripollés (Gerona), el campesinado era ya en 1960 minoritario en términos numéricos. En la montaña Sur, en cambio, el campesinado mantenía un predominio abrumador, como también lo hacía en casi toda la montaña Interior (con las únicas excepciones de Pinares –Soria– y la comarca de Segovia). Como argumentaré más

adelante, el grado en que las distintas economías de montaña hubieran ido diversificándose entre 1860 y 1950 resultó ser decisivo de cara a su posterior trayectoria demográfica, en particular durante el crítico periodo 1950-1970.

La despoblación sería, precisamente, la gran responsable del final de las economías campesinas como tales. Familias enteras cerraron sus explotaciones agrarias y dejaron atrás la montaña. Hoy día quedan abiertas menos de la mitad de las explotaciones que llegaron a existir en la década de 1960. En las comarcas septentrionales del Sistema Ibérico, donde tan intensa ha sido la despoblación, ha desaparecido hasta el 80% de las explotaciones (casi lo mismo ha ocurrido en el Pirineo catalán, pero allí como consecuencia del trasvase de mano de obra hacia otros sectores). A ello se sumaron los movimientos migratorios individuales, en muchos casos acometidos también por personas vinculadas al sector agrario. El resultado ha sido un espectacular descenso del número de ocupados agrarios, quizá reducido a un 10% de lo que fue a mediados del siglo XX. Sumando a esto la aparición de oportunidades laborales en los otros sectores de actividad, no es sorprendente que el sector agrario dejara de ser el empleador principal durante la década de 1980. A la altura de 1981, el sector agrario de la cordillera pirenaica (la zona en la que con mayor fuerza se venía produciendo el proceso de diversificación ocupacional) concentraba ya tan sólo el 21% del empleo y era una rama de actividad minoritaria. Tal cosa ocurría ya diez años más tarde en la montaña Norte y la montaña Interior. Y, finalmente, ocurre ya en la actualidad incluso en la montaña Sur, donde el abandono de explotaciones no ha sido tan intenso (sólo ha desaparecido el 20% de las explotaciones de 1962) y tampoco han aparecido con tanta facilidad alternativas productivas al sector agrario.

Después de la sociedad campesina

En apenas medio siglo, las economías de montaña compuestas en un 75-85% por campesinos se han convertido en economías mucho más diversificadas en las que los ocupados agrarios apenas representan el 16% del empleo total.⁴⁴ En correspondencia con su posición peri-

⁴⁴ La trayectoria del resto de áreas rurales españolas ha sido, en líneas generales, similar (B. García Sanz 1997a: 169; 1997b: 650).

férica, la desagrarización de estas economías ha tenido lugar de manera lenta en relación al resto del país y, pese a todo, no cabe duda de que el agricultor mantiene en la montaña (como en el resto del medio rural) un peso social y económico superior a la media. Ahora bien, de ahí a seguir considerándolo la célula básica de la economía de montaña media un abismo. Durante la segunda mitad del siglo XX, y en el marco de la culminación de la industrialización y la solapada aparición de tensiones post-industriales, la emergencia de nuevas actividades económicas y la generalización de la despoblación confirieron a las economías de montaña un aspecto bien diferente, que es el que presentan hoy. Las estrategias de sus integrantes se han vuelto más sencillas y, como veremos, cada vez son más quienes basan su estrategia en la actuación en un único campo, en particular el mercado laboral.

Esta simplificación del modelo reproductivo ha venido impulsada por dos fuerzas diferentes. En primer lugar, se ha consolidado e intensificado el proceso de aparición de actividades económicas diferentes de las agrarias. Algunas de las líneas mineras y manufactureras instaladas desde la segunda mitad del siglo XIX y la primera parte del XX han registrado importantes crisis, pero otras han persistido y, sobre todo, algunas otras más han emergido con particular fuerza, como por ejemplo las vinculadas al turismo. En comparación con las explotaciones campesinas, las empresas no agrarias han tendido a recurrir en mucha mayor medida al mercado laboral como mecanismo de acceso al factor trabajo. Ello ha configurado sectores crecientes de población cuya estrategia económica se basa en la asalarización.

La segunda fuerza motriz del cambio tiene que ver con la despoblación y el masivo abandono de las explotaciones agrarias. El modelo reproductivo no sólo se ha visto simplificado por la mayor presencia de los mercados laborales, sino también por la incapacidad de las estrategias complejas para ofrecer una calidad de vida aceptable (en términos relativos) y retener población. De este modo, el protagonismo del trabajo asalariado ha tendido a aumentar porque la despoblación ha sacado de la montaña a buena parte de quienes no dependían de él. Se trata de un cambio estructural “por defecto”.

La agregación de ambos efectos ha dado lugar a una indudable simplificación del esquema reproductivo. Sin embargo, el esquema sigue siendo aún hoy complejo en relación con lo habitual en el conjunto de

la economía española. Se ha registrado una tendencia hacia la homogeneización del modelo, sobre la base de un protagonismo creciente del mercado laboral; acaso el desarrollo económico consista precisamente en la erosión a largo plazo de estas y otras heterogeneidades y discontinuidades. Pero la tendencia no se ha consumado. La montaña no ha permanecido ajena al tiempo del mundo, como ya he insistido con anterioridad, pero éste llega retardado, distorsionado, susceptible de inducir grandes transformaciones pero incapaz de inmiscuirse por completo. Para empezar, en las economías de montaña siguen teniendo un protagonismo nada despreciable los grupos no asalariados. Muchas de las empresas que han dado cuerpo a la diversificación de las últimas décadas han sido empresas familiares con pocos o ningún asalariado. No deberíamos tampoco obviar el peso de los trabajadores autónomos. Y, desde luego, el sector agrario, que pierde peso pero sigue siendo mucho más importante que en el estándar nacional, continúa ampliamente dominado por el trabajo familiar.⁴⁵

Además, la diversificación económica ha generado, en algunos casos, nuevas posibilidades de compatibilidad de la explotación agraria con otras actividades. El fenómeno de la agricultura a tiempo parcial devuelve un eco reminiscente de lo que antes fueron las complejas estrategias de reproducción campesina. Se trata de una pauta por lo general más simplificada y en la que, además, el peso real de lo agrario es social y productivamente menor que en el marco de la economía campesina previa a la despoblación. Pero, en cualquier caso, se trata de un elemento que introduce cierta complejidad en el panorama.

Finalmente, también debemos considerar los efectos que sobre el modelo reproductivo tienen las tendencias de las comunidades de montaña hacia el envejecimiento. La percepción de pensiones, como resultado del ejercicio de derechos consuetudinarios de ciudadanía, constituye una vía de reproducción cualitativamente diferente de las ya repasadas, todas ellas basadas, en mayor o menor medida, en el ejercicio de derechos de propiedad. Y, en perspectiva agregada, esta nueva

⁴⁵ La situación es similar en el resto de áreas rurales del país, en las que el trabajo por cuenta propia representa el 22% de los ingresos familiares frente a un 12% en las ciudades (B. García Sanz 1997a: 311).

vía aporta un nuevo matiz de complejidad. Complejidad que queda reforzada cuando, por añadidura, los pensionistas son también agricultores a tiempo parcial. Paradójicamente, la lentitud con que la montaña ha registrado ciertas transformaciones ha favorecido la precocidad de otras en las que es ella la que parece mostrar al resto de la sociedad española la dirección futura de los acontecimientos y el contenido de los nuevos desafíos por ellos planteados.⁴⁶ ¿Hay quizá algo de circular en el “tiempo del mundo”?

En suma, el modelo reproductivo de la montaña ha tendido en el largo plazo a simplificarse sobre la base de un protagonismo creciente para el mercado laboral, pero sigue siendo hoy día un modelo menos uniforme de lo común.⁴⁷ No me gustaría terminar sin aclarar que esa uniformidad no es más que un concepto al servicio del análisis a largo plazo de ciertos problemas. Conforme el desarrollo económico homogeneiza algunas estructuras, nuevas discontinuidades van generándose (la segmentación de los mercados laborales puede ser un ejemplo).⁴⁸ Incluso la separación braudeliana entre vida material y economía de mercado es más significativa en las vidas urbanas del presente de lo que solemos conceder como economistas.⁴⁹ Para el problema que nos ocupa, sin embargo, puede ser útil la contraposición entre una economía campesina de reproducción compleja, a la que dedicaré el próximo capítulo, y una economía más diversificada y articulada en torno al mercado laboral, que será el objeto de estudio del capítulo 4.

⁴⁶ Las pensiones y otras prestaciones sociales suponen en torno al 30% de los ingresos de la población rural, un porcentaje superior al de la población urbana (B. García Sanz 1997a: 311); véanse también Abad, García Delgado y Muñoz (1994: 117-119), Abad y Naredo (1997: 290), Romero González y Delios (1997: 586, 601-603) y Naredo (1996: 416, 438).

⁴⁷ Conclusión que, de acuerdo con B. García Sanz e Izcarra (1999-2000: 126-130), parece extrapolable al conjunto de nuestro medio rural.

⁴⁸ Berger y Piore (1980: 5), Piore (1980: 69). En perspectiva histórica, Gallego (1998: 45) incluso considera “pertinente proponer la hipótesis de que el desarrollo es un proceso generador de diversidad y creciente complejidad en los sistemas sociales globalmente considerados”.

⁴⁹ Offer (1997: 450), Braudel (1977: 126; 1979: 531-532), Scholliers (2003: 239).

Capítulo 3

LA REPRODUCCIÓN DE LAS ECONOMÍAS CAMPESINAS

En su clásico *La organización de la unidad económica campesina*, Alexander V. Chayanov aseguraba que “la familia que explota la unidad utiliza, dentro de sus posibilidades, todas las oportunidades de su posición natural e histórica y de la situación de mercado en la cual existe. Pero como la combinación de las condiciones naturales y de mercado es muy variada en áreas distintas, encontraremos una variedad de tipos y formas de estructura aún mayor al estudiar la estructura organizativa de la unidad campesina”.¹ Aun compartiendo algunos rasgos comunes, las economías campesinas de la montaña española proporcionan una buena ilustración de esta variedad inducida por factores ecológicos, mercantiles e institucionales. El presente capítulo trata acerca del funcionamiento y trayectoria de tales economías y se desarrolla en tres partes: la primera acerca de sus líneas de especialización productiva, la segunda sobre sus características institucionales y la tercera acerca de los niveles de bienestar que obtenían las familias campesinas como resultado de lo anterior. Necesitamos analizar este tipo de economía campesina para comprender la naturaleza y causas de la crisis demográfica que posteriormente se desataría sobre ella.

DE LA GEOGRAFÍA A LA ECONOMÍA

Como ya se ha señalado en el capítulo anterior, la pauta campesina de reproducción era compleja. La pluriactividad, una estrategia diseñada a nivel familiar, era la nota dominante. Buena parte de las actividades complementarias a la agraria estaban vinculadas a merca-

¹ Chayanov (1924a: 135).

dos no locales, ligando así la reproducción campesina a la reproducción de un sistema económico más amplio. De igual modo, también las explotaciones agrarias, auténtico centro de gravedad de la economía familiar, se alejaban del estereotipo autárquico. Las diferentes economías campesinas de montaña fueron desarrollando, durante el arranque y consolidación de la industrialización española (y, en algunos casos, desde el tramo final del Antiguo Régimen), una suerte de “base exportadora agraria” que constituyó una de sus principales formas de participación en la división espacial del trabajo. Junto a esta base exportadora, no cabe duda de que otras producciones campesinas tenían destinos más modestos, como la venta en mercados de radio local o el autoconsumo familiar. En cualquiera de los casos, las opciones productivas que los campesinos tenían ante sí se encontraban fuertemente condicionadas por la geografía.

El factor geográfico más determinante era la humedad, resultado de la relación entre las precipitaciones y la evapotranspiración (cuadro 3.1). La humedad determinaba la potencialidad agrícola del terreno en condiciones de secano y marcaba las posibilidades ganaderas de las comarcas, en una época en la que la alimentación animal dependía estrechamente de la disponibilidad de recursos naturales. España es un país en el que existen fuertes contrastes regionales en estas variables, y sus zonas de montaña no podían sino reflejarlo.² Por añadidura, las características orográficas del territorio imponían sus propias restricciones: tanto la altitud como la pendiente constituían una desventaja para las explotaciones de montaña, al acortar el periodo vegetativo de los cultivos y dificultar la realización de las tareas agrícolas. Pero estas características orográficas también se distribuían de manera heterogénea dentro de la montaña española. En suma, no todos los campesinos de montaña contaban con una dotación ecológica similar. No todos ellos, por tanto, podían orientar sus explotaciones en la misma dirección.

² Mata (1997: 111) apunta precisamente al régimen y al balance de humedad como ejes más relevantes de diferenciación agroclimática en España.

Cuadro 3.1. Los condicionantes geográficos

	Orografía		Temperaturas				
	Altitud media (metros)	Pendiente media (%)	Mínima (°C)	Media (°C)	Máxima (°C)	Periodo cálido (meses)	Periodo frío (meses)
Total montaña	1.075	16,5	-0,8	10,7	27,0	0,3	7,7
<i>Norte</i>	928	19,9	-0,2	10,0	24,2	0,0	7,9
<i>Pirineo</i>	1.185	24,3	-2,8	9,5	25,1	0,1	8,3
<i>Interior</i>	1.179	10,4	-1,3	10,5	28,1	0,4	7,9
<i>Sur</i>	1.028	13,4	1,3	13,7	31,7	1,1	6,2
Galaico-castellana	952	16,4	-0,3	10,0	25,1	0,0	7,7
Astur-leonesa	940	25,5	-0,2	9,9	23,4	0,0	8,1
Cantábrica oriental	874	16,6	-0,2	10,2	24,3	0,0	7,9
Pirineo navarro-aragonés	1.076	22,6	-2,2	9,7	25,1	0,1	8,1
Pirineo catalán	1.332	26,5	-3,7	9,2	25,1	0,1	8,6
Ibérica norte	1.218	13,5	-1,9	9,4	25,4	0,0	8,6
Central	1.169	11,4	-0,8	10,8	29,2	0,6	7,7
Ibérica sur	1.172	8,7	-1,4	10,6	28,3	0,4	7,7
Subbética	1.026	11,8	0,7	13,5	32,2	1,2	6,5
Penibética	1.031	18,2	2,9	14,5	30,1	0,7	5,2

	Humedad			Índices de potencialidad agrícola de Turc	
	Precipitación media anual (mm.)	Evapo-transpiración media anual (mm.)	Periodo seco (meses)	Índice de humedad	Secano Regadío
Total montaña	862	650	1,9	1,33	19,6 36,3
<i>Norte</i>	1.177	626	1,2	1,88	24,8 34,7
<i>Pirineo</i>	1.020	611	0,8	1,67	26,6 33,6
<i>Interior</i>	647	643	2,3	1,01	14,4 35,1
<i>Sur</i>	530	750	3,6	0,71	12,1 44,5
Galaico-castellana	1.197	631	1,6	1,90	20,7 33,3
Astur-leonesa	1.237	619	0,8	2,00	28,0 35,3
Cantábrica oriental	1.057	629	1,2	1,68	26,0 35,7
Pirineo navarro-aragonés	1.165	621	0,8	1,87	27,7 34,0
Pirineo catalán	827	596	0,7	1,39	25,2 33,1
Ibérica norte	693	606	1,9	1,14	16,4 32,6
Central	726	658	2,3	1,10	15,8 36,2
Ibérica sur	576	645	2,5	0,89	12,8 35,2
Subbética	564	743	3,4	0,76	12,4 43,5
Penibética	430	770	4,1	0,56	11,3 47,5

Periodos cálido, frío y seco: número de meses en los que la temperatura media de máximas supera los 30 °C, la temperatura media de mínimas es inferior a 7 °C y hay falta de agua (diferencia entre evapotranspiración potencial y real), respectivamente

Índice de humedad: Precipitación media anual / Evapotranspiración media anual

Fuente: www.mapya.es. Elaboración propia.

Cuadro 3.2.
La “trilogía mediterránea”:
porcentaje sobre la superficie agraria total

	<i>Trilogía mediterránea 1886/90</i>	<i>Sistema cereal 1886/90</i>	<i>Olivar</i>		<i>Vitíneo</i>	
			1888	1922	1889	1922
Total montaña	20,0	18,1	0,6	1,1	1,3	0,8
España no montañosa	44,5	36,6	3,1	3,5	4,8	3,6
<i>Norte</i>	13,9	13,2	-	-	0,7	0,4
<i>Pirineo</i>	10,6	8,6	0,2	0,4	1,9	0,5
<i>Interior</i>	23,1	21,2	0,5	0,6	1,3	1,4
<i>Sur</i>	36,1	31,7	2,5	4,8	1,9	0,7
Galaico-castellana	14,3	12,9	-	-	1,4	0,8
Astur-leonesa	9,4	9,3	-	-	0,1	0,2
Cantábrica oriental	19,4	19,0	-	-	0,4	-
Pirineo navarro-aragonés	11,2	9,6	0,2	0,2	1,4	0,3
Pirineo catalán	9,9	7,2	0,2	0,6	2,5	0,8
Ibérica norte	24,3	24,2	-	-	0,1	-
Central	29,0	26,9	0,3	0,6	1,8	1,2
Ibérica sur	18,8	16,5	0,9	0,7	1,4	2,0
Subbética	39,5	35,7	3,0	5,5	0,8	0,4
Penibética	26,6	20,7	0,9	3,0	5,0	1,6

Fuente: DGAIC (1891a; 1891 b; 1891c) y Ministerio de Fomento (1923a). Elaboración propia.

La orientación inicial de las economías campesinas

En términos agregados, las economías rurales de montaña tenían una orientación ganadera más acusada que las economías rurales del resto del país, pero en contrapartida contaban con un subsector agrícola menos desarrollado.³ En la montaña, la densidad ganadera era supe-

³ Pueden encontrarse visiones sectoriales más detalladas de la ganadería y la agricultura de montaña en Collantes (2003a; 2004a). En lo sucesivo se han utilizado, además de las referencias citadas en cada caso, los trabajos de Abella y otros (1988), Anglada y otros (1980), Bernal (1999), Bosque y Borrás (1959), Cabo (1960; 1993), Domínguez (2001a; 2001b), Esteban y Tejón (1986), Gallego (2001b), García Dory y Martínez (1988), García Grande y Vega (2000), Á. García Sanz (1978; 1994b), Garrabou y Sanz (1985), Grupo de Estudios de Historia Rural (1985; 1991), Jiménez Blanco (1986a; 2002), Iriarte (1995; 2002a; 2003a), Llopis (1982; 2002), Mata (1997), Moral (1979), Nadal (1975), Naredo (1996), Pan-Montojo (1994), Pardo (1994a; 1994b), Prieto (1988), Rodríguez Labandeira (1991), Rubio Terrado (1991), Simpson (1997), Zambrana (1987), *Crisis* (1887-89), *Madoz* (1845-50), *López Martínez, Hidalgo y Prieto* (1885-89), *Riera* (1881-87), DGAIC (1891c; 1892; 1896), DGIGE (1912-14), INE (1949a), MAICOP (1905; 1915) y Ministerio de Fomento (1913; 1914; 1915; 1920-21; 1923b). Tanto éstas como las próximas referencias se refieren al conjunto del periodo.

rior a la media nacional, pero los cultivos ocupaban extensiones más reducidas (cuadros 3.2 y 3.3). Esto parece una adaptación lógica de los sistemas agrarios al medio natural en que se encontraban insertos. Ahora bien, dentro de la propia montaña, había zonas más y menos orientadas hacia la ganadería, que a su vez coincidían a grandes rasgos con las zonas menos y más orientadas hacia la actividad agrícola (mapas 3.1 y 3.2).

Cuadro 3.3.
Densidades ganaderas (unidades ganaderas por km²)

	1865					
	Total	Bovino	Ovino	Equino	Porcino	Caprino
Total montaña	17,3	6,4	5,2	2,6	2,0	1,1
España no montañosa	15,6	4,2	4,3	3,8	2,5	0,8
<i>Norte</i>	24,8	14,2	4,6	1,5	3,1	1,3
<i>Pirineo</i>	15,7	4,8	5,7	2,7	1,8	0,8
<i>Interior</i>	15,1	2,7	6,6	3,1	1,5	1,2
<i>Sur</i>	9,5	0,9	2,8	3,4	1,4	1,0
Galaico-castellana	23,0	11,6	4,6	1,2	4,1	1,5
Astur-leonesa	28,3	17,4	5,5	1,3	2,9	1,2
Cantábrica oriental	22,2	13,3	3,5	2,4	1,9	1,1
Pirineo navarro-aragonés	17,3	5,0	6,8	2,7	1,9	0,9
Pirineo catalán	13,6	4,5	4,3	2,5	1,6	0,6
Ibérica norte	18,5	4,1	9,1	2,4	1,3	1,6
Central	19,1	4,8	7,1	3,5	2,4	1,3
Ibérica sur	11,0	0,8	5,4	3,0	0,9	0,9
Subbética	9,0	0,9	2,8	3,0	1,3	1,0
Penibética	11,0	0,8	2,8	4,6	1,8	1,1

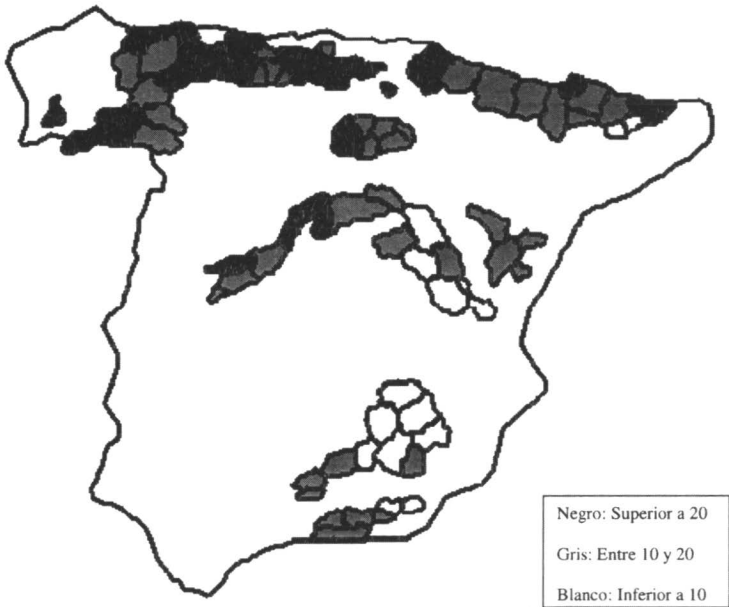
	1917					
	Total	Bovino	Ovino	Equino	Porcino	Caprino
Total montaña	14,3	5,8	3,7	2,2	1,7	0,8
España no montañosa	13,0	4,2	3,2	3,0	2,0	0,7
<i>Norte</i>	20,4	13,0	2,4	1,8	2,5	0,7
<i>Pirineo</i>	13,1	4,1	4,3	2,7	1,5	0,5
<i>Interior</i>	12,2	2,3	5,5	2,3	1,1	1,0
<i>Sur</i>	8,4	1,3	2,4	2,4	1,5	0,8
Galaico-castellana	18,7	11,0	2,4	1,3	3,4	0,7
Astur-leonesa	23,0	15,7	2,3	2,0	2,4	0,7
Cantábrica oriental	18,8	12,1	2,5	2,2	1,2	0,7
Pirineo navarro-aragonés	13,4	4,2	5,2	2,3	1,0	0,7
Pirineo catalán	12,5	3,9	3,0	3,2	2,1	0,4
Ibérica norte	12,3	2,9	5,0	2,1	1,0	1,3
Central	16,2	4,7	6,1	2,8	1,3	1,3
Ibérica sur	9,5	0,4	5,2	2,1	1,0	0,7
Subbética	8,4	1,4	2,5	2,4	1,4	0,8
Penibética	8,4	0,8	2,2	2,6	1,7	1,0

Los datos de 1917 se encuentran, probablemente, sesgados a la baja (Zapata 1986: 602). En caso contrario, podrían estar sesgados al alza los de 1865.

Fuente: Collantes (2003a: 145-147).

Mapa 3.1.

Densidad ganadera (unidades ganaderas por km²), 1865



En la montaña Norte y el Pirineo, la dotación ecológica favorecía que, en general, las producciones ganaderas constituyeran el grueso de la base exportadora agraria, quedando la actividad agrícola como elemento complementario destinado a mercados locales o al autoconsumo.⁴ Se trata de comarcas húmedas, con precipitaciones abundantes y

⁴ Para la montaña Norte he seguido los trabajos de Alonso y Cabero (1982), Ansón (1994), Artiaga y Balboa (1992), Astorga (1994), Cabero (1980; 1981), Cabo y Manero (1990), Carmona Badía (1982; 1990b), Carmona y Puente (1988), Cátedra (1977), Corbera (1999), Cortizo, Fernández y Maceda (1990), Cortizo, Maya, García y López (1994), Delgado (1997), Domínguez (1988; 1994; 1995; 1996; 2001c), Domínguez y Lanza (1991), Domínguez y Pérez (2001), Domínguez y Puente (1995; 1997), Dopico (1982), Espejo (1997), Fernández Cortizo (1991), Fillat y Montserrat (1981), Gallego (1986), García Fernández (1975; 1993), González García (1987), González Ramos y González (1991), Lanza (1999; 2001), López Gómez (1954; 1955), López Iglesias (1994), López Linage (1978), López López (2002), Maceda (1985), A. Martínez López

periodos secos de corta duración, lo cual favorece el desarrollo ganadero basado en los recursos naturales. Ahora bien, las pendientes son muy pronunciadas y, además, las temperaturas mínimas no superan los siete grados centígrados durante siete u ocho de los doce meses del año, cayendo bajo cero en los meses más fríos. En estas condiciones, la actividad agrícola no podía estar en el centro de la explotación campesina. Pequeñas superficies, generalmente en los fondos de valle (en los pueblos o en sus proximidades), se destinaban a un cultivo cereal que acostumbraba a ser bastante extensivo. Estas producciones cerealeras complementaban el balance material (en caso de autoconsumo) o financiero (en caso de su venta en mercados locales) de las explotaciones, pero ni siquiera evitaban una importación significativa de granos de otras comarcas con mayores potencialidades agrícolas. En total, es probable que no más de un 15% de la superficie agraria se destinara al cultivo.

Lo que estaba en el centro de la escena era la ganadería. Sin duda, también una parte de la producción ganadera se destinaba al autoconsumo o a la venta en mercados locales, pero otra parte constituía el

(1997), Moro (1979), Ortega Valcárcel (1974; 1975; 1989; 1990a; 1991; 1999), Precado (1990), Puente (1992), Rey (1994), Rodríguez Gutiérrez (1989; 1997), San Román (2000), Sánchez de Tembleque (1985), Sarasúa (1994), Sierra (1982), Terán (1947), Torres (1993), y Torres, Lois y Pérez (1993); también INE (1949b; 1953; 1954b; 1954c; 1955c; 1956d; 1960; 1963; 1965b; 1966b).

Sobre la economía campesina pirenaica: Arizkun (2001), Arnáez, Lasanta, Ortigosa y Ruiz (1990), Arqué, García y Mateu (1982), Ayuda y Pinilla (2002), Balcells (1983; 1989), Bonales (1997), Calvo (1970), Caussimont (1983), Collantes y Pinilla (2004), Cuesta (2001), Daumas (1976; 1981), Erdozáin, Mikelarena y Paul (2003), Ferrer Benimeli (1992), Floristán (1993; 1995), Floristán, Creus y Ferrer (1990), Frutos (1990), Gallego (1986), Gallego, Germán y Pinilla (1993), García Ruiz (1978), García Ruiz y Balcells (1978), García Ruiz y Lasanta (1993), Garrabou, Pascual, Pujol y Sagner (1995), Gorriá (1995), Grupo de Investigación del Instituto Gerónimo de Uztáriz de Pamplona (1992), Herranz (2002), Iriarte (1997; 1998; 2002b; 2003b), Lasanta (1988; 1989; 1990; 2002), Lisón (1983; 1984), López Palomeque y Majoral (1981), Majoral (1992a; 1992b), Majoral y López (1983), Molina Gallart (2002), Moreno Fernández (2002), Paunero (1988), Pinilla (1995a; 1995b; 2003), Puigdefábregas y Balcells (1970), Pujol (2002), Rubio Benito (1994), Sabio (1997), Sala (1997), Salas (1994), Seguí (1982), Soriano (1994), Soy y Petitbó (1984), Tulla (1982; 1984), Villuendas (1968), Violant (1949) y Zabalza (1994); también INE (1950; 1955d; 1959).

grueso de la base exportadora con que las distintas comarcas se integraban en el esquema de división espacial del trabajo. En 1865 las densidades ganaderas de la montaña Norte eran superiores a las pirenaicas, como también lo era (aunque en menor proporción) su índice de humedad. La cabaña ganadera de la montaña Norte estaba ya por aquel entonces bastante dominada por la especie bovina, que hasta nuestros días se ha mantenido como el elemento fundamental de su sector agrario. Originalmente, del mismo modo que la especialización de las explotaciones no era completa, la funcionalidad económica del bovino era múltiple: servía como ganado de labor, pero también proporcionaba carne y leche (a partir de la cual los campesinos podían también elaborar derivados sencillos como el queso o la manteca); además, claro está, el ganado podía ser vendido vivo, una de las mejores opciones en presencia de costes de transporte elevados.⁵ Se abrían así posibilidades múltiples de combinación entre vida material y economía de mercado.

La cabaña pirenaica, por contra, no estaba tan dominada por una sola especie, rasgo que la ha acompañado en su evolución posterior hasta nuestros días. En un medio natural menos propicio (por el menor grado de humedad de varias comarcas) para la ganadería bovina, ésta compartía protagonismo con la ganadería ovina, que de hecho era algo más importante en términos numéricos a mediados del siglo XIX. Se trataba, como en la montaña Norte, de sistemas ganaderos extensivos basados en los recursos naturales. Los animales se desplazaban estacionalmente a distintos terrenos en función de las características agroclimáticas de los mismos. Los pastos de alta montaña eran utilizados en verano y, posteriormente, el ganado iba descendiendo a otros pastos más próximos a los pueblos. Llegado el invierno, el ganado bovino (y una parte del ovino) debía ser alimentado con los recursos herbáceos y forrajeros que la explotación hubiera sido capaz de acumular previamente; para las explotaciones más pequeñas, la venta de algunas unidades de la cabaña podía resultar ahora poco menos que inevitable. El problema de la alimentación invernal del ovino era resuelto de mane-

⁵ La idea ya está en Kautsky (1899: 37, 157); véanse también Pollard (1997a: 63) y Grigg (1992: 72).

ra diferente mediante la trashumancia: las ovejas, acompañadas por sus pastores, se desplazaban hacia las tierras bajas de la propia provincia para pastar en terrenos alquilados. A mediados del siglo XIX, esta trashumancia de corto radio retenía una importancia nada despreciable. Huelga señalar que, de haber sido la pirenaica una economía autárquica, no podría haber habido ni tantas ovejas ni tantos pastores. Mientras el ganado bovino era objeto de un aprovechamiento inicialmente poco especializado (como en la montaña Norte), la lana, materia prima clave de las economías preindustriales (dada su utilidad para la manufactura textil, a su vez la principal rama industrial durante la fase previa a la industrialización), venía siendo el objeto fundamental de la explotación ovina.⁶

No todas las comarcas de la montaña Norte y el Pirineo se acomodaban mecánicamente a este esquema. Las comarcas de la Cordillera Cantábrica orientadas hacia la meseta no disponían de índices de humedad tan elevados como las comarcas orientadas hacia la costa, por lo que en su ganadería perdía peso el bovino y lo ganaba el ovino (en ocasiones trashumante a través de rutas que lo transportaban a las regiones meridionales durante el invierno). Además, algunas de ellas (sobre todo las Merindades burgalesas) mantuvieron superficies de sistema cereal más extensas de lo habitual. Finalmente, algunas comarcas de la zona galaico-castellana (como Barco de Valdeorras –Orense– y el Bierzo –León–) y el Prepirineo (con Solsonés –Lérida– a la cabeza) aprovecharon las potencialidades diferenciales que su medio natural les concedía para el cultivo de la vid. Pero, en lo sustancial, tanto la montaña Norte como el Pirineo eran economías de orientación ganadera en las que la extensión de los cultivos era reducida.

⁶ Por su alto valor por unidad de peso, la lana podía ser transportada a distancias considerables de manera económica (Grigg 1992: 71). También podría añadirse, por idéntico motivo, que la lana podía ejercer como base exportadora solvente para comarcas remotas o poco accesibles.

Mapa 3.2. Porcentaje de superficie agraria ocupada por la “trilogía mediterránea”, 1886/90



Todo cambiaba en la montaña Sur.⁷ Allí, las precipitaciones son escasas y las temperaturas son altas: ésta es la única zona de montaña

⁷ Aquí he seguido a: Araque (1990), Araque y Sánchez (2003), Bernal y Drain (1985), Boorsma (1989-90), Bosque (1991), Calatrava y Salas (1980), Calatrava y Sayadí (1997), CEOTMA (1982), Cobo, Cruz y González de Molina (1992), Compán (1991), Cruz Artacho y otros (2003), Ferrer Rodríguez y Urdiales (1991a; 1991b; 1991c), Florencio y López (1994; 2000), Floristán y Bosque (1957), García Manrique y Ocaña (1990), Gómez Moreno (1987), González de Molina y Sevilla-Guzmán (1991), Grupo de Estudios Agrarios (1995), Humbert (2003), Jiménez Blanco (1986b), Lemeunier (1994), López Ortiz (1999), McNeill (1992), Martín Rodríguez (1990), Martínez Carrión (1988; 1991), D. Martínez López y Martínez (2001), Martínez Cobo y González-Tejero (2003), May (1991), Mignon (1981; 1982), Moreno Jiménez (1978), Ortega Santos (2003), Peña, Pérez y Parreño (1997), Pérez Picazo y Martínez Carrión (2001), Rodríguez Martínez y Jiménez (1993-94), Sánchez Sánchez (1988), Siguán (1972), Vaquera (1986) y Villegas (1971); también INE (1955b; 1956b; 1965a) y Archivo General de la Administración, “Agricultura”, 1.06 61/2428-2429, 1.06 61/2902-2904 y 1.06 61/3338-3340.

en que las temperaturas mínimas no caen bajo cero y las máximas superan los 30 grados; además, el periodo frío no dura más de siete meses en casi ninguna comarca. La evapotranspiración es la mayor de la montaña española y, como resultado de todo ello, el índice de humedad es muy bajo. Esta dotación ecológica iba a resultar mucho más propicia para la orientación agrícola de las explotaciones que para su orientación ganadera. Los cultivos se extendían hasta extremos no muy alejados de la media nacional y, desde luego, inalcanzables para la montaña Norte o el Pirineo. Ello era particularmente cierto en las comarcas subbéticas, donde las pendientes son suaves y el principal grupo de cultivos, el sistema cereal, abarcaba ya el 36% del espacio agrario a finales del siglo XIX. Junto a la producción cereal existían superficies destinadas a olivar, pero éstas no eran inicialmente muy extensas.

En las sierras penibéticas, en cambio, las pendientes son más pronunciadas. Ello restaba facilidades al cultivo cereal, pero, en conjunción con el régimen termométrico de la zona, también permitía a los campesinos explotar zonas agroclimáticas bien diferentes dentro de un radio espacial reducido. La agricultura penibética disponía, por tanto, de mayores oportunidades para diversificarse. El sistema cereal dominaba en términos superficiales, pero el viñedo, los frutales y algunos tipos de horticultura (con mayores rendimientos económicos por hectárea) iban a ganar un protagonismo que resultaba impensable para la mayor parte de la montaña española. En la medida en que la nieve de las cumbres y el agua de los ríos fuera aprovechada para el regadío de las huertas y pequeñas parcelas próximas a los pueblos, la principal restricción ecológica a que se enfrentaba esta agricultura quedaba eliminada y el índice de potencialidad agrícola de Turc ascendía muy por encima de la media. Este peculiar sistema agrícola hizo posible que las sierras penibéticas fueran la zona de montaña más densamente poblada de España a mediados del siglo XIX, con más de 40 habitantes por km².

Por contra, las restricciones pluviométricas impedían en la montaña Sur un crecimiento basado en la especialización ganadera. Dada la extensión de la actividad agrícola, las densidades equinas eran en 1865 las más elevadas de la montaña española. Pero las demás especies estaban poco presentes y la densidad ganadera total era muy baja. De

manera bastante excepcional en la montaña europea (aunque no tanto en el ámbito mediterráneo de la misma), las principales bases exportadoras de la montaña Sur eran de naturaleza agrícola.

Si la montaña Norte y el Pirineo tenían economías ganaderas y la montaña Sur tenía una economía agrícola, ¿qué ocurría en la montaña Interior? La economía campesina de la montaña Interior se encontraba en un punto intermedio, si bien más próximo al polo ganadero que al agrícola.⁸ En estas comarcas, las precipitaciones son escasas y el índice de humedad, aunque algo superior al de la montaña Sur, es claramente inferior al de la montaña Norte o el Pirineo. Esto dificultaba el mantenimiento de densidades ganaderas importantes en el contexto tecnológico previo a la segunda mitad del siglo XX, basado entre otros elementos en la alimentación del ganado mediante recursos naturales. Pero tampoco la actividad agrícola contaba aquí con un medio natural muy propicio. Los pueblos están situados a una altitud considerable y, como en la montaña Norte o el Pirineo, la temperatura mínima no supera los siete grados durante casi ocho de los doce meses del año, llegando a caer sistemáticamente bajo cero en los meses más fríos.

El resultado fue una economía campesina en la que la ganadería ovina extensiva desempeñaba originalmente un papel vertebrador. La trashumancia, guiada por los mismos condicionantes ecológicos que

⁸ Para la montaña Interior he seguido a: Arnáez, Lasanta, Ortigosa y Ruiz (1990), Baila (1986), Bordiú (1985), Cabo y Manero (1990), Calvo (1977), Canto (1981; 1993), CEOTMA (1983), Clement (2003), Collantes y Pinilla (2004), Comas (1995), Cruz Orozco (1988; 1990a), Domingo (1982), Estébanez, Molina, Panadero y Pérez (1991), Frutos (1990), Gallego (1986), Gallego, Germán y Pinilla (1993), García Ballesteros, Méndez y Pozo (1991), García Fernández (1993), García Ruiz y Arnáez (1990), Giménez (1991), Gómez Urdáñez y Moreno (1997), Gozávez (1979), Gurría (1985), Herrero (1992), Ladrero (1980), Lasanta y Errea (1997; 2001), Lasanta y Ortigosa (1992), López Gómez (1966; 1974; 1981), Llopis y Zapata (2001), Maiso y Lasanta (1990), Moreno Fernández (1994; 1998; 1999; 2000; 2001a; 2001b; 2001c), Muñoz y Estruch (1993), Navarro (1982), Panadero (1995), Peiró (2000), Pérez Romero (1996), Pinilla (1995a; 1995b; 2003), Piqueras (1992), Reher (1988), Rodríguez Cancho (1994), Ruiz Budría (1998), Ruiz Torres (1985), Sánchez Salazar (1995), Valenzuela (1995) y Zapata (1986); también **Dirección General de Estadística** (1944) e **INE** (1954a; 1958a; 1958c; 1958e; 1965b).

en el Pirineo, era particularmente importante en las comarcas septentrionales del Sistema Ibérico, cuyas ovejas se dirigían hacia pastos invernales radicados en Extremadura. Las ovejas tendían a ser de raza merina, la mejor productora de lana fina. En las comarcas meridionales del Sistema Ibérico, las rutas trashumantes eran diferentes, y se orientaban hacia los pastos invernales del Levante y Andalucía. Junto a la ganadería ovina extensiva, sin embargo, el peso superficial de la actividad agrícola no era despreciable. Se cultivaban cereales en régimen extensivo, a veces con la simple intención de complementar el balance material de las explotaciones o dar salida a la producción en mercados locales, pero otras veces se participaba en mercados exteriores. La ventaja con que contaban aquí las sierras interiores en relación a la montaña Norte o el Pirineo residía en sus poco pronunciadas pendientes (de hecho, el carácter montañoso de numerosos pueblos del Sistema Ibérico y el Sistema Central viene dado por su altitud, y no por su pendiente). Además, la peculiar dotación ecológica de un pequeño grupo de comarcas, situado en el extremo occidental del Sistema Central, incentivaba usos del espacio agrícola más diversificados e intensivos. Ahora bien, salvo en este último caso, el margen para sostener densidades demográficas medianamente elevadas (incluso para el estándar de montaña) era escaso.

En suma, la ganadería pesaba demasiado en la montaña Interior para que podamos agrupar su economía con la montaña Sur, pero el mayor peso de la actividad agrícola impide que podamos agruparla despreocupadamente con la montaña Norte o el Pirineo. Esta pauta no reflejaba tanto una fortaleza simultánea de ganadería y agricultura como las importantes restricciones que el medio natural imponía sobre ambas.

Las economías campesinas y la industrialización

Durante aproximadamente un siglo, los campesinos de montaña convivieron con el arranque y consolidación de la industrialización española. Fue una fase de creciente variabilidad para todos aquellos condicionantes que determinaban la suerte de sus aventuras en la economía de mercado. La tensión entre efectos de polarización y efectos de difusión se hizo ahora más intensa, más dinámica.

La trashumancia fue la primera y más importante víctima de los nuevos tiempos. Su crisis, un capítulo importante de la propia crisis del Antiguo Régimen en España, fue resultado de la confluencia de factores de demanda, como la pérdida de los mercados laneros internacionales, y factores de oferta, como la tendencia alcista de los pastos invernales arrendados en las tierras bajas. Esta tendencia alcista remitía en última instancia a la pérdida de peso político de los grandes ganaderos (que cristalizaría simbólicamente con la desaparición de la legendaria Mesta en 1836) y, más ampliamente, a los cambios institucionales que terminaron con el Antiguo Régimen y dieron paso a un orden jurídico basado en los principios liberales. Además, con los cambios tecnológicos asociados a la industrialización, la propia lana iba a perder su posición privilegiada dentro de las materias primas demandadas por la industria textil. Por todo ello, la crisis de la ganadería ovina lanera puede conceptualizarse como un efecto de destrucción vinculado a la industrialización.

Esta crisis obligaba a la reconversión de las economías campesinas que en mayor medida venían basando su reproducción en esta actividad: el Pirineo y la montaña Interior. Tal era la situación en que se encontraban ya a mediados del siglo XIX, cuando comienza nuestro análisis. Probablemente, la necesidad de reconversión fue más acusada en las sierras interiores (y en particular en el norte del Sistema Ibérico), porque también mayor había sido allí la capacidad vertebradora de la ganadería ovina lanera y, en particular, de la trashumancia; además, su cabaña contenía una proporción de ovejas merinas (la raza más afectada por la crisis) superior a la pirenaica. Los campesinos de la montaña Interior se encontraron entonces frente a frente con la pobreza de su medio natural. Los mercados urbanos de productos agrícolas fueron expandiendo su tamaño durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX, pero estas oportunidades se revelarían difíciles de aprovechar. Con un índice de humedad tan bajo, no era sencillo pasar a un sistema ganadero más intensivo, como tampoco lo era sustituir el ganado ovino por ganado bovino. Y tampoco era

⁹ Una visión general de esta adaptación institucional, en Á. García Sanz (1985); véase también Ruiz Torres (1996).

factible reorientar las explotaciones hacia una mayor especialización agrícola, salvo en casos excepcionales como los del extremo occidental del Sistema Central (la comarca cacereña de Jaraiz de la Vera y los valles abulenses del Bajo Alberche y el Tiétar), la Alcarria Baja (Guadalajara) o la montaña valenciana. La precariedad de los medios de transporte tampoco ayudaba. Así, por lo general, serían otras las comarcas (varias de ellas tan montañosas como éstas) que podrían aprovechar los efectos de difusión. El sector agrario de la montaña Interior siguió combinando una ganadería ovina que ahora buscaba la carne y no la lana (pero que, en cualquier caso, se alejaba del papel pautador que un día había llegado a ostentar), y una agricultura en la que predominaba de manera aplastante el cultivo cereal en régimen extensivo. Y siguió haciéndolo más por la debilidad de ambos subsectores (incapaces de ganar el tamaño de mercado necesario para incentivar una mayor especialización de las explotaciones) que por la fortaleza de los mismos. En estas condiciones, la perifericidad de la montaña Interior en el sistema de división espacial del trabajo aumentó notablemente.

Éste fue también un tiempo de desafíos para los campesinos del Pirineo. Sin duda, ellos contaban con algunas oportunidades que no estaban a disposición de los campesinos de la montaña Interior. Un grado de humedad superior permitió a varias comarcas de los extremos de la cordillera aumentar sus densidades bovinas; inicialmente se trataba de sistemas ganaderos semiestabulados y basados en razas autóctonas, pero, ya desde comienzos del siglo XX, comenzaron a registrarse algunos cambios tecnológicos en ese plano. Del mismo modo, en las comarcas del extremo oriental, el ganado porcino comenzó a ganar peso dentro de la cabaña. En ambos casos, las nuevas orientaciones de las explotaciones estaban relacionadas con el aumento de la demanda de productos ganaderos por parte de los (relativamente cercanos) focos en que estaba concentrándose la industrialización. Finalmente, también puede interpretarse como efecto de difusión la cría de ganado equino, una actividad en alza durante este periodo. La cría equina tenía su razón de ser en la creciente demanda de animales de tiro por parte de las agriculturas castellana, aragonesa, levantina o andaluza, demanda que, a su vez, se derivaba de la expansión agrícola inducida por el arranque y consolidación de la

industrialización. Pero, pese a todo, la reconversión de la ganadería pirenaica estuvo lejos de ser generalizada o completa; en el caso concreto del bovino, es posible que las malas comunicaciones de la cordillera (perjudicada por un “efecto frontera”) obstaculizaran una especialización tan clara como la de la montaña Norte (precozmente involucrada en trazados ferroviarios importantes, como puede verse en el cuadro 3.4). A la altura de 1917, el ovino, convenientemente reorientado hacia la producción cárnica, seguía dominando la cabaña. Aunque lo hacía en práctica paridad con el bovino, ello puede dar una idea de la lentitud con que se abrieron paso las nuevas tendencias productivas en la economía campesina pirenaica de la segunda mitad del siglo XIX y primera mitad del XX.

La tensión entre efectos de polarización y efectos de difusión se saldó con un balance diferente en las zonas de montaña del Norte y el Sur. En la montaña Norte, la especialización bovina se vio reforzada. Conforme fueron aumentando el grado de urbanización y los niveles de renta de la sociedad española, también lo hizo la demanda urbana de productos como la carne o la leche. Además, durante este periodo las nuevas infraestructuras de transporte (construidas con el fin primordial de comunicar las capitales cantábricas entre sí y con el interior peninsular) redujeron los costes de transporte. Los costes de transacción también se vieron mitigados a través de la formación de redes comerciales estables, en algunos casos diseñadas y controladas por familias campesinas con capacidad económica para articular una respuesta creativa a las nuevas condiciones (mediante, por ejemplo, la instalación de vaquerías cerca del mercado madrileño). Gracias al aumento del tamaño de mercado y a la mayor facilidad de acceso al mismo, la orientación de las explotaciones pudo hacerse más especializada. La cría de ganado bovino se convirtió en una actividad cada vez más central y, con la paulatina aparición de agroindustrias en las comarcas litorales de la Cornisa Cantábrica (o cooperativas de producción en algunas de las comarcas montañosas), la propia especialización láctea tendió a acentuarse. Esta mayor especialización de las explotaciones vino acompañada por cambios tecnológicos, como la sustitución de las razas autóctonas multifuncionales por razas extranjeras (holandesas, suizas) especializadas, y cambios en el uso del suelo, como el retroceso de los cultivos destinados a la alimentación humana en favor de las superficies para el alimento del ganado.

Cuadro 3.4.
La dotación de infraestructuras de transporte

	<i>Metros de vía férrea por km²</i>					<i>Metros de carretera por km² 1896</i>
	<i>1860</i>	<i>1880</i>	<i>1900</i>	<i>1920</i>	<i>1942</i>	
Total montaña	0,6	4,3	9,5	12,5	15,2	21,5
España no montañosa	4,6	17,8	30,8	37,2	40,7	35,1
<i>Norte</i>	1,8	9,2	19,9	24,7	26,3	28,9
<i>Pirineo</i>	-	2,3	6,9	12,0	15,7	14,3
<i>Interior</i>	-	3,0	3,7	5,5	10,1	20,3
<i>Sur</i>	-	-	4,2	4,2	4,3	18,2
 Galaico-castellana	-	7,4	8,3	11,1	11,1	29,7
Astur-leonesa	-	7,6	16,5	26,6	28,4	31,6
Cantábrica oriental	7,2	14,3	41,8	41,8	45,2	23,9
Pirineo navarro-aragonés	-	2,6	7,3	13,8	15,7	20,5
Pirineo catalán	-	2,0	6,4	9,6	15,6	6,0
Ibérica norte	-	-	-	1,8	16,7	28,0
Central	-	8,8	11,0	11,0	11,0	20,8
Ibérica sur	-	-	-	3,0	7,1	17,3
Subbética	-	-	2,5	2,5	2,7	16,8
Penibética	-	-	9,1	9,1	9,1	22,3

El dato sobre carreteras se refiere a carreteras de primer y segundo orden

Fuente: Wais (1948), Botín (1948), Uriol (1990-92), Comín, Martín Aceña, Muñoz y Vidal (1998), Instituto Geográfico Nacional (1995), A. Gómez Mendoza (1989). Elaboración propia.

Desde luego, no en todas las comarcas de la montaña Norte se dio este desenlace. Cada eslabón de la cadena imponía algún requisito que no todas ellas podían cumplir. La especialización bovina encontraba mayores obstáculos ecológicos en las comarcas orientadas hacia el interior del país, que disfrutaban de un menor grado de humedad. A la altura de 1917, el 85% de las unidades ganaderas de Pas-Iguña (Cantabria) eran bovinas, pero, en una comarca más interior como Sanabria (Zamora), el bovino no representaba más del 40% de la cabaña (alcanzando el ovino el 30%). Además, dentro de las comarcas más húmedas, la localización geográfica y la dotación de infraestructuras de transporte condicionaron también el grado de vinculación de los campesinos a los crecientes mercados urbanos, a la agroindustria naciente y, por ende, al cambio tecnológico. Éstas fueron algunas de las razones por las cuales la transformación de las explotaciones fue

mayor en Pas-Iguña o Grado (Asturias), donde (parafraseando a John Stuart Mill) los buenos caminos equivalían a buenas herramientas, que en comarcas próximas a ellas como Tudanca-Cabuérniga (Cantabria) o Belmonte de Miranda (Asturias).¹⁰ Pero incluso los sectores ganaderos menos evolucionados encontraron nuevas oportunidades o, en el peor de los casos, mantuvieron sus posiciones. En suma, la base exportadora ganadera de la montaña Norte no se hundió y en ocasiones proporcionó gran solidez a la economía campesina en el marco del arranque y consolidación de la industrialización española.

Si las comarcas de la montaña Norte reforzaron su posición en la división espacial del trabajo como oferentes de ganado y productos ganaderos, las comarcas de la montaña Sur hicieron lo propio con sus bases exportadoras agrícolas. La expansión agrícola más sólida fue de la de las sierras subbéticas. Allí, el sistema cereal era el cultivo principal en términos de superficie y, a diferencia de lo que ocurría en casi todas las otras zonas de montaña del país, no se limitaba a cumplir una función complementaria, sino que en varios casos formaba parte de la base exportadora. De manera más dinámica, además, el olivar comenzó a expandirse por las laderas subbéticas, tendencia que ha proseguido hasta nuestros días. A la altura de 1922, la superficie de olivar era ya el 15-20% de la superficie agraria total en comarcas jienenses como Mágina y la Sierra Sur, cuando la media nacional era cinco o seis veces inferior. Ni las condiciones tecnológicas ni las condiciones sociales (incluyendo la estructuración de las redes comerciales) estaban transformándose de manera tan positiva como en las economías ganaderas de la montaña Norte, pero al menos no se estaba produciendo un hundimiento de las bases exportadoras. Antes al contrario, las bases exportadoras agrícolas estaban expandiéndose notablemente al compás de las nuevas oportunidades abiertas por la industrialización (y a pesar de que las malas comunicaciones no siempre permitían aprovechar estas oportunidades al máximo).

¹⁰ Mill (1871: 178).

La posición de las sierras penibéticas en la división espacial del trabajo fue más inestable. Su base exportadora agrícola estaba, en consonancia con la dotación ecológica, más diversificada. A finales del siglo XIX, el viñedo había llegado a alcanzar un peso superficial destacado como consecuencia de las posiciones ganadas en el mercado por los vinos y la uva para consumo directo (con La Costa granadina y el Alto Andarax –Almería– como principales, y respectivos, protagonistas). A estos productos se unieron en ocasiones las frutas o los cítricos. Crisis biológicas (como la filoxera) y crisis comerciales amenazaron periódicamente la reproducción de las economías campesinas penibéticas, no sólo por las oportunidades destruidas y no reemplazadas en la planta superior de la economía de mercado, sino también porque el repliegue sobre la planta baja de la vida material encontró en ocasiones el obstáculo de la degradación y la sobrecarga ecológicas. La crisis no fue tan aguda como en el Sistema Ibérico, pero tampoco se registró aquí una expansión agrícola sostenida como la de las vecinas sierras subbéticas.

Como puede verse, las economías campesinas de montaña corrieron suertes diversas durante las etapas inicial e intermedia de la industrialización. Algunas fueron capaces de aprovechar los efectos de difusión que emanaban de los mercados urbanos en forma de mayores demandas para distintos productos agrarios. Otras se vieron en apuros al entrar en crisis sus especializaciones tradicionales y no encontrar alternativas productivas que fueran capaces de llenar todo el hueco dejado por aquéllas. Pero los cambios tuvieron lugar dentro de las bandas definidas por la geografía: las comarcas más orientadas hacia la ganadería tendieron a seguir siendo ganaderas y las comarcas agrícolas tendieron a seguir siendo agrícolas. Aun insertas en el incesante dinamismo de la ya consolidada sociedad de mercado, las continuidades de la geografía y su espectro de posibilidades productivas eran destacables. También lo era, y ése es el tema del próximo apartado, la continuidad de varios elementos institucionales y demográficos que, formando parte de la estructura social de acumulación, constituían el escenario de la reproducción económica campesina.

“SU” ESTRUCTURA SOCIAL DE ACUMULACIÓN

Si las sociedades campesinas de montaña se encontraban integradas en un sistema económico de rango superior, no cabe duda de que

lo mismo ocurría en la esfera política. La posición política de las comunidades campesinas de montaña también era periférica, en el sentido de que las decisiones más importantes se tomaban en los centros de poder, y dependiente, en el sentido de que, por lo general (y con los matices que enseguida se expondrán), los campesinos y sus instituciones debían adaptarse a cambios en las restricciones políticas que venían dados.¹¹ Como se ha visto, el sistema económico en que se encontraba integrada la montaña tenía un componente regional y nacional muy importante, si bien, dado el carácter interdependiente de la economía mundial, el componente internacional no podía dejar de tener su influencia (directa e indirecta). En la esfera política, en cambio, el Estado era la institución decisiva, como receptora central de las tensiones y demandas sociales y sede principal del poder para responder a las mismas. Los gobiernos regionales no existían y la influencia de los acontecimientos internacionales tendía a ser solamente indirecta, canalizándose como uno más de los condicionantes a que tenía que hacer frente el aparato estatal. La delimitación del sistema político a que pertenecían las comunidades de montaña resulta, por tanto, bastante nítida.

No cabe duda de la trascendencia que, en los planos económico, social o cultural, tuvo esta situación de dependencia política. Sin embargo, la dependencia política no conducía mecánicamente a una estructura social de acumulación exógena a las comunidades locales. Desde luego, la regulación estatal generaba toda una batería de elementos institucionales que, de manera genérica, afectaban tanto a la montaña como a las demás partes del país. Pero una parte nada despreciable de la estructura social de acumulación de las economías campesinas mantenía un carácter endógeno. Ello fue así, en primer lugar, porque las comunidades locales encontraron fórmulas para combinar su apertura a un sistema económico y político más amplio con la consolidación de modelos de sociedad rural adaptados a sus intereses (intereses cuya definición, evidentemente, no tenía por qué ser democrática, o siquiera representativa de importantes segmentos de la población rural). A su vez, esto reflejaba la debilidad del Estado

¹¹ Pollard (1997a: 68, 261) subraya la falta de acceso de las áreas marginales europeas a los centros de poder político.

para imponer proyectos contrarios a las inercias rurales acumuladas o, complementariamente, la falsa generalidad con que el Estado enunciaba su deseo de llevar a cabo tales proyectos.

Hubo además un segundo motivo por el que una parte destacada de la estructura social de acumulación se definía en clave endógena. Independientemente de la mayor o menor capacidad de las comunidades locales para mediatizar las decisiones estatales, éstas no podían abarcar campos que, por las propias características de las economías campesinas, tendían a quedar fuera del ámbito político y dentro del ámbito familiar. Así ocurría, por ejemplo, con las condiciones de acceso a los recursos laborales (un tema central donde los haya en la definición de una estructura social de acumulación), en el contexto de una utilización masiva de mano de obra familiar no remunerada y de la identificación (a efectos económicos) entre empresa y familia.

En suma, la estructura social de acumulación de las economías de montaña no era definida exclusivamente desde los centros de poder político (básicamente, estatal). También las comunidades locales y las propias familias tuvieron su importancia. El resultado fue un conjunto de nexos institucionales que tendieron a ser seleccionados en función de su grado de compatibilidad con las características geográficas y productivas de las distintas comarcas de montaña. Véamoslo.

Cuando empresa y familia son la misma cosa...

La célula básica de la economía campesina era la explotación familiar, cuya dimensión tendía a ser reducida (cuadro 3.5). La explotación media contaba con 3,3 unidades ganaderas, lo que, dada la composición de la cabaña por especies, equivalía como media a aproximadamente una vaca, un ternero, nueve ovejas, una mula (aunque no siempre), un cerdo y dos cabras. A ello se sumaban algo menos de cuatro hectáreas para el cultivo de cereales y, en mucha menor medida, vides y olivos. Estos datos, desde luego, nada dicen acerca de la distribución de estas posibilidades productivas medias entre las distintas familias campesinas. Las familias campesinas más acomodadas contaban con explotaciones de dimensiones superiores a éstas, mientras una cierta franja de población rural desfavorecida desarrollaba una vida económica más precaria.

Además, estos datos tampoco pueden revelar de manera definitiva las disparidades en la dimensión de las explotaciones de zonas diferentes, en razón de los sesgos provocados por la presencia de orientaciones productivas bien diversas. Las familias campesinas de la montaña Norte o el Pirineo disponían de extensiones de cultivo muy pequeñas, pero destacaban en el capítulo ganadero. En cambio, las explotaciones de la montaña Sur se basaban en las tierras labradas, ya fuera en régimen extensivo como en las sierras subbéticas o en parcelas mucho más pequeñas pero de mayor rendimiento por hectárea como en las sierras penibéticas. Las explotaciones de la montaña Interior tendían a posicionarse entre ambos extremos, aunque la orientación ganadera podía tener algo más de peso en términos agregados.

Cuadro 3.5.

La dimensión media de las explotaciones a finales del siglo XIX

	<i>Hectáreas cultivadas por familia campesina</i>	<i>Unidades ganaderas por familia campesina</i>					
		<i>Total</i>	<i>Bovino</i>	<i>Ovino</i>	<i>Equino</i>	<i>Porcino</i>	<i>Caprino</i>
Total montaña	3,8	3,3	1,3	0,9	0,5	0,4	0,2
<i>Norte</i>	2,0	3,6	2,2	0,5	0,3	0,4	0,2
<i>Pirineo</i>	3,4	5,0	1,5	1,7	0,9	0,6	0,2
<i>Interior</i>	5,7	3,7	0,7	1,6	0,7	0,3	0,3
<i>Sur</i>	5,6	1,5	0,2	0,4	0,5	0,3	0,2
Galaico-castellana	1,9	3,1	1,7	0,5	0,2	0,6	0,2
Astur-leonesa	1,2	3,7	2,4	0,5	0,2	0,4	0,1
Cantábrica oriental	3,7	4,3	2,7	0,6	0,5	0,3	0,2
Pirineo navarro-aragonés	3,7	5,4	1,6	2,1	0,9	0,5	0,3
Pirineo catalán	3,1	4,5	1,4	1,2	1,0	0,6	0,2
Ibérica norte	6,0	4,4	1,0	2,0	0,6	0,3	0,4
Central	5,8	3,9	1,1	1,5	0,7	0,4	0,3
Ibérica sur	5,4	3,2	0,2	1,6	0,8	0,3	0,2
Subbética	7,5	1,8	0,2	0,5	0,6	0,3	0,2
Penibética	2,7	1,1	0,1	0,3	0,4	0,2	0,1

El dato de hectáreas cultivadas se refiere a los cultivos de la trilogía mediterránea en 1888/89

Los datos sobre ganadería se han calculado a partir de la media de los datos de 1865 y 1917

El número de familias campesinas se ha tomado del número de familias en 1887, corregido por el porcentaje de ocupados no agrarios en ese mismo año

Fuente: DGAIC (1891a; 1891b; 1891c), Junta General de Estadística (1868), Ministerio de Fomento (1920-21) y DGIGE (1892). Elaboración propia.

La organización del trabajo agrario reposaba en buena medida sobre las relaciones familiares, que incorporaban las relaciones laborales como una más de sus múltiples caras.¹² La organización del trabajo era así, más que nunca, “sólo otra palabra para designar las formas de la vida de la gente común”.¹³ La información estadística más útil sobre este tema arranca de 1982, una fecha en la que las economías campesinas se encontraban ya en indudable proceso de descomposición y las explotaciones agrarias habían comenzado a sufrir importantes transformaciones en sus condicionantes tecnológicos e institucionales. Pero es probable que esta información permita revelar algunos rasgos estructurales de carácter general.¹⁴ Así, en 1982 casi el 90% del trabajo agrario era realizado en las economías de montaña por mano de obra familiar no remunerada (cuadro 3.6). Con independencia del valor porcentual concreto, parece claro que el protagonismo de la familia en la organización del trabajo agrario era muy superior al del mercado. Paralelamente, la figura del jornalero eventual, desempleado durante una parte del año, carente de oportunidades fuera del mercado laboral, tampoco era muy común (y aquí ya contamos con datos referidos a la década de 1960 que así lo muestran). Incluso en una agricultura que, como la española, no se caracterizaba por grados elevados de mercantilización del trabajo, las economías de montaña destacaban con particular viveza por su carácter familiar.

¹² Sobre el paulatino reconocimiento historiográfico de la familia campesina en este papel, Sarasúa (2000: 92); también Garrabou (2000: 31, 35-37).

¹³ Polanyi (1944: 84).

¹⁴ La información es, además, coherente con los resultados obtenidos por García Bartolomé (1992) a partir de otro tipo de fuentes.

Cuadro 3.6.
La organización del trabajo agrario

	<i>UTA por explotación</i> 1982	<i>Reparto del trabajo (% UTA) 1982</i>			<i>Trabajadores eventuales (%)</i> , 1963
		<i>Titular</i>	<i>Ayudas familiares</i>	<i>Asalariados</i>	
Total montaña	0,63	49	41	11	12
España no montañosa	0,65	45	30	25	
<i>Norte</i>	0,93	46	50	4	2
<i>Pirineo</i>	0,83	50	39	11	5
<i>Interior</i>	0,40	59	24	17	17
<i>Sur</i>	0,35	48	20	32	36
Galaico-castellana	0,85	46	50	4	3
Astur-leonesa	1,04	46	52	2	0
Cantábrica oriental	0,92	49	45	6	4
Pirineo navarro-aragonés	0,71	50	39	11	5
Pirineo catalán	1,02	49	40	11	6
Ibérica norte	0,45	52	23	24	12
Central	0,46	58	25	17	23
Ibérica sur	0,33	63	23	13	12
Subbética	0,31	43	18	39	33
Penibética	0,43	55	24	22	43

UTA: Unidades de Trabajo-Año (equivale al número de horas de trabajo de un activo agrario a tiempo completo – aproximadamente 2.200 horas o 275 jornadas)

Fuente: INE (1985b) y CPDES (1963). Elaboración propia.

Aun con todo, las opciones productivas de las explotaciones condicionaban sus modos de organización laboral. La montaña Sur estaba alejada, tanto en el plano económico como en el plano social, del modelo latifundista de las tierras bajas próximas, pero empleaba mayores cantidades de trabajo asalariado que otras zonas de montaña, estando también más presente en ella la figura del jornalero eventual. En parte, esto remitía a un modelo de sociedad rural más desequilibrado que el de las otras zonas, con un acceso no siempre sencillo a la tierra como recurso clave. Pero, por otro lado, esta pauta también reflejaba algunas consecuencias de las líneas de especialización seguidas. De hecho, dentro de la muestra de áreas montañosas, el recurso al trabajo asalariado iba aumentando conforme el grado de humedad iba descendiendo y la orientación de las explotaciones iba volviéndose más agrícola y menos ganadera. En la montaña Norte, por contra, la importan-

cia del mercado laboral como asignador de la mano de obra para las explotaciones era bastante marginal.¹⁵

La utilización de mano de obra asalariada dependía, en principio (y suponiendo constantes otros factores, como el estado de las oportunidades no agrarias de ingreso por parte de la familia campesina), del grado en que la oferta familiar de trabajo no remunerado fuese incapaz de cubrir la demanda laboral de la explotación. Considerando el año en su conjunto, esta demanda laboral aumentaba con el grado de orientación ganadera, y en particular bovina, de las explotaciones.¹⁶ Pero el punto clave no estaba ahí, sino en el grado de estacionalidad de estas necesidades de mano de obra. Las propias características de la actividad agrícola creaban grandes picos de demanda laboral para explotaciones como las de la montaña Sur, cuya capacidad para afrontar el trabajo sobre la base de la organización familiar podía verse en algunos casos desbordada durante una pequeña, pero decisiva, parte del año. El recurso al trabajo asalariado era entonces la menos mala de las soluciones. Desde luego, la existencia de estas breves situaciones de defecto de oferta de trabajo familiar no era suficiente para incentivar la formación de familias grandes. Las familias pequeñas aportaban una mayor flexibilidad a la organización de la estrategia campesina (dentro y fuera de la explotación agraria) y, además, siempre podían mantener vínculos puntuales de ayuda mutua dentro de las poliédricas rela-

¹⁵ La correlación de rangos entre grado de humedad y peso relativo del trabajo asalariado se ha movido entre -0,56 y -0,65 para 1982, 1989 y 1999, las tres únicas fechas para las que es posible el cálculo. De manera bastante paradigmática, un ingeniero agrónomo de finales del siglo XIX señalaba, acerca de la montaña leonesa, que “en general, todos los vecinos de cada pueblo, propietarios en mayor o menor escala, trabajan en las faenas del campo, las familias enteras, desde los niños de más tierna edad hasta los ancianos de ambos sexos”; *DGAIC* (1891c, II: 49, 216), donde también se hace referencia a la prestación de auxilio mutuo como mecanismo asignador complementario. En otro contexto económico, aunque de orientación igualmente ganadera, no pudo ser más expresivo el habitante de la Serranía Baja conquense que señaló: “Siempre es mejor tener hijos; por baratos que fuesen los pastores eran más caros que tener hijos”; Reher (1988: 62).

¹⁶ Cruzando el número de unidades bovinas por familia campesina en torno a 1890 con el número de Unidades Trabajo-Año por explotación (en 1982, a falta de un dato menos reciente), se obtiene una correlación de rangos igual a 0,69.

ciones (no sólo económicas) que fluían a través de sus densas redes de parentesco. En estas condiciones, el crecimiento demográfico de la montaña Sur durante todo el siglo previo a 1950 no se canalizó sólo hacia el aumento del tamaño de las familias ya existentes, sino que también alimentó la formación de numerosos hogares nuevos.

Cuadro 3.7.
Los tamaños de las familias y el celibato definitivo

	<i>Tamaño medio de la familia (número de miembros)</i>				<i>Tasa de soltería definitiva 1887</i>
	<i>1887</i>	<i>1910</i>	<i>1930</i>	<i>1960</i>	
Total montaña	4,01	4,19	4,40	4,08	9,5
España no montañosa	3,89	4,04	4,12	3,99	8,8
<i>Norte</i>	4,25	4,59	4,88	4,24	15,4
<i>Pirineo</i>	4,23	4,19	4,40	4,34	8,3
<i>Interior</i>	3,66	3,82	3,95	3,78	4,4
<i>Sur</i>	3,84	3,91	4,07	3,96	4,5
Galaico-castellana	4,15	4,52	4,83	4,33	17,3
Astur-leonesa	4,48	4,80	5,06	4,18	16,3
Cantábrica oriental	3,97	4,29	4,60	4,24	9,0
Pirineo navarro-aragonés	4,24	4,36	4,61	4,76	7,8
Pirineo catalán	4,23	4,00	4,18	4,00	9,0
Ibérica norte	3,69	3,89	4,12	3,94	4,7
Central	3,67	3,84	4,02	3,88	4,5
Ibérica sur	3,64	3,78	3,82	3,60	4,1
Subbética	3,80	3,84	4,03	3,98	5,1
Penibética	3,88	4,04	4,15	3,93	3,9

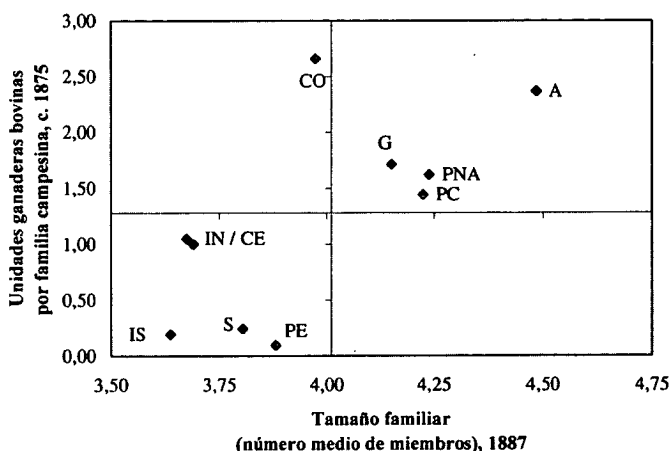
Tasa de soltería definitiva: porcentaje de solteros dentro de la población de 41-50 años

Fuente: DGIGE (1892; 1913), DGIGCE (1932) e INE (1962). Elaboración propia.

La formación de hogares nuevos era, sin embargo, más problemática en las condiciones ecológicas y productivas de la montaña Norte. Como se desarrollará enseguida, los montes públicos y vecinales desempeñaban aquí un papel central en la reproducción económica de las comunidades campesinas y éstas estaban interesadas en evitar la sobreexplotación de sus recursos comunes, un primer paso para lo cual consistía en evitar aumentos descontrolados del número de explotaciones. Además, las características productivas de la montaña Norte incentivaban en mayor medida que las de la montaña Sur la formación de familias más grandes o la absorción por parte de las familias ya existentes

de buena parte del incremento poblacional (cuadro 3.7).¹⁷ Las familias grandes suponían una reserva de mano de obra para su movilización a lo largo del año en función de un calendario laboral que, pese a ser menos estacional que el de la montaña Sur, absorbía una mayor cantidad de horas de trabajo.

Gráfico 3.1. Peso económico de la ganadería bovina y tamaño demográfico de las familias campesinas



No cabe duda de que una variable tan compleja como el tamaño de los hogares no puede ser explicada exclusivamente a partir de las características productivas de las explotaciones. Una explicación satisfactoria no sólo tendría que incluir otros factores económicos sino, sobre todo, elementos sociológicos, antropológicos, culturales...; asimismo sería necesario indagar en los vínculos establecidos entre unas y otras esferas.¹⁸ Todo ello excede mi capacidad y mis intenciones en

¹⁷ Pese a todo, y como señala Reher (1996: 68), no se trataba de familias verdaderamente grandes en el contexto europeo.

¹⁸ En la línea de lo apuntado por Mikelarena (1992a: 34-40, 57-58; 1992b: 45), Reher (1996: 71) o Pérez Moreda (1999b: 23).

este momento. Simplemente he querido subrayar que, del mismo modo que la geografía incentivó la adopción de determinadas líneas de especialización y estableció las bandas dentro de las cuales podría fluctuar la trayectoria de las mismas, las características productivas de las explotaciones crearon presiones más favorables a unas formas familiares que a otras.¹⁹ Al fin y al cabo, éstas eran situaciones en las que, siguiendo a Schumpeter, empresa y familia eran la misma cosa.²⁰ Las familias grandes fueron así más comunes en zonas de ganadería bovina como la montaña Norte que en zonas agrícolas como la montaña Sur (gráfico 3.1 y mapa 3.3).²¹

Mapa 3.3.

Tamaño medio de las familias (número de miembros), 1887



¹⁹ Esta idea ya está presente en Kautsky (1899: 18); véanse también Wolf (1966: 89), y el repaso de Wall (2003: 543). Partiendo de algunos supuestos implícitos diferentes, Chayanov (1924a: 61-66, 98-99) tendía más bien a considerar que eran las formas familiares las que creaban presiones sobre la organización productiva.

²⁰ Schumpeter (1939: 52).

²¹ La correlación de rangos entre tamaño familiar y número de unidades ganaderas bovinas por familia en torno a 1887 es igual a 0,53, reflejando tanto la influencia del factor productivo como la indudable existencia de otro tipo de determinantes.

Uno de los mecanismos centrales para la regulación del tamaño familiar era la existencia de restricciones sociales y culturales en el acceso al matrimonio.²² A resultas de las mismas (y de los efectos de los movimientos migratorios sobre el mercado matrimonial), el celibato definitivo alcanzaba en la montaña Norte (con razones de masculinidad reducidas, como se mostró en el capítulo 1) y el Pirineo (con sistemas de herencia indivisible) magnitudes impensables en las sierras del Interior o el Sur, trazándose así una relación bastante estrecha con los tamaños familiares.²³ Las decisiones que en última instancia fijaban la magnitud de la familia eran atomísticas, pero se tomaban en un marco sociocultural cuyo origen y naturaleza iban mucho más allá del agregacionismo atomístico.²⁴ Futuras investigaciones podrían aclarar hasta qué punto influyeron los factores estrictamente económicos en la génesis y perpetuación de estos marcos socioculturales de las comunidades campesinas o, adoptando el enfoque de Marvin Harris, hasta qué punto fueron seleccionados en el largo plazo los elementos estructurales y supraestructurales compatibles con la infraestructura geográfico-económica.²⁵

Una pieza clave: las migraciones temporales

El equilibrio familiar era completado con las migraciones temporales emprendidas por algunos de los miembros del hogar. Estos desplazamientos, muy heterogéneos en sus rutas, duración, objeto y protagonistas, facilitaban la reproducción de las economías campesinas de montaña a través de dos vías. En primer lugar, proporcionaban recur-

²² Las variables aquí introducidas podrían complementar el análisis basado en el grado de acceso a la propiedad de la tierra que ha realizado Pérez Moreda (1985: 49-50; 1999a: 21-23) para el conjunto del país; véase también Rowland (1988: 128), que reivindica el peso de los factores culturales en la explicación de la variedad regional de regímenes matrimoniales.

²³ Para 1887, se daba una correlación de rangos igual a 0,67 entre celibato definitivo y tamaño familiar. Esto es coherente con Reher (1996: 109); véase también Reher (1993: 36-37, 48-51; 1994: 48-51; 1996: 45-60, 256-260).

²⁴ Aquí puede resultar útil el concepto de “causalidad descendente” propuesto por Hodgson (2003: 164-166).

²⁵ Harris (1988: 367).

los monetarios complementarios: los ingresos derivados de la venta a pequeña escala de mercancías, la prestación de servicios de transporte, la participación estacional como oferentes en mercados laborales ajenos a la montaña... Pero, además, estos desplazamientos servían para ahorrar recursos, ya que liberaban a los sistemas productivos locales de la presión de sostener (directa o indirectamente) a los emigrantes temporales durante varios meses al año, o en algunos casos durante periodos incluso más prolongados. Por todo ello, las migraciones temporales diferían radicalmente de las migraciones definitivas: las migraciones definitivas acabarían descomponiendo la sociedad campesina; las migraciones temporales, en cambio, hacían más fluida la reproducción económica de la misma.

Estos desplazamientos temporales, en su engarce con conceptos clave de la definición del campesinado (como la pluriactividad), no eran exclusivos de las economías de montaña. Pero, dada la importancia de la ganadería extensiva dentro de los sistemas agrarios de montaña, la movilidad formaba parte de la vida económica más común de los campesinos. De hecho, en algunos casos podía ensayarse el solapamiento de la movilidad originada por la dinámica de la explotación agraria y la movilidad tendente a obtener recursos fuera de la misma. En este aspecto como en otros, es probable que los campesinos de la montaña fueran paradigmáticos.

Cuadro 3.8.

Algunos indicadores relacionados con las migraciones temporales

	<i>Residentes ausentes</i> (% sobre la población de hecho)				<i>Razones de masculinidad</i>			
					<i>Población entre 16 y 64 años</i>		<i>Población casada</i>	
	1887	1910	1930	1960	1860	1887	1860	1887
Total montaña	2,8	5,3	6,3	3,6	89	87	96	95
España no montañosa	0,2	1,3	0,9	-1,1	96	94	101	100
<i>Norte</i>	3,7	6,5	8,8	4,0	79	76	94	94
<i> Pirineo</i>	4,1	7,6	4,1	0,9	99	99	97	96
<i> Interior</i>	2,5	4,2	6,2	5,4	96	94	95	95
<i> Sur</i>	0,6	2,8	2,7	2,5	96	96	99	99
Galaico-castellana	3,9	9,7	13,6	8,0	82	78	96	92
Astur-leonesa	4,5	5,5	7,4	2,0	71	71	91	93
Cantábrica oriental	1,6	2,6	3,6	1,8	88	84	98	98
Pirineo navarro-aragonés	2,8	8,1	5,9	1,5	100	99	98	96
Pirineo catalán	5,7	6,9	2,1	0,3	98	100	96	95
Ibérica norte	4,3	4,8	6,5	4,1	78	79	88	91
Central	0,6	3,1	6,0	6,0	108	101	100	97
Ibérica sur	3,6	5,0	6,2	5,3	94	95	93	94
Subbética	0,7	2,4	1,7	2,4	100	99	101	100
Penibética	0,4	3,5	4,8	2,8	92	92	96	97

Residentes ausentes: diferencia entre la población de derecho y la población de hecho

Fuente: DGICE (1892: 1913), DGIGCE (1932) e INE (1962). Elaboración propia.

No es fácil medir la relevancia de las migraciones temporales. Los datos del cuadro 3.8 se refieren a la diferencia entre la población de hecho, efectivamente presente en el momento de realización del censo, y la población de derecho, residente en el pueblo pero ausente en dicho momento. Ésta es la manera más sencilla (además de casi la única) a través de la cual los censos de población nos permiten realizar algún tipo de aproximación sistemática al fenómeno de la migración temporal. Sin embargo, no es una opción exenta de debilidades. Los censos se elaboraban habitualmente en diciembre, y en ningún caso durante la estación estival, por lo que los indicadores de movilidad temporal así contruidos dejan fuera los desplazamientos estacionales relacionados con los picos de demanda laboral de la agricultura cerealista.²⁶ Además, en los casos en que el censo se realizó en diciembre, coincidió con el momento de máxima carga laboral de las comarcas olivareas, por lo que queda bien captada la movilidad de campesinos de montaña en busca de los salarios de la recolección de la aceituna, pero se genera una distorsión importante en los indicadores de las comarcas montañosas con especialización olivarera.²⁷ Finalmente, en el indicador de residentes ausentes se entremezclan irremediabilmente desplazamientos estacionales, desplazamientos plurianuales y desplazamientos inicialmente pensados como temporales pero que terminarían revelándose como definitivos.

En casos extremos, la emigración temporal podía suponer la separación momentánea de los matrimonios. Ello era particularmente frecuente en desplazamientos que los varones casados realizaban hacia América, ya fuera con propósito de regresar al cabo de unos años, con propósito de allanar el camino para el reencuentro familiar en destino, o con algún propósito intermedio pero no plenamente definido en el

²⁶ La concentración estival de la cosecha de cereales puede observarse en MAPA (1982: 31, 46). El gran peso de la recolección dentro de la demanda total de trabajo de este cultivo, en Rodríguez Labandeira (1991: 163-165).

²⁷ El 29% de la cosecha de aceituna para almazara se recoge en España durante el mes de diciembre, quedando el 33 y el 21% para enero y febrero respectivamente (MAPA 1982: 540-543); véase también López Martínez, Hidalgo y Prieto (1885-89, I: 383; IV: 536, 688). Rodríguez Labandeira (1991: 163-165), cuantifica la gran proporción de demanda total de trabajo en el olivar que era absorbida por la recolección.

momento de partida. Las razones de masculinidad de la población casada en la Galaico-castellana, la Astur-leonesa o la Ibérica norte sugieren que, en dichas zonas, casi uno de cada diez maridos participaba en las corrientes de emigración temporal.

La movilidad de la población casada se sumaba a la movilidad, más aguda y generalizada, de la población soltera. Las migraciones temporales eran practicadas por jóvenes de ambos sexos, siguiendo en ocasiones rutas y objetos diferenciados. Los mercados laborales agrícolas podían ser más propios de los varones; el servicio doméstico, de las mujeres. Las razones de masculinidad sugieren, sin embargo, que la movilidad masculina era más intensa. En la montaña Norte, las migraciones temporales comprendían desde las ya referidas hacia América como las vinculadas al trabajo agrícola en la meseta castellana, pasando por el desempeño de oficios itinerantes y la actividad arriera. En el Pirineo y la montaña Interior, existía también una diversidad importante de opciones (incluyendo, en el caso del primero, el contrabando y el trabajo invernal en Francia y, en el caso de la segunda, el trabajo agrícola en los olivares andaluces o el litoral mediterráneo), intensamente aprovechadas por una población campesina a la que la tradición trashumante había dotado de una genuina cultura de la movilidad. Finalmente, en la montaña Sur (y a pesar de la invisibilidad estadística) también se registraban densas rutas migratorias, generalmente con objeto de trabajar secuencialmente y por cuadrillas en las faenas agrícolas de las tierras bajas y tratar así de complementar los precarios resultados de las explotaciones propias. Como queriendo alertarnos de los peligros de la estadística, el corresponsal de Madoz en una de las comarcas penibéticas dio buena cuenta del trajín de estos emigrantes estacionales y los caracterizó como “enemigos de la ociosidad [...], vigorosos [e] intrépidos”.²⁸

Dentro de la población con edades comprendidas entre 16 y 64 años (la más susceptible de participar en las migraciones temporales), había tan sólo 85-90 varones por cada 100 mujeres en el conjunto de zonas de montaña del país; además, los residentes ausentes representa-

²⁸ Madoz (1845-50: “Albuñol”).

ban en torno al 5% de la población de hecho total. De acuerdo con ambos indicadores (sin duda rudimentarios e imperfectos), las migraciones temporales parecen más acusadas en las economías de montaña que en el resto del país. Este tipo de movilidad, tan a menudo ilustrada incluso por los partidarios de la concepción autárquica, es una de las muestras más claras de la necesidad que los campesinos de montaña tenían de abrirse y participar en sistemas de mercados cuya estructuración iba más allá de los confines locales o comarcales. De otro modo no era posible preservar su modo de vida rural, un objetivo por otro lado muy razonable en ausencia de oportunidades claras y abundantes en el medio urbano. Braudel no eligió una metáfora carente de base cuando habló de la montaña como una fábrica de hombres para su uso en las tierras bajas.²⁹ Pero sí una metáfora sesgada: los campesinos de montaña eran muy útiles para diversas actividades económicas de las tierras bajas, pero no menos útiles les resultaban a ellos estos empleos. Las tierras bajas también eran, en cierta forma, una fábrica de oportunidades para su aprovechamiento selectivo por parte de los habitantes de la montaña. Todos utilizaban a todos: en eso, entre otras muchas cosas, consistía participar en la economía de mercado.

Las economías campesinas ante el Estado

La relación entre las empresas y el poder político constituye uno de los vectores de la estructura social de acumulación como concepto teórico. Las explotaciones campesinas podían mantener sus relaciones laborales ocultas bajo un velo de relaciones familiares, pero tanto su desempeño en la economía de mercado como algunos aspectos de su vida material dependían de restricciones políticas en buena medida definidas por el Estado. En ocasiones, el Estado tomaba la iniciativa y emprendía proyectos que prometían inducir transformaciones sustanciales en el funcionamiento de las economías campesinas de montaña y, en realidad, de todas las economías rurales del país. El proyecto liberal con respecto a los montes públicos y vecinales pudo ser uno de los

²⁹ Braudel (1966).

más importantes y controvertidos en este sentido, y más para unas comarcas de montaña que concentraban la mayor parte de las superficies que de dicho tipo existían en el país. Pero, desde una óptica que incorpora y trasciende lo económico, no menos decisivo era el proyecto de alfabetizar al conjunto de la población española.

Las formas diferentes de la propiedad privada individual (considerada como la propiedad “perfecta”) y el analfabetismo eran, de acuerdo con la visión liberal más extendida, rémoras para el crecimiento económico del país. Ambas impedían a los agentes económicos (y, por extensión, a la comunidad formada por la agregación de los mismos) alcanzar todo su potencial productivo. La propiedad imperfecta podía conducir a una explotación descontrolada y a una merma de los incentivos para realizar mejoras, anticipando el argumento de la “tragedia de los comunales” de Garret Hardin y contando con algo parecido al dilema del prisionero de la teoría de juegos.³⁰ El analfabetismo, por su parte, no sólo era un problema desde una perspectiva humanista, sino que también lastraba la capacidad de la sociedad para incorporar nuevas tecnologías, problema que cobraba particular trascendencia tras el inicio (a finales del siglo XIX) de un segundo ciclo de la industrialización cuyas coordenadas tecnológicas comenzaban a estar estrechamente ligadas al avance científico. Por añadidura, el analfabetismo reducía la capacidad de los agentes económicos para adaptarse con rapidez a entornos cambiantes y aprovechar al máximo las oportunidades de arbitraje creadas por desequilibrios transitorios en el vaciamiento de los distintos mercados.³¹

Así pues, la propiedad imperfecta y el analfabetismo bloqueaban la tendencia al crecimiento económico y al aumento del bienestar individual que con tanta naturalidad se derivarían de un libre funcionamien-

³⁰ Hardin (1968). Véanse algunos de estos argumentos en los repasos críticos realizados por Nugent (2003) e Iriarte (1995: 109-110; 2002a: 19-20); también Aguilera (1991) y Fontana (1975: 153). Giménez (1991: 70-74) muestra la diversidad de protagonistas y opiniones que alimentaron este debate en la Europa del siglo XIX.

³¹ Mitch (2003); Núñez (1992) también proporciona abundante bibliografía sobre el tema. En relación a los requisitos educativos del segundo ciclo industrializador, véase también Todd (1990: 158-161).

to de los mercados.³² Ambos obstáculos fueron atacados por parte del Estado a través de planes supuestamente genéricos. El entramado legislativo que dio cuerpo al ataque fue complejo, si bien quizá podría venir simbolizado por la ley de desamortización general de Pascual Madoz de 1855, destinada a acabar con la propiedad imperfecta, y la ley Moyano de 1857, diseñada para acelerar la alfabetización.³³ ¿Cuál fue el resultado de estos esfuerzos políticos? Para el conjunto del país, se privatizaron montes públicos y disminuyó el número de analfabetos, pero ninguno de los dos procesos llegó hasta el final. En realidad, ambas transformaciones se abrieron paso con grandes contrastes regionales.³⁴ Y la montaña no podía sino reflejar tales contrastes, así como las dinámicas que los crearon.

Los montes comunales eran importantes para la reproducción de las economías campesinas de montaña. Desde largo tiempo atrás, los comunales alimentaban la vida material de las familias, que obtenían en ellos diversos recursos forestales (leña para calefacción, madera para construcción) o animales (fruto de actividades de caza y pesca que servían para complementar la dieta). Además, conforme los campesinos iban involucrándose en la economía de mercado, los montes comunales podían aportar a través de mecanismos distintos al mercado recursos que actuaban como factores productivos para actividades destinadas al mercado. La alimentación de las cabañas ganaderas, por ejemplo, dependía en una cierta proporción (variable según los casos) del acceso a pastos comunales de alta montaña. Podía ser una forma institucional arcaica, en el sentido de antigua e intergeneracionalmente heredada, pero no era incompatible con el funcionamiento de una economía de mercado.

³² Sobre la sencillez de este liberalismo inicial, véase, aplicado al plano agrario, Garrabou (1997: 142), que subraya las continuidades del caso español con otros casos europeos.

³³ Á. García Sanz (1985) y Núñez (1992: 204-224) proporcionan detalladas perspectivas del complejo entramado legislativo que sostuvo los proyectos estatales de redefinición de los derechos de propiedad y alfabetización, respectivamente.

³⁴ Para la privatización de los montes públicos, Grupo de Estudios de Historia Rural (1994); para la alfabetización, Núñez (1992: 131-164).

Sí era, casi por definición, incompatible con la extensión de las relaciones mercantiles a todas las esferas de la vida económica. Pero la acción estatal se encontraba inserta en la dinámica social, y no era suficientemente autónoma para evitar que sus objetivos teóricos se vieran matizados por otro tipo de consideraciones prácticas. Al final, el objetivo efectivo del Estado no fue instaurar la propiedad perfecta, sino permitir que quienes quisieran hacerlo contribuyeran al saneamiento de las finanzas públicas. Por ello, la privatización se desarrolló de manera muy desigual a lo largo del espacio, en función de los intereses de los distintos grupos sociales implicados y de las potencialidades productivas de los territorios.³⁵

Cuadro 3.9.
Los montes públicos y su privatización

	<i>Superficie de montes públicos (%)</i>		<i>Privatización</i>
	<i>1859</i>	<i>1901</i>	<i>1859-1901</i> <i>(% sobre 1859)</i>
Total montaña	34	29	16
España no montañosa	20	9	54
<i>Norte</i>	39	34	11
<i>Pirineo</i>	40	37	8
<i>Interior</i>	29	24	19
<i>Sur</i>	27	18	33

Fuente: Clasificación (1859), Catálogo (1862), Catálogo (1901), Grupo de Estudios de Historia Rural (1994) e Iriarte (1997). Elaboración propia.

A mediados del siglo XIX, los montes públicos representaban más de un tercio de la superficie de las comarcas montañosas, una proporción más elevada que la media nacional (cuadro 3.9). La privatización de los mismos dependió de las potencialidades roturadoras y el grado de orientación agrícola de la economía comarcal.³⁶ Dado que, en gene-

³⁵ Grupo de Estudios de Historia Rural (1994); también Linares (2001: 20-21, 46-48) o Iriarte (1998: 136-137). Véanse también algunos ecos de esta idea en las conclusiones del Grupo de Estudios de Historia Rural (2002) sobre la política forestal durante el mismo periodo.

³⁶ La correlación de rangos entre extensión relativa de la trilogía mediterránea en torno a 1888 y privatización de montes públicos entre 1859 y 1901 (calculado para el N=10 de los agregados comarcales, dadas las limitaciones de la reconstrucción estadística efectuada para la segunda de las variables) asciende a 0,68.

ral, estas potencialidades no eran elevadas en la mayor parte de zonas de montaña, para las cuales la especialización agrícola resultaba una opción poco factible debido a restricciones ecológicas, la privatización se desarrolló sobre todo en la España no montañosa. De acuerdo con mi estimación, menos del 20% de las superficies públicas de montaña fueron privatizadas durante la segunda mitad del siglo XIX.

La privatización no era, por ejemplo, atractiva para las comunidades campesinas de la montaña Norte o el Pirineo. Su monte comunal “expresaba un interés colectivo organizado”, de tal suerte que resultaba funcional para la mayor parte del tejido social.³⁷ Desde la óptica de los grandes ganaderos y los campesinos más acomodados, la privatización ofrecía más costes que beneficios, al obligarles a realizar desembolsos para adquirir unas superficies cuyos pastos ya podían explotar en provecho propio, más si cabe teniendo en cuenta que los comunales eran objeto de un “aprovechamiento desigual” en función del tamaño económico de las explotaciones.³⁸ Y, desde el punto de vista de grupos más desfavorecidos, los montes comunales permitían el fortalecimiento de la vida material y, por extensión, de su compleja estrategia de reproducción económica (en suma, evitaban males mayores). Cerrando el círculo, ello neutralizaba posibles tensiones a escala local y garantizaba el mantenimiento de las posiciones sociales establecidas.³⁹

Así pues, la especialización ganadera de estas zonas no se veía obstaculizada por la existencia de superficies comunales. Es difícil determinar hasta qué punto otros derechos de propiedad podrían haber acelerado el tránsito hacia modelos agrarios más intensivos, especializados y proclives al cambio tecnológico. La comparación entre dos comarcas cántabras vecinas, las ya citadas Pas-Iguña (con su característico paisaje de cercados y un sector ganadero muy dinámico) y Tudanca-Cabuérniga (con un 90% de superficie pública y una inserción mercantil más tibia), no está exenta de interés. Sin embargo, es probable que los derechos de propiedad fueran la consecuencia, más que la causa, del grado de desarrollo de la economía

³⁷ La expresión es de Cuesta (2001: 31).

³⁸ La expresión es ahora de Sabio (1997: 109).

³⁹ Véase Iriarte (2002a: 20).

campesina.⁴⁰ Además, la persistencia de esta definición de los derechos de propiedad no excluía una paulatina “individualización” de los derechos de uso de los vecinos.⁴¹ En cualquier caso, parece claro que no había tragedia de los comunales porque, en presencia de estrictas reglamentaciones locales, no se cumplía la premisa de libre acceso.⁴² Tampoco había dilema simple del prisionero, sino un juego repetido cuya solución óptima podía pasar por prescindir de los comportamientos oportunistas más flagrantes y cortoplacistas.⁴³ Las propias restricciones socioculturales sobre el acceso al matrimonio, tan importantes en estas zonas, no dejaban de tener una cierta conexión con la necesidad de evitar la sobreexplotación de los recursos comunes.

En estas condiciones, las comunidades locales aprovecharon los resquicios que la condición legal de monte exceptuado abría en el proyecto privatizador. Cuando, pese a ello, los montes salían a subasta, en ocasiones eran incluso comprados por asociaciones de vecinos. Y donde, por avatares históricos, ni siquiera existía auténtica propiedad pública o vecinal (como ocurría, por ejemplo, en algunos puntos de la comarca asturiana de Cangas de Narcea), los campesinos buscaban el aprovechamiento común de pastos “porque de este modo se evitan gastos inmensos para cercar cada uno su propiedad y con pocos pastores se custodian todos los rebaños de la aldea”.⁴⁴ En suma, los montes públicos persistieron porque representaban una adaptación institucio-

⁴⁰ Extendiendo así el argumento original de Carmona y Simpson (2003: 19, 139-140, 312).

⁴¹ Sobre los derechos de uso (y no de propiedad) como variable de ajuste institucional ante las nuevas oportunidades económicas, Iriarte (1998: 138); véase también Balboa (1999: 114).

⁴² Ello no excluye los importantes cambios sociales que pudieron derivarse de la creciente “municipalización” de los montes comunales que no fueron privatizados (Balboa 1999: 98-100; Iriarte 2003b: 226).

⁴³ Sobre los posibles cambios que tienen lugar en el desenlace del dilema del prisionero si el juego se repite “infinitamente” (en lugar de ser jugado una única vez), véase por ejemplo el planteamiento formal de Gibbons (1992: 87-90); la idea es aludida por North (1994: 365). Ostrom (1990: 2-28) revisa las complejidades obviadas por el planteamiento de la tragedia de los comunales; véase también Sala (1996), que aplica la noción de cooperación no altruista.

⁴⁴ *Crisis* (1887-89, IV: 48).

nal bastante eficiente al medio geográfico y al contexto productivo en que se desenvolvían los campesinos de montaña.⁴⁵

Por contra, la privatización fue más importante en las zonas meridionales, menos húmedas y con mayor orientación agrícola. En la montaña Sur, el proceso, que a buen seguro comenzó ya en la primera mitad del siglo XIX, aumentó las posibilidades de realizar una transformación agrícola del territorio y aprovechar así las oportunidades de crecimiento que iban abriéndose en ese campo. Los grupos sociales más desfavorecidos se quedaron sin sus aprovechamientos tradicionales y las elites locales extrajeron los mayores beneficios, pero la transformación también favoreció la inserción de la montaña Sur en la división espacial del trabajo, la instalación de nuevas familias y el consiguiente aumento de la población. De nuevo, las características locales condicionaban de manera decisiva el desenlace del proyecto privatizador. Aun con todo, la privatización no llegó en la montaña Sur tan lejos como en otros espacios de la España no montañosa con perspectivas roturadoras aún mejores.

Cuadro 3.10. La dotación educativa y el proceso de alfabetización

	<i>Dotación educativa, España=100</i>				<i>Tasa (bruta) de alfabetización</i>			
	1860	1887	1903	1963	1860	1887	1920	1963
Total montaña	85	73	119	67	24	32	46	73
España no montañosa	104	107	98		24	32	48	75
<i>Norte</i>	96	85	158	79	28	38	54	74
<i>Pirineo</i>	87	100	113	85	21	32	56	74
<i>Interior</i>	102	80	128	73	28	36	49	73
<i>Sur</i>	44	29	54	44	13	14	22	68
 Galaico-castellana	61	60	130	66	20	25	42	74
Astur-leonesa	123	90	169	88	30	41	57	74
Cantábrica oriental	107	123	193	90	43	56	70	75
Pirineo navarro-aragonés	114	98	98	100	24	36	58	75
Pirineo catalán	57	103	134	71	17	26	53	74
Ibérica norte	121	115	156	84	42	52	67	75
Central	105	81	140	75	30	38	51	73
Ibérica sur	95	67	109	70	21	26	40	73
Subbética	25	17	34	41	13	14	21	69
Penibética	90	59	101	52	13	14	25	65

Dotación educativa: índice sintético del número de docentes (1860, 1887 y 1963) y escuelas públicas (1903) por habitante y km². Para 1963, el dato es más fiable en cuanto al orden que en cuanto a la magnitud.

Tasa bruta de alfabetización: porcentaje de alfabetizados sobre la población total. El dato de 1963 también es aproximativo.

⁴⁵ Ésta era también la posición de Kautsky (1899: 367), en referencia a los Alpes suizos y sus escasas potencialidades agrícolas. Sobre esa misma zona véase el repaso bibliográfico, que apunta en dirección similar, de Ostrom (1990: 61-65); en una línea más general, Pollard (1997a: 108).

Sin menospreciar los efectos de dislocación social generados por esta privatización, las contradicciones entre la inercia de la comunidad local y la conveniencia de la mayoría de sus componentes fueron más agudas en el caso de la escolarización y la alfabetización, ya que también la lucha contra el analfabetismo se vio muy condicionada por las características de las sociedades rurales implicadas (cuadro 3.10 y mapa 3.4).⁴⁶ El destacado peso concedido a los ayuntamientos en materia de dotación educativa contribuyó además a ello. En la montaña Sur, con una sociedad rural más desigual que la de las otras zonas, las oligarquías municipales no realizaron grandes esfuerzos para proporcionar a las poblaciones una red densa de escuelas y personal docente.⁴⁷ Tampoco las familias campesinas se veían inmersas en un mundo económico o cultural rebosante de incentivos a la alfabetización. El resultado fue una tasa de escolarización muy baja y un analfabetismo persistente. En 1920, casi el 80% de la población de la montaña Sur era aún incapaz de leer y escribir, unos 30 puntos porcentuales más que en el resto de zonas. Es cierto que el trabajo infantil era importante para las explotaciones campesinas, pero, en otras zonas con problemas similares, las comunidades locales encontraron su vía hacia la alfabetización mediante el recurso a la figura de la escuela temporal.⁴⁸

⁴⁶ En el sentido anticipado por North (1959: 946-949). Presento aquí argumentos que se encuentran más desarrollados en Collantes (2004b).

⁴⁷ Los efectos de la privatización de comunales sobre las finanzas municipales quizá pudieron (y esto no es más que una hipótesis) hacerse notar en el plano educativo; en esta línea véase la constatación de Iriarte (2003b: 250-253) para el caso navarro.

⁴⁸ Como señala Núñez (1992: 269-275); véase también Sarasúa (2002: 569-572). Borrás (2002) es en cambio más proclive a considerar el papel del trabajo infantil como factor de bloqueo de la escolarización. Ya Kautsky (1899: 118) formuló el argumento, en mi opinión excesivo para el caso que nos ocupa, de que "A la necesidad de una instrucción completa se opone victoriosamente la necesidad de explotar lo más pronto posible y de la manera más intensa los miembros de la familia en el ámbito de la propia hacienda".

Mapa 3.4. Tasa bruta de alfabetización (%), 1920



Sea como fuere, de haber estado las economías de montaña expuestas a una estructura social de acumulación exógenamente definida por el Estado, sus características sociales no habrían podido tener tanta influencia sobre la dotación educativa y los consiguientes resultados de la lucha contra el analfabetismo. Afortunadamente unas veces, lamentablemente otras (y así fue en particular para las generaciones de analfabetos que fueron acumulándose en la montaña Sur, o para las niñas que en todas partes se vieron penalizadas en el acceso a la educación), las comunidades locales eran capaces de mediatizar y reformular algunos de los proyectos que, de manera genérica y a veces incluso abstracta, se diseñaban en los centros de “un sistema político flexible que [permitía] modos y ritmos muy diversos de aplicación de las grandes líneas de reforma institucional”.⁴⁹

⁴⁹ Gallego (1998: 25). Sobre la diferenciación sexual en el acceso a la educación, Sarasúa (2002).

Desde luego, la estructura social de acumulación no se definía de manera exclusivamente endógena a la comunidad campesina. Varios elementos sustanciales de la misma dependían de la regulación estatal. La política comercial y la política de infraestructuras de transporte, por poner sólo dos ejemplos, condicionaban el desempeño de las bases exportadoras de las economías campesinas y, en general, el trazado de su estrategia reproductiva familiar. Otras regulaciones eran, además, decisivas para conformar el marco institucional básico en que se desarrollaban los intercambios. Por otro lado, las comunidades locales no fueron siempre capaces de mediatizar todos los proyectos estatales, como se muestra en el capítulo siguiente. En este apartado simplemente he subrayado que la dependencia política no impedía que varios elementos importantes de la estructura social de acumulación se definieran de manera endógena a la comunidad campesina según sus características ecológicas, productivas y sociales.

EL NIVEL DE VIDA DE LOS CAMPESINOS

El funcionamiento de las economías campesinas no debe ser evaluado en función de su capacidad para sostener líneas de especialización productiva o definir ciertas partes de su marco institucional, sino más bien a partir del nivel de bienestar disfrutado por sus integrantes. Ésta es una investigación siempre complicada, y más en el caso de campesinos pluriactivos y arcos temporales en los que el bienestar no es fácilmente reducible a un común denominador monetario. Cuando de lo que se trata, además, es de realizar comparaciones comarcales a lo largo del espacio o el tiempo, nos movemos ya en el campo de las conjeturas plausibles. Para esta tarea he reunido indicios derivados de variables biológicas, alimenticias, distributivas y demográficas (cuadro 3.11). Por suerte, algunas conjeturas pueden ser respaldadas por varios indicios a la vez.

En historia económica, el debate más controvertido sobre la evolución de los niveles de bienestar se sitúa en los inicios de la industrialización, sobre todo en su versión inglesa, y enfrenta a quienes tienen una visión optimista de la calidad de vida en las ciudades y a quienes

consideran que existió una “penalización urbana” en el bienestar.⁵⁰ A la hora de evaluar el funcionamiento de las economías campesinas de montaña, podríamos plantear la pregunta inversa: ¿estaban expuestos sus componentes a una “penalización rural”? En el próximo capítulo sostengo que, en efecto, dicha penalización existió durante la segunda mitad del siglo XX y sigue existiendo en la actualidad. El panorama es, sin embargo, más complejo para el periodo previo.

Cuadro 3.11.

Algunos indicios sobre el nivel de vida de los campesinos

	<i>Tasa(bruta) de mortalidad 1886/92</i>	<i>Dependencia demográfica</i>		<i>Familias campesinas propietarias de ganado (%), c. 1875</i>		<i>Acceso indirecto a la tierra, 1962</i>	
		1860	1887	Bovino	Ovino	<i>Superficie agraria total (%)</i>	<i>Superficie agrícola útil (%)</i>
Total montaña	30,6	65	73	44	37	11,4	25,7
España no montañosa	31,6	62	65	20	16	21,9	31,4
<i>Norte</i>	27,0	61	71	74	53	6,4	16,7
<i>Pirineo</i>	27,8	65	70	51	32	5,2	12,4
<i>Interior</i>	35,4	69	73	26	34	14,6	32,6
<i>Sur</i>	34,2	70	76	5	10	21,6	37,6
Galaico-castellana	29,4	55	69	73	60	5,3	13,3
Astur-leonesa	23,9	65	73	73	45	5,6	11,9
Cantábrica oriental	29,3	66	73	78	53	9,1	27,8
Pirineo navarro-aragonés	25,8	66	74	54	36	3,6	7,4
Pirineo catalán	30,3	64	64	47	26	7,4	20,1
Ibérica norte	34,7	73	77	48	54	5,5	19,8
Central	36,1	66	75	32	27	17,2	29,9
Ibérica sur	35,1	70	70	11	33	15,9	42,7
Subbética	35,3	69	72	5	11	21,5	35,8
Penibética	32,5	71	82	3	9	21,8	35,5

⁵⁰

Puede encontrarse un estado de la cuestión en Escudero (2002).

	<i>Consumo de carne (kg. por habitante) c. 1900</i>	<i>Familias campesinas propietarias de ganado porcino (%) c. 1875</i>	<i>Alimentación</i>				
			<i>Familias con déficit alimentarios (%), 1963</i>				
			<i>General</i>	<i>Sin carne o pescado</i>	<i>Sin leche o queso</i>	<i>Sin fruta</i>	<i>Sin verdura</i>
Total montaña	15,1	65	30	53	52	42	55
España no montañosa		46					
<i>Norte</i>	17,3	77	27	44	53	42	57
<i>Pirineo</i>	14,9	73	4	33	17	11	42
<i>Interior</i>	17,6	65	46	60	46	54	53
<i>Sur</i>	7,6	40	37	73	73	49	60
Galaico-castellana	11,4	80	59	51	35	3	78
Astur-leonesa	17,8	75	7	39	84	75	48
Cantábrica oriental	27,6	75	16	41	9	30	41
Pirineo navarro-aragonés	15,8	74	4	29	12	12	37
Pirineo catalán	13,8	73	5	37	22	11	47
Ibérica norte	20,3	73	38	46	39	67	61
Central	17,8	67	52	70	41	50	53
Ibérica sur	16,4	61	41	55	54	53	49
Subbética	8,0	39	34	64	63	46	61
Penibética	7,1	43	44	93	95	57	58

Tasa (bruta) de mortalidad: (Defunciones medias anuales entre 1886 y 1892 / Población en 1887) * 1000

Dependencia demográfica: (Población mayor de 64 años y menor de 16 / Población entre 16 y 64) * 100

Los datos sobre propiedad del ganado (meramente aproximativos) se han calculado a partir del número de propietarios de 1865 y el número de familias (corregido por ocupación no agraria) de 1887

El acceso indirecto a la tierra se refiere a las superficies en arrendamiento y aparcería. El dato referido a la superficie agrícola útil se ha calculado suponiendo que su relación con el dato de superficie agraria total era la misma que en 1982

Fuente: DGIGE (1892; 1895), Junta General de Estadística (1863; 1868), INE (1966a; 1985b), DGAIC (1892), Ministerio de Fomento (1920-21), Pinilla (1995a) y CPDES (1963). Elaboración propia.

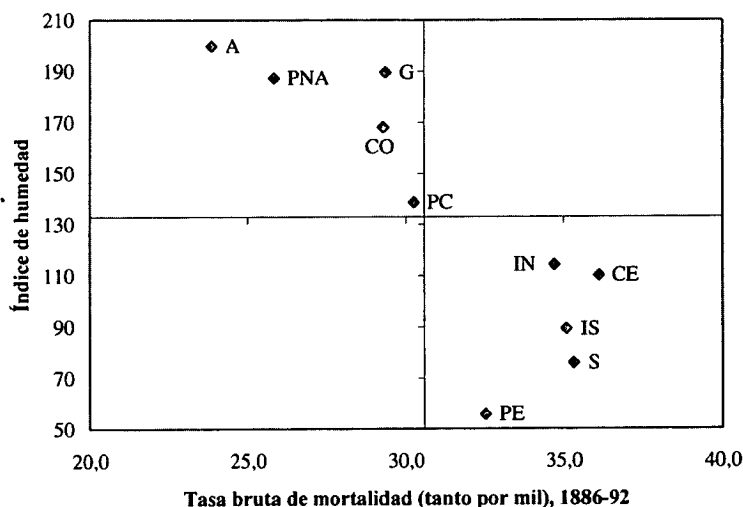
En términos generales, la penalización rural no era tan acentuada durante este periodo. En las ciudades tendían a concentrarse las oportunidades de empleo en los sectores más dinámicos de la economía y estos puestos de trabajo permitían el acceso a mayores niveles de renta y, a buen seguro, de consumo.⁵¹ Sin embargo, la ciudad también tenía

⁵¹ Ésta es una conjetura plausible a tenor de las diferencias entre ingresos agrarios y no agrarios registradas habitualmente en los procesos de industrialización de los países europeos (Grigg 1992: 93; Grantham 1999: 3).

sus inconvenientes, en particular sus mayores tasas de mortalidad.⁵² En términos agregados, la tasa de mortalidad de la montaña era a finales del siglo XIX inferior a la de la España no montañosa.⁵³ Y, teniendo en cuenta los elevados registros de que estamos hablando, éste no era un componente menor del bienestar.

Gráfico 3.2.

**Índice de humedad y tasa bruta de mortalidad
a finales del siglo XIX**



⁵² Reher (1996: 323) incluso concluye que, durante las primeras etapas de la industrialización española, “no está claro que la urbanización acarrearía una mejora del nivel o de la calidad de vida”. Como señala Grigg (1992: 26, 129), la sobremortalidad urbana se dio en toda Europa hasta bien entrado el siglo XIX. Para España, Reher (2001) encuentra sobremortalidad urbana aún en el primer tercio del siglo XX; véanse también Sanz Gimeno y Ramiro (2002: 385-387), Cussó y Nicolau (2000: 546-547), Erdozáin (2000: 65-66), Reher (1993: 41-42) y Reher y Camps (1991: 89-90).

⁵³ Éste era un rasgo común a otras áreas de montaña europeas: véanse Viazzo (1994: 100-101, 107-108, 113-114; 2000: 35, 39), Braudel (1966: 64-65), Pollard (1997a: 110) y Siddie (1997: 1). Una aproximación convergente, a partir de observaciones antropométricas, en McNeill (1992: 132).

En ausencia de un mayor apoyo científico en la lucha humana contra la enfermedad y la muerte, los factores medioambientales tenían aún un peso decisivo en la determinación de las tasas de mortalidad de las regiones y comarcas. Esta situación, que fue común al conjunto de Europa hasta finales del siglo XIX (cuando los avances de la microbiología comenzaron a alterar el panorama), dio pie a la aparición de importantes variaciones regionales dentro de nuestro país, con la España húmeda ganando clara ventaja en razón de su menor riesgo ambiental.⁵⁴ Las áreas montañosas no se mantendrían ajenas a estos contrastes y, así, la tasa de mortalidad de la montaña húmeda tendió a ser sensiblemente inferior a la de la montaña seca (gráfico 3.2 y mapa 3.5).⁵⁵

Mapa 3.5.

Tasa bruta de mortalidad (tanto por mil), 1886/92



⁵⁴ Cussó y Nicolau (2000); también Reher (1998: 97).

⁵⁵ La correlación de rangos entre tasa bruta de mortalidad en 1886-92 e índice de humedad es de $-0,64$.

La montaña Norte era, muy probablemente, la economía campesina con los mayores niveles de bienestar. Su mortalidad no era muy elevada para la época y, en la mayor parte de comarcas, la alfabetización progresaba de manera satisfactoria. En comparación con otras zonas de montaña, la alimentación era más o menos abundante y equilibrada, con un importante consumo a través del mercado y un sólido complemento de autoconsumo familiar (como induce a pensar el alto grado de generalización de la propiedad de ganado porcino en la segunda mitad del siglo XIX), si bien algunas de estas características positivas iban perdiéndose en dirección hacia el oeste. Además, aproximadamente tres cuartas partes de las familias poseían el elemento productivo clave: ganado bovino. Por lo tanto, a pesar de la existencia de diferenciaciones internas evidentes, los beneficios derivados del afianzamiento de la especialización ganadera se canalizaron hacia una franja amplia de explotaciones y, por extensión, de familias campesinas.

En el otro extremo se encontraba la montaña Sur. Allí, el ya repasado problema del analfabetismo estaba lejos de ser el único. Las tasas de mortalidad eran elevadas y, según todos los indicios, los niveles alimenticios de la población eran extremadamente pobres. En torno a 1900, no sólo eran éstos los campesinos que menos acudían al mercado como demandantes de carne, sino que tampoco contaban con una reserva destacada de la misma en su vida material, ya que apenas un 40% de la población poseía ganado porcino, la carne de autoconsumo por excelencia. Las informaciones cuantitativas sobre el nivel alimenticio de estos campesinos aún en la década de 1960 resultan terribles: tres cuartas partes de las familias no comían habitualmente ni carne, ni leche, ni queso, ni pescado, y la verdura y la fruta eran poco comunes para el 50-60% de las mismas. Para colmo de males, ésta era la zona con las mayores tasas de dependencia demográfica, una aproximación al concepto chayanoviano de la relación entre los productores y los consumidores dentro de la familia campesina.⁵⁶ La dependencia demográfica se acentuó al menos durante la segunda mitad del siglo XIX, y

⁵⁶ Chayanov (1924a: 47-56). Aplicaciones históricas de este concepto al caso español, en Reher y Camps (1991) o Mikelarena (1992a: 49-57); Erdozáin (2000: 60-61) repasa otras investigaciones en esa línea.

a buen seguro contribuyó a precarizar aún más el nivel de bienestar de los campesinos, y en particular de los campesinos penibéticos, con más de 80 personas dependientes por cada 100 adultos (frente a medias de referencia en torno a 70) a finales de siglo. A su favor estaba únicamente el dinamismo de la base exportadora agrícola, pero, aun sin llegar en ningún caso a los patrones distributivos del modelo latifundista de otras comarcas meridionales del país, los beneficios sí fluían de manera más desigual que en otras zonas de montaña entre los distintos estratos de la población rural (los más desfavorecidos de los cuales pudieron verse, además, perjudicados por la privatización de una parte del monte público). En este sentido, todavía en la década de 1960 numerosas explotaciones seguían sin acceder en propiedad al recurso clave, que, dada la orientación productiva, era en este caso la tierra cultivable. Estos mayores desequilibrios contrastan con la imagen general de las economías campesinas de montaña, en las que tanto la propiedad del ganado como la propiedad de la tierra tendían a encontrarse más generalizadas que en el resto de la agricultura española. En suma, el crecimiento demográfico de la montaña Sur entre 1860 y 1950 es una pista falsa: el nivel de vida de sus poblaciones era en realidad precario.

A medio camino entre la precariedad de la montaña Sur y la relativa prosperidad de la montaña Norte se encontraban los campesinos del Pirineo y la montaña Interior. En el Pirineo, la tasa de mortalidad era baja y se movía en registros similares a los de la otra zona húmeda. Sin embargo, la propiedad del ganado ovino se encontraba más concentrada que la propiedad del bovino en la montaña Norte. Pese a todo, dicha concentración estaba lejos de ser extrema (hasta un tercio de las familias campesinas poseía ovejas en la segunda mitad del siglo XIX) y la ganadería pirenaica también se apoyaba en el bovino, del que la mitad de las familias eran propietarias. Además, las explotaciones pirenaicas, sin ser grandes, tampoco eran tan pequeñas como las de la montaña Norte. Por todo ello, el nivel de bienestar del campesino medio pudo aproximarse al de la montaña Norte, sobre todo conforme el rezago inicial en la lucha contra el analfabetismo fue superándose, las bases exportadoras fueron reconvirtiéndose tras la crisis de la trashumancia y los niveles alimenticios fueron mejorando en términos relativos (si bien debe tenerse en cuenta que los datos para 1963 incorporan ya las positivas consecuencias que en términos de bienestar acarreo la paula-

tina diversificación de la economía pirenaica, tema que se trata en el próximo capítulo).⁵⁷

Los campesinos de la montaña Interior eran menos prósperos. Envueltos en un medio natural más severo, las tasas de mortalidad eran elevadas, superiores de hecho a la media nacional (y no sólo a la media de la montaña). De igual modo, las restricciones geográficas limitaban las opciones de reconversión económica tras la crisis de la ganadería lanera extensiva. Por ello, la posesión de ganado bovino no estaba muy generalizada y, en la medida en que la cabaña siguió dominada por un ganado ovino peor distribuido (con la excepción parcial del norte del Sistema Ibérico), no todos los grupos sociales cargaron por igual con el peso del declive. Pero, sobre todo, faltó el dinamismo con que el Pirineo, por ejemplo, fue recuperando posiciones en términos de bienestar. Así, en la década de 1960, los niveles alimenticios eran pobres; se estima que el 70% de las familias del Sistema Central no comía habitualmente ni carne ni pescado. Y, quizá como consecuencia parcial de la ausencia de un mayor dinamismo productivo previo, numerosas familias seguían por entonces accediendo a la tierra a través de contratos de arrendamiento o aparcería, sobre todo en el Sistema Central y las comarcas meridionales del Sistema Ibérico. Es probable que, durante la fase previa a la generalización de la despoblación, la mediocridad de las expectativas fuera en aumento. Dicho lo cual, el nivel de bienestar en la montaña Interior no tenía tampoco mucho que ver con la precariedad de las sierras béticas.

Sociedad, naturaleza y mercado se entrelazan, pues, en la explicación de los heterogéneos niveles de bienestar alcanzados por los campesinos de montaña. Lamentablemente, la información disponible no permite profundizar en la distribución intrafamiliar de la calidad de vida. Sabemos que los varones siempre aventajaron a las mujeres en la

⁵⁷ A finales del siglo XIX, estos niveles alimenticios eran aún deficientes en numerosos pueblos pirenaicos, sobre todo en el sector central de la cordillera. Así, por ejemplo, la Sociedad Económica de Amigos del País de Lérida hacía por entonces referencia a la patata y la col verde como "base del alimento cotidiano. Contrista ver el pan que comen, si tal puede llamarse al formado con harina de centeno o con mezcla de ésta y la de cebada, y hasta de bellota, que es lo que se consume en algunos desgraciados pueblos de la montaña" (*Crisis* 1887-89, III: 227).

transición hacia la alfabetización, y quizá esto sea un indicio de desequilibrios de género en otros elementos del bienestar, como los niveles de consumo o la carga laboral.⁵⁸ A ello habría que sumar la posición subordinada de la mujer en la explotación familiar y, ya en un plano más general, en la propia sociedad campesina. En suma, el nivel de bienestar era, para algunos miembros de la familia campesina, aún más bajo de lo que indican las medias.⁵⁹

Durante la larga fase que va desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, estos niveles de bienestar bastaron para la reproducción de las economías campesinas. Pero, a partir del tercer cuarto del siglo XX, la culminación de la industrialización española elevaría cada vez más el estándar aceptable de bienestar. El crecimiento de la renta per cápita se aceleraría, las oportunidades laborales se expandirían, la alimentación mejoraría en cantidad y calidad, diversas comodidades y servicios harían más fácil el desarrollo vital... Concentradas buena parte de las mejoras en el medio urbano, las economías campesinas no podían competir con estas perspectivas de promoción económica y social. Pero, como se ve, el descuelgue de las economías campesinas siguió a una larga fase de desarrollo pausado de la industrialización. Durante esta fase, además, las zonas de montaña fueron diferenciándose entre sí por algo más que las características de sus respectivas economías campesinas: también comenzaron a diferenciarse por el desigual alcance de sus respectivos procesos de diversificación socioeconómica. Ésta sería una diferenciación crucial, que continuaría trazándose durante la segunda mitad del siglo XX y merece capítulo aparte.

⁵⁸ Sobre el diferencial sexual en la alfabetización, Collantes (2004b). Sobre diferenciales de carga laboral, en particular en relación al trabajo doméstico y al reparto de las labores agrarias más desagradables, García Bartolomé (1992: 85-93) aporta algunos ejemplos contemporáneos que no parece descabellado trasladar hacia atrás en el tiempo. Sobre otras desigualdades internas dentro de la familia rural, véase también Sarasúa (2000: 92-93). Una perspectiva teórica aplicada al medio rural, en Agarwal (1999).

⁵⁹ Véase Martínez Carrión (2002: 37). Katz (1991) propone un planteamiento teórico en este sentido.

Capítulo 4

LA DIVERSIFICACIÓN DE LAS ECONOMÍAS DE MONTAÑA

Las economías campesinas fueron desapareciendo de manera generalizada durante la segunda mitad del siglo XX, al compás de la despoblación y la aparición de otro tipo de actividades productivas. A comienzos de la década de 1980, y tras las intensas corrientes migratorias del tercer cuarto de siglo, el proceso vebleniano de selección/extinción de formas económicas se encontraba muy avanzado y menos de la mitad de la población ocupada trabajaba ya en el sector agrario o por cuenta propia. Este capítulo trata acerca de las características y dinámica de funcionamiento del tipo de economía, más diversificada, que ha terminado por sustituir a las formas campesinas de antaño.

LOS ARROYUELOS DE LA DIVERSIFICACIÓN

La diversificación económica, como la propia despoblación, no es un proceso que debamos analizar sólo a partir de mediado el siglo XX, la fecha en que comenzó a generalizarse. Debemos ir hacia atrás en el tiempo, hasta el arranque de la industrialización, para comprender cómo y por qué fueron introduciéndose elementos no campesinos en las comarcas montañosas. En la mayor parte de casos, la diversificación vino inducida como resultado de las nuevas posibilidades generadas por una economía española en constante transformación. Estos efectos de difusión se manifestaron principalmente en tres grandes campos: la producción de energía o extracción de recursos energéticos, la manufactura propiamente dicha y el turismo.

Cuadro 4.1.

Porcentaje de población ocupada en el sector secundario

	1860	1887	1960	1981	1991	2001
Total montaña	8	7	11	32	35	34
España no montañosa	14	17	30	37	36	30
<i>Norte</i>	6	4	11	33	36	35
<i>Pirineo</i>	10	12	21	45	41	36
<i>Interior</i>	9	8	9	30	36	34
<i>Sur</i>	8	8	10	16	24	28
Galaico-castellana	5	4	3	25	33	37
Astur-leonesa	8	5	14	36	36	32
Cantábrica oriental	6	4	15	42	42	38
Pirineo navarro-aragonés	9	9	11	40	41	37
Pirineo catalán	12	15	32	49	42	36
Ibérica norte	12	7	11	36	41	42
Central	7	6	9	28	34	31
Ibérica sur	10	9	8	30	35	37
Subbética	7	7	11	16	24	29
Penibética	9	9	8	16	23	26

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1892), CPDES (1963), INE (1985a; 1994) y www.ine.es (Censo de Población de 2001). Elaboración propia.

Energía, industria y ciclos tecnológicos

Los sectores minero-energético y manufacturero, que junto con la construcción conforman los datos de empleo en el sector secundario del cuadro 4.1, se presentaron en algunas áreas de montaña de manera precoz.¹ Ya desde el arranque de la industrialización, los recursos carboníferos de la montaña Norte ganaron un papel estratégico que atrajo numerosas iniciativas empresariales y transformó la vida económica de las comarcas mineras (cuadro 4.2). Hay que tener en cuenta que una

¹ Puede encontrarse un análisis monográfico de estos sectores dentro de las economías de montaña en Collantes (2003b), donde además se incide en mayor medida en el detalle comarcal. Además de la bibliografía que se cita en cada caso, me he servido de información cualitativa proporcionada por: Coll y Sudrià (1987), Chastagnaret (2000), Domínguez (2001c; 2002a), *Estadística* (1883; 1910; 1925; 1951; 1967), Fernández Cuesta y Fernández (1999), Fontana y Nadal (1976), García Alonso e Iranzo (1999), A. Gómez Mendoza (1991), González Enciso (1984), Instituto Tecnológico GeoMinero de España (1991), Madoz (1845-50), Martín Aceña y Comín (1990), Nadal (1975; 1981; 1983; 1984a; 1984b; 1985; 1986), Nadal (dir.) (2003), Riera (1881-87), Ringrose (1996), Sánchez-Albornoz (1968), Tafunell (2000) y Tortella (1994).

de las rupturas cruciales de la industrialización consistía precisamente en el paso a economías de base energética inorgánica.² El carbón fue entonces un recurso energético clave para el primer ciclo tecnológico de la industrialización, que se prolongó hasta finales del siglo XIX.³ En este ciclo, uno de los sectores motrices fue la siderurgia, cuyo desarrollo a nivel nacional, regional o comarcal pasó a depender acusadamente de las disponibilidades carboníferas. Esto abrió posibilidades industriales de primera fila a una parte de la montaña asturiana. El otro gran sector motriz era la industria textil, y también se desarrolló precozmente en algunas zonas de montaña. En particular, varias comarcas del Pirineo catalán se beneficiaron de una auténtica difusión geográfica del proceso industrializador de su región, la cual sin duda conformaba el núcleo del sector en España.

Cuadro 4.2. La especialización energética

	<i>Mineros del carbón por 1.000 habitantes</i>				<i>Potencia instalada en centrales eléctricas (kW/km²)</i>				
	1934	1950	1965	1988	1920	1944	1962	1980	1998
Total montaña	8,9	18,3	21,4	17,0	1,5	5,2	18,7	44,1	84,2
España no montañosa	1,4	1,9	0,8	0,6	0,4	2,8	11,4	62,8	96,5
<i>Norte</i>	19,6	37,3	42,4	35,0	0,9	3,7	23,3	79,3	144,6
<i>Pirineo</i>	2,7	11,5	11,0	2,5	6,3	17,5	47,1	79,6	132,1
<i>Interior</i>	1,1	5,2	5,1	3,4	0,1	1,9	4,8	10,4	40,4
<i>Sur</i>	-	-	-	-	0,1	0,9	6,1	5,8	6,5
<i>Galaico-castellana</i>	7,5	15,1	24,2	22,6	0,4	0,2	25,6	107,3	152,7
<i>Astur-leonesa</i>	33,1	63,6	66,0	54,6	1,3	7,2	32,7	86,6	160,1
<i>Cantábrica oriental</i>	9,7	16,5	17,8	10,0	1,1	3,4	5,8	27,3	109,8
<i>Pirineo navarro-aragonés</i>	-	0,3	-	-	3,0	13,0	24,3	39,9	89,3
<i>Pirineo catalán</i>	5,9	23,7	21,1	4,8	10,7	23,5	77,5	132,8	189,2
<i>Ibérica norte</i>	-	2,1	1,0	-	0,1	0,7	3,8	3,5	3,5
<i>Central</i>	-	-	-	-	-	4,7	4,5	5,9	8,1
<i>Ibérica sur</i>	2,7	12,8	14,0	11,3	0,1	0,4	5,5	15,9	75,4
<i>Subbética</i>	-	-	-	-	0,1	0,2	5,4	5,1	6,0
<i>Penibética</i>	-	-	-	-	-	2,9	8,2	8,1	7,9

Fuente: Collantes (2003b: 70, 73).

² Ésta es una idea que ya se encuentra en Weber (1923: 248, 259) y Sombart (1927, I: 7, 109). Wrigley (1988) la ha desarrollado para el caso de la industrialización inglesa. La irrupción del carbón en el arranque de la industrialización española, desplazando a la energía hidráulica directa, puede apreciarse en los datos de Sudrià y Bartolomé (2003: 76).

³ La distinción de los ciclos tecnológicos (y empresariales) de la industrialización puede encontrarse en Landes (1969) y Lazonick (1993: 23-58), si bien un esbozo está ya

En contrapartida, el auge de la industria textil moderna aceleró el declive de la manufactura tradicional, dispersa por el medio rural y en particular por los pueblos de montaña. Numerosas áreas montañosas de toda Europa registraron durante el periodo preindustrial un dinamismo manufacturero basado en la disponibilidad de fuerza hidráulica (gracias a la explotación de los ríos de montaña) y materias primas como la lana (dada la concentración espacial de las cabañas ovinas en este tipo de comarcas); la pobreza agrícola de los territorios o la disponibilidad de mano de obra (dada la sempiterna necesidad de complementar recursos por parte de los campesinos) pudieron ser otros elementos favorecedores del dinamismo.⁴ Todo se vino abajo con la revolución industrial. Las manufacturas rurales se vieron entonces incapaces de competir con una industria urbana que marcaba el tiempo del mundo, con su mayor nivel tecnológico y su mayor capacidad para organizar los elementos productivos y abastecer a unos mercados cada vez mayores. El derrumbe de la manufactura tradicional fue así proporcional al grado de importancia por ella alcanzado. En varios puntos del Sistema Ibérico (con las sierras riojanas como mejor ilustración), la crisis de la manufactura lanera fue, junto a la agonía de la trashumancia, el nudo de la crisis de toda la economía comarcal. En otras comarcas donde la manufactura rural no había desempeñado un papel vertebrador tan acentuado y su orientación exterior no había sido tan marcada, las familias campesinas se encontraron, en cualquier caso, con un apoyo menos en su compleja estrategia de reproducción económica.

A finales del siglo XIX arrancó el segundo ciclo tecnológico de la industrialización, que se extendería hasta bien entrado el siglo XX. La electricidad y el petróleo reforzaron las bases energéticas de las economías y, al tiempo que emergieron nuevos sectores líderes, se intensifi-

presente en Sombart (1927, I: 137). Una interpretación similar, pero en clave institucional, en Boltanski y Chiapello (1999: 59-60). La aplicación de este enfoque ha quedado refrendada en nuestra historiografía con su utilización en Nadal (dir.) (2003).

⁴ Kriedte, Medick y Schlumbohm (1977: 30, 38, 45), Pollard (1981: 92; 1997a: 121-122, 199, 250-253), Grantham (1999: 20-23). Ya Mill (1871: 422, 585-586), Kautsky (1899: 192), Weber (1923: 146) y Sombart (1927, I: 132, 361-362), habían anticipado algunas de estas ideas.

caron los encadenamientos interindustriales hacia atrás, aumentando el peso relativo de la producción de bienes de inversión frente a la producción de bienes de consumo.⁵ En el nuevo escenario tecnológico, el potencial hidroeléctrico del Pirineo, como el de otras zonas de montaña europeas, fue rápidamente puesto en valor (cuadro 4.2). Más adelante, ya bajo la dictadura franquista, la explotación hidroeléctrica se acentuaría y, además, se extendería a otras zonas de montaña, sobre todo de la montaña Norte. Numerosas comarcas tuvieron entonces en la electricidad una nueva base exportadora. Pero, así como esta base resultaba crucial para el conjunto de la economía española, sus efectos pautadores sobre las economías y poblaciones de montaña fueron poco significativos, dado el carácter poco intensivo en mano de obra de su producción.

Cuadro 4.3. La industria en las economías de montaña

	<i>Nivel aproximado de industrialización por habitante (Total montaña=100)</i>				<i>Empleo industrial</i>		
	1933	1951	1972	1989	%		<i>Índice 2001, 1981=100</i>
					1981	2001	
Total montaña	100	100	100	100	16	15	92
España no montañosa		519	413	304	27	18	102
<i>Norte</i>	63	89	94	104	13	13	83
<i>Pirineo</i>	400	353	368	276	31	21	73
<i>Interior</i>	87	76	34	37	16	16	109
<i>Sur</i>	21	19	16	23	8	12	174
Galaico-castellana	0	97	37	7	9	11	84
Astur-leonesa	51	43	62	38	9	9	86
Cantábrica oriental	206	181	277	402	32	24	80
Pirineo nav.-aragonés	150	211	257	407	30	23	83
Pirineo catalán	685	510	469	157	32	19	65
Ibérica norte	138	135	59	45	26	30	109
Central	74	54	19	33	13	11	105
Ibérica sur	81	77	44	41	15	19	114
Subbética	16	5	21	34	9	15	187
Penibética	33	50	6	0	7	8	139

Fuente: Collantes (2003b: 78) y www.ine.es (Censo de Población de 2001). Elaboración propia.

Además, durante este segundo ciclo tecnológico (y aún con mayor intensidad que durante el primero), se desataron presiones económicas para la concentración de la actividad productiva en unos pocos núcle-

⁵ Una ilustración muy gráfica para el caso español, en Nadal (2003: 70); para el caso europeo, véase por ejemplo Ambrosius y Hubbard (1986: 206).

os, retroalimentándose las disparidades espaciales. No era, desde luego, el mejor escenario para la diversificación industrial de la montaña. En torno a 1950/60, tan sólo el 10-15% de su empleo correspondía al sector secundario (frente al 30% de la España no montañosa) y el nivel de industrialización por habitante podía ser unas cinco veces inferior a la media nacional (cuadro 4.3). El peso social y económico del campesinado seguía siendo dominante. Pese a todo, la profundización de los vínculos intersectoriales abrió nuevas posibilidades a varias comarcas. Utilizando la metáfora de Kautsky, la corriente industrial se vertía casi toda en la ciudad, pero algunos arroyuelos fecundaban el campo.⁶ Del mismo modo que la industrialización catalana había generado efectos de difusión en el Pirineo más próximo, la industrialización vasca hizo lo propio en el Pirineo navarro y las comarcas más orientales de la montaña Norte. En estos últimos casos, y replicando las características sectoriales del foco propagador, lo que se formó fue un tejido industrial más orientado hacia la producción de bienes de inversión que hacia la producción de bienes de consumo.

Cuadro 4.4. Porcentaje de ocupados en el sector terciario

	1860	1887	1960	1981	1991	2001
Total montaña	14	8	7	28	37	51
España no montañosa	21	16	35	49	55	64
<i>Norte</i>	11	7	7	25	35	50
<i>Pirineo</i>	17	11	11	34	45	55
<i>Interior</i>	17	10	6	29	38	51
<i>Sur</i>	15	9	6	29	37	47
Galaico-castellana	9	6	5	22	32	49
Astur-leonesa	10	6	8	27	37	52
Cantábrica oriental	16	10	5	24	34	48
Pirineo navarro-aragonés	17	10	8	36	43	53
Pirineo catalán	16	12	13	33	46	57
Ibérica norte	22	12	5	28	37	44
Central	18	11	8	33	42	56
Ibérica sur	14	8	5	23	31	44
Subbética	15	9	7	31	36	44
Penibética	14	9	5	24	39	53

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1892), CPDES (1963), INE (1985a; 1994) y www.ine.es (Censo de Población de 2001). Elaboración propia.

⁶ Kautsky (1899: 196).

Durante el largo siglo que va desde el arranque de la industrialización española a mediados del siglo XIX hasta el agotamiento de su segundo ciclo tecnológico en torno a la década de 1970, la minería del carbón y diversos subsectores industriales actuaron como sectores paupadores para varias comarcas de montaña. Aunque muchas otras quedaron fuera de esta senda de transformación, las comarcas afectadas encontraron aquí pilares sólidos para su paulatina diversificación. La solidez, sin embargo, ha comenzado a quebrarse en las últimas décadas al hilo de sucesivas crisis que, por encima de peculiaridades locales, remiten a las profundas reestructuraciones que tanto la minería del carbón como la industria vienen experimentando a todas las escalas geográficas de la economía mundial.⁷ Sólo en el tramo histórico en el que las economías más avanzadas viven procesos de "desindustrialización" y terciarización ha sido capaz la economía de montaña de acercarse a (y, en algunos casos, igualar) los registros industriales del resto del país. Mientras tanto, la brecha de terciarización sigue siendo considerable (cuadro 4.4). Así, la secular condición periférica de la economía de montaña adquiere ahora su rostro post-industrial.

Tras la industrialización

A lo largo de las últimas décadas, las tendencias hacia la diversificación de la economía de montaña no han venido ya lideradas por sectores maduros en proceso de reestructuración, sino por uno emergente: el turismo.⁸ El turismo ya existía antes de la segunda mitad del siglo XX, pero el tamaño de sus mercados era reducido. En el caso concreto de la montaña, cobraba la forma de turismo de balneario y su clien-

⁷ Una síntesis de estos cambios para el caso de la industria (así como una amplia guía bibliográfica al respecto), en Parejo (2001: 15-18); para la minería del carbón, Leboutte (2003: 456).

⁸ Sobre la historia económica del turismo en la España del siglo XX, Pellejero (dir.) (1999) y Bayón (dir.) (1999: 25-165).

tela más habitual se circunscribía a grupos sociales acomodados. Por ejemplo, la Cerdaña gerundense era a principios de siglo "el encanto de los extranjeros que la [visitaban] y [punto] de recreo de las clases acomodadas de toda Cataluña".⁹ Su incidencia sobre el empleo y, por ende, sobre las estructuras económicas comarcales era reducida.

Durante la segunda mitad del siglo XX, sin embargo, la culminación del desarrollo económico de España vino unida a la generalización social del turismo.¹⁰ Las zonas litorales acapararon la mayor parte del negocio, y todavía lo hacen hoy día.¹¹ Sin embargo, la dotación natural de la montaña, tan perjudicial para otros fines, abría la puerta al desarrollo de los deportes de invierno, en particular el esquí (cuadro 4.5).¹² Y, en las últimas décadas, conforme la urbanización de la sociedad comienza a alcanzar techos estructurales y numerosos focos turísticos del litoral se masifican, los valores medioambientales de las áreas montañosas sirven de base a un turismo rural más disperso y menos rupturista (en todos los sentidos) que el turismo de invierno.¹³

⁹ **DGIGE** (1912-14, III: 211).

¹⁰ Ejemplificando así la percepción de Bell (1976: 73), al respecto de que "la transformación cultural de la sociedad moderna se debe [...] a la difusión de los que antaño eran considerados lujos a las clases media y baja de la sociedad". La pauta ha sido similar en el resto de economías occidentales, como apunta Durie (2003: 291); véase también Blanchard (2003: 524-526).

¹¹ Molinero (1999: 83-84).

¹² Sobre la evolución del turismo de nieve en España, Costa, Iniesta y Torres (1999: 767-774) y Martos (1999).

¹³ Una visión sintética de los principales rasgos del turismo rural y de montaña, en Vera (coord.) (1997: 122-145), Valdés (1996), Soret (1999) y Cals, Capellà y Vaqué (1995); véase también Bardón (1990: 67-73) sobre las pautas de demanda de este tipo de turismo.

Cuadro 4.5. El turismo en las economías de montaña

	<i>Coefficiente de intensidad turística (España=100)</i>				
	1963*	1970*	1981*	1991*	1999
Total montaña	23	37	61	75	68
España no montañosa	107	104	102	101	101
<i>Norte</i>	6	15	30	43	51
<i>Pirineo</i>	95	135	224	256	154
<i>Interior</i>	21	39	68	67	65
<i>Sur</i>	20	25	21	24	44
Galaico-castellana	7	10	27	34	29
Astur-leonesa	6	20	28	47	65
Cantábrica oriental	4	15	39	49	52
Pirineo navarro-aragonés	42	110	172	204	139
Pirineo catalán	145	158	270	304	167
Ibérica norte	15	45	73	71	82
Central	34	48	80	77	58
Ibérica sur	7	24	45	46	69
Subbética	1	3	8	13	34
Penibética	60	73	48	46	65

	<i>Número de estaciones de esquí</i>					<i>Casas de turismo rural (por 1.000 km²) 1997</i>
	1963	1970	1980	1990	2000	
Total montaña	2	12	21	24	25	6,3
España no montañosa						1,9
<i>Norte</i>	1	3	5	5	5	5,5
<i>Pirineo</i>	1	8	12	15	16	17,6
<i>Interior</i>	-	1	4	4	4	2,2
<i>Sur</i>	-	-	-	-	-	3,6
Galaico-castellana	-	-	1	1	1	2,4
Astur-leonesa	1	2	3	3	3	6,8
Cantábrica oriental	-	1	1	1	1	8,0
Pirineo navarro-aragonés	-	2	5	5	5	24,5
Pirineo catalán	1	6	7	10	11	8,5
Ibérica norte	-	-	2	2	2	3,4
Central	-	1	1	1	1	1,6
Ibérica sur	-	-	1	1	1	2,2
Subbética	-	-	-	-	-	2,6
Penibética	-	-	-	-	-	6,6

Coefficiente de intensidad turística: (Porcentaje de cuota de mercado turística sobre el total nacional / Porcentaje de población sobre el total nacional) * 100. Los datos para 1963*, 1970*, 1981* y 1991* están sesgados al alza.

Fuente: Banesto (1965; 1966; 1971; 1972; 1982; 1983; 1992; 1993), La Caixa (2001), Martos (1999) y Anuario (1997). Elaboración propia.

Tanto en el caso de los deportes de invierno como en el caso del turismo rural disperso, la montaña marcha por delante de las otras áreas rurales del país. De hecho, el tamaño de los mercados turísticos ha aumentado hasta el punto de hacer posible la especialización turística de varias comarcas, sobre todo en el Pirineo.

¿Por qué ha sido tan desigual el proceso de diversificación económica?

El sector minero-energético, la industria y el turismo han guiado la diversificación de la economía de montaña a lo largo del último siglo y medio, pero lo han hecho de manera muy desigual en el espacio (mapa 4.1). Mientras algunas comarcas se vieron precoz y/o intensamente transformadas por las nuevas influencias, otras muchas retuvieron sus caracteres campesinos relativamente intactos hasta bien entrado el siglo XX y ni siquiera en las últimas décadas han logrado consolidar líneas destacadas de especialización productiva fuera de la agricultura.

Mapa 4.1.

Población ocupada en los sectores secundario y terciario (%), 1981



Dos han sido los factores determinantes de la magnitud de la transformación. En primer lugar, la dotación de recursos naturales estratégicos, que restringía estrictamente el número de comarcas con posibilidad de diversificarse hacia sectores como la minería del carbón o el turismo de nieve. En algunos casos, además, la dotación de recursos como la madera (o, de nuevo, el carbón, o incluso la electricidad en alguna ocasión) también pudo ser importante como factor de localización para industrias que realizaban una utilización intensiva del recurso correspondiente. Pero, en segundo lugar, la posición geográfica de la comarca también incidía sobre la potencia de los efectos de difusión recibidos. Así, las comarcas más próximas a los focos motrices de la industrialización se vieron envueltas en una atmósfera económica con mayor capacidad propagadora de nuevas tecnologías, nuevos proyectos empresariales y nuevas demandas de bienes y servicios. El camino hacia la diversificación tropezaba, por contra, con mayores resistencias para las comarcas situadas en regiones atrasadas.¹⁴

Así, el Pirineo ha sido, con mucho, la economía más diversificada.¹⁵ Su minería del carbón, localizada en el extremo oriental de la cordillera (Bergadá -Barcelona- y Ripollés -Gerona-), fue incapaz de sostener un hipotético tránsito de la industria catalana hacia un mode-

¹⁴ La importancia del ambiente regional de cara a la diversificación económica parece común al resto de áreas rurales del país (B. García Sanz 1997a: 185); una ilustración gráfica muy expresiva, en B. García Sanz (1997b: 651). Etxezarreta (1997: 556-557), B. García Sanz y Paricio (1997: 102) y Molinero (1999: 80-81) aplican una idea similar en clave internacional.

¹⁵ Sobre la diversificación del Pirineo he seguido a: Arizkun (1999; 2001), Arqué, García y Mateu (1982), Ayuda y Pinilla (2002), Balcells (1983), Carreras Odriozola (1983), Carreras Verdaguer (1992a; 1992b), Collantes y Pinilla (2004), Cuesta (2001), Dumas (1976), Fernández de Pinedo (1994), Fernández Gárate y otros (1990), Floristán (1995), Floristán, Creus y Ferrer (1990), Frutos (1990), Gallego, Germán y Pinilla (1993), García Ruiz y Balcells (1978), Garrués (1997), Germán (1990), Gorriá (1995), Herranz (1995; 2002), Lasanta y Laguna (2002), López Palomeque (1992; 1995; 1996), López Palomeque y Majoral (1981), Majoral (1992b), Majoral y López (1983), Maluquer de Motes (1985; 2002), Nadal (1999), Parellada (1994), Pascual (1998), Pinilla (1995b; 2003), Rubio Benito (1989), Sabio (1997), Sancho y Ros (1996), Soy y Petitbó (1984), Soy y Ursa (1989) y Violant (1949); también **Ministerio de Fomento** (1920-21, II: 249-250) e **INE** (1955d; 1958d).

lo energético basado en el carbón. Se explotaron varios yacimientos y se construyó la línea ferroviaria necesaria para facilitar el transporte del mineral, pero no siempre fueron inversiones seguras y rentables. El Pirineo cumplió en mayor medida la función de suministrador de energía eléctrica, si bien esta especialización no tendría efectos pautadores.

Los efectos pautadores correspondieron al sector industrial, cuyo desarrollo llegó más lejos que en cualquiera de las otras zonas. Las manufacturas rurales dispersas fueron barridas, pero, aprovechando la proximidad a los focos motrices de la industrialización, se desarrollaron tanto la industria textil como la fabricación de bienes de inversión. Algunas comarcas de la parte central de la cordillera quedaron ajenas al proceso de diversificación, pero las comarcas de los extremos se vieron sustancialmente transformadas: Bergadá y Ripollés en Cataluña, Cantábrica-Baja Montaña en Navarra. A la altura de 1960, los datos de empleo y número de empresas señalan al Pirineo catalán como una economía tan industrializada como la media nacional. Para cuando llegó el momento crítico (en términos demográficos) del tercer cuarto del siglo XX, la economía pirenaica ya había acumulado un mayor número de elementos diversificados que el resto de zonas.

La economía de la montaña Norte, tomada en su conjunto, se encontraba claramente menos diversificada que la pirenaica.¹⁶ Ello se debía al gran número de comarcas que se había mantenido al margen de este tipo de transformaciones. Un reducido grupo de excepciones,

¹⁶ Sobre la diversificación económica de la montaña Norte: Alonso y Cabero (1982), R. Anes (1985), Cabello (1983), Cabo y Manero (1990), Carmona Badía (1990a; 1990b; 2001), Castillo, Lezana y Ortuzar (1987), Corbera (2002), Cortizo, Maya, García y López (1994), Cortizo, Fernández y Maceda (1990), Delgado y otros (2002), Domínguez y Pérez (2001), Fernández Gutiérrez (2001), García Fernández (1993), A. Gómez Mendoza (1990), Gómez Piñeiro (1990), Juaristi (1995), Langreo (1995), López Fernández (1986), López González y Rodríguez (1997), Molina (1990), Moreno Lázaro (2001), G. Ojeda (2001), Ojeda y Vázquez (1990), Ortega Valcárcel (1974; 1990a; 1990b), Precado (1990), Puente (1992), Rodríguez Gutiérrez (1989; 1990; 1997), Rubio Pérez (1990), San Román (2000), Sánchez-Albornoz (1985b), Sierra (1982; 1992), Torres (1995) y Torres, Lois y Pérez (1993); también **DGAIC** (1892, II: 89-90, 282), **DGIGE** (1912-14, III: 279), **Ministerio de Fomento** (1920-21, I: 353-357) e **INE** (1953; 1954b; 1956c; 1963; 1964).

sin embargo, venía registrando un intenso proceso de diversificación. Las cuencas mineras de Asturias, León y Palencia, todas ellas situadas en montaña (Mieres; el Bierzo y las montañas de Luna y Riaño; Aguilar y Guardo), se convirtieron en el núcleo de la producción carbonífera del país. Su importancia estratégica atrajo flujos de inversión que crearon numerosos puestos de trabajo, contribuyendo así a la reproducción de las familias campesinas (alguno de cuyos miembros podía emplearse en la mina) y a la formación de familias nuevas cuya estrategia económica se desviaba ya de la pauta campesina tradicional.

Lo mismo comenzaría a ocurrir en el plano industrial, aunque también en un grupo selecto de comarcas. Aprovechando la abundancia de carbón, Mieres atrajo inversiones en el sector siderúrgico y redobló así su tendencia hacia la diversificación. Otras comarcas de la montaña palentina (Guardo) o cántabra (Pas-Iguña) registraron también inversiones industriales de magnitud suficiente para generar efectos pautaadores sobre su economía y su demografía. Por lo general, la industrialización de la montaña Norte iba ganando intensidad hacia el este (en dirección hacia el foco motriz vasco) y tendía a basarse en los sectores de bienes de inversión. La agroindustria marcó una excepción notable en alguna comarca (como Aguilar -Palencia-, de orientación galletera, o algunos puntos de la montaña astur-leonesa, de orientación láctea), pero, por ejemplo, el sector textil se desarrolló poco (no ya en relación a la media nacional, sino también por ejemplo en relación al Pirineo). Estas características generales se vieron reforzadas cuando, sobre todo durante el tercer cuarto del siglo XX, el sector industrial de la Cantábrica alavesa (una pequeña comarca próxima a, y muy bien comunicada con, Bilbao) registró un crecimiento espectacular.

A finales del siglo XX, las comarcas más próximas al País Vasco, agrupadas como montaña Cantábrica oriental, mantenían una intensidad industrial superior a la media nacional. Pero el último tercio del siglo no han sido fácil para las comarcas mineras e industriales de la montaña Norte y el Pirineo. La minería del carbón ha entrado en un declive profundo, y buena parte del tejido industrial consolidado durante el siglo precedente se ha visto envuelto en las dificultades genéricas de sus correspondientes sectores productivos. En estas condiciones, tanto la minería como la mayor parte de la industria han perdido su tradicional carácter pautador y han originado ciclos de protes-

ta que, estando implicadas empresas emblemáticas a escala local, han trascendido lo laboral para abarcar el conjunto de lo social.

Llegaba entonces la hora del turismo. Pero el Pirineo, con las mayores altitudes y pendientes y las menores temperaturas, disfrutaba de una dotación natural más ventajosa que la montaña Norte. No hubo muchos casos de auténtica reconversión desde la especialización industrial hacia la turística. La Jacetania oscense, cuya vida industrial venía girando en torno a Sabiñánigo y cuya vida terciaria fue centrándose en la propia Jaca, pudo ser el caso más claro. Pero, en general, las economías más dinámicas en el plano turístico no tenían, como era el caso del Valle de Arán (Lérida) o la Cerdaña, pasados industriales brillantes. Sea como fuere, el Pirineo, tomado en su conjunto, prosiguió por su privilegiada senda de diversificación, concentrando la mayor parte de las estaciones de esquí existentes en España (con La Molina, en Cerdaña, y Baqueira-Beret, en el Valle de Arán, como principales símbolos) y liderando la difusión del turismo rural disperso. En la montaña Norte, en cambio, la alternativa turística se ha abierto paso de manera mucho más tibia, no sólo debido a la peor dotación geográfica, sino también a la atonía socioeconómica de la mayor parte de provincias en que la cordillera se encuentra enclavada.

Esa misma tibieza marcó todo el proceso de diversificación de las sierras interiores y meridionales, tanto en su fase minero-industrial como en la turística.¹⁷ La dotación natural no habilita grandes poten-

¹⁷ Para la montaña Interior, Arnáez (1981), Arnáez, Gómez y Manzanares (1986), Baila (1986), Baila y Recaño (1992), Bielza de Ory y Pueyo (1995), Cabo y Manero (1990), Calvo (1972; 1977), Canto (1981; 1993), Capellà (2002), CEOTMA (1983), Comas (1995), Cruz Orozco (1990b), Dobado y López (2001), Estébanez, Molina, Panadero y Pérez (1991), Frutos (1990), Gallego (1986), Gallego, Germán y Pinilla (1993), García Fernández (1993), García Ruiz y Arnáez (1990), Á. García Sanz (1994a), A. Gómez Mendoza (1990), Gómez Urdáñez y Moreno (1997), Ladrero (1980), Lasanta y Errea (2001), López Gómez (1966; 1974; 1981), Méndez (1990), Moreno Fernández (1994; 1998; 1999; 2001a; 2001b), Navarro (1982), R. Ojeda (1995), Palafox (1985), Panadero (1995), Peiró (2000), Pinilla (1995b; 2003), Piqueras (1992), Reher (1988), Sáez (2001), Sánchez Salazar (1995) y Uriarte (1995); también INE (1954a; 1955c; 1958c), *Crisis* (1887-89, III: 363) y *DGAIC* (1892, II: 445, 503-504).

cialidades en el plano energético: apenas hay carbón (la Serranía de Montalbán -Teruel- es la única excepción seria) y, de cara a la explotación hidroeléctrica, los niveles pluviométricos son reducidos y las pendientes por las que caen los ríos no son muy pronunciadas.¹⁸ La escena manufacturera, por su parte, se vio ocupada por pequeños negocios de transformación de productos agrarios o materias primas locales como la madera. En la comarca soriana de Pinares, la transformación maderera sí puso en marcha una transformación sustancial de las estructuras económicas, pero, por lo general, estos pequeños negocios destacaban simplemente porque tendencias diversificadoras más decididas estaban ausentes. De hecho, también en el Pirineo y los focos minero-industriales de la montaña Norte fue creándose un tejido similar de empresas con bajo perfil y este tejido no forma parte de su historia económica básica. En varias comarcas de la montaña Interior, la manufactura preindustrial había estado en el centro del modelo económico y su hundimiento no fue compensado por la aparición en grado suficiente de alternativas compensadoras. En la montaña Sur, el atraso económico de la atmósfera regional no favorecía la diversificación.

Y el turismo tampoco surgió con fuerza. Tratándose de montañas medias con bajos índices de humedad y, en muchos casos, físicamente alejadas de las grandes concentraciones urbanas de demanda efectiva, el efecto de difusión no podía ser muy intenso. Como siempre, existen excepciones comarcales de cierta significatividad, pero los datos agregados no engañan: en la montaña Sur, donde los inconvenientes se presentaban aún más acentuados que en la montaña Interior, el sector primario sólo dejó de ser el empleador principal durante la década de 1990.

Para la montaña Sur, Boorsma (1989-90), Calvo y López (1992), CEOTMA (1982), Ferrer y Urdiales (1991b; 1994), García González (1994), García Manrique y Ocaña (1990), Gómez Moreno (1987), Jiménez Blanco (1986b), McNeill (1992), Martín Rodríguez (1990), D. Martínez López y Martínez (2001), May (1991), Mignon (1982), Peña, Pérez y Parreño (1997), Pérez Picazo (1990; 1999), Pérez Picazo y Martínez Carrión (2001), Romero Rodríguez y Delgado (1979), Sánchez Picón (1995) y Vaquera (1985; 1986); también INE (1955b), DGAIC (1892, III: 349) y López Martínez, Hidalgo y Prieto (1885-89, V: 623).

¹⁸ Y la minería del plomo del Alto Andarax (Almería) sólo mantuvo un carácter pautador durante la parte central del siglo XIX.

A modo de balance: la industrialización no sólo generó efectos de polarización tendentes a reforzar la posición periférica de la economía de montaña. Estos efectos existieron y fueron críticos para algunas de las comarcas mejor adaptadas al periodo preindustrial. Pero el crecimiento de la industria también tuvo otras caras menos esenciales, más secundarias. Y, para las zonas de montaña implicadas, esas otras caras fueron decisivas porque permitieron la paulatina conformación de organismos económicos más diversificados. La diferencia entre estas zonas y las que mantenían economías básicamente campesinas terminaría resultando decisiva.

El cambio estructural "por defecto"

La consolidación de elementos no campesinos en la economía de montaña ha sido un proceso lento y, para buena parte de las comarcas, difícil. Y, sin embargo, hoy día sólo un 16% de la población ocupada trabaja en el sector agrario. Incluso en la montaña Sur, donde con menor facilidad han aparecido otro tipo de actividades económicas, el empleo agrario apenas representa un 25% sobre el total. No es un registro bajo en relación a la media nacional, o la propia media de la montaña. Pero sí lo es en relación con la historia de la montaña Sur. ¿Cómo puede haber sido posible este cambio en la estructura del empleo si ninguna de las tres opciones principales (minería, industria, turismo) se ha desarrollado con fuerza? Si tantas comarcas de la montaña española han tenido dificultades para diversificar sus economías, ¿cómo puede haber crecido el empleo no agrario desde un 20-25% en torno a 1960 hasta el 80-85% de la actualidad?

Desde luego, en las últimas décadas ha crecido el número de empleos en los sectores secundario y terciario (cuadro 4.6). Pero este crecimiento ha sido inferior al crecimiento del porcentaje de empleo en dichos sectores. El cambio estructural se ha visto decisivamente reforzado por la acción de una segunda fuerza: el brusco descenso del empleo agrario y, por extensión, de la población ocupada total. En efecto, el protagonismo campesino en la despoblación hizo que, sin necesidad de que se crearan empleos no agrarios, el porcentaje de empleo no agrario ya tendiera a aumentar. A esto lo llamo diversificación "por defecto". A la diversificación impulsada por el crecimiento del empleo no agrario en términos absolutos la calificaré de "genuina".

En términos agregados, la diversificación "por defecto" ha podido representar en torno al 40% del cambio estructural total registrado durante la segunda mitad del siglo XX, si bien las limitaciones inherentes a los datos aproximados para 1960 invitan a tomar esta cuantificación con gran cautela. Más claro parece que esta engañosa senda de transformación tan sólo ha perdido importancia durante la última década, en un contexto demográfico cada vez más diferente.

Cuadro 4.6.

La diversificación "por defecto" entre 1960 y 2001

	<i>Tasa de variación media de la población ocupada</i>				<i>Descomposición de la diversificación</i>	
	<i>Total</i>	<i>Sector primario</i>	<i>Sector secundario</i>	<i>Sector terciario</i>	<i>"Genuina"</i>	<i>"Por defecto"</i>
Total montaña	-1,5	-5,4	1,1	3,4	59	41
España no montañosa	0,8	-3,4	0,9	2,3	189	-89
<i>Norte</i>	-1,9	-6,0	1,0	3,0	49	51
<i>Pirineo</i>	-0,1	-5,0	1,2	3,9	95	5
<i>Interior</i>	-1,5	-5,5	1,8	3,7	64	36
<i>Sur</i>	-1,5	-4,4	1,0	3,6	59	41

Diversificación "genuina": $(\text{Tasa de variación media anual del empleo no agrario} / \text{Tasa de variación media anual del porcentaje de empleo no agrario}) * 100$

Diversificación "por defecto": $-(\text{Tasa de variación media anual de la población ocupada total} / \text{Tasa de variación media anual del porcentaje de empleo no agrario}) * 100$

Diversificación "genuina" + Diversificación "por defecto" = 100

Fuente: INE (1962; 1966a), CPDES (1963) y www.ine.es (Censo de Población de 2001). Elaboración propia.

Considerando sin embargo el conjunto del periodo, tan sólo en una zona de fuerte implantación industrial y turística como el Pirineo, el cambio estructural ha sido casi plenamente genuino. En el resto de zonas, el componente "por defecto" ha sido bastante importante. En la montaña Norte, el derrumbe de algunas especializaciones minero-industriales tradicionales, el lento progreso de la función turística y la persistente despoblación abrieron el camino para ello. En la montaña Interior, el carácter extremo de la despoblación venía facilitando una diversificación "por defecto" desde antes de la segunda mitad del siglo XX. Así es, de hecho, como su economía tenía en torno a 1950/60 una apariencia más diversificada de lo que la aparición de nuevas activida-

des podría inducir a pensar. El mecanismo también funcionó en la montaña Sur, donde la aparición de elementos no campesinos había sido tan débil. En la medida en que su despoblación no fue extrema como la de las sierras interiores, la diversificación "por defecto" tampoco pudo acelerar en igual grado la pérdida de peso relativo del sector primario. Y, como los elementos no campesinos siguieron consolidándose a un ritmo lento, la montaña Sur sigue teniendo hoy la economía menos diversificada. Pero hablamos ya sólo de un 25% de la población ocupada en la agricultura: incluso en las adversas condiciones de estas comarcas, poco dotadas de recursos naturales estratégicos e inmersas en una atmósfera económica de escaso potencial propagador, la economía de montaña ha dejado con toda claridad de ser una economía campesina.

Así pues, las grandes corrientes migratorias de la segunda mitad del siglo XX no sólo provocaron la despoblación de la montaña: también impulsaron, de manera engañosa pero real, su diversificación económica. Este carácter diversificado de la actual economía de montaña es, en mi opinión, una de las realidades más relegadas por la opinión pública y por nuestros representantes políticos de todo signo y ámbito.

¿Qué fue del sector agrario?

El derrumbe de la economía campesina no supuso, claro está, la desaparición del sector agrario. Aún hoy, el peso económico y social de la agricultura está lejos de ser despreciable. Además, en las cambiantes circunstancias de las últimas décadas, la importancia medioambiental de la actividad agropecuaria no cesa de ser reconocida. Por ambos motivos es importante conocer qué ha ocurrido con el sector agrario de la montaña durante la segunda mitad del siglo XX.

El motor de sus principales transformaciones ha sido el descenso en el número de explotaciones. En el plano productivo, la orientación de las explotaciones se mantuvo, en términos generales, dentro de las bandas originalmente habilitadas por la geografía. Zonas húmedas como la montaña Norte y el Pirineo mantuvieron su orientación ganadera, mientras la montaña Sur hacía lo propio con su orientación agrícola y la montaña Interior seguía marcando un punto de transición más próximo al polo ganadero que al agrícola (cuadros 4.7 y 4.8). De tal modo que los cambios más importantes no vendrían de ahí.

Cuadro 4.7. La evolución de la ganadería de montaña

	Unidades ganaderas por km ²								Unidades ganaderas 1999 (c. 1885=100)
	1982	1999							
	Total	Total	Bovino	Porcino	Ovino	Aves	Equino	Caprino	
Total montaña	13,2	18,3	8,7	4,3	3,1	1,0	0,8	0,4	116
Esp. no montañosa	20,5	32,9	8,9	13,4	4,5	5,1	0,4	0,6	230
<i>Norte</i>	19,2	23,1	16,4	2,2	1,4	1,2	1,5	0,3	102
<i>Pirineo</i>	13,8	24,0	8,2	9,3	4,4	1,1	0,7	0,2	167
<i>Interior</i>	11,1	15,5	6,1	4,2	3,7	0,8	0,3	0,4	114
<i>Sur</i>	6,0	9,1	0,4	2,9	3,6	1,0	0,2	0,9	101
Galaico-castellana	14,6	15,7	6,4	4,4	1,5	2,5	0,7	0,2	75
Astur-leonesa	23,1	27,5	22,8	1,0	1,0	0,4	2,0	0,4	107
Cantábrica oriental	20,1	27,3	21,7	0,8	1,9	0,6	2,1	0,2	133
Pirineo nav.-arag.	12,9	20,4	7,2	5,5	5,9	0,9	0,7	0,2	133
Pirineo catalán	15,1	28,7	9,5	14,5	2,5	1,4	0,6	0,2	220
Ibérica norte	12,8	13,1	5,3	2,2	4,2	0,7	0,5	0,2	85
Central	16,6	21,9	13,7	3,2	3,1	0,3	0,6	0,8	124
Ibérica sur	6,7	12,1	1,2	5,6	3,9	1,1	0,0	0,2	118
Subbética	6,3	10,3	0,4	3,6	4,3	0,9	0,2	0,8	118
Penibética	4,9	5,5	0,5	0,7	1,2	1,4	0,4	1,3	57

Se ha tomado la media de 1865 y 1917 como densidad ganadera c. 1885

Fuente: Collantes (2003a: 145-147).

Cuadro 4.8. La evolución de la actividad agrícola

	Porcentaje sobre la superficie agraria total							
	Tierras labradas		Trilogía mediterránea		Sistema cereal		Olivar	
	1972	1999	1982	1999	1982	1999	1982	1999
Total montaña	19,5	14,1	12,4	11,0	10,2	7,9	1,8	2,8
España no montañosa	55,8	47,5	37,8	37,2	30,0	28,0	4,4	6,1
<i>Norte</i>	11,5	5,4	4,4	3,3	4,1	3,0	-	-
<i>Pirineo</i>	12,4	8,2	7,5	5,5	7,3	5,4	0,1	0,1
<i>Interior</i>	18,9	14,6	13,2	12,3	12,1	11,4	0,6	0,5
<i>Sur</i>	41,5	34,1	29,4	27,5	20,0	12,8	8,8	14,4
Galaico-castellana	18,2	5,9	6,3	3,1	5,4	2,3	-	-
Astur-leonesa	4,9	2,0	0,5	0,3	0,5	0,3	-	-
Cantábrica oriental	12,0	9,3	7,4	7,9	7,4	7,8	-	-
Pirineo navarro-aragonés	13,8	8,4	8,6	5,9	8,5	5,8	0,1	0,1
Pirineo catalán	10,3	7,9	5,8	4,8	5,7	4,7	0,1	0,1
Ibérica norte	11,5	7,9	7,8	7,3	7,7	7,3	-	-
Central	20,4	14,8	13,5	12,3	12,3	11,2	0,6	0,6
Ibérica sur	20,6	16,9	14,9	14,0	13,5	13,0	0,8	0,6
Subbética	44,1	40,7	35,6	34,9	24,3	16,7	11,0	18,1
Penibética	33,5	14,8	10,0	5,6	6,5	1,4	2,1	3,5

	Porcentaje sobre la superficie agraria total				Hectáreas en 1999, 1886/90 = 100			
	Viñedo		Frutales		Trilogía medit.	Sistema cereal	Olivar	Viñedo
	1982	1999	1982	1999				
Total montaña	0,4	0,3	0,8	1,4	51	41	418	19
España no montañosa	3,3	3,1	2,5	3,1	79	72	184	61
<i>Norte</i>	0,3	0,3	0,1	0,4	22	22	-	39
<i>Pirineo</i>	-	-	0,1	0,2	49	60	39	1
<i>Interior</i>	0,5	0,4	0,4	0,6	47	48	82	26
<i>Sur</i>	0,5	0,3	3,8	5,2	78	42	600	17
Galaico-castellana	0,9	0,8	0,2	1,0	18	15	-	49
Astur-leonesa	-	-	-	0,2	3	3	-	7
Cantábrica oriental	-	-	-	-	40	41	-	2
Pirineo navarro-aragonés	0,1	-	0,1	0,2	50	57	41	2
Pirineo catalán	-	-	0,2	0,3	47	63	37	1
Ibérica norte	-	-	0,1	0,1	28	28	-	36
Central	0,6	0,4	0,1	0,4	37	37	168	22
Ibérica sur	0,6	0,4	0,6	1,0	66	69	60	29
Subbética	0,3	0,2	2,0	4,3	92	49	622	22
Penibética	1,3	0,7	9,3	8,1	21	7	390	14

Fuente: Ministerio de Agricultura (1980), INE (1985b), www.ine.es (Censo Agrario de 1999) y DGAIC (1891a; 1891b; 1891c). Elaboración propia.

Ya fuera debido a la diversificación económica o a la emigración de familias campesinas, el abandono de numerosas explotaciones agrarias ha permitido un sensible aumento del tamaño de las explotaciones que han permanecido abiertas (cuadro 4.9). Esta secuencia, ya observada por Kautsky, ha sido habitual en el conjunto de la agricultura española, pero particularmente intensa en las comarcas montañosas.¹⁹ Entre 1982 y 1999 (y estos datos dejan fuera las mutaciones correspondientes al periodo de mayor intensidad migratoria), el número de unidades ganaderas por explotación se multiplicó por más de dos y la superficie agrícola útil media creció en más de un 50%. Así, una explotación de montaña tiene hoy día más superficie agrícola útil que una explotación del llano. Sin embargo, esto no asegura, dada la orientación general de las explotaciones, que su tamaño económico sea superior, ya que en ella tienen un peso más elevado las superficies de prados y pastos permanentes (en detrimento de las tierras labradas).

¹⁹ Véase Kautsky (1899: 245); también Grigg (1992: 101-102). Para la agricultura española de la segunda mitad del siglo XX, véase Barceló (1994: 191-194).

Cuadro 4.9.
Los cambios en la dimensión
y el nivel tecnológico de las explotaciones agrarias

	<i>Explotaciones con menos de 5 hectáreas (%)</i>		<i>SAU por explotación (hectáreas)</i>		<i>Unidades ganaderas por explotación</i>		<i>Tierras labradas por explotación (hectáreas)</i>	
	1962	1999	1982	1999	1982	1999	1972	1999
Total montaña	67	60	11,7	18,0	3,9	8,3	4,7	5,4
España no montañosa	66	63	11,3	14,4	4,1	8,6	9,0	10,2
<i>Norte</i>	75	60	7,5	14,3	4,3	8,3	1,9	1,6
<i>Pirineo</i>	54	18	26,4	53,0	10,7	33,8	8,0	10,4
<i>Interior</i>	54	56	17,0	28,6	4,3	11,6	6,2	9,0
<i>Sur</i>	69	69	9,6	10,2	1,1	2,1	7,3	7,0
Galaico-castellana	78	75	4,6	5,6	2,5	3,8	2,4	1,1
Astur-leonesa	78	42	8,3	19,5	5,5	11,9	0,8	0,7
Cantábrica oriental	63	38	14,2	36,1	7,0	17,2	3,0	5,3
Pirineo navarro-aragonés	51	20	25,7	44,5	9,1	24,5	9,0	9,2
Pirineo catalán	57	15	27,6	70,4	13,5	53,1	6,5	12,8
Ibérica norte	62	54	20,5	49,6	7,7	20,0	4,8	10,1
Central	60	66	14,5	20,4	4,5	10,1	4,8	5,4
Ibérica sur	44	41	19,0	35,8	3,1	12,0	8,3	14,0
Subbética	66	65	11,3	11,8	1,3	2,5	8,3	8,7
Penibética	75	78	5,9	6,3	0,7	1,1	5,0	2,7

	(1)	(2)	<i>Has. de pastos y forrajes por unidad ganadera</i>		<i>Tractores por cada 100 explotaciones</i>		<i>Superficie de barbecho (% sobre superficie cultivada de sistema cereal)</i>		
			1982	1999	1982	1999	1888	1982	1999
Total montaña	-0,3	49	1,99	1,56	15	32	43	30	28
España no montañosa	-0,1	61	0,77	0,54	25	39	45	27	26
<i>Norte</i>	-0,6	44	1,48	1,58	17	42	38	18	15
<i>Pirineo</i>	-2,9	31	1,91	1,33	41	76	34	12	15
<i>Interior</i>	0,1	37	2,67	1,71	12	27	49	34	30
<i>Sur</i>	0,0	79	2,83	1,61	7	16	43	38	37
Galaico-castellana	-0,1	59	1,36	1,22	12	30	34	30	16
Astur-leonesa	-1,7	34	1,47	1,62	21	59	44	8	16
Cantábrica oriental	-1,4	34	1,62	1,82	23	51	37	9	14
Pirineo navarro-aragonés	-2,5	39	2,14	1,52	36	68	35	14	18
Pirineo catalán	-3,6	23	1,65	1,15	49	94	33	7	10
Ibérica norte	-0,4	20	2,03	2,00	10	30	52	39	26
Central	0,3	46	2,32	1,51	8	19	50	34	29
Ibérica sur	-0,2	35	3,71	1,86	16	39	46	33	30
Subbética	-0,1	85	2,68	1,31	8	18	43	37	37
Penibética	0,1	67	3,40	3,25	5	10	38	49	41

(1): Tasa de variación media anual del porcentaje de explotaciones con menos de 5 hectáreas, 1962-1999

(2): Número de explotaciones en 1999, índice con base 1962=100

SAU: Superficie agrícola útil (suma de las superficies de tierras labradas y pastos)

Fuente: INE (1966a;1985b), www.ine.es (Censo Agrario de 1999), Ministerio de Agricultura (1980) y DGAIC (1891c). Elaboración propia.

Además, el cambio tecnológico, aun produciéndose en direcciones similares a las del resto del sector agrario español, ha sido lento en más de un aspecto. La ganadería de montaña ha tendido a hacerse cada vez más intensiva, requiriendo menores cantidades de superficie de pastos y cultivos forrajeros por unidad de ganado. Pero todavía hoy es una ganadería bastante extensiva en la mayoría de comarcas. Por su parte, la introducción del tractor se ha visto favorecida por el redimensionamiento de las explotaciones, que ha permitido superar umbrales de rentabilidad para el cambio. Pero, pese a ello, las explotaciones de montaña están menos mecanizadas que la media nacional, sin que la consideración de otras máquinas como el motocultor (más adaptado a la geografía de montaña) introduzca grandes matices. La eliminación del barbecho dentro del cultivo cereal sí se ha producido a ritmos similares a los de las explotaciones de otras comarcas, pero afecta, al fin y al cabo, a un elemento periférico de la economía de montaña. Cabe pensar, por todo ello, que el tamaño económico de las explotaciones de montaña viene siendo inferior al de las explotaciones del llano. En cualquier caso, el aumento de su tamaño superficial y ganadero es una buena pista del tipo de transformación que ha tenido lugar durante las últimas décadas al compás de la despoblación y el abandono de explotaciones.

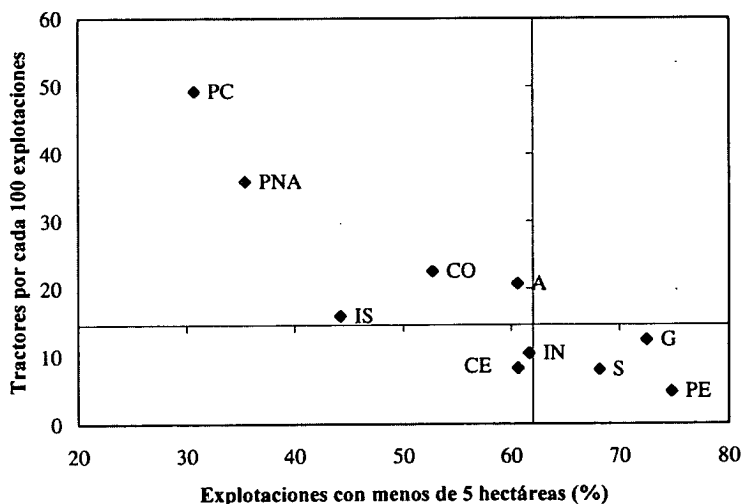
El sector agrario más dinámico ha terminado localizándose en el Pirineo. En el marco de una economía crecientemente diversificada de manera "genuina", con creación significativa de empleo en los sectores secundario y terciario, casi el 70% de las explotaciones agrarias fueron abandonadas entre 1962 y 1999. Ello permitió un gran aumento de la superficie del resto de explotaciones. Así, hoy día, la explotación pirenaica media cuenta con más de 30 unidades ganaderas (cuadruplicando la media nacional) y más de 50 hectáreas de superficie agrícola útil (cuando las medias de referencia están en todo caso por debajo de 20). Por añadidura, estas importantes dimensiones han favorecido la introducción generalizada del tractor, en un contexto comparado en el que el tamaño de explotación parece haber sido decisivo (gráfico 4.1).²⁰ En el plano productivo, la orientación pecuaria se ha

²⁰ Véase por ejemplo Naredo (1996: 217). El coeficiente de correlación de rangos entre el número de tractores por cada 100 explotaciones y el porcentaje de explotaciones con menos de cinco hectáreas alcanza valores de -0,70 y -0,84 para 1982 y 1999 respectivamente.

visto reforzada y diversificada. La ganadería pirenaica se ha convertido en la ganadería de montaña más numerosa (en unidades por km²) y más intensiva (si bien sigue utilizando más cantidad de superficie por unidad ganadera que la media nacional). La sustitución de ovino por bovino favoreció la consolidación de la base exportadora ganadera, y en las últimas décadas esta fortaleza se ha visto potenciada por la emergencia de varios focos de ganadería porcina intensiva (sobre todo en el distrito formado por Bergadá -Barcelona-, Solsonés y Conca de Tremp -Lérida-). Finalmente, en el marco de una especialización ganadera cada vez más profunda, las explotaciones han ido reduciendo sus extensiones de cultivo, reconvirtiendo algunas de ellas desde el tradicional cereal destinado a la alimentación humana hacia las plantas forrajeras destinadas a la alimentación animal.

Gráfico 4.1.

La mecanización y el tamaño de las explotaciones en 1982



Algunos de estos cambios se han registrado igualmente en la montaña Norte. La especialización ganadera de las explotaciones también se ha acentuado, reduciéndose (y subordinándose a la ganadería) el

papel, ya de por sí complementario de inicio, de la actividad agrícola. Pero la ganadería de la montaña Norte, siempre centrada en la especie bovina, no ha crecido tanto como la pirenaica. Su ventaja ecológica fue parcialmente anulada con el paso, durante el último tercio del siglo XX, a modelos ganaderos cada vez menos dependientes de los recursos naturales. No se ha producido un hundimiento, al estilo de la transhumancia ovina en el Sistema Ibérico del siglo XIX, pero sí un declive relativo como consecuencia del estancamiento de las posibilidades hasta entonces aprovechadas. Como resultado de ello, la densidad ganadera era ya en 1982 inferior a la de la España no montañosa, situación inversa a la tradicional. Además, en la montaña Norte, las transformaciones impulsadas por el descenso del número de explotaciones han sido lentas en varios puntos. En las comarcas galaico-castellanas, el abandono de explotaciones no ha sido masivo y el minifundismo se ha reducido en muy escasa medida: si en 1962 el 78% de las explotaciones tenían una superficie total inferior a cinco hectáreas, en 1999 este raquitismo afectaba todavía al 75%. Se ha reforzado así un contraste previamente existente dentro de las economías campesinas de la montaña Norte, cuyos tamaños de explotación ya tendían a ser mayores conforme nos desplazábamos hacia el este. En las comarcas que componen el agregado Cantábrica oriental, y en el marco de una economía rural más diversificada, el abandono de explotaciones fue más acusado, impulsando la conformación de mayores tamaños superficiales y económicos en las explotaciones que permanecieron abiertas; éstas, a su vez, alcanzaron con mayor facilidad los umbrales de rentabilidad necesarios para afrontar el cambio tecnológico. No fueron cambios de la profundidad registrada en el Pirineo, pero sí separaban nítidamente a estas comarcas de las del área galaico-castellana.

En la montaña Interior, por su parte, la despoblación extrema ha conducido al abandono del 60% de las explotaciones entre 1962 y 1999. Durante ese periodo, las explotaciones restantes han ido ganando dimensión, al menos en términos de superficie y unidades ganaderas. Pero, dejando a un lado que este proceso no ha llegado ni mucho menos tan lejos como en el Pirineo, el potencial de dinamismo se ha visto erosionado por la persistencia de una cierta debilidad en las correspondientes especializaciones agropecuarias. La orientación ganadera de las explotaciones ha tendido a acentuarse, con el bovino ganando peso en el Sistema Central (dotado de ventajas locacionales)

y el porcino irrumpiendo en un reducido número de focos del Sistema Ibérico (como el Alto Turia en Valencia o, sobre todo, el Alto Maestrazgo en Castellón). Paralelamente, la profundización de la división espacial del trabajo ha ido privando de sentido a la agricultura de tipo complementario, y más de la mitad de la superficie ocupada por la trilogía mediterránea a finales del siglo XIX ha desaparecido a día de hoy. La mayor especialización pecuaria del sector no se ha correspondido, sin embargo, con un crecimiento intenso de las densidades ganaderas. Éstas siguen siendo menores que las de la montaña húmeda, que disfruta de una dotación ecológica más adecuada, y la España no montañosa, cuyo adelanto tecnológico (con el paso a una ganadería cada vez más industrializada) permite compensar los inconvenientes naturales. La montaña Interior, considerada en su conjunto, no ha podido seguir con claridad ninguna de estas dos sendas.

Por contra, las bases exportadoras agrícolas de la montaña Sur han conservado su solidez. El cultivo cereal que cumplía una función meramente complementaria ha tendido a retroceder por los motivos ya expuestos. Pero no toda la producción cereal cumplía esa función en la economía campesina de la montaña Sur, sobre todo en las sierras subbéticas: durante la segunda mitad del siglo XX, varias de sus comarcas han logrado mantener bases exportadoras cerealeras; además, la superficie de olivar se ha multiplicado por seis entre finales del siglo XIX y el momento actual (en la comarca granadina de Montefrío, el olivar ha llegado a ocupar el 63% del espacio agrario). En las sierras penibéticas, el cereal abancalado tendió a retirarse y el olivar nunca llegó a ser un cultivo tan importante, pero las peculiares condiciones climatológicas favorecieron el desarrollo de líneas más intensivas como la producción frutal. Sin embargo, esta solidez de las bases exportadoras de la montaña Sur, al no venir acompañada de una despoblación extrema (como en la montaña Interior) o una diversificación "genuina" (como en el Pirineo), no ha estado ligada a un redimensionamiento significativo (ni a un abandono masivo de las explotaciones). Hoy día, casi el 70% de las explotaciones sigue disponiendo de menos de cinco hectáreas, como ya ocurría en la década de 1960. La extensión cultivada por explotación se ha reducido a lo largo de las tres últimas décadas y, si bien ello no siempre ha significado una disminución del tamaño económico (dada la paulatina intensificación de las especializaciones agrícolas, sobre todo en la zona más afectada por esta reducción, la

Penibética), sí prolonga de algún modo en el tiempo la caracterización precaria (ahora en términos relativos) del sector agrario de la montaña Sur.

En suma, el sector agrario de la economía de montaña ha experimentado importantes mutaciones a lo largo de las últimas décadas. La orientación productiva de las explotaciones se ha mantenido dentro de los espacios habilitados por la geografía, y más teniendo en cuenta que el cambio tecnológico ha tendido a ser más lento que en el resto del sector agrario español. Pero la dimensión ha aumentado conforme las familias campesinas emigraban y cerraban sus explotaciones. Las complejidades campesinas van quedando atrás y la especialización de los agricultores y ganaderos es cada vez mayor, en paralelo a la profundización de la división espacial del trabajo y la intensificación de sus relaciones encadenadas con la agroindustria. Las consiguientes ganancias en eficiencia económica encuentran en ocasiones su contrapartida en pérdidas de eficiencia ecológica. La problemática medioambiental es quizá el único terreno en el que el sector agrario retiene buena parte de su pretérita importancia. En el plano económico, sin embargo, la desagrarización del medio rural es un hecho, y entre sus consecuencias se halla la operatividad de una nueva estructura social de acumulación.

ADIÓS A LA REPÚBLICA CAMPESINA

La economía diversificada de montaña, que fue construyéndose en algunos casos desde mediados del siglo XIX y se generalizó durante la segunda mitad del siglo XX, cuenta entre sus características la pérdida de peso del campesinado. Sólo este rasgo puede ya volver exógenos algunos elementos de la estructura social de acumulación, por ejemplo la regulación de las relaciones laborales. Además, en la economía diversificada aumenta el flujo de decisiones económicas y políticas que afectan a la montaña pero se toman fuera de ella. En el plano económico, las posibilidades de diversificación son hechas realidad en muchas ocasiones por empresas cuyos centros de decisión son externos a la montaña, e incluso la actividad agraria se encuentra sometida

a una creciente dependencia con respecto a otros segmentos del sistema alimentario.²¹ En el plano político, las comunidades locales han tenido escasa capacidad para mediatizar algunos proyectos estatales relacionados con estos cambios, como la construcción de embalses con vistas a la especialización eléctrica; al mismo tiempo, las poblaciones de montaña se han visto beneficiadas por decisiones igualmente externas, como la creación de un sistema nacional de pensiones (pieza económica clave en el presente contexto de envejecimiento) o, más específicamente, la puesta en marcha de una política de montaña incrustada en un conjunto más amplio de regulaciones agrarias. Así pues, el derrumbe de la economía campesina no se ha materializado únicamente en la desagrarización ocupacional, sino también en la desaparición de algunos de los condicionantes institucionales y demográficos que la habían acompañado durante su larga fase de convivencia e interacción con una industrialización pausada.

²¹ Sobre este último punto, véanse Arnalte (1997: 514-516) y Barciela (1996: 208-209) para el conjunto de la agricultura española; en una línea convergente, Etxezarreta (1997: 543-544).

La expansión del mercado laboral

El mercado laboral no estaba ausente en las economías campesinas, pero cedía a la familia el papel de principal mecanismo asignador de los recursos laborales. Con el derrumbe de la economía campesina y la emergencia de la economía diversificada se han invertido los términos. El trabajo familiar no ha desaparecido, y de hecho sigue siendo más importante de lo que es normal en la economía española. Pero el mercado laboral se ha expandido hasta el punto de que hoy día más del 70% de la población ocupada de la montaña trabaja ya a cambio de un salario (cuadro 4.10). En la economía diversificada, las relaciones laborales se hacen explícitas, saliendo de su tradicional invisibilidad familiar.

Cuadro 4.10.
El mercado laboral y la agricultura a tiempo parcial

	Tasa de asalarización (%)			Ocupados agrarios por cada 100 explotaciones		
	1981	1991	2001	1981	1991	2001
Total montaña	54	62	71	61	40	35
España no montañosa	75	78	83	74	58	62
<i>Norte</i>	48	57	70	75	45	35
<i>Pirineo</i>	63	67	73	74	55	61
<i>Interior</i>	51	58	69	44	30	32
<i>Sur</i>	67	74	74	53	37	32
Galaico-castellana	38	52	71	73	35	19
Astur-leonesa	52	59	68	80	56	54
Cantábrica oriental	57	61	71	70	54	53
Pirineo navarro-aragonés	61	66	73	60	46	48
Pirineo catalán	65	68	74	97	72	89
Ibérica norte	52	59	68	55	36	50
Central	53	61	71	46	30	31
Ibérica sur	46	52	65	39	29	30
Subbética	70	75	74	51	38	33
Penibética	61	72	75	58	35	31

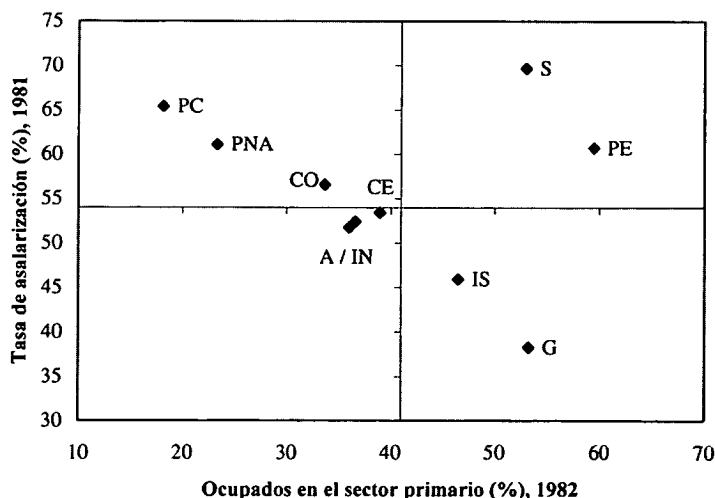
Tasa de asalarización: Porcentaje de asalariados dentro de la población ocupada

Fuente: INE (1985a; 1985b; 1991; 1994) y www.ine.es (Censo Agrario de 1999 y Censo de Población de 2001). Elaboración propia.

La principal fuerza motriz de la expansión del mercado laboral ha sido la desagrarización de la actividad económica. Conforme han ido apareciendo alternativas productivas, el trabajo asalariado ha ido imponiéndose. Tan sólo en la montaña Sur, con un modelo agrario más desequilibrado, la asalarización ha tenido lugar en proporción superior a lo que cabría esperar en razón del grado de diversificación (gráfico 4.2). Así, la asalarización era ya relevante antes de 1950 en las comarcas de diversificación precoz, básicamente las comarcas mineras e industriales de la montaña Norte y el Pirineo. Durante la segunda mitad del siglo XX, la tendencia se generalizó, en parte de manera genuina, en parte “por defecto”. En la década de 1980, mientras el sector primario dejaba de ser el empleador principal, también la familia dejaba de ser el principal modo de acceso al factor trabajo.

Gráfico 4.2.

**Diversificación ocupacional y extensión del mercado laboral
a comienzos de la década de 1980**



Es cierto que, como reflejo de una perifericidad económica persistente, esta expansión del mercado laboral va acompañada de algunos matices. El avance de la asalarización no siempre ha supuesto un abandono total de la actividad agraria. Cada vez es más común la agricultura a tiempo parcial, como parece indicar el hecho de que existan bastantes más explotaciones que ocupados agrarios.²² En realidad, este fenómeno recoge un número cada vez mayor de estrategias económicas centradas en la participación en los mercados laborales no agrarios y dentro de las cuales el rendimiento de la explotación agraria reviste un carácter meramente complementario. La agricultura a tiempo parcial, que parece más común en las áreas montañosas que en el resto del país, representa un eco (más que una verdadera continuidad) de lo que antes fueron estrategias campesinas diseñadas a nivel familiar y desarrolladas en varios campos de actuación.

Cuadro 4.11.
Organización del trabajo agrario y dimensiones de la familia

	<i>Reparto del trabajo agrario (% UTA)</i>						<i>Tamaño familiar medio (número de miembros)</i>	
	<i>Titular</i>		<i>Ayudas familiares</i>		<i>Asalariados</i>		<i>1960</i>	<i>1981</i>
	<i>1982</i>	<i>1999</i>	<i>1982</i>	<i>1999</i>	<i>1982</i>	<i>1999</i>		
Total montaña	49	54	41	30	11	16	4,08	3,46
España no montañosa	45	43	30	22	25	35	3,99	3,56
<i>Norte</i>	46	59	50	36	4	5	4,24	3,53
<i>Pirineo</i>	50	53	39	29	11	18	4,34	3,72
<i>Interior</i>	59	59	24	21	17	21	3,78	3,08
<i>Sur</i>	48	44	20	24	32	32	3,96	3,46
Galaico-castellana	46	56	50	40	4	4	4,33	3,65
Astur-leonesa	46	61	52	34	2	5	4,18	3,46
Cantábrica oriental	49	60	45	32	6	8	4,24	3,51
Pirineo navarro-aragonés	50	56	39	30	11	14	4,76	4,23
Pirineo catalán	49	49	40	27	11	24	4,00	3,36
Ibérica norte	52	62	23	17	24	20	3,94	3,16
Central	58	57	25	21	17	21	3,88	3,15
Ibérica sur	63	60	23	20	13	20	3,60	2,93
Subbética	43	41	18	22	39	36	3,98	3,48
Penibética	55	47	24	28	22	25	3,93	3,41

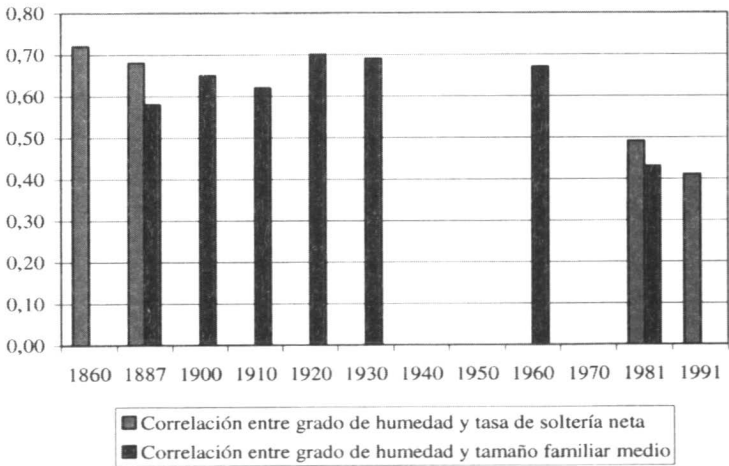
UTA: Unidades de Trabajo-Año

Fuente: INE (1962; 1985a; 1985b) y www.ine.es (Censo Agrario de 1999). Elaboración propia.

²² Véanse Leal y otros (1975: 182) y Abad y Naredo (1997: 278, 293-296); también Barceló (1994: 172-181, 210-212), Barciela (1996: 215) y Naredo (1996: 213, 435).

Además, la expansión del mercado laboral no ha llegado tan lejos como en el resto del país. El carácter familiar que retiene el trabajo agrario, en una economía desagrarizada pero no tanto como la media nacional, es en parte responsable. En el sector agrario, la tendencia hacia la mercantilización del trabajo ha sido muy lenta (cuadro 4.11). El trabajo familiar representaba el 90% del total en 1982, y hoy día se mantiene por encima del 80%. El declive demográfico ha reducido las disponibilidades de trabajo no remunerado, en particular de las “ayudas familiares”, pero esta pérdida no sólo se ha compensado con un mayor recurso al trabajo asalariado (como en el resto del medio rural), sino también con un mayor esfuerzo laboral por parte del titular.²³ Así, en la montaña Norte, el trabajo familiar mantiene una presencia del 95%. Conforme nos desplazamos hacia el sur y las condiciones ecológicas y productivas cambian, la mercantilización del trabajo agrario va en aumento, pero no supera el 35% (media de la España no montañosa) ni siquiera en la montaña Sur. Dentro de una agricultura familiar como la española, las zonas de montaña persisten pues como ejemplo paradigmático y, en ocasiones, extremo.

Gráfico 4.3. Coeficientes de correlación de rangos de Spearman



²³ En cualquier caso, se comparte la tendencia general de la agricultura española hacia una “ruptura del grupo de trabajo familiar en la explotación” (Arnalte 1997: 507-509).

Pero la agricultura es ya una parte pequeña de la economía de montaña y, por ello, las conexiones entre la orientación productiva de las explotaciones y las estructuras demográficas comarcales se ha debilitado. Empresa y familia han dejado de ser la misma cosa, al menos como regla general. Con la despoblación y la desaparición como tal de la economía campesina, la correlación entre el grado de humedad y el tamaño de la familia, apreciable en fases previas, se ha hundido (gráfico 4.3).²⁴ El propio declive demográfico participó como regulador de los tamaños familiares, ya que el componente individual de las salidas migratorias rompió en muchos casos la convivencia intergeneracional dentro de los hogares. En el Sistema Ibérico, como mejor ejemplo, la intensidad de la despoblación no sólo provocó el consabido descenso en el número de familias, sino también la reducción del tamaño de las familias que no emigraron. En términos agregados, los hogares de cuatro o cinco miembros de la época campesina fueron convirtiéndose en hogares que, como media, cuentan con tan sólo tres miembros. Este desmembramiento de la familia, institución central donde las hubiera durante la fase campesina, se une a su pérdida de protagonismo económico y tiene gran influencia sociológica en la conceptualización subjetiva del propio “drama rural”.²⁵

Las migraciones temporales en la era post-industrial

La desaparición de la sociedad campesina supuso igualmente la desaparición de las migraciones temporales como elemento de la estrategia económica familiar. A lo largo de la fase 1850-1950, algunas de las actividades económicas desarrolladas por los emigrantes temporales se vieron ya envueltas en dificultades serias. Así, por ejemplo, las redes de transporte mejoraron de manera sensible durante ese siglo: se construyeron numerosas vías férreas y, más adelante, el propio transporte por carretera comenzó a ganar peso. Para los campesinos que se

²⁴ Dentro de una amplia gama de transformaciones generales registradas por las estructuras familiares del país; véase Reher (1996: 60-66, 375).

²⁵ La desestructuración de las familias rurales españolas ha sido apuntada por B. García Sanz (1997a: 112, 141).

empleaban estacionalmente como transportistas, aprovechando el nulo coste de oportunidad del empleo de su ganado y su propio trabajo en ciertas épocas del año, se crearon algunas nuevas oportunidades en rutas que comunicaban los pueblos con las estaciones de ferrocarril o las carreteras más próximas, pero también se destruyeron numerosas posibilidades de negocio. En general, y sin perjuicio de que estas y otras actividades ligadas a la emigración temporal atravesaran coyunturas desfavorables, la propia desaparición de la economía campesina terminaría implicando el fin de las migraciones temporales en su versión tradicional.

Si la desagrarización y la asalarización eran ya procesos consolidados en torno a 1980, después de tres décadas de intensa emigración definitiva, también por aquel entonces comenzaban a vislumbrarse los signos de un nuevo tipo de desplazamientos temporales (cuadro 4.12).

Cuadro 4.12. La aparición de nuevas pautas residenciales

	<i>Diferencia entre población de derecho y población de hecho (porcentaje sobre la población de hecho)</i>				<i>Tasa migratoria (tanto por mil)</i>	<i>(*)</i>	<i>Valor catastral unitario (España=100)</i>		<i>Número de viviendas por edificio residencial</i>	
	1950	1960	1981	1991			1989	2000	1970	2001
Total montaña	2,9	3,6	2,9	2,3	-1,1	1,0	36	50	1,18	1,43
España no montañ.	-0,6	-1,1	0,2	-1,6		2,5	105	103	1,92	2,52
<i>Norte</i>	4,2	4,0	3,2	2,3	-2,9	0,7	28	42	1,21	1,45
<i>Pirineo</i>	-2,0	0,9	-1,2	-2,8	2,9	1,7	75	81	1,59	2,11
<i>Interior</i>	3,7	5,4	4,5	4,3	4,4	1,2	32	48	1,10	1,28
<i>Sur</i>	2,2	2,5	3,8	3,9	-4,5	0,7	34	49	1,07	1,31
Galaico-castellana	7,4	8,0	6,0	3,7	-3,0	0,6	24	36	1,07	1,23
Astur-leonesa	2,7	2,0	1,7	1,7	-3,3	0,7	30	42	1,31	1,56
Cantábrica oriental	1,8	1,8	1,6	1,7	-2,1	1,1	33	52	1,29	1,61
Pirineo nav.-aragonés	-1,5	1,5	-0,7	-3,9	-0,1	1,6	55	73	1,41	2,11
Pirineo catalán	-2,6	0,3	-1,7	-1,8	5,6	1,8	83	85	1,77	2,10
Ibérica norte	3,7	4,1	7,3	8,0	-0,9	0,7	20	42	1,10	1,29
Central	3,4	6,0	3,2	2,6	7,9	1,8	40	54	1,12	1,34
Ibérica sur	4,2	5,3	5,4	5,8	0,1	0,3	24	39	1,07	1,17
Subbética	2,3	2,4	4,0	4,5	-5,1	0,4	27	50	1,06	1,22
Penibética	1,9	2,8	3,5	2,7	-3,3	1,1	44	48	1,09	1,47

(*): Tasa de variación media anual del número de viviendas, 1950-2001

Fuente: INE (1952; 1956a; 1962; 1973b; 1973c; 1985a; 1994; 1995; 1996; 1997b; 1998), www.ine.es (Censo de Población de 2001, población municipal en 2000, Movimiento Natural de la Población entre 1996 y 2000), Ministerio de Economía y Hacienda (1990) y Ministerio de Economía (2001). Elaboración propia.

Ocasionalmente, la construcción de embalses en el Pirineo había atraído de manera no permanente a trabajadores de otras partes del país (así, en 1950, la población de hecho pirenaica superaba a la población de derecho). Pero las nuevas migraciones no tenían tanto un componente productivo, al estilo campesino, como una motivación residencial. En zonas muy afectadas por la despoblación, como el Sistema Ibérico, proliferó la figura del residente ausente. Detrás de esta figura ya no se escondía lo mismo que en la sociedad campesina: el nuevo residente ausente vivía ya la mayor parte del año fuera de la montaña (y, desde luego, no estaba allí en las invernales fechas de elaboración censal) pero mantenía su vivienda (registrada como secundaria en la información de los censos) con objeto de aprovecharla de manera temporal.

Y, sobre todo, la culminación de los cambios estructurales de la economía y la sociedad españolas, incluyendo elevadas tasas de urbanización y la entrada en un escenario post-industrial, no sólo liberó los conocidos efectos de difusión sobre el turismo rural, sino también sobre el tejido residencial de la montaña. Se abría la era de las “casas de campo en las que la agricultura es lo de menos”.²⁶ En el Pirineo, el desarrollo del turismo de nieve contribuyó, además, a generar inmigración temporal (o, si se quiere, a hacer que la población de hecho invernal excediera a la población de derecho). La comarca madrileña de Lozoya-Somosierra se ha visto envuelta en una expansión inmobiliaria similar, con las segundas residencias proliferando junto a la Nacional I. Los saldos migratorios positivos aparecidos en estas zonas durante las últimas décadas (y, en particular, durante la última) dan buena cuenta de las nuevas dinámicas abiertas en una parte de la montaña española. Hay que tener en cuenta que, de acuerdo con el censo de población de 2001, las viviendas de montaña tienen unos problemas de ruido, contaminación o delincuencia

²⁶ Kautsky (1899: 221).

muy inferiores a los de las viviendas urbanas medias.²⁷ Así, para los ciudadanos urbanos implicados, la residencialidad rural actúa como complemento psicológico (no económico, como en el caso de los campesinos de la fase anterior) para la reproducción de su modelo vital urbano (del mismo modo que los campesinos habían buscado en su momento la reproducción de su vida rural).²⁸

Estas pautas residenciales post-industriales han tenido su reflejo en la evolución del número de viviendas, que, a pesar de la despoblación, ha aumentado en todas las zonas. La presión de la demanda residencial se ha transmitido asimismo a los valores catastrales de las viviendas de montaña, que, aun siendo todavía muy inferiores a la media urbana, vienen recortando distancias. Esta cadena de efectos se ha dejado sentir sobre todo en el Pirineo, la zona más afectada por las nuevas pautas. En el Sistema Ibérico, en cambio, el fenómeno de la vivienda secundaria tiene que ver sobre todo con antiguos habitantes de los pueblos, el parque residencial se ha expandido en escasa medida y los valores catastrales de las viviendas son inferiores a la media nacional en un 60%.

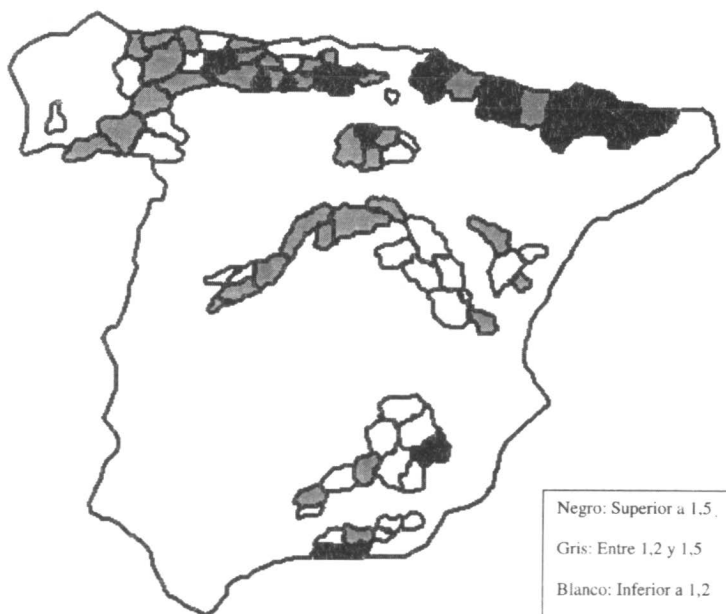
Finalmente, las migraciones temporales post-industriales han contribuido en ocasiones a reforzar una tendencia más general relacionada con la diversificación de la economía: el cambio del paisaje arquitectónico. En la economía campesina, había prácticamente una vivienda por edificio residencial. Durante las últimas décadas, sin embargo, han proliferado los edificios compuestos por varias viviendas. El poblamiento genuinamente rural ha comenzado a ser modificado por elementos

²⁷ El porcentaje de viviendas con problemas de ruido es del 12% en montaña, frente al 32% en la España no montañosa; en materia de contaminación, la relación es 8% frente a 20%; en delincuencia, 5% frente a 23%. Elaboración propia a partir de www.ine.es (Censo de Población de 2001); los resultados son básicamente similares en todas las áreas montañosas. Paralelamente, B. García Sanz (1997a: 399) aporta evidencia empírica de la mayor frecuencia de relación personal (con familiares, vecinos y amigos) que se da en las áreas rurales con respecto a las urbanas.

²⁸ Como antecedente ilustre, John Stuart Mill (1873: 153) encontró en “el amor a los objetos rurales y al paisaje natural” alivio para una de sus periódicas depresiones; Mill consideraba los paisajes de montaña como el ideal de belleza rural. Sobre el cambio sociológico en la valoración del medio rural, véase por ejemplo Entrena (1998: 147-148; 2000: 330).

arquitectónicos de corte urbano. El Pirineo, en su condición de economía más diversificada, vuelve a destacar en este sentido, mientras otras zonas como la montaña Sur o el área galaico-castellana mantienen una ruralidad extrema (mapa 4.2). A pesar de que la montaña está lejos de los registros urbanos, no cabe duda de que el cambio arquitectónico se suma a la amplia gama de elementos que han transformado las comarcas de montaña en algo sustancialmente distinto de lo que eran en 1950.²⁹

Mapa 4.2. Número de viviendas por edificio residencial, 2001



²⁹ Sobre la considerable brecha arquitectónica que persiste entre medio rural y medio urbano, B. García Sanz (1997a: 342). Sobre las conexiones entre desagrarización ocupacional y tamaño demográfico de los municipios rurales, Sancho Hazak (1997a: 184).

Las consecuencias de la dependencia política

La diversificación de la economía de montaña ha venido acompañada de la reducción del peso de la familia y los sistemas de organización locales en la definición de la estructura social de acumulación.³⁰ Durante las dos últimas décadas, el poder estatal se ha proporcionado importantes contrapesos tanto en dirección ascendente como descendente. Así, hoy día, los gobiernos regionales y la Unión Europea, además de poner en marcha sus propios proyectos, pueden mediatizar seriamente la configuración de los proyectos estatales. La dependencia política de las áreas de montaña no ha desaparecido (antes al contrario), pero el carácter multilateral de dicha dependencia habilita al menos mayores espacios para la emisión de presiones sobre las decisiones tomadas en los centros del poder político.

Las cosas eran diferentes durante el tercer cuarto del siglo XX, cuando la despoblación se generalizaba. El Estado operaba entonces sin tales contrapesos institucionales, y ni siquiera estaba sujeto a las reglas de la democracia. Fueron así numerosos los proyectos que la dictadura franquista ejecutó de manera autoritaria. Para los pueblos de montaña, el más doloroso fue la construcción de embalses. El objetivo del proyecto estatal era, en este caso, aprovechar las potencialidades que la montaña ofrecía como reserva hidráulica con fines de regadío y, muy especialmente, de producción eléctrica. El problema, desde luego, no estuvo en el objetivo en sí, sino en el reparto extremadamente desigual de los costes y los beneficios (económicos, sociales y ecológicos) asociados a la intervención. La construcción de embalses supuso la inundación de algunas de las tierras más fértiles y la desestructuración territorial del aparato productivo agropecuario (además del cierre, en algunos casos, de vías tradicionales de transporte fluvial de madera). Llegaron a quedar sepultados pueblos enteros que, desde entonces, reaparecen periódicamente cuando cae el nivel de agua embalsado. La dependencia política nunca tuvo cara más amarga.

³⁰ Wallerstein (1983: 92) considera esto una constante en el funcionamiento del capitalismo histórico.

Por supuesto, ya existían embalses antes de Franco (cuadro 4.13). En los inicios del sector eléctrico español, el Pirineo catalán ya ocupó un papel destacado. También se vio afectado el Sistema Central, en su caso con el fin primordial de garantizar el abastecimiento de agua para la ciudad de Madrid. Pero la dictadura franquista aceleró el ritmo de construcción y extendió el fenómeno a casi todas las grandes áreas montañosas del país. La dislocación social resultante adquirió entonces caracteres dramáticos. Replicando la trayectoria de la emigración, la construcción de embalses llegó a su punto álgido en el periodo 1950-70 y después tendió a ralentizarse.

Cuadro 4.13. Capacidad de embalse (Hm^3 por km^2)

	1920	1950	1970	1991
Total montaña	0,4	1,8	8,0	10,5
España no montañosa	0,1	1,0	7,1	9,7
<i>Norte</i>	-	2,4	8,4	12,6
<i>Pirineo</i>	1,2	1,7	8,6	10,2
<i>Interior</i>	0,7	1,6	10,0	12,1
<i>Sur</i>	-	1,1	3,2	4,3
Galaico-castellana	-	0,7	5,6	10,8
Astur-leonesa	-	0,1	7,7	13,2
Cantábrica oriental	-	8,4	13,4	14,5
Pirineo navarro-aragonés	-	0,2	11,4	12,9
Pirineo catalán	2,8	3,6	5,0	6,7
Ibérica norte	-	4,1	5,8	5,8
Central	2,0	2,4	3,5	9,2
Ibérica sur	-	0,1	15,9	16,2
Subbética	-	1,4	4,3	5,4
Penibética	-	-	-	1,2

Fuente: Collantes (2003b: 75).

¿Por qué fueron las comunidades locales incapaces de mediatizar este proyecto estatal? En primer lugar, y como ya se ha subrayado, porque, en el momento álgido de la construcción, el carácter dictatorial del Estado dejaba poco espacio para que las comunidades armaran una

“voz”, por emplear el término de Albert Hirschman.³¹ Pero, sobre todo, hay que tener en cuenta que el proyecto estatal venía respaldado por poderosos intereses empresariales, en un contexto sectorial caracterizado por esa “mezcla contradictoria de iniciativas personales, poder oligárquico y afán de control estatalista que puede ilustrar algunos entresijos del sistema político de la postguerra”.³² A la altura de 1960, hasta nueve de las veinte empresas más grandes del país pertenecían al sector eléctrico.³³ Lamentablemente para los habitantes de la montaña, esos intereses empresariales habían estado ausentes, por ejemplo, en la lucha contra el analfabetismo. Ahora serían las poblaciones de montaña quienes cargarían con los costes de un proyecto estatal que proporcionaba grandes beneficios directos a otros grupos sociales y que, en perspectiva global, suponía un juego de suma positiva cuyos beneficios indirectos se canalizarían hacia amplias capas de la sociedad española.³⁴ La sensación de agravio que aún hoy persiste en las comarcas más afectadas es perfectamente comprensible.³⁵

³¹ Hirschman (1970a: 36) define la voz como “un intento por cambiar un estado de cosas poco satisfactorio, en lugar de abandonarlo, mediante la petición individual o colectiva a los administradores responsables, mediante la apelación a una autoridad superior con la intención de forzar un cambio de administración, o mediante diversos tipos de acciones y protestas, incluyendo las que tratan de movilizar la opinión pública”. La “voz”, articulada en el plano político, sería así el contrapunto de la “salida”, ejercida en el campo económico.

³² Núñez Romero-Balmas (1994: 242-247). De hecho, en el planteamiento de Gallego (1998: 20), la presencia de grupos empresariales externos ya venía matizando la capacidad de “adaptación política” de las comunidades rurales en campos como el forestal. Una visión a largo plazo de la rentabilidad financiera de las empresas eléctricas (no muy elevada, de todos modos, en el contexto nacional), en Tafunell (2000: 82, 88, 106-107).

³³ Véase el ranking confeccionado por Carreras Odriozola y Tafunell (1993: 131-132); también Carreras Odriozola y Tafunell (1996: 78, 84-85). En el caso de la política forestal, otro escenario de conflicto entre el Estado franquista y las comunidades locales, Iriarte (2002a: 27-28, 30) también hace referencia a la presión estatal y su entendimiento con intereses empresariales externos al medio rural; véanse igualmente Grupo de Estudios de Historia Rural (2003: 341-342), Iriarte (2002b: 155-158) y Rico (2000) sobre la conflictividad desatada por esta política en varios puntos de la montaña Norte.

³⁴ Núñez Romero-Balmas (2003: 124) subraya que la distribución de estos costes y beneficios era precisamente el centro del debate en torno a la industria eléctrica española durante el primer franquismo.

³⁵ En palabras de Herranz (2002: 219), este episodio constituyó “la agresión directa más importante que ha sufrido el Pirineo en la historia contemporánea”.

Durante la transición política hacia la democracia surgieron diversas tensiones que se habían mantenido reprimidas durante la dictadura. Una de ellas, aunque desde luego no la más importante, tenía que ver con el drama rural de la montaña. Ya a finales de la década de 1970, la declaración ciudadana de Boaví reclamaba la puesta en práctica de medidas políticas para frenar la crisis económica y demográfica. Dando la razón al Hirschman “autosubversivo” (y quitándosela al original), la masiva utilización de la salida como mecanismo de ajuste estaba estimulando (y no bloqueando) la aparición de la voz como mecanismo complementario.³⁶ La Constitución de 1978 estableció la necesidad de elaborar una política de ayudas para la montaña y, como respuesta a este mandato, en 1982 entró en vigor la Ley de Agricultura de Montaña.³⁷ Con la entrada de España en la Comunidad Económica Europea en 1986, la política de montaña se inscribió formalmente dentro de los cauces europeos. Las explotaciones de montaña pudieron disfrutar también de las ayudas y subvenciones previstas por la Política Agraria Común. Y, además, todos los habitantes de la montaña se beneficiaron de diversas mejoras emprendidas con cargo a los Fondos Estructurales y los Fondos de Cohesión. Paralelamente, el nuevo modelo de Estado permitía a algunas Comunidades Autónomas refor-

³⁶ Inicialmente, Hirschman (1970a: 40, 48) consideró que existía una “relación de vaivén entre salida y voz” y que “la presencia de la opción de la salida puede tender a atrofiar el desarrollo del arte de la voz”. Pero, en uno de los ensayos contenidos en su libro *Tendencias autosubversivas* (Hirschman, 1993), este autor incidió en el mutuo reforzamiento de salida y voz durante el colapso del régimen comunista de la República Democrática Alemana a fines de la década de 1980. Un desarrollo más amplio de este último punto, aplicado a nuestro caso, en Collantes (2004c).

³⁷ Una enmienda del grupo Entesa dels Catalans al artículo 124 del proyecto de Constitución desembocó en el mandato constitucional finalmente recogido en el artículo 130.2 (*Ley* 1985: 321-322; Majoral 1997: 27, 30; Carbonell y Gómez 1981: 615-616; Plans 1981: 757-758). ¿Realmente fue la ley (centrada en la agricultura) de 1982 una respuesta al mandato constitucional (que hablaba de las zonas de montaña en general)? Jaime Lamo de Espinosa, ministro de Agricultura de la UCD entre 1978 y 1981 y principal responsable de la ley, tomó la decisión de centrarse en el sector agrario y no otorgar un tratamiento integral a la economía de montaña (de acuerdo con una visión de ésta que ya había intentado, sin éxito, filtrar en el propio mandato constitucional), por lo que varios grupos de la oposición consideraron que el mandato no había sido plenamente respondido; véase Lamo (1991: 42-43). La aritmética parlamentaria impidió que estos grupos consiguieran la aprobación de una enmienda que instara a la redacción próxima de una ley general (no sectorial) de montaña (*Ley* 1985: 121, 218-224, 322-324, 360-

zar su asistencia institucional al medio rural.³⁸ Y, mientras tanto, el sistema nacional de pensiones se revelaría de gran utilidad en unas comunidades de montaña cada vez más envejecidas. En un corto lapso de tiempo, la dependencia política pasó a mostrar su cara más amable.

Pero, por desgracia, la amabilidad no lo es todo. La Ley de Agricultura de Montaña pretendía poner en marcha dos grandes vías de actuación. En primer lugar, establecía el derecho de las explotaciones agrarias a percibir anualmente una Indemnización Compensatoria de Montaña (ICM). Se trataba de compensar los inconvenientes adicionales a que se enfrentaban los agricultores y ganaderos de montaña.³⁹ La ausencia de un compromiso financiero serio redujo sin embargo la ICM media a un pago anual de 400-500 euros (cuadro 4.14). Además, el espectro de posibles beneficiarios se vio recortado con la introducción de umbrales de dimensión que numerosas explotaciones no superaban, y tan sólo el 20-25% de las explotaciones de montaña ha percibido ICM.⁴⁰ Teniendo en cuenta que la dimensión dependía, entre

361). De hecho, los parlamentarios socialistas habían llegado a argumentar que la Ley de Agricultura de Montaña de la UCD sería inoperante, profundizaría las desigualdades espaciales internas, generaría agravios comparativos en el escenario europeo y posibilitaría el acceso a las ayudas y subvenciones de multinacionales y especuladores varios (Ley 1985: 326-329, 406-407). Y, sin embargo, una vez en el gobierno, el PSOE no derogó inmediatamente una ley a la que atribuía tales efectos; según Lamo (1997: 75), ello pudo deberse a que la orientación dada por la UCD a su política agraria venía marcada por un "carácter no partidista y exclusivamente profesional".

³⁸ Un repaso de las tres vías de actuación seguidas por las Comunidades Autónomas en materia de política de montaña (utilización del marco estatal, desarrollo de regímenes específicos e hibridación de las dos anteriores), en Rodríguez Gutiérrez (1993: 65-68); véase también la información cuantitativa contenida en *Libro Blanco* (2003: 640).

³⁹ Ello sin perjuicio de que la exposición de motivos de la ley hiciera también referencias a la preservación del medio físico de la montaña. En palabras de un diputado de la UCD, era "como si el resto del país pagase un sueldo a los agricultores de montaña para que éstos sean celosos guardadores del santuario de la Naturaleza" (Ley 1985: 206). El PSOE compartía esta visión híbrida de los objetivos de la política de montaña, aunque alguna de sus representantes llegó a afirmar que "No se trata de tener la montaña bonita, para eso le ponemos un lazo" (Ley 1985: 205, 326, 342-344).

⁴⁰ La importancia de este criterio de dimensión ha sido subrayada para el caso andaluz por Silva (1995: 711-712) y Sáenz (1993: 672); véanse también Sánchez Sánchez y Rodríguez (1989: 28), Romero González (1993: 384) y, para otros ejemplos europeos similares, Clout (1984: 148). Collantes (2004c) incide en estos y otros paralelismos entre la experiencia española y la del resto de países europeos. La correlación de rangos (para N=10) entre dimensión de las explotaciones (medida a través de un ránking Borda de la superficie agrícola útil por explotación y el número de unidades ganaderas por explotación) y porcentaje de explotaciones receptoras de ICM en 1989 es de 0,83.

otros factores, del abandono previo de otras explotaciones, la ICM fluyó en mayor medida hacia los sectores agrarios más dinámicos y las economías más diversificadas, con el Pirineo a la cabeza.⁴¹ En cambio, apenas se canalizó hacia una pequeña fracción de las explotaciones agrarias de economías menos diversificadas como la galaico-castellana o la meridional. En suma, la ICM es una pequeña cantidad de dinero que, además de haber aumentado más despacio —en términos reales— de lo que ha descendido el número de beneficiarios (como consecuencia del abandono de explotaciones) ni siquiera puede ser percibida por la mayor parte de la población rural de montaña.⁴²

Cuadro 4.14. La Indemnización Compensatoria de Montaña (ICM)

	Número de beneficiarios			Cuantía media de la ICM (euros reales)			Tasa de variación media anual del gasto total
	1989/91	1997/99	Tasa de variación media anual	1989/91	1997/99	Tasa de variación media anual	
Andalucía	7.824	6.440	-2,4	423	430	0,2	-2,1
Aragón	7.812	4.773	-6,0	513	534	0,5	-5,5
Asturias	17.693	11.295	-5,5	398	475	2,2	-3,3
Baleares	170	118	-4,5	423	454	0,9	-3,7
Canarias	1.360	1.416	0,5	338	339	0,0	0,7
Cantabria	6.318	4.572	-4,0	494	536	1,0	-2,9
Castilla-La Mancha	7.487	4.254	-6,8	498	569	1,7	-5,2
Castilla y León	20.685	11.519	-7,1	498	534	0,9	-6,3
Cataluña	7.093	4.180	-6,4	440	501	1,6	-5,0
Comunidad Valenciana	3.807	2.283	-6,2	315	371	2,1	-4,2
Extremadura	3.179	1.770	-7,1	408	460	1,5	-5,6
Galicia	19.212	10.404	-7,4	343	423	2,7	-4,9
Madrid	1.042	387	-11,6	511	536	0,6	-11,1
Murcia	603	481	-2,8	448	459	0,3	-2,5
La Rioja	1.022	606	-6,3	444	492	1,3	-5,1
<i>Total</i>	<i>105.306</i>	<i>64.498</i>	<i>-5,9</i>	<i>433</i>	<i>482</i>	<i>1,3</i>	<i>-4,6</i>

⁴¹ El cruce entre porcentaje de explotaciones perceptoras de ICM y porcentaje de ocupados agrarios en el agregado comarcal (N=10) devuelve para 1991 una correlación de rangos de -0,90.

⁴² Los datos de Silva (1995: 709, 712) muestran que, en la montaña andaluza, la ICM representa una escasa proporción no ya de la renta media, sino también del total de ayudas pagadas a modo de complemento de rentas agrarias; véanse también Olaizola, Manrique, Bernues y Maza (1996: 357) y Esparcia (2001: 289).

	Número de beneficiarios			Explotaciones	
	1989/91	1997/99	Tasa de variación media anual	beneficiarias (porcentaje sobre el total)	
				1989	1999
Total montaña	78.844	47.983	-6,0	22	20
<i>Norte</i>	42.782	25.825	-6,1	29	27
<i>Pirineo</i>	13.762	8.305	-6,1	59	58
<i>Interior</i>	15.624	8.848	-6,9	20	19
<i>Sur</i>	6.677	5.006	-3,5	7	6
Galaico-castellana	13.914	7.605	-7,3	19	15
Astur-leonesa	19.230	11.986	-5,7	38	40
Cantábrica oriental	9.638	6.233	-5,3	44	45
Pirineo navarro-aragonés	8.996	5.496	-6,0	60	57
Pirineo catalán	4.766	2.809	-6,4	58	60
Ibérica norte	2.365	1.340	-6,9	28	33
Central	7.973	4.377	-7,2	21	17
Ibérica sur	5.286	3.131	-6,3	17	18
Subbética	5.025	3.646	-3,9	7	6
Penibética	1.652	1.360	-2,4	5	6

Fuente: MAPA (1990; 1991; 1992; 1998; 1999; 2000), INE (1991) y www.ine.es (Índice de precios de consumo general medio anual con base 1992 y Censo Agrario de 1999). Elaboración propia.

Aún más decepcionante fue el balance del segundo instrumento de la Ley de Agricultura de Montaña, los Programas de Ordenación y Promoción de Recursos Agrarios de Montaña. Unas Asociaciones de Montaña creadas para la ocasión establecerían líneas de planificación en campos diversos, como la conservación ecológica, la promoción de la mejora de las explotaciones agrarias, la determinación de las obras de interés general más necesarias, el fomento de ciertas actividades turísticas o la protección de la arquitectura rural.⁴³ Nada de esto se llevó a cabo, salvo de manera embrionaria en unas pocas comarcas particularmente movilizadas.⁴⁴ La entrada en la Comunidad Económica Europea permitía sin embargo participar en la Iniciativa

⁴³ Ley (1985: 449-452).

⁴⁴ Alario (2001: 237), Esparcia (2001: 270). Algunos de los factores políticos explicativos de la escasa aplicación de estos planes, en Sánchez Sánchez y Rodríguez (1989: 26), Sánchez Sánchez (1995: 225) y Rodríguez Gutiérrez (1993: 65, 71). No en vano, Sancho Hazak (1997b: 863) concluye que la Ley de Agricultura de Montaña ha registrado "resultados francamente deficientes".

LEADER, que en parte actuó como sustituto.⁴⁵ El objetivo de LEADER, que arrancó en 1991, era llevar a cabo proyectos descentralizados de desarrollo rural en los que la financiación pública (de la Unión Europea y de las distintas administraciones del Estado miembro) se uniría a la financiación privada para promocionar una variada gama de actividades económicas bajo la coordinación de un grupo de acción local. En su segunda etapa (1994-99), LEADER se generalizó de manera notable en nuestro medio rural, y hasta dos de cada tres comarcas montañosas contaron con algún grupo de acción local (cuadro 4.15).

Cuadro 4.15. La iniciativa LEADER II (1994-1999)

	<i>Incidencia</i>		<i>Destino de las inversiones (%)</i>				
	<i>Comarcas involucradas (%)</i>	<i>Presupuesto per cápita (euros)</i>	<i>Turismo rural</i>	<i>Pequeña empresa</i>	<i>Productos primarios</i>	<i>Medio ambiente</i>	<i>Mercado laboral</i>
Total montaña	63	311	31	23	18	14	5
<i>Norte</i>	52	361	33	20	18	15	5
<i>Pirineo</i>	54	210	40	24	13	11	5
<i>Interior</i>	77	437	29	25	16	18	5
<i>Sur</i>	69	221	30	24	23	9	5
Galaico-castellana	71	436	29	19	21	15	7
Astur-leonesa	60	303	37	22	20	11	2
Cantábrica oriental	50	307	40	20	9	18	4
Pirineo nav.-arag.	80	223	44	21	9	11	6
Pirineo catalán	38	187	30	31	21	10	2
Ibérica norte	83	240	33	20	21	16	3
Central	56	492	29	25	16	19	3
Ibérica sur	91	568	27	26	14	19	6
Subbética	80	237	31	23	24	9	5
Penibética	50	143	28	31	14	13	4

Las inversiones que restan hasta completar el 100% fueron destinadas a apoyo técnico para el desarrollo rural y en ningún caso superaron el 10%

Fuente: www.mapya.es. Elaboración propia.

⁴⁵ Completas revisiones de esta Iniciativa pueden encontrarse en Álvarez Gómez (2002), Corbera (1999) o Alario (2001: 237-250).

Pero la inversión media inyectada apenas superó los 300 euros por persona, una proporción muy reducida del total de fondos que acababan entrando en el medio rural por otros cauces. Más significativo pudo ser el énfasis puesto en fomentar el desarrollo rural en dirección ascendente, a partir de proyectos elaborados por las propias comunidades locales.⁴⁶ Pero, por ironías del destino, ahora que las comunidades locales ganaban un mayor margen de maniobra, todas lo usaban para fines similares: así, la promoción del turismo rural fue casi siempre el destino principal de las inversiones.⁴⁷

Como puede verse, todo el énfasis se puso en promocionar actividades productivas. Pero las poblaciones de montaña tenían problemas que excedían la esfera productiva. La culminación de la industrialización española abrió una brecha definitiva entre los niveles de bienestar del campo y la ciudad. Las poblaciones de montaña se vieron entonces expuestas a una auténtica penalización rural en su bienestar cotidiano. Y, para su desgracia, el tema no ha perdido actualidad.

LA PENALIZACIÓN RURAL EN EL BIENESTAR

A lo largo del último medio siglo, el nivel de vida ha aumentado indudablemente en los pueblos de montaña. Sin embargo, el bienestar relativo se ha deteriorado con respecto al estándar nacional y ello ha tenido profundas consecuencias sociales. La vida rural ha pasado a estar claramente penalizada y los habitantes de los pueblos no sólo han tenido dificultades para cubrir necesidades que han pasado a formar

⁴⁶ Sancho Hazak (1997b: 876), Esparcia y Noguera (1999: 17, 39), *Libro Blanco* (2003: 601). Numerosos analistas han subrayado la necesidad de enfoques ascendentes en las políticas rurales; véanse, por ejemplo, los trabajos recogidos en Cernea (comp.) (1995) y Quintana, Cazorla y Merino (1999).

⁴⁷ Regidor (2000: 143) llega además a la conclusión de que muchas de las inversiones se habrían llevado a cabo de todos modos sin la existencia de la Iniciativa; véanse también Sumpsi (2002: 129) y *Libro Blanco* (2003: 600). Los límites de la estrategia LEADER son subrayados por Alario (2001: 248) y Esparcia (2001: 292-293). B. García Sanz (1997a: 168) rechaza que las políticas públicas hayan tenido un papel central en la diversificación del medio rural español.

parte del estándar urbano convencional, sino que, por ello, han tendido hasta cierto punto a verse degradados en la escala social. El aumento del nivel de bienestar en términos absolutos ha quedado así totalmente relegado ante su deterioro en términos relativos, que se convirtió en un poderoso móvil de comportamiento para los afectados.⁴⁸

Durante el tercer cuarto del siglo XX, en el momento álgido de las salidas migratorias, en la fase terminal de la sociedad campesina, se consolidaron algunas brechas tradicionales en el bienestar y se abrieron otras nuevas. La incapacidad de la economía de montaña para diversificarse de manera generalizada y significativa (sin perjuicio de importantes excepciones comarcales) se traducía en niveles de renta per cápita inferiores a la media nacional. Es probable que esta brecha hubiera ido creciendo entre 1850 y 1950 (y sobre todo durante el primer tercio del siglo XX), conforme la estructura ocupacional de la España no montañosa iba desagravizándose (en paralelo a los procesos de urbanización e industrialización) pero no menos de un 75% de la población ocupada de la montaña seguía empleada en el sector agrario. A la altura de 1970, los habitantes de la montaña disponían, como media, de casi un 30% menos de renta que los habitantes del resto del país (cuadro 4.16).⁴⁹

⁴⁸ Veblen (1899) proporciona una de las manifestaciones más incisivas de esta visión del comportamiento económico. Polanyi (1944: 56) lo expresó con claridad cuando señaló que el ser humano “no actúa para salvaguardar sus intereses individuales en la posesión de bienes materiales, sino para salvaguardar su posición social”; véase también Mill (1859: 134; 1871: 171, 763). Una aplicación de estas ideas al éxodo rural español puede encontrarse en Pérez Díaz (1967: 47-49); véanse también B. García Sanz (1997a: 414-415) y Bretón, Comas y Contreras (1997: 664-665).

⁴⁹ B. García Sanz (1997a: 251) ofrece estimaciones de renta no muy diferentes para el conjunto del medio rural a través de otras fuentes. Véanse también los datos de García Pascual (2003: 175) para el caso catalán (igualmente elaborados a partir de otras fuentes).

Cuadro 4.16.

La convergencia de la renta familiar disponible per cápita

	Renta per cápita (España=100)		Descomposición de la convergencia 1970-1999		
	1970	1999	Velocidad de convergencia	Por la vía del crecimiento de la renta	Por la vía del declive demográfico
Total montaña	71	91	1,1	-0,7	1,8
España no montañosa	107	100			
<i>Norte</i>	69	91	1,2	-0,7	1,9
<i>Pirineo</i>	87	115	1,1	0,1	1,0
<i>Interior</i>	74	93	1,0	-1,0	2,0
<i>Sur</i>	52	73	1,3	-0,4	1,7
Galaico-castellana	50	85	2,0	-0,2	2,2
Astur-leonesa	73	94	1,0	-0,7	1,7
Cantábrica oriental	93	95	0,3	-1,1	1,4
Pirineo navarro-aragonés	86	112	1,1	0,0	1,1
Pirineo catalán	88	117	1,2	0,2	1,0
Ibérica norte	71	96	1,2	-1,2	2,4
Central	75	92	0,9	-0,5	1,4
Ibérica sur	74	94	1,0	-1,6	2,6
Subbética	52	73	1,4	-0,4	1,8
Penibética	53	73	1,3	-0,3	1,6

Velocidad de convergencia: diferencia entre las tasas de variación media anual de las rentas per cápita de la montaña y el resto del país

Convergencia por la vía del crecimiento de la renta: diferencia entre las tasas de variación media anual de las rentas totales de la montaña y el resto del país

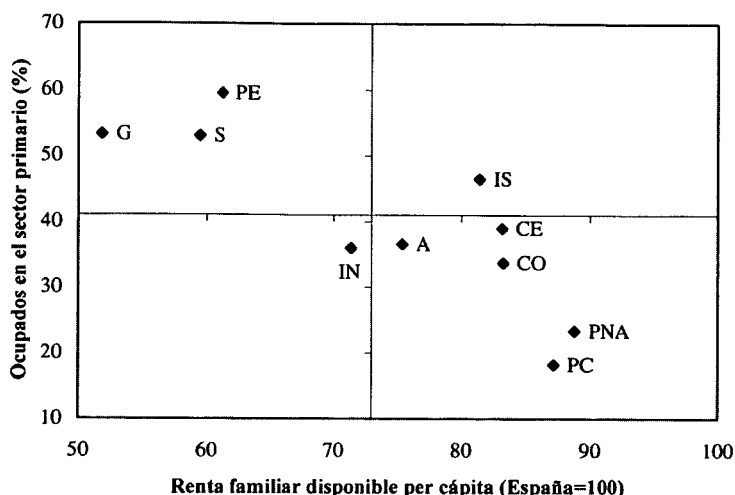
Convergencia por la vía del declive demográfico: diferencia entre las tasas de variación media anual de las poblaciones del resto del país y la montaña

Fuente: Banesto (1972), La Caixa (2001), y www.ine.es (Índice de precios de consumo general medio anual con base 1992). Elaboración propia.

Lamentablemente, no disponemos de información previa, pero, teniendo en cuenta la trayectoria posterior de la variable y su relación con el declive demográfico (como veremos más adelante), puede que, en torno a 1950, la brecha fuera aún mayor. Los niveles de renta de las distintas comarcas montañosas dependían del grado de diversificación alcanzado (gráfico 4.4). En el Pirineo, con una importante implantación industrial y turística, la renta per cápita no estaba muy lejos de la media nacional. En cambio, la renta de que disponían los

habitantes de la montaña Sur era, a duras penas, la mitad de dicha media.⁵⁰

Gráfico 4.4.
Diversificación ocupacional y nivel de renta en 1981



Pero el problema no era sólo pecuniario. No sólo era el dinamismo económico lo que estaba concentrándose en las ciudades, sino también otro tipo de mejoras más modestas en apariencia, pero no menos decisivas para la vida cotidiana.⁵¹ Comenzaban a generalizarse sistemas de abastecimiento de agua corriente y evacuación de aguas residuales en los hogares del país, pero los hogares de montaña tendieron a quedarse rezagados (cuadro 4.17).⁵² Lo mismo ocurrió con la introducción del teléfono (cuadro 4.18) y, probablemente, con la electrificación.

⁵⁰ Así, para 1981, la correlación de rangos entre porcentaje de ocupados agrarios y nivel de renta per cápita era de $-0,71$. Esta conexión es confirmada, para el conjunto de áreas rurales españolas, por el análisis de B. García Sanz (1997a: 251-252, 278-279, 284, 289); para Cataluña, por García Pascual (2003: 176).

⁵¹ Como ya señalara Pérez Díaz (1971: 25-26).

⁵² Una visión a largo plazo sobre la instalación de estos equipamientos a escala nacional, en Pérez Moreda (1999a: 52-53); véase también M. J. González (1999b: 707-708).

Cuadro 4.17.

Porcentaje de edificios residenciales dotados de equipamientos básicos

	Abastecimiento de agua corriente			Evacuación de aguas residuales			Electricidad	
	1963	1980	2001	1963*	1980	2001	1980	1991
Total montaña	36	84	98	32	79	96	92	95
España no montañosa	47	91	99	38	89	98	95	97
<i>Norte</i>	35	84	98	33	73	93	93	96
<i>Pirineo</i>	68	93	99	53	90	97	94	96
<i>Interior</i>	26	86	99	25	86	98	93	95
<i>Sur</i>	32	78	98	27	76	96	87	93
Galaico-castellana	13	80	98	6	63	94	92	96
Astur-leonesa	41	88	98	55	80	91	94	97
Cantábrica oriental	59	85	98	30	79	96	93	96
Pirineo navarro-aragonés	79	94	99	59	91	97	95	97
Pirineo catalán	59	92	98	46	90	97	94	96
Ibérica norte	29	84	98	31	83	97	94	94
Central	36	88	99	32	87	99	95	97
Ibérica sur	13	85	99	13	84	98	89	93
Subbética	40	78	98	36	76	97	87	94
Penibética	17	78	97	5	77	95	87	92

Los datos sobre evacuación de aguas residuales en 1963* se refieren sólo al principal de los sistemas, el alcantarillado

Fuente: CPDES (1963), INE (1984b), www.ine.es (Censo de Población de 2001). Elaboración propia.

Cuadro 4.18. Número de teléfonos por cada 1.000 habitantes

	1963	1970	1981	1991	2000
Total montaña	26	57	185	297	397
España no montañosa	95	149	356	404	417
<i>Norte</i>	22	47	150	254	364
<i>Pirineo</i>	54	101	317	413	468
<i>Interior</i>	30	74	250	430	513
<i>Sur</i>	15	38	130	209	326
Galaico-castellana	11	25	85	197	340
Astur-leonesa	31	60	183	275	382
Cantábrica oriental	24	55	188	294	360
Pirineo navarro-aragonés	42	99	294	355	435
Pirineo catalán	65	102	337	465	496
Ibérica norte	28	67	229	359	475
Central	40	94	286	474	509
Ibérica sur	19	48	197	381	538
Subbética	13	33	122	202	324
Penibética	18	49	147	224	330

Fuente: Banesto (1965; 1966; 1971; 1972; 1982; 1983; 1992; 1993) y La Caixa (2001). Elaboración propia.

Conforme avanzaba la segunda mitad del siglo XX, estas brechas básicas iban cerrándose. La renta per cápita comenzó a acercarse a la media nacional, y hoy día la diferencia es inferior al 10%.⁵³ La convergencia se ha producido “por defecto”, bajo el impulso de la despoblación: la renta total de la montaña creció más despacio que la renta total del resto del país, y la convergencia fue posible gracias al acelerado declive demográfico de la montaña, capaz de compensar sobradamente el obstáculo aritmético interpuesto por la evolución comparada de las rentas totales. Al encargarse la despoblación de sacar de la montaña a la población con menor renta, la renta media de las comarcas ha mostrado una tendencia a aumentar con independencia de otro tipo de cambios en la economía. Se incumplía así el canon kuznetsiano del “juego recíproco entre los aumentos sostenidos de población y los aumentos del rendimiento económico con magnitud suficiente como para asegurar la tendencia ascendente en el producto per cápita”.⁵⁴ Tan sólo en el Pirineo se produjo un crecimiento diferencial de la renta total, y aún en este caso el componente “por defecto” de la convergencia superó con mucho al componente “genuino”. El fracaso demográfico se traduce, por lo tanto, en éxito económico de acuerdo con el criterio más utilizado (la renta per cápita relativa), revelando las debilidades de dicho criterio como elemento valorativo universal. Ahora bien, la convergencia de la economía de montaña ha sido tan engañosa como real.

Del mismo modo, las instalaciones telefónica y eléctrica, el abastecimiento de agua corriente y los sistemas de evacuación de aguas residuales (básicamente, el alcantarillado) han ido generalizándose en los edificios de montaña. Ya en torno a 1980 una muy amplia mayoría de los mismos contaba con estos equipamientos básicos. Ello no quiere decir que, considerando una segunda gama de equipamientos, la pena-

⁵³ Mediante la explotación de otras fuentes estadísticas, B. García Sanz (1997a: 251) llega a resultados similares para el conjunto del medio rural; véase también Romero González y Delios (1997: 598-601).

⁵⁴ Kuznets (1966: 21). En nuestra muestra, en cambio, la correlación de rangos entre variación demográfica y variación de la renta per cápita fue, para el periodo 1970-1999/2000 de -0,62.

lización no vuelva a emerger.⁵⁵ Además, otros tipos de penalización han persistido durante la segunda mitad del siglo XX. Así ha ocurrido, por ejemplo, con el acceso a servicios de mercado como los servicios comerciales y los servicios financieros (cuadro 4.19). La dotación relativa de establecimientos por habitante no es tan reducida, pero la dispersión del poblamiento y las bajas densidades demográficas dificultan el acceso de la población a estos servicios. Incorporando las dotaciones por habitante y por unidad de superficie, obtenemos que el acceso de las poblaciones de montaña a los servicios de mercado continúa siendo un inconveniente serio. De nuevo, las sierras interiores y meridionales ofrecen algunos de los ejemplos más extremos.

Cuadro 4.19.

Dotación de establecimientos comerciales y oficinas bancarias por habitante y por km²: índices sintéticos con base España=100

	<i>Establecimientos comerciales</i>					<i>Oficinas bancarias</i>				
	1963	1970	1981	1991	2000	1963	1970	1981	1991	2000
Total montaña	43	40	38	28	40	48	62	48	46	33
España no montañosa	114	115	116	120	117	113	111	115	116	120
<i>Norte</i>	46	45	40	30	38	58	73	64	63	33
<i>Pirineo</i>	73	65	59	41	60	74	93	71	58	42
<i>Interior</i>	33	32	35	24	39	34	50	38	35	38
<i>Sur</i>	39	32	30	28	37	35	40	21	22	28
Galaico-castellana	37	35	34	24	29	41	49	61	61	34
Astur-leonesa	55	54	47	36	48	61	87	62	62	32
Cantábrica oriental	46	45	37	31	33	81	91	75	73	35
Pirineo navarro-aragonés	72	62	49	19	46	71	114	60	50	41
Pirineo catalán	74	70	69	66	74	77	73	83	68	45
Ibérica norte	33	32	36	20	34	28	56	40	42	73
Central	42	41	39	30	41	36	52	44	42	31
Ibérica sur	25	24	31	21	45	37	48	32	26	43
Subbética	42	33	28	20	36	36	41	19	19	26
Penibética	33	31	34	48	40	33	37	27	31	35

Fuente: Banesto (1965; 1966; 1971; 1972; 1982; 1983; 1992; 1993) y La Caixa (2001). Elaboración propia. Las dotaciones por habitante y por km² han sido transformadas de acuerdo con la fórmula: $(x_i - x_{min}) * 100 / (x_{max} - x_{min})$, donde x_i es el valor a transformar y x_{max} y x_{min} son respectivamente los valores más alto y más bajo de la muestra. El índice sintético se calcula como la media aritmética de los resultados de ambas transformaciones.

⁵⁵ Véase la ilustración proporcionada por Regidor (2000: 66-67); también B. García Sanz (1997a: 353-358).

Pero no sólo los servicios de mercado han sido un problema persistente: también servicios preferentes como la educación o la sanidad han contribuido a acentuar la penalización rural en el bienestar. La gran expansión experimentada por ambas ramas en la España de las últimas décadas ha ensanchado la brecha que separaba a la montaña de los niveles medios (cuadro 4.20). En el plano educativo, la dotación actual no resiste la comparación relativa ni siquiera con la estimación más pesimista para finales del siglo XIX. En el plano sanitario, la principal debilidad parece residir en la escasa dotación de centros de mayores, una figura que, de proliferar, podría resultar muy beneficiosa para la vida social de unas comunidades cada vez más envejecidas. La clave del problema no consiste en el deterioro absoluto de las dotaciones de servicios preferentes, sino en su deterioro con respecto a un estándar nacional ascendente y en las consecuencias sociales de tal brecha.

Cuadro 4.20.

Dotación sanitaria y dotación educativa por habitante y por km²: índices sintéticos con base España=100

	Dotación sanitaria				Dotación educativa	
	1887 Médicos	1997/2000			1887 Docentes	1997 Centros escolares
		Camas de hospital	Plazas de residencia	Centros de mayores		
Total montaña	51	43	58	13	73	39
España no montañosa	112	115	113	118	107	119
<i>Norte</i>	35	33	22	13	85	36
<i>Pirineo</i>	62	64	105	35	100	47
<i>Interior</i>	77	66	89	4	80	40
<i>Sur</i>	43	17	54	5	29	48
Galaico-castellana	34	21	7	10	60	34
Astur-leonesa	21	39	24	22	90	40
Cantábrica oriental	65	41	47	0	123	34
Pirineo navarro-aragonés	75	48	85	8	98	36
Pirineo catalán	44	83	128	61	103	59
Ibérica norte	93	27	25	0	115	20
Central	78	109	113	4	81	46
Ibérica sur	71	41	96	5	67	48
Subbética	38	15	68	7	17	39
Penibética	59	23	18	0	59	73

Fuente: DGIGE (1892), www.msc.es (Catálogo Nacional de Hospitales) y La Caixa (2000). Elaboración propia. Las dotaciones por habitante (mayor de 64 años, en el caso de las plazas de residencia y centros de mayores; menor de 16 años en el caso de la dotación educativa) y por km² han sido transformadas de acuerdo con la fórmula: $(x_i - x_{min}) * 100 / (x_{max} - x_{min})$, donde x_i es el valor a transformar y x_{max} y x_{min} son respectivamente los valores más alto y más bajo de la muestra. El índice sintético se calcula como la media aritmética de los resultados de ambas transformaciones.

Estas dificultades en el acceso a servicios se ven, además, amplificadas por la mala dotación de infraestructuras de transporte. Al fin y al cabo, puede considerarse normal que territorios de baja densidad demográfica, y por tanto con un reducido tamaño de mercado por unidad de superficie, no cuenten con grandes concentraciones de actividad terciaria. Esta regla parece clara para los servicios de mercado, y tampoco la acción institucional puede evadirse de ciertos criterios de eficiencia en la provisión de servicios públicos. El papel de las redes de comunicación podría ser entonces el de neutralizar, al menos en parte, las molestias causadas por una dotación de servicios muy dispersa en el territorio. Sin embargo, las comunicaciones son una asignatura pendiente en numerosas áreas montañosas, consolidando la dimensión colectiva de la penalización rural (cuadro 4.21).

Cuadro 4.21.

**La dotación de infraestructuras
de transporte durante la segunda mitad del siglo XX**

	<i>Metros de carretera por km²</i>		<i>Metros de vía férrea por km²</i>	
	1957	2002	1963	1994
Total montaña	55,4	68,0	17,5	14,9
España no montañosa	137,2	185,7	40,0	30,2
<i>Norte</i>	63,1	84,5	32,6	30,5
<i>Pirineo</i>	70,5	83,9	17,4	11,9
<i>Interior</i>	43,4	57,1	10,1	7,3
<i>Sur</i>	47,8	42,1	4,3	4,3
Galaico-castellana	30,4	60,1	21,2	21,2
Astur-leonesa	82,3	99,0	35,2	34,6
Cantábrica oriental	82,1	98,5	45,2	38,0
Pirineo navarro-aragonés	68,7	83,1	15,7	10,3
Pirineo catalán	72,9	85,0	19,8	14,1
Ibérica norte	38,5	41,1	16,7	-
Central	56,2	65,1	11,0	15,9
Ibérica sur	36,3	57,3	7,1	4,1
Subbética	35,8	39,8	2,7	2,7
Penibética	83,7	48,8	9,1	9,1

El dato sobre carreteras incluye, para 1957, todas las nacionales y las comarcales más importantes y, para 2002, las autopistas, autovías, nacionales y autonómicas de primer orden

Fuente: Wais (1948), Botín (1948), Uriol (1990-92), Comín, Martín Aceña, Muñoz y Vidal (1988), Instituto Geográfico Nacional (1995), Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles (1964), A Gómez Mendoza (1989), www.renfe.es, Mapa (1957), Ministerio de Fomento (2001) y Asociación Española de la Carretera (1998).
Elaboración propia.

La montaña Interior y la montaña Sur eran las zonas en las que más necesario podía resultar el papel de las infraestructuras de transporte, dadas sus dificultades de acceso a servicios. Sin embargo, una de sus características seculares ha sido precisamente la baja densidad de su red viaria y ferroviaria. En torno a 1960, de hecho, comarcas como Jaraiz de la Vera (Cáceres), la Serranía de Albarracín (Teruel), Peñagolosa (Castellón) o Mágina (Jaén) quedaban totalmente fuera de la red de carreteras nacionales y tampoco disponían siquiera de buenas carreteras comarcales. La montaña Sur se diversificaba de manera lenta y, por tanto, arrastraba las deficiencias de bienestar de su precaria economía campesina. En 1963 sólo había 15 teléfonos por cada 1.000 habitantes (frente a los 26 del total de la montaña o los 95 de la España no montañosa), pero no cabe olvidar que en torno a tres cuartas partes de las familias no consumía habitualmente alimentos básicos como la carne. La precariedad campesina, unida a la ausencia de una expansión clara de los sectores no agrarios, determinaba muy bajos niveles de renta. Aún hoy día, y a pesar de una cierta convergencia (en buena medida impulsada “por defecto”), la renta per cápita de la montaña Sur no supera el 75% de la media nacional. No era fácil un desenlace diferente para comarcas pertenecientes a regiones económicamente rezagadas.

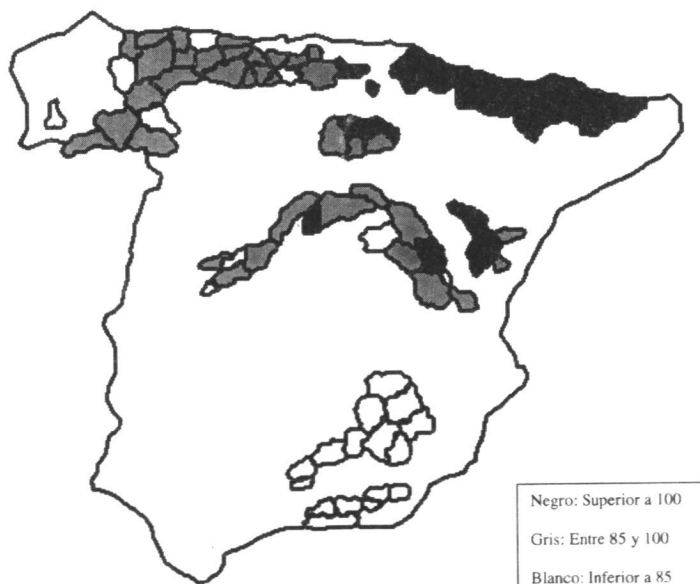
En ese sentido, las condiciones de la montaña Interior no eran tan malas: la economía campesina subyacente no era tan precaria, los cambios “por defecto” ya habían comenzado en cierta forma antes de 1950, y la renta per cápita no era tan baja. Sin embargo, los problemas de acceso a servicios básicos se han acentuado en razón, entre otros factores, de las bajas densidades demográficas y la pobreza de las comunicaciones. Y éste no es un problema que pueda solucionarse por defecto. Por ello, la penalización sufrida por los habitantes de la montaña Interior ha sido notable y, además, desagradablemente persistente.

Los habitantes del Pirineo, en cambio, han disfrutado de niveles de bienestar más elevados. Hoy día, de hecho, disponen de un 15% más de renta que el español medio (mapa 4.3); su número de teléfonos por habitante comenzó a superar la media nacional ya durante la década de 1980; en los años 1960, los equipamientos residenciales básicos se encontraban instalados ya en la mayoría de los edificios residenciales

(lo cual no ocurría en las otras zonas de montaña, o en la propia España tomada en su conjunto); y, pese a que la densidad demográfica nunca ha sido elevada, el dinamismo económico de la cordillera ha favorecido la configuración de una oferta de servicios nada despreciable. Además, las infraestructuras de transporte, aunque pueden seguir siendo motivo de legítimas y justificadas quejas, son mejores que en otras áreas de montaña; las carreteras, en particular, han destacado en su contribución a mitigar la penalización rural en el acceso a servicios. No sólo en accesibilidad, sino en muchos otros aspectos, no cabe duda de que el bienestar de las poblaciones pirenaicas puede ser mejorado, pero, durante la segunda mitad del siglo XX, este bienestar se ha situado en cotas superiores a lo común en la montaña española y, en más de un aspecto, en el conjunto de España.

Mapa 4.3.

Renta familiar disponible per cápita (España=100), 1999



Finalmente, la montaña Norte no pudo mantener el liderazgo en calidad de vida que dentro de nuestra muestra ostentaba su economía campesina. Durante la segunda mitad del siglo XX, sus habitantes se vieron con frecuencia exentos de las penalidades generalizadas en las sierras interiores o meridionales, pero tampoco experimentaron mejoras tan importantes como los pobladores del Pirineo. Había, de todos modos, importantes diferenciaciones internas. En correspondencia con otros elementos como el grado de diversificación o el tamaño de las explotaciones agrarias, también el bienestar tendía a disminuir hacia el oeste de la cordillera. A la altura de 1960/70, la renta per cápita de los pueblos galaico-castellanos era tan baja como la de la montaña Sur y sólo una mínima parte de los hogares contaba allí con equipamientos básicos. El acceso a servicios nunca ha sido sencillo en estos casos, en parte porque el escaso dinamismo económico de la zona no favorece la implantación de comercios y otros establecimientos, en parte porque las comunicaciones tampoco son las más idóneas (mapa 4.4). En la comarca leonesa de La Cabrera, por ejemplo, alrededor de 1960 la

Mapa 4.4.

Dotación de establecimientos comerciales (índice sintético con base España=100), 2000



renta per cápita era apenas el 34% de la media nacional, no había instalada ninguna oficina bancaria, la dotación comercial no superaba el 10% de la media nacional, había dos teléfonos por cada 1.000 habitantes, ningún hospital ni residencia de mayores, una dotación de médicos inferior al 20% de la media nacional, una dotación de personal docente que a duras penas superaba la mitad de dicha media...; y, para agravar más los problemas de acceso a servicios, ningún ferrocarril ni carretera de cierto rango pasaba por la comarca. Un panorama, en suma, muy similar al de la montaña Sur.

Sin embargo, en las comarcas que componen la montaña Cantábrica oriental, la renta per cápita se ha movido en niveles muy superiores y la dotación de infraestructuras ha sido tradicionalmente mucho mejor (mapa 4.5). A lo largo de las últimas décadas, en cualquier caso, la montaña Norte no sólo ha tenido que afrontar la crisis de algunas de sus líneas minero-industriales, sino también una penalización significativa en el acceso a los servicios sanitarios.

Mapa 4.5.

Densidad viaria (metros de carretera por km²), 2002



Tanto en la montaña Norte como en el resto de áreas, las carencias de la población han ido más allá de lo pecuniario. Y, para la población femenina, los persistentes diferenciales de género no han hecho sino multiplicar tales carencias.⁵⁶ Durante la segunda mitad del siglo XX culminaba el desarrollo económico del país y las sociedades campesinas de montaña se descomponían. La penalización rural se volvía incuestionable y, paralelamente, la despoblación se generalizaba. El próximo capítulo reorganiza las piezas para proponer una explicación de este declive demográfico.

⁵⁶ B. García Sanz (1997a: 274) muestra la considerable brecha de ingresos que existía entre hombres y mujeres rurales en torno a 1990. Durán y Paniagua (1999: 47-48) y García Ramón (1997: 710-711) proporcionan estimaciones actuales sobre el desigual reparto de la carga laboral total (dentro y fuera del hogar); véase también García Bartolomé (1999: 78) sobre el rezago con que la cultura de la igualdad entre los sexos se abre paso en el medio rural. Por su parte, las personas mayores han conformado “el rostro de la pobreza relativa en el medio rural” (Romero González y Delios 1997: 582).

Capítulo 5

¿POR QUÉ SE HA DESPOBLADO LA MONTAÑA?

En la década de 1970, los historiadores económicos Josep Fontana y Jordi Nadal señalaban que “la liberación, en cantidades masivas, de mano de obra campesina es el rasgo sobresaliente de la sociedad española contemporánea”.¹ En fechas similares, el sociólogo Daniel Bell apuntaba que “el cambio social más importante de la sociedad occidental de los últimos cien años ha sido no sólo la difusión del trabajo industrial, sino también la desaparición simultánea del campesinado”.² Y, en opinión de los economistas Samuel Bowles y Richard Edwards, el gran cambio introducido no ya en el último siglo, sino en los últimos dos o tres, ha sido la expansión del trabajo asalariado.³ En cualquiera de los tres casos, lo ocurrido en las economías de montaña parece encontrarse en el centro de transformaciones históricas de gran trascendencia. En mi opinión, debemos entrar en la dinámica de tales transformaciones para encontrar las causas de la despoblación.

LOS DETERMINANTES DE LA DESPOBLACIÓN

La cronología de las salidas migratorias y la despoblación de la montaña se encuentra sincronizada con la cronología del crecimiento de la economía española (gráfico 5.1). Las tres grandes fases de evolución demográfica de la montaña se corresponden con las tres grandes fases de evolución macroeconómica del país.⁴ Una primera fase se extendió desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX.

¹ Fontana y Nadal (1976: 152).

² Bell (1973: 148).

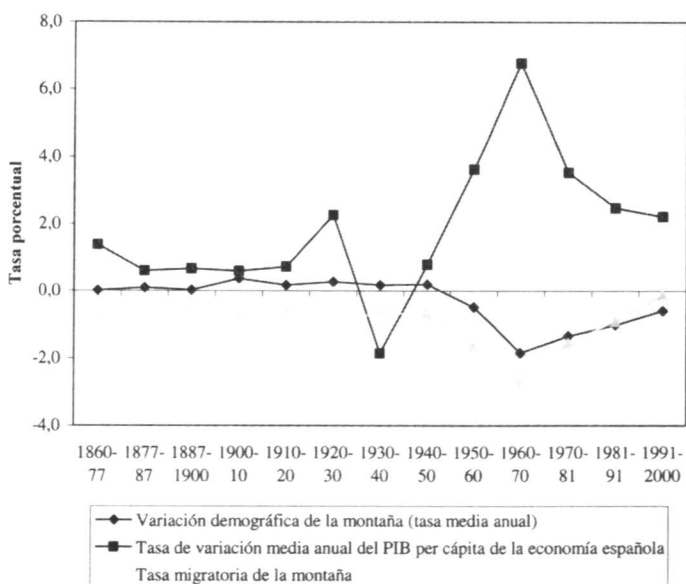
³ Bowles y Edwards (1985: 75).

⁴ Sigo la periodización propuesta por Prados de la Escosura (2003).

Durante este siglo, la economía española avanzó en su proceso de industrialización, pero lo hizo de manera pausada con respecto a la pauta de la Europa noroccidental. Paralelamente, la población residente en pueblos de montaña experimentó un leve crecimiento en términos absolutos; la despoblación sólo afectó a un pequeño número de comarcas y, en términos agregados, el declive demográfico de la montaña sólo fue relativo. Las economías campesinas de montaña se adaptaron al cambio económico o, cuando menos, evitaron la descomposición.

Gráfico 5.1.

**El crecimiento de la economía española
y la despoblación de las zonas de montaña**



Nota: se han tomado los datos de PIB per cápita de Carreras Odriozola y Tafunell (2004: 474-481).

Entre 1950 y 1975 se vivió una segunda fase. Conforme se abandonaba la férrea autarquía del primer franquismo, la economía española iba ganando capacidad para contagiarse del gran dinamismo registrado en el resto de la economía occidental tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. También para la economía española se trató de una auténtica “edad dorada”, con tasas de crecimiento sin precedentes (y superiores a la media europea) y la culminación de los cambios estructurales asociados a la industrialización. Para las zonas de montaña, la edad dorada de la economía española fue el periodo más crítico desde el punto de vista demográfico: las salidas migratorias se aceleraron y la despoblación se generalizó. La economía campesina se vino abajo.

Las tres últimas décadas componen la tercera (y, por ahora, última) fase. El crecimiento de la economía española se ha ralentizado desde la década de 1970, replicando así la pauta europea. Paralelamente, también se han desacelerado las salidas migratorias y, a pesar de que el crecimiento vegetativo se ha tornado negativo desde la década de 1980, la propia despoblación también ha ido perdiendo intensidad. La coyuntura macroeconómica ha influido sobre la trayectoria demográfica de la montaña, pero ha sido menos determinante que en las dos fases previas. La desaceleración de la despoblación no sólo ha venido inducida por esa coyuntura: también han pesado los efectos de la emigración del periodo anterior sobre la estructura por edades de la montaña (que ha mostrado una clara tendencia hacia el envejecimiento) y, así, sobre la propensión migratoria media. En cualquier caso, parece claro que, en un contexto macroeconómico diferente (por ejemplo, sin las elevadas tasas de paro que se han incrustado en nuestra estructura económica), la despoblación habría sido más intensa, sobre todo en varias zonas cuya reserva demográfica se encontraba lejos del agotamiento biológico.

Es probable que esta tercera fase, a diferencia de la que la precedió, abarque un arco temporal largo. El periodo 1950-75 podría en ese caso quedar retratado como un momento históricamente breve de ruptura evolutiva, durante el cual la economía campesina de montaña (incluyendo sus correlatos institucionales y demográficos) desapareció como tal. A lo largo de las tres últimas décadas, y mientras la despoblación iba ralentizándose, se consolidaba un nuevo tipo de economía de montaña, algunos de cuyos elementos venían asentándose en varias

comarcas ya desde el arranque de la industrialización. Esta nueva economía era más diversificada, tanto sectorial como socialmente. La agricultura y la familia eran paulatinamente sustituidas por otro tipo de actividades (de los sectores secundario y terciario) y por el mercado laboral como escenarios de las estrategias económicas más comunes. Además, este nuevo tipo de economía también difería del tipo campesino en su entorno: no sólo habían desaparecido las sociedades campesinas, sino también ese país en proceso de industrialización del que éstas habían formado parte. España se había convertido ya en un país industrializado que comenzaba a registrar algunas dinámicas y tensiones post-industriales. Se abría así un nuevo capítulo en la historia económica y demográfica de sus zonas de montaña. Se heredaban numerosas inercias de capítulos previos (las más pesadas, quizá, el envejecimiento y el signo negativo del saldo vegetativo), pero nuevas dinámicas comenzaban a guiar los acontecimientos. Todavía es posible sin embargo introducir estas dinámicas dentro de una explicación general sobre la segunda mitad del siglo XX, el periodo de la despoblación. Pero, antes de ello, la fase 1850-1950 encierra algunas claves explicativas del posterior derrumbe demográfico.

¿Por qué importa el periodo previo a 1950?

La despoblación de la montaña y el derrumbe de su economía campesina sólo se generalizaron e intensificaron después de 1950. Durante el siglo previo, la industrialización desató diferentes tensiones en las esferas productiva y demográfica, pero éstas no llegaron a ser suficientemente intensas para provocar una despoblación generalizada.⁵ La economía española creció lentamente y, por tanto, expandió lentamente las oportunidades de empleo fuera de la agricultura o, de manera más precisa, las oportunidades estables de empleo que podían incenti-

⁵ Esto encaja con Silvestre (2004), Prados de la Escosura (1988: 31-32, 62-63, 101, 134, 138), Á. García Sanz (1985: 38) y Gallego (2001b: 197-198).

var la emigración definitiva.⁶ Las condiciones sanitarias de las ciudades aún no eran las mejores, y la mortalidad de las zonas de montaña era, en términos agregados, inferior a la media nacional. En este contexto, las economías campesinas de montaña tendieron a mantener su pulso demográfico. Es cierto que aproximadamente tres cuartas partes de su crecimiento vegetativo se canalizaba de modo sistemático hacia las ciudades como emigración definitiva, pero la mayor parte de comarcas ganó población entre mediados del siglo XIX y mediados del siglo XX.

Algunas comarcas perdieron población durante esta fase, como vimos en el capítulo 1. Dos grandes rasgos las caracterizaban: en primer lugar, la crisis de inserción de sus economías campesinas en la nueva división del trabajo asociada a la industrialización; y, segundo, la ausencia de grandes obstáculos pecuniarios o informativos en el diseño de la estrategia migratoria. Las economías campesinas se vieron en la tesitura de adaptar o redefinir su modelo preindustrial a los nuevos condicionantes tecnológicos e institucionales que marcaban el tiempo del mundo. No todas lo consiguieron, como sabemos. Así, el hundimiento de la trashumancia ovina y la manufactura dispersa favorecieron el precoz inicio de la despoblación en diversas comarcas del Sistema Ibérico y el Pirineo. En cambio, las comarcas que lograron, en conexión con las demandas crecientes de un país en proceso de industrialización, consolidar una base exportadora agraria (en función de su dotación natural) mostraron tendencias demográficas más saneadas.

Pero esto no era todo. La propensión migratoria de las poblaciones de montaña se veía matizada por los costes del movimiento. Una primera variable que influía en este sentido era la distancia a los lugares

⁶ Hay que tener en cuenta que las oportunidades fluctuantes podían ser aprovechadas mediante la simple emigración temporal. Como señalan Carmona y Simpson (2003: 85), “debido a la existencia de grandes fluctuaciones en la demanda, una gran cantidad de mano de obra fluía en ambas direcciones entre los mercados de trabajo rurales y urbanos” durante esta fase. Como sabemos, estas migraciones temporales reforzaban, en lugar de debilitar, a las economías campesinas.

de destino, los focos motrices de la industrialización española.⁷ De igual modo que la trayectoria demográfica de la montaña (en su conjunto) estaba vinculada al ritmo de crecimiento de la economía española (en términos agregados), la trayectoria de las comarcas concretas también dependía del ritmo de crecimiento de sus correspondientes economías regionales. La pertenencia a regiones o macrorregiones punteras suponía una mayor sensibilidad ante efectos de difusión que incentivaran un aumento en la especialización de las explotaciones campesinas o que indujeran una tendencia hacia la diversificación sectorial. Pero también suponía una mayor sensibilidad ante la fuerza de atracción demográfica emanada desde los polos de crecimiento. El Pirineo y el Sistema Ibérico, enclavados en el cuadrante noroccidental del país, experimentaron con mayor intensidad este efecto de polarización en la esfera demográfica que, por ejemplo, una montaña Sur localizada en una posición geográfica periférica.

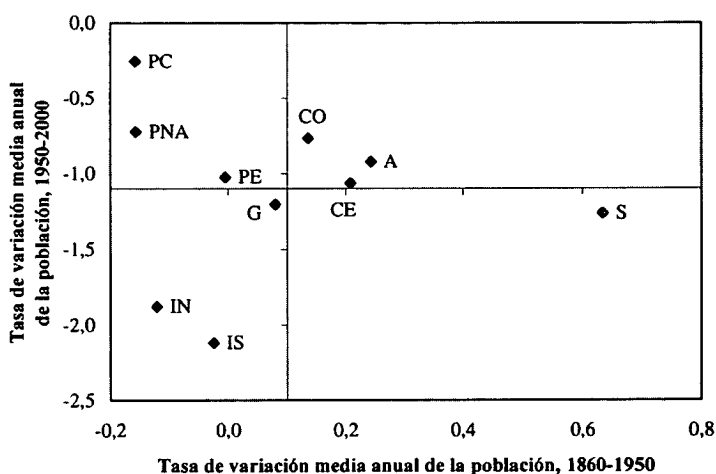
Además del coste de desplazamiento, otro de los cauces a través de los cuales la posición geográfica desplega su influencia sobre la propensión migratoria residía en el aspecto informativo, tanto de manera directa como de manera indirecta a través de las rutas campesinas de migración temporal. Pero la información y su asimilación también dependían del grado de alfabetización de la población.⁸ En el norte del Sistema Ibérico, la precoz difusión de la alfabetización ayudó a la población a diseñar su respuesta migratoria ante el deterioro del modelo económico. En la montaña Sur, en cambio, el masivo analfabetismo dificultaba la construcción de la decisión migratoria y reforzaba el efecto de la distancia; paradójicamente, una debilidad de la sociedad campesina favorecía sus resultados demográficos. El diferencial

⁷ El papel clave de la distancia en la geografía migratoria de este periodo ha sido subrayado para el caso español por Silvestre (2001); véanse también para otros países Baines (2003: 116), Long y Ferrie (2003: 248), Pollard (1981: 186) y Schwartz (1973). Una completa descripción de dicha geografía puede encontrarse en Mikelarena (1993).

⁸ Véase, por ejemplo, Sánchez Alonso (1995: 229).

sexual con que se abrió paso la alfabetización en todos los casos también pudo generar efectos inhibidores sobre la propensión migratoria de la mujer, que estaba llamada a convertirse en gran protagonista del posterior éxodo rural.⁹

Gráfico 5.2.
La evolución demográfica antes y después de 1950



⁹ La conexión entre nivel educativo y propensión migratoria, ya propuesta por Cipolla (1969: 128) y Sandberg (1982: 69), ha sido sostenida para el caso de las regiones españolas por Núñez (1992: 190-191; 2001); véanse también Domínguez (2002a: 140-141) y Naredo (1996: 201). El pormenorizado estudio de Valls (2004) sobre una comarca pirenaica (Bergadá –Barcelona–) apunta en la misma dirección.

Así pues, durante el siglo previo a 1950 la trayectoria demográfica de las comarcas montañosas dependió de la capacidad de las economías campesinas para sostener una base exportadora sólida en el contexto de la industrialización y de factores reguladores de la propensión migratoria efectiva como la distancia a los focos motrices de dicha industrialización o el analfabetismo.¹⁰ Pero el legado decisivo de este periodo no sería su trayectoria demográfica. De hecho, la trayectoria posterior a 1950 no mostró gran continuidad con respecto a la trayectoria previa (gráfico 5.2). Es cierto que el Sistema Ibérico comenzó a despoblarse antes de 1950 y siguió haciéndolo posteriormente en magnitudes extremas. Pero el Pirineo, que también llegó a 1950 con una población diezmada, ha sido la zona menos afectada por la crisis demográfica de las últimas décadas. Y la montaña Sur (en particular, las sierras subbéticas) ha registrado una despoblación considerable sin perjuicio de que su trayectoria demográfica antes de 1950 fuera muy expansiva.¹¹

El legado decisivo de este periodo no estaba en la esfera demográfica, sino en la productiva. Ya desde mediados del siglo XIX, la industrialización del país estaba abriendo nuevas posibilidades para la diversificación sectorial de la economía de montaña. La dotación natural de las comarcas y el dinamismo propagador de su ambiente regional determinaron el grado de aparición de elementos no campesinos en sectores como la minería del carbón, la actividad industrial o, más ade-

¹⁰ Erdozain y Mikelarena (1996: 108-110) son más partidarios de atribuir el éxodo rural durante este periodo (o, más concretamente, durante la segunda mitad del siglo XIX) a la crisis de las actividades campesinas complementarias. Sin embargo, en mi opinión (y sin perjuicio de lo ya señalado sobre la alfabetización o la posición geográfica), la clave se encontraba más bien en la mayor o menor capacidad de las economías campesinas para profundizar su especialización y sostener su base exportadora. En caso de éxito, las actividades complementarias podían ser abandonadas (incluso sin haber entrado en crisis) en favor de los beneficios smithianos de la especialización. Sin embargo, en caso de fracaso, la crisis de estas actividades sí podía desencadenar el efecto propuesto por estos autores.

¹¹ La correlación de rangos entre evolución demográfica antes y después de 1950 no pasa de 0,22.

lante, el turismo. La consolidación de estos elementos no campesinos no garantizó, en un primer momento, la expansión demográfica de las comarcas afectadas. En las cuencas mineras de la montaña Norte, y sobre todo en la comarca asturiana de Mieres (donde también había una implantación industrial destacada), se crearon numerosos empleos asalariados que permitieron formar nuevas familias con independencia de las restricciones campesinas e hicieron posible un importante aumento poblacional (sin perjuicio de que, en algunos casos, también contribuyeran a facilitar la reproducción económica de las propias familias campesinas). En Bergadá (Barcelona), por contra, la conformación de un cierto tejido manufacturero no pudo evitar la despoblación campesina durante la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, tanto en un caso como en otro, estaban acumulándose en la estructura productiva elementos diversificados que, llegado el nuevo escenario a partir de 1950, servirían para mitigar la crisis demográfica. En la montaña Sur, en cambio, el periodo previo a 1950 pudo saldarse con un resultado demográfico muy favorable, pero fue un periodo perdido de cara a la paulatina diversificación de la economía. En esas condiciones, la crisis demográfica era tan sólo una cuestión de tiempo, en las sierras meridionales como en la mayor parte de la montaña española.

La crisis demográfica de la segunda mitad del siglo XX

Durante la segunda mitad del siglo XX culminó el desarrollo económico de España y se produjo una gran expansión de las oportunidades urbanas en los planos laboral, social y vital. Quedaron así al descubierto las dos principales carencias de las economías de montaña: el escaso grado de diversificación económica y la penalización rural que sufrían sus habitantes en el acceso a diversos equipamientos, servicios e infraestructuras. A mediados del siglo XX, se había abierto una brecha muy grande entre la España más dinámica, que, aun con ritmo pausado en el contexto europeo, había ido diversificando su economía en las décadas previas, y unas comarcas de montaña que mantenían no menos del 75% de su población ocupada en el sector agrario. La renta per cápita de la montaña era, en consecuencia, muy inferior a la media nacional. Pero, además, conforme nuevas necesidades iban incorporándose al estándar socialmente aceptado, la penalización rural se intensificaba, degradando el bienestar cotidiano relativo y la posición social de los habitantes de la montaña.

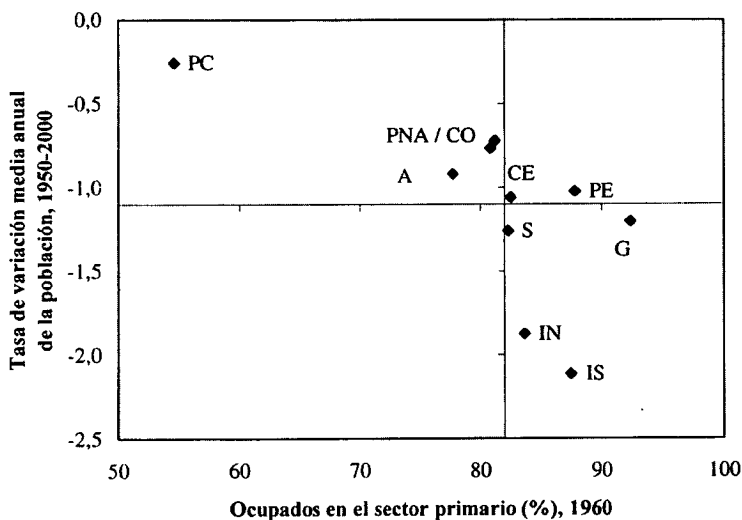
Ante esta degradación, dos eran, utilizando los conceptos de Albert Hirschman, las respuestas posibles: la “voz”, o búsqueda de remedios políticos al deterioro, y la “salida”, o abandono de la comarca montañosa en busca de mayores cotas de bienestar en otros lugares. Las propias características y complejidad del problema dificultaban notablemente la simple definición de la voz (no hablemos ya de su hipotética eficacia) e incentivaban en mayor medida la utilización de la salida como mecanismo de respuesta.¹² Lógicamente, esta respuesta fue particularmente intensa en aquellas zonas más representativas de los problemas genéricos de la montaña: la escasa diversificación económica (gráfico 5.3) y la penalización rural (gráfico 5.4). En cambio, aquellas comarcas capaces de consolidar una orientación no agraria y mitigar el

¹² En línea con Hirschman (1970a: 42-45).

déficit de bienestar resistieron mejor el periodo de crisis (el Pirineo aporta los mejores ejemplos).¹³

Gráfico 5.3.

Diversificación económica y despoblación durante la segunda mitad del siglo XX



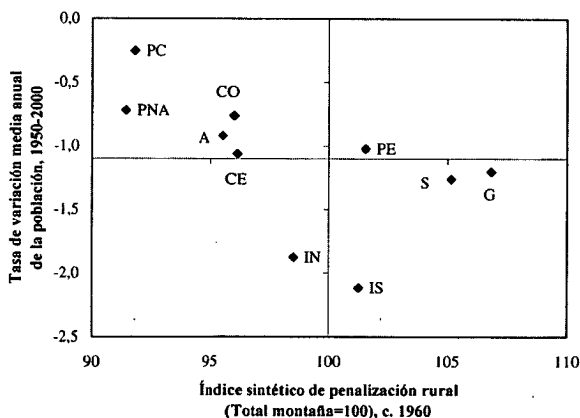
¹³

Este resultado parece aplicable al conjunto de las áreas rurales del país; B. García Sanz (1997a: 72). Ya Kautsky (1899: 323) se había posicionado en esa línea; véase también Pérez Díaz (1971: 163). La correlación de rangos entre variación demográfica durante el periodo 1950 y 2000 y porcentaje de ocupados agrarios en torno a 1960 asciende a $-0,59$. Si cruzamos la variación demográfica entre 1950 y 2000 con un índice sintético de penalización rural alrededor de 1960 (que incorpora la densidad viaria en 1957, la dotación de servicios educativos, sanitarios, comerciales y financieros en 1963, el porcentaje de edificios con abastecimiento de agua corriente y evacuación de aguas residuales en 1980 y los teléfonos por habitante en 1963), la correlación de rangos es de $-0,57$. En esta línea comparativa, quizá sería conveniente matizar (más que contradecir) la pesimista valoración que Herranz (2002: 223) hace de los efectos que la construcción de carreteras entrañó para el Pirineo.

Se trataba, en la medida de lo posible, de ofrecer en la montaña los atractivos típicamente urbanos. Las comarcas que lo consiguieron vieron aumentado su grado de urbanización (aproximado a través del número de viviendas por edificio), en parte como consecuencia de la concentración de su población en los fondos de valle y las cabeceras comarcales. Allí donde, por contra, las formas rurales persistieron en su versión más pura, la crisis demográfica fue muy aguda (gráfico 5.5).¹⁴ Por añadidura, dada la jerarquización que, en clave de género, atravesaba el desarrollo de esta vida rural, la vertiente demográfica de su crisis tuvo en todas partes un componente femenino particularmente acentuado.¹⁵

Gráfico 5.4.

**Penalización rural en el bienestar
y despoblación en la segunda mitad del siglo XX**

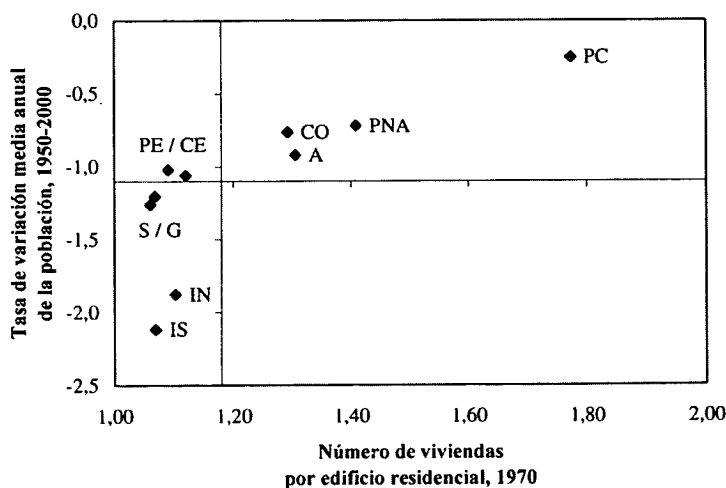


¹⁴ Como en cierta forma ya había anticipado, a nivel general, Pérez Díaz (1971: 97-100, 106). La correlación de rangos entre variación demográfica durante el periodo 1950-2000 y número de viviendas por edificio residencial en 1970 (el primer corte temporal para el que puede reconstruirse esta variable) es igual a 0,60.

¹⁵ Véanse Sarasúa (2000: 93), Sampedro (1999: 19), B. García Sanz (1999: 104-105), Comas (1995: 150) y Camarero (1993: 369-375); también García Bartolomé (1997: 755-756). Esta respuesta diferencial femenina puede encuadrarse dentro de las vastas transformaciones experimentadas por el papel de la mujer en la sociedad española; un análisis de estas transformaciones desde la perspectiva de la familia, en Reher (1996: 361-369).

Gráfico 5.5.

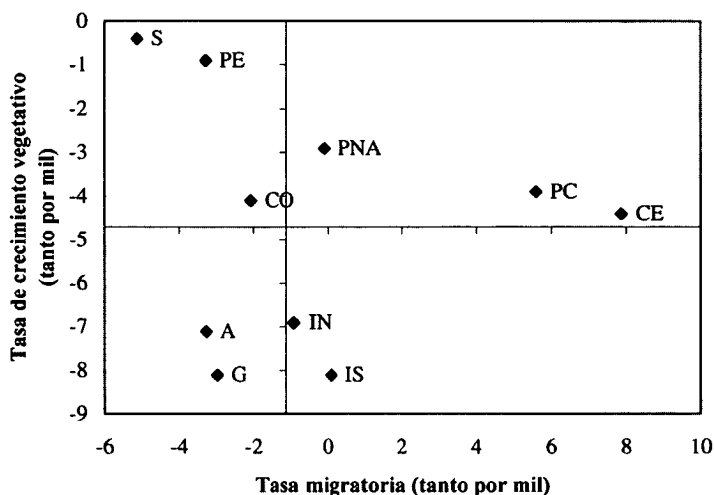
**Urbanización del medio rural
y despoblación durante la segunda mitad del siglo XX**



La causa central de la crisis residía, por lo tanto, en el corazón mismo de la economía campesina y la vida rural, que ahora, y retomando la perspectiva de Veblen, se revelaban incapaces de sobrevivir en la lucha evolucionista por la existencia económica. La crisis podía ser mitigada (o, en casos excepcionales, evitada) si la economía campesina se transformaba de manera genuina en una economía más diversificada y si la vida rural dejaba de imponer grandes penalizaciones sobre el bienestar cotidiano, condición cuyo cumplimiento requirió por lo general la paulatina urbanización del hábitat. La economía campesina y la vida rural tradicional no podían, pues, persistir: o se transformaban genuinamente (única forma de evitar la despoblación) o la propia despoblación acababa con ellas (induciendo transformaciones por defecto). En cualquiera de los dos casos, una etapa terminaba y otra comenzaba dentro de la “secuencia acumulativa de instituciones económicas”.¹⁶

¹⁶ Veblen (1898: 413).

Gráfico 5.6.
Saldos migratorios
y saldos vegetativos en la década de 1990



Lo periférico ganó nuevas funcionalidades cuando culminaron los cambios estructurales asociados a la industrialización y surgieron pautas residenciales de tipo post-industrial. Algunas comarcas, pero no todas, se encontraron en buena posición para aprovechar este efecto de difusión. El gráfico 5.6 muestra cómo, a lo largo de la década de 1990, el Pirineo catalán y el Sistema Central vencieron las inercias retroalimentadas de la despoblación (manifestadas en el signo negativo del saldo natural) y, sobre la base de saldos migratorios positivos, volvieron a ganar tamaño demográfico. Numerosas partes de la montaña española han quedado sin embargo fuera de estas nuevas tensiones, al menos por el momento.

En suma, la despoblación fue una respuesta de los habitantes de la montaña ante el deterioro de su bienestar relativo y la expansión de las oportunidades vitales en las principales ciudades del país. Tan sólo la diversificación de la economía, la mitigación de la penalización rural

y la participación en pautas de residencialidad post-industrial pudieron evitar el declive demográfico, o al menos sus versiones más extremas.¹⁷ En el próximo apartado se introduce esta interpretación en una discusión más general acerca del papel desempeñado por las decisiones políticas en el desencadenamiento de esta crisis demográfica.

¿QUÉ PAPEL PARA EL ELEMENTO POLÍTICO?

Desde el momento en el que, como sostenía Polanyi, “no es posible ninguna economía de mercado separada de la esfera política”, la distinción entre los determinantes económicos y los determinantes políticos de cualquier fenómeno social, en este caso la despoblación, no siempre es tan eficaz desde el punto de vista analítico como a primera vista podría parecer.¹⁸ Una divisoria más útil, al menos inicialmente, podría trazarse entre los desenlaces que forman parte de la fisiología del sistema económico y aquellos que constituyen patologías del mismo. Esta divisoria no se traza de acuerdo con criterios normativos: así, por ejemplo, Schumpeter consideraba que los ciclos económicos formaban parte de la fisiología del capitalismo, y no de su patología, sin que con ello implicara que las recesiones dejaran de ser un fenómeno poco deseable.¹⁹ Pero la patología sólo haría acto de presencia cuando el funcionamiento del sistema dejara de seguir sus dinámicas esenciales y se volviera anómalo.

¹⁷ Sin perjuicio de que la distancia siguiera mostrando en este periodo cierta influencia sobre la propensión migratoria: véanse, para el medio rural, Naredo (1996: 201) y, para los movimientos migratorios en general, Santillana (1981: 394-395, 398-407) y Ródenas (1994: 16-23).

¹⁸ Polanyi (1944: 199).

¹⁹ Schumpeter (1939). Una breve, pero más general, aplicación de la distinción entre patología y fisiología, también en Schumpeter (1946: 255).

¿Fisiología o patología?

En el caso de la despoblación de la montaña, la interpretación fisiológica pondría el énfasis en las brechas de bienestar abiertas por la evolución macroeconómica general (como se ha hecho en el apartado anterior). La interpretación patológica, en cambio, haría especial hincapié en decisiones políticas específicas que habrían debilitado a las comunidades rurales hasta el punto de forzarlas, de manera más o menos directa, a la despoblación. De acuerdo con la visión patológica, el elemento político aparece, pues, en primera fila. En esta línea, la privatización de los montes comunales y la construcción de embalses pueden ser las dos principales candidatas al papel de desencadenantes de la crisis de las economías de montaña.²⁰ Para la privatización de los comunales, la imagen de referencia sería la descripción que Marx hace de la acumulación originaria en Inglaterra, la expropiación de las comunidades campesinas, su separación de los medios de producción y, en definitiva, la expulsión de los campesinos hacia unas ciudades en las que se convertirían en proletarios forzosos.²¹ La dislocación social causada por esta transformación fue magistralmente narrada por Karl Polanyi más adelante.²² Algo parecido podría imaginarse en el caso de la construcción de embalses. No pretendo legitimar los abusos e injusticias que, en ambos casos, llegaron a cometerse sobre (determinados segmentos de) la población rural. Sin embargo, tampoco creo que la clave de la crisis demográfica se encuentre aquí.

La desamortización no revolucionó las estructuras rurales del país del modo que Marx y Polanyi describieron para Inglaterra. Los campesinos no fueron masivamente apartados de sus vínculos con la tierra

²⁰ Una versión extrema de este argumento puede encontrarse en Gaviria (1979; 1981). También Cuesta (2001: 389-397) es partidario de cargar las tintas contra la intervención estatal. El peso de las políticas franquistas en la declinante evolución del campesinado español es subrayado igualmente por Sevilla-Guzmán (1979: 206-213, 239-240).

²¹ Marx (1872: 891-954). Weber (1923: 150, 260-261) y Sombart (1927, I: 353-360) se ciñen a patrones explicativos similares.

²² Polanyi (1944: 45, 161) incide en las conexiones entre estos acontecimientos y la migración rural.

y expulsados hacia las ciudades, dado que la ejecución del proyecto privatizador se adaptó al contexto ecológico, productivo y social de las distintas regiones.²³ Y ya vimos que, en las comarcas de montaña, este contexto era por lo general poco favorable a la privatización y, en consecuencia, la mayor parte de las superficies públicas permanecieron como tales. Los episodios de privatización que, de todos modos, tuvieron lugar pudieron perjudicar a los grupos rurales más desfavorecidos, que encontraban en el comunal un complemento material para su reproducción económica. La montaña Sur pudo ser el principal escenario de este tipo de efecto, en la medida en que la privatización afectó allí a una mayor proporción del monte público (no superior, en cualquier caso, al 40%) y, además, el nivel de vida campesino era particularmente precario. Sin embargo, la inserción agrícola de la montaña Sur se vio profundizada, se crearon muchas familias nuevas y la población creció a un ritmo destacado. Ni siquiera aquí parece sostenible la conexión entre privatización del comunal y crisis demográfica. La crisis había comenzado a desatarse en varios puntos del Pirineo y el Sistema Ibérico, y en ellos la privatización no había ido muy lejos. La crisis no era consecuencia de la intromisión estatal, sino de la crisis paralela de una economía campesina que había gozado de cierta capacidad para definir su estructura social de acumulación (como vimos en el capítulo 3) pero ahora se veía desbordada por el hundimiento de su base exportadora tradicional y la fuerza de atracción de los cercanos polos de crecimiento de la industrialización.

La construcción de embalses, por su parte, mostró la cara más amarga de la dependencia política y la neutralización de las comunidades locales. En el plano demográfico, generó además un cierto grado de despoblación forzosa, al implicar la desaparición de pueblos enteros bajo las aguas e interferir en la organización territorial de la actividad agropecuaria. Análisis locales han mostrado el impacto de la construcción de embalses sobre los resultados demográficos de pueblos y valles de montaña.²⁴ Pero la despoblación forzosa representó, a escala

²³ Grupo de Estudios de Historia Rural (1994); también Simpson (1997: 33) y Naredo (1996: 111).

²⁴ El más exhaustivo de estos análisis es el de Herranz (1995) sobre el Pirineo aragonés.

comarcal comparada, una parte muy pequeña de la crisis demográfica. El Pirineo fue la cordillera más afectada por la construcción de embalses, en particular durante el crítico periodo 1950-70, y sin embargo registró los mejores resultados demográficos. En la montaña Sur o la mayor parte de la montaña Interior, en cambio, se construyeron pocos embalses pero, aun sin ese componente de despoblación forzosa, la crisis demográfica fue aguda. La escasa diversificación económica, los bajos niveles de renta y la penalización rural sobre el bienestar pesaron mucho más que las decisiones políticas concretas, incluso en casos en que éstas tuvieron efecto demográfico inmediato.²⁵

Tampoco la cara más amable de la dependencia política ha tenido una influencia decisiva sobre la trayectoria demográfica de la montaña. La reciente desaceleración de la despoblación no ha sido consecuencia de la política de montaña: el ciclo económico y el agotamiento de la reserva demográfica (como efecto diferido de la intensidad previamente alcanzada por la corriente migratoria) han pesado mucho más. Dada su pequeña cuantía, la Indemnización Compensatoria de Montaña ha funcionado más como una compensación *ex post* por el mantenimiento de la explotación agraria que como un incentivo *ex ante* para tomar la decisión de mantener la explotación.²⁶ Pero, además, la ICM no se canalizó hacia las zonas de montaña más necesitadas de la misma, ya que el umbral de dimensión establecido para su percepción dejó fuera a numerosas explotaciones de la montaña Sur o el área galaico-castellana, justo las zonas donde más lentamente se desagrarizaba la estructura productiva y donde más reducido era en consecuencia el nivel de renta. Mientras tanto, la mayor parte de las explotaciones pirenaicas, convenientemente redimensionadas en razón de la

²⁵ Esta conclusión apunta en una línea similar a la adoptada, en otro campo paralelo, por el Grupo de Estudios de Historia Rural (2003: 335), que resta peso a la intervención del Patrimonio Forestal del Estado como causa del fracaso de las economías de montaña.

²⁶ Los propios perceptores así lo consideran, como muestran Sumpsi y otros (2003: 159, 234); véase también *Libro Blanco* (2003: 640).

diversificación sectorial y el abandono agrario, sí percibían la ICM. De este modo, la ICM ha terminado canalizándose en mayor medida hacia las comarcas con menores problemas de despoblación (gráfico 5.7), reforzando las tendencias preexistentes.²⁷

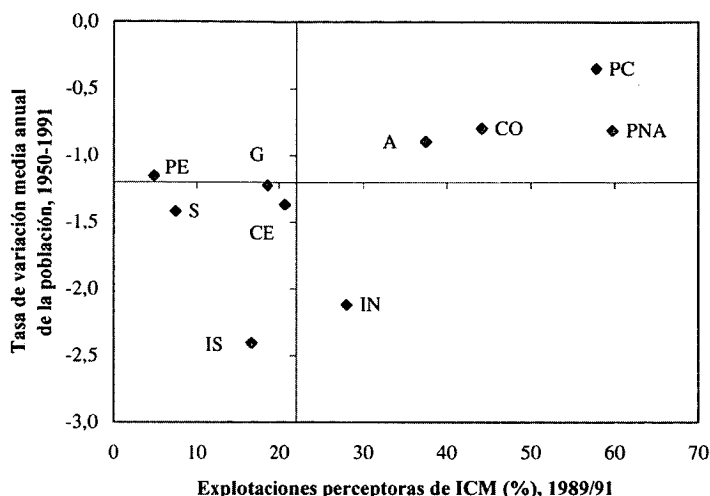
En cualquiera de los casos, la desagrarización (aunque haya sido por defecto) ha provocado que la ICM afecte a una proporción cada vez más reducida de la población de montaña. La Iniciativa LEADER II sí podía afectar al conjunto de la población y tuvo efectos positivos de cara al impulso de algunas actividades económicas y a la formación de redes locales de desarrollo rural. Esto último fue muy importante para las comunidades de montaña socialmente desarticuladas por la despoblación, y de hecho fueron este tipo de zonas las que con mayor grado de generalidad participaron en la Iniciativa.²⁸ En la montaña Interior, por ejemplo, cuatro de cada cinco comarcas tuvieron su grupo de acción local en el marco de LEADER II (1994-99). No conviene desmerecer los logros de la Iniciativa, pero tampoco sobreestimar su capacidad para alterar de manera significativa las trayectorias comarcales. Durante la década de 1990, el Sistema Ibérico y el área galaico-castellana han seguido siendo, como en la década anterior, las zonas más regresivas en términos poblacionales, a pesar de que ahora, a diferencia de la década anterior, contaban con numerosos grupos de acción local. Por su parte, el Pirineo catalán ha ganado población durante los años 1990 sin apenas participar en la Iniciativa. La diversificación económica, el bienestar rural y la residencialidad post-industrial, como ejes de posicionamiento de la montaña en el funcionamiento fisiológico del sistema, han pesado mucho más que LEADER II, como intento de introducir una anomalía “positiva” en dicho funcionamiento.

²⁷ La correlación de rangos (a nivel N=10, por agregados comarcales) entre porcentaje de explotaciones receptoras de ICM en 1989 y variación demográfica durante las cuatro décadas precedentes es de 0,67.

²⁸ Si elaboramos un ranking Borda con el porcentaje de comarcas involucradas en LEADER II y el presupuesto por habitante (N=10) y lo cruzamos con la variación demográfica durante las cuatro décadas anteriores (1950-1991), la correlación de rangos es de -0,84.

Gráfico 5.7.

**Indemnización Compensatoria
de Montaña y trayectorias demográficas**



En este esquema, tan sólo la penalización rural en el bienestar era un elemento claramente alterable por la acción política. Hasta cierto punto, podría argumentarse que la perifericidad política de la montaña condujo a perjuicios por omisión en la provisión de servicios públicos e infraestructuras. En el epílogo, de hecho, sostengo que la política rural del futuro debería abandonar su sesgo productivista y centrarse en mejorar la calidad de vida a través de una oferta lo más completa posible de los equipamientos, infraestructuras y servicios que van incorporándose al siempre creciente estándar de bienestar. Pero la omisión se limitó, en todo caso, a reforzar (o, mejor dicho, a no contrarrestar) una tendencia hacia la despoblación que se originaba en el escaso grado de diversificación de la economía de montaña, los bajos niveles de renta y las dificultades de sus habitantes para acceder a equipamientos y servicios de mercado. Una tendencia imbricada, pues, en la fisiología del sistema.

Modelos de desarrollo y reflejos en el espejo europeo

Vincular la despoblación a la fisiología de un determinado modelo económico no significa excluir de la explicación el elemento político. Significa que, si queremos encontrar causas políticas para la despoblación de la montaña, entonces debemos buscarlas entre las decisiones que favorecieron la puesta en práctica del referido modelo económico. En perspectiva de muy largo plazo, la sustitución del Antiguo Régimen por un orden basado en principios liberales fue el cambio institucional más importante, al convertir al mercado en el principal mecanismo social para la coordinación de las decisiones productivas y abrir así el camino para la industrialización y el modelo de desarrollo económico europeo. En realidad, los distintos países europeos constituían desde el periodo moderno un sistema de Estados cuya competencia favorecía la difusión de las principales innovaciones tecnológicas e institucionales que tenían lugar en alguno de los componentes. Sobre esa base, también se difundieron más adelante la sociedad capitalista y la industrialización. De hecho, es posible analizar la industrialización de la economía europea como un fenómeno unitario (sin perjuicio, claro está, de sus peculiaridades regionales o nacionales).²⁹

A escala continental, la industrialización también creó las tensiones de polarización y difusión que conocemos. Desde la perspectiva de la evolución demográfica de las zonas de montaña, las diferencias entre países fueron más de cronología e intensidad que de esencia. En el contexto europeo, la despoblación de la montaña española fue tardía: las montañas francesa o escocesa comenzaron a perder volumen demográfico ya en el siglo XIX. El rezago español, del que también participaban otros países del ámbito mediterráneo, se correspondía así con la lentitud comparada de la industrialización y sus cambios estructurales. De igual modo, así como la economía española creció entre 1950 y 1975 a ritmos históricamente excepcionales (y superiores a la media europea), la despoblación de las zonas de montaña, una vez arrancada, alcanzó un grado de intensidad poco común. Pero, en esencia, el declive demográfico de la montaña europea ha seguido claves similares en

²⁹ Jones (1987), Pollard (1981).

los distintos países, al venir vinculado a un modelo común de evolución económica.³⁰

De hecho, había importantes similitudes en el funcionamiento de las distintas economías campesinas de la montaña europea con anterioridad a la despoblación. La familia era la célula básica del tejido económico y social y en su marco se diseñaban las consabidas estrategias de pluriactividad laboral y aprovechamiento multifuncional de los recursos naturales. Rasgos como la apertura económica, las migraciones temporales o la organización comunal de los pastos de alta montaña estaban lejos de ser exclusivos del caso español. De igual modo, la geografía condicionaba decisivamente las opciones productivas de las explotaciones agrarias: la montaña centroeuropea, dotada de mayores índices de humedad, presentaba una orientación ganadera más acusada que la montaña mediterránea, cuyas condiciones ecológicas favorecían una orientación más agrícola. Así, la heterogeneidad productiva de los campesinos españoles se revela como caso particular de ese contraste a escala continental.³¹

Otro paralelismo tenía que ver con el decisivo papel del emplazamiento geográfico como catalizador de los efectos de polarización y difusión que emanaban desde los focos motrices de la industrialización europea. La montaña mediterránea se vio enclavada en regiones eco-

³⁰ Para el caso francés, Estienne (1989), Lozato (1980), Métaillé y otros (2003) y Rebours (1990). Para las Tierras Altas escocesas, Bryden (1981) y Devine (1979). Véase también Rieutort (1997) sobre el conjunto de la montaña media europea. Una perspectiva comparada de los ritmos de desagrarización en los países occidentales, en Grigg (1992: 23-24, 28-29). Sobre la lentitud comparada del caso español, Pérez Moreda (1999a: 53-58) o Simpson (1997: 47-48). Sobre su posterior aceleración comparativa, Abad, García Delgado y Muñoz (1994: 91). Sobre la participación de la montaña española en un patrón periférico-mediterráneo en el contexto europeo, Collantes (2003c).

³¹ Sobre la montaña suiza, Bazin y Barjolle (1990), Biucchi (1969), Rhoades y Thompson (1975), Ryser (1956), Sauvain (1988), Viazzo (1994), Vontobel (1959) y Weber (1923). Sobre la montaña francesa, Agulhon (1976a; 1976b; 1976c), Barbier, Durbiano y Vidal (1976), Bazin (1980), Collomp (2000), Désert (1976a; 1976b; 1976c), Désert y Specklin (1976a; 1976b), Durbiano, Radvanyi y Kibaltchitch (1987), Estienne (1989), Fontaine (1990), Gervais, Jollivet y Tavernier (1977), Granet-Abisset (2000), Gumuchian, Meriaudeau y Peltier (1980), Jauneau (1995), Lozato (1980), Mallet (1978), Perrier-Cornet (1986), Perret, Dobremez y Bouju (1993), Quaini (2000), Reboud (1971), Richez (1972), Siddle (1997), Thorez y Reparaz (1987), D. Vivier (1992) y N. Vivier (2003). Sobre la montaña italiana, Agnoletti (2003), Albera y Corti (2000), Audedino (2000), Biancardi (1977), Cappuccini (1958), Christenson (1955),

nómicas de escasa potencialidad propagadora y mantuvo sus caracteres campesinos (y su tamaño demográfico, salvo excepciones) hasta bien entrado el siglo XX. El caso de nuestra montaña Sur se asemeja, en este sentido, al de otras zonas de montaña de Grecia o el sur de Italia. En los Alpes, en cambio, la proximidad a polos de crecimiento contribuyó a desencadenar la despoblación con anterioridad, pero, combinada con una mejor dotación de recursos estratégicos, también favoreció la diversificación económica, primero hacia el sector industrial y más adelante hacia el turístico. También en este caso, por tanto, las diferencias registradas dentro de la montaña española parecen responder, en esencia, a dinámicas desplegadas a escala continental.³²

Cianferoni (1956), Crivelli (1994), Dadà (2000), Dell'Amore (1956), Giusti (1943), Griseri (1956), Massullo (2000), Mercuri (1951), Molinari (2000), Parente (1956), Perini (1958), Reboud (1971), Russo (2000), Scarpa (1955a; 1955b; 1957), Ubaldi (1956), Vincent (1980) y Zatta (1956). Sobre la montaña escocesa e inglesa, Bryden (1981), Devine (1979), Gray (1955) y Mardsen, Munton y Ward (1992). Sobre la montaña austriaca, Gross (1973), Steden (1956) y Viazzo (1994). Sobre el conjunto de los Alpes, Albera y Corti (2000), Viazzo (1994) y Viazzo y Albera (1987). Sobre la montaña polaca, Dobrowolski (1958) y Liszewski (1989). Para Portugal, Castro y Belo (1992) y Fonseca y Freire (2003). Sobre distintas partes de la montaña mediterránea y no mediterránea, McNeill (1992) y Pollard (1997a). Sobre las montañas eslovena y noruega, Klemencic (1995) y Thormodsaeter (1956) respectivamente.

³² McNeill (1992: 221-222, 271) parece atribuir la escasa diversificación de la montaña mediterránea (y su especialización como productora primaria) a la destrucción de las industrias tradicionales que siguió a la integración de mercados. Pero, en mi opinión, la comparación de éste con otros casos (de comarcas alpinas o, para España, pirenaicas o cantábricas) muestra que tal efecto fue común a otras zonas y que una de las claves del grado de diversificación alcanzado en el periodo contemporáneo radicó más bien en la potencialidad propagadora del ambiente económico regional de referencia. Para zonas de montaña situadas en regiones dinámicas (condición que apenas se cumplía en una montaña mediterránea que tampoco disponía de grandes dotaciones de recursos estratégicos), el efecto de polarización asociado a la integración de mercados y la desaparición de protección natural para la industria tradicional podía verse más que compensado por efectos de difusión. Para Suiza, Billet y Rougier (1984), Biucchi (1969), Chabert (1993), Dorfmann (1983) y Leibundgut (1981). Para Francia, Bazin (1980), Durbiano, Radvanyi y Kibaltchitch (1987), Estienne (1989), Gervais, Jovillet y Tavernier (1977), Gumuchian, Meriaudeau y Peltier (1980), Lecomte (1965), Meyzenq (1984), Muller (1995), Reboud (1971), Richez (1972), Rieutort (1997) y Thorez y Reparaz (1987). Para Italia, Dell'Amore (1956), Massullo (2000), Mazzoleni y Negri (1981), Merlo (1974), Negri (1993), Perini (1958), Reboud (1971) y Vincent (1980). Para el conjunto de los Alpes, véase también Brondel (1975: 278-279, 292). Para la montaña media europea, Rieutort (1997).

Y, para finalizar con los parecidos razonables, los desiguales ritmos de diversificación terminaron por afectar a los niveles de bienestar y las trayectorias demográficas. La montaña centroeuropea fue ganando una calidad de vida que, aun permaneciendo por debajo de las correspondientes medias nacionales, era impensable en la montaña mediterránea, donde el escaso grado de diversificación sectorial se unía a la precariedad de la sociedad campesina en planos como el alimenticio o el educativo. Como, además, la montaña centroeuropea ya había liberado una parte importante de su reserva demográfica durante las décadas previas, la segunda mitad del siglo XX no fue en ella un periodo de retroceso poblacional tan acusado como en la montaña mediterránea. A ello contribuyó también la difusión de pautas residenciales post-industriales, que incluso impulsaron experiencias de recuperación demográfica en varias comarcas alpinas.³³

Una gama de indicios sugiere, por tanto, que la trayectoria de las economías y poblaciones de montaña vino guiada en España por factores esencialmente similares a los que operaban en otras partes del continente europeo. Las diferencias de cronología y magnitud se correspondieron con diferencias paralelas en los ritmos nacionales y regionales de industrialización y crecimiento económico. Sin perjuicio de que decisiones políticas específicas afectaran ocasionalmente a los niveles demográficos de la montaña, el declive remite, en última instancia política, a la adopción de un modelo de desarrollo económico que tuvo consecuencias similares en otras partes de Europa.³⁴

³³ Para la montaña suiza, Billet y Rougier (1984), Gaudard (1995) y Ryser (1956). Para la montaña francesa, Barbier, Durbiano y Vidal (1976), Desbordes y Laborie (1991), Estienne (1989), Mallet (1978), Meyzenq (1984), Pradier (1997), Rebours (1990), Richez (1972), Rieutort (1997) y Thorez y Reparaz (1987). Para la montaña italiana, Barberis (1992), Freschi (1993), Giusti (1943), Mazzoleni y Negri (1981), Merlo (1974) y Negri (1993). Para los Alpes austriacos, Herbin y Remmer (1984). Para el conjunto de los Alpes, Dorfmann (1983). Para diversas partes de la montaña europea, Diry (1995). Precisamente, Grigg (1992: 27-28) apunta a la expansión de la demanda de trabajo y de los servicios básicos en las ciudades como los dos factores clave de desagrarización en las economías occidentales. Pollard (1997a: 84-85) subraya el papel de la penalización rural en la despoblación de las áreas marginales centroeuropeas.

³⁴ Otra consecuencia demográfica de este modelo fue la generalizada tendencia hacia grados cada vez mayores de concentración espacial de la población (Collantes, Pinilla y Ayuda 2004).

Prometeo liberado, montaña despoblada: el declive no ha sido una patología del desarrollo económico, sino parte de su fisiología.³⁵

Una vez adoptado ese modelo en España, el papel de la política afectó más a la tasa de cambio económico, con objeto de manejar los efectos sociales del mismo, que a la propia dirección de dicho cambio.³⁶ Así, por ejemplo, se ha sostenido que, desde finales del siglo XIX, el proteccionismo comercial, uno de los grandes campos de batalla de la historiografía centrada en el atraso comparativo del país, sirvió para consolidar la opción por una versión del modelo de desarrollo económico que evitara la generación de grandes quiebras sociales y económicas en el medio rural.³⁷ En estas condiciones, la emigración desde las zonas de montaña (y el resto de áreas rurales) no tendría lugar de manera desesperada, al estilo de la narración de Marx y Polanyi para Inglaterra: más bien tendría lugar en clave de movilidad social ascendente conforme fueran abriéndose posibilidades de promoción en las ciudades, tal y como el propio Polanyi había señalado ya para la Europa continental.³⁸

Quizá el primer franquismo, desde el final de la guerra civil en 1939 hasta 1948/50, pudo suponer el principal desafío a la dirección establecida de cambio socioeconómico, sobre todo si aceptamos que “se trataba de una economía de mandato más que de una economía de

³⁵ “Prometeo liberado” es la metáfora con que Landes (1969) describe el desarrollo económico de la Europa contemporánea.

³⁶ Aplicando una idea original de Polanyi (1944: 48).

³⁷ Gallego (2003: 44-50). De manera complementaria, Carmona y Simpson (2003: 19, 44-45, 304) señalan el rechazo con que la mayor parte de analistas y dirigentes políticos de la época acogían la idea de aumentar la productividad agraria a través del éxodo rural.

³⁸ Polanyi (1944: 177-179). Pérez Díaz (1971: 15) señala la movilidad social ascendente asociada a la respuesta migratoria rural en España; véanse también Barciela y López (2003: 90) y Camarero (1993: 77). Pollard (1997b: 17) considera esta movilidad social ascendente como rasgo histórico habitual de las corrientes migratorias campo-ciudad.

mercado”.³⁹ Pero sus nefastos resultados también pueden ser interpretados como mera paralización del cambio sin que, en contrapartida, se imprimiera una senda de evolución alternativa. El nuevo rumbo de la política económica, conjugado con la excepcional coyuntura internacional de posguerra, facilitó desde la década de 1950 la culminación de la industrialización y, entre otras muchas transformaciones, la despoblación generalizada de las áreas montañosas. En mayor medida que la construcción de embalses u otro tipo de acciones políticas concretas, fue este cambio de rumbo, al permitir a la economía española beneficiarse de la “edad dorada” internacional, el principal elemento político subyacente a la despoblación durante el franquismo. Quizá no habría habido mejor remedio político contra la despoblación que la continuidad del país por la senda autárquica e ineficaz del primer franquismo. Pero eso sí que habría sido un drama, y no sólo rural.

De lo anterior no se concluye que todo ocurriera en el mejor de los mundos posibles. La penalización rural, al menos en lo que atañe a sus elementos públicos, podría haber sido mitigada en mayor medida sin que por ello se hubiera alterado el funcionamiento general de nuestro modelo de desarrollo económico. Simplemente habría sido necesaria otra versión, más social, del mismo modelo. La inevitabilidad de lo ocurrido tiene más que ver con la orientación fundamental del proceso que con la forma concreta que éste adoptó.⁴⁰ El debate sobre estas opciones y formas sigue, desde luego, abierto hoy día. Lo que en realidad se concluye de lo anterior es que no eran necesarios grandes movimientos políticos de signo específico para que las economías campesinas se vinieran abajo y la montaña se despoblara. Sólo hacía falta desarrollo económico.⁴¹

³⁹ M. J. González (1999a: 631).

⁴⁰ Como argumenta Pérez Díaz (1971: 168-169).

⁴¹ Esto no deja de tener su conexión con Wallerstein (1997: 92) y especialmente con Braudel (1979: 25, 27).

DE VUELTA A LOS CASOS: UNA RECAPITULACIÓN

A modo de conclusión del análisis histórico, y antes de efectuar algunas sugerencias en el plano aplicado, presento a continuación una breve recapitulación de la historia económica y demográfica de las cuatro grandes áreas de montaña que he venido distinguiendo.

La montaña Norte: dinamismo campesino, diversificación y crisis

Las condiciones ecológicas de la montaña Norte favorecían la orientación ganadera de su economía campesina. Se trataba de una economía compuesta por numerosas explotaciones familiares que apenas empleaban trabajo asalariado. Las explotaciones eran pequeñas, pero contaban con el apoyo de unas superficies públicas que, en la medida en que resultaban funcionales para el tejido socioeconómico local, fueron escasamente privatizadas. El papel estratégico de los montes públicos obligaba, sin embargo, a mantener importantes restricciones sociales en el acceso al matrimonio para evitar la proliferación de usufructuarios. Se formaron así familias relativamente grandes cuya reserva de mano de obra era utilizada de manera intensiva a lo largo del año. En los momentos de menor demanda laboral en la explotación, varios miembros de la familia desarrollaban actividades complementarias, algunas de las cuales podían llevarlos fuera de la montaña durante algunos meses; en algunas comarcas, se generalizó desde finales del siglo XIX la emigración temporal (plurianual en muchos casos) a América. Estas migraciones temporales desempeñaron un papel importante en la búsqueda del equilibrio económico por parte de muchas familias campesinas.

La montaña Norte no comenzó a despoblarse hasta la década de 1950. Durante la larga fase 1850-1950, su economía campesina aprovechó los efectos de difusión que, vía demanda de productos ganaderos, emanaban desde el medio urbano. Dado el elevado nivel de humedad y las buenas comunicaciones (derivadas, a su vez, de una posición estratégica de cara a la articulación geográfica del mercado nacional), las explotaciones profundizaron su especialización ganadera y, en concreto, apostaron cada vez en mayor medida por el ganado bovino, para cuya cría contaban con una importante ventaja natural. Los resultados

de la economía campesina no fueron tan expansivos en las comarcas peor comunicadas o dotadas de inferiores índices de humedad (y que, en consecuencia, estaban más orientadas hacia la ganadería ovina), pero la imagen general es la de una región de montaña cuya base exportadora no se derrumbó. Ello contribuyó a que el nivel de vida de estos campesinos fuera el más elevado de toda la montaña española. Factores geográficos hacían posible una tasa de mortalidad relativamente baja y, sobre todo conforme se avanzaba hacia las comarcas orientales, los niveles alimenticios, el tamaño de las explotaciones o el progreso de la alfabetización revelaban una prosperidad campesina que, además, se distribuía sin desequilibrios sociales extremos.

Aun con todo, la atracción ejercida por la industrialización vasca y la aventura americana se dejó sentir en varias comarcas. La solidez de la economía campesina obstaculizaba el desencadenamiento una crisis demográfica precoz, pero lo que verdaderamente permitió expansiones poblacionales de cierta magnitud fue la emergencia de algunos focos mineros e industriales dentro de la cordillera. Mieres (Asturias), las montañas de Luna y Riaño y el Bierzo (León) y Aguilar y Guardo (Palencia) fueron los mejores ejemplos. Las nuevas empresas revestían caracteres bien diferentes a los de las explotaciones familiares campesinas y, entre otros efectos, expandieron la demanda de trabajo asalariado en las comarcas afectadas y, por esa vía, relajaron las restricciones a la formación de nuevas familias e hicieron posible un destacado crecimiento demográfico. En Mieres, donde minería del carbón y siderurgia habían ido encadenadas, la población se multiplicó por 2,5 entre 1860 y 1950.

Sin embargo, muchas otras comarcas quedaron fuera de estas transformaciones y mantuvieron su carácter plenamente campesino hasta bien entrado el siglo XX. Durante la segunda mitad del siglo, la despoblación sería particularmente intensa en ese tipo de comarca, con frecuencia encuadrada en el área galaico-castellana. En este área, no sólo era menor el nivel de bienestar proporcionado por la economía campesina, sino que tampoco se registraba un proceso de diversificación sectorial apreciable. Además, varias de las comarcas se encontraban fuera de la red ferroviaria y contaban tan sólo con algunas carreteras de muy mala calidad, problema que cobró especial trascendencia a la luz de la penalización rural que sobrevendría en casi todos los aspec-

tos. La población respondió al deterioro de su bienestar relativo con salidas migratorias masivas. Ello abrió el camino a engañosos cambios estructurales “por defecto” y a un envejecimiento que, vía saldos vegetativos negativos, constituye hoy un importante escollo demográfico.

En el otro extremo, la comarca alavesa Cantábrica vivió transformaciones espectaculares. Beneficiándose de un proceso de difusión espacial de la industrialización, la comarca experimentó un crecimiento demográfico extraordinario (sobre todo hasta los años 1980), acompañado de una auténtica urbanización del espacio rural. Ninguna otra comarca de la montaña Norte pudo sortear la despoblación durante la segunda mitad del siglo XX, pero sí es cierto que las comarcas con tradición minera e industrial registraron un declive poco acentuado. Ahora bien, el tejido económico de éstas últimas viene debilitándose en las últimas décadas como consecuencia de las dinámicas sectoriales globales. Así, el problema que se ha planteado, y que aún hoy sigue vigente, ha sido la reconversión desde lo que había sido una economía con un importante componente minero-industrial hacia otra más vinculada a las funcionalidades post-industriales del medio rural, con el turismo y la residencialidad como principales exponentes. En la medida en que esta reconversión ha sido bastante tibia (a lo cual no es ajeno el declive económico de la mayor parte de las provincias de pertenencia de estas comarcas), la montaña Norte, que llegó a aunar prosperidad campesina y sectores pautadores de los dos primeros ciclos tecnológicos de la industrialización, ha tenido dificultades para desacelerar su despoblación y ha sido en la década de 1990 la zona de montaña más regresiva del país.

El Pirineo: las ventajas de la proximidad a los polos de crecimiento

Si la industrialización provocó una tensión continua entre efectos de polarización y efectos de difusión, ninguna zona de montaña lo supo antes que el Pirineo, flanqueado por los dos grandes focos motrices (el catalán y el vasco). En la esfera demográfica, la capacidad de atracción de dichos focos se tradujo en pérdidas poblacionales ya durante la segunda mitad del siglo XIX. Las salidas migratorias se vieron favorecidas, además, por los problemas productivos de la economía campesina. Ésta era, como la de la montaña Norte, una economía

de orientación ganadera, pero, a diferencia de la montaña Norte, su especialización bovina estaba poco avanzada y era la especie ovina la que ocupaba el centro de la base exportadora original. Se trataba de una ganadería ovina extensiva que a menudo buscaba pastos invernales en las tierras bajas y, por ello, favorecía la movilidad temporal de los campesinos pirenaicos dentro de la macroárea geográfica más dinámica de España. Esta cultura de la movilidad pudo también contribuir a aumentar la propensión migratoria de los campesinos cuando, a lo largo del siglo XIX, la ganadería ovina entró en crisis como consecuencia de cambios desfavorables por el lado de la oferta y por el lado de la demanda.

Esta crisis puso a la economía campesina en la tesitura de redefinir su posición dentro de la división del trabajo. La tarea no podía acometerse de manera automática y muchas familias campesinas encontraron más atractiva la emigración hacia los cercanos focos de industrialización. Se produjo durante la segunda mitad del siglo XIX un retroceso demográfico sin parangón en el resto de la montaña española. De manera paulatina, el sector ganadero fue reconvirtiéndose: la especie bovina ganó más protagonismo, el ovino se orientó ahora hacia la producción cárnica y la expansión de la agricultura española favoreció la recría de ganado equino. No fue una transformación espectacular: en comparación con la montaña Norte, por ejemplo, la precariedad de los medios de transporte obstaculizó una reconversión más decidida hacia la ganadería bovina (el subsector pautador en aquellos momentos). Pero, en cualquier caso, las explotaciones pirenaicas fueron encontrando nuevas alternativas productivas.

Y, además, varias comarcas estaban beneficiándose por otros cauces de su pertenencia a regiones económicas dotadas de gran dinamismo y capacidad propagadora. La minería del carbón no siempre devolvió a los inversores los beneficios que esperaban, pero, por otro lado, el fracaso en dotar a la industria catalana de un modelo energético al estilo inglés (basado en el carbón) desactivó también los corolarios locacionales de tal modelo. Con la energía hidráulica como principal soporte, el extremo catalán de la cordillera registró la implantación de colonias textiles ya desde el último tercio del siglo XIX. Si bien con mayor lentitud, también el extremo navarro iba construyendo un tejido manufacturero de cierta significatividad, en este caso más orientado hacia la producción de bienes de inversión.

Estas tendencias comarcales hacia la diversificación no siempre tuvieron un efecto demográfico inmediato, dado que la mayor parte de la población seguía vinculada a una economía campesina cuya inserción en la división del trabajo se enfrentaba a desafíos considerables. Sin embargo, ya durante la primera mitad del siglo XX la despoblación se detuvo, conforme se consolidaban elementos minero-industriales y las explotaciones campesinas encontraban sus nuevas alternativas. El Pirineo llegó a 1950 con una población que era inferior a la de 1860 en un 13%, pero, a cambio, sus campesinos mantenían niveles de vida muy aceptables para el estándar de montaña y su economía era la más diversificada. En el Pirineo catalán, de hecho, casi la mitad de la población ocupada estaba ya fuera del sector agrario. Durante la fase 1850-1950, el emplazamiento geográfico de la cordillera hizo que los efectos de polarización y difusión generaran una dinámica de transformación que rápidamente puso en apuros a la economía campesina tradicional y desató la despoblación, pero también legó al decisivo periodo posterior numerosos elementos diversificados. El Pirineo fracasó menos de lo que indican sus resultados demográficos: en parte, estaba limitándose a recorrer con mayor rapidez la senda por la que las otras zonas de montaña acabarían transitando igualmente y de manera más traumática.

Esta rápida quema de etapas permitió al Pirineo llegar a 1950 con una economía relativamente diversificada (si bien aún campesina en la mayor parte de comarcas) y con una parte de su ajuste demográfico ya realizado. Durante la segunda mitad del siglo XX, la posición económica del Pirineo se vio, además, reforzada: a la solidez del tejido industrial (sobre todo hasta las últimas dos o tres décadas) vino a unirse el desarrollo del sector turístico. La posición geográfica y las condiciones naturales de la cordillera (que es la zona de montaña española con mayor altitud y mayores pendientes) facilitaron la afluencia de cuantiosas inversiones turísticas, siendo particularmente importantes las realizadas en el campo de los deportes de nieve. Paralelamente, la expansión del empleo en los sectores secundario y terciario incentivaba el abandono masivo de las explotaciones agrarias, y ello generaba efectos positivos sobre el sector: las explotaciones restantes podían aumentar sus tamaños económico y superficial, así como su nivel tecnológico. La mejora de las comunicaciones, sobre todo con la construcción de carreteras, permitió asimismo la reconversión definitiva

del sector ganadero, no sólo desde la perspectiva del bovino sino también desde la del incipiente porcino (nueva especie pautadora en la ganadería española de las últimas décadas).

Como resultado de esta dinámica virtuosa, el Pirineo era, en el crítico periodo 1950-70, la economía de montaña con los mayores niveles de renta. A lo largo de las tres últimas décadas, además, el sector turístico ha continuado creciendo, hasta el punto de convertirse en su elemento más dinámico. El carácter genuino de la diversificación ha permitido al habitante pirenaico medio disfrutar de una renta per cápita que hoy día supera con claridad la media nacional y la media de diez de las diecisiete Comunidades Autónomas del país. Por añadidura, la penalización rural era menos acentuada que en otras zonas: los equipamientos básicos se difundieron con rapidez por los hogares, mientras los servicios de mercado estaban más presentes que en otras zonas y la red de carreteras ejercía un cierto efecto compensador (también en comparación con otras zonas de montaña) sobre los inconvenientes interpuestos por la dispersión espacial de la población.

Todo lo cual ha generado una trayectoria demográfica poco declinante que recientemente se ha visto reforzada por la generalización de pautas residenciales post-industriales. En la última década, de hecho, el saldo migratorio se ha vuelto positivo y numerosas comarcas han vuelto a ganar población a pesar del signo negativo del saldo vegetativo. A lo largo de este siglo y medio, la economía pirenaica ha pasado de ser una economía campesina basada en la familia a otra más diversificada desde el punto de vista sectorial y en la que el mercado laboral desempeña un papel central como asignador de recursos laborales. Esta capacidad de transformación (e integración en el sistema económico) ha sido, junto con el ajuste poblacional ya realizado con anterioridad, la clave de los buenos resultados demográficos de la segunda mitad del siglo XX. Decisiones políticas específicas, como la construcción de embalses, no podían alterar esta dinámica fisiológica.

Lo cual no quiere decir que el modelo pirenaico esté exento de sombras. La población puede no haber descendido mucho, pero sí ha tendido a concentrarse en los fondos de valle y las cabeceras comarcas, abandonando los pueblos más pequeños y menos atractivos en todos los sentidos. De este modo, el equilibrio entre ruralidad y urbanización se tambalea en varios puntos de la cordillera y algunos de los

problemas ecológicos asociados a la despoblación no están ausentes en otros. Ello plantea nuevos desafíos a la acción institucional, no siempre similares a los que deben afrontarse en otras áreas de montaña del país.

La montaña Interior: la crisis rural en su versión más extrema

Ninguna crisis demográfica ha sido tan grave como la de la montaña Interior. Casi todo el Sistema Ibérico estaba familiarizado con la despoblación ya antes de 1950 y ello se debía, en primer lugar, a la debilidad de su inserción en la renovada división del trabajo. En la parte central del siglo XIX, dos de las actividades vertebradoras durante el periodo preindustrial, la trashumancia ovina y la manufactura textil, se encontraban en franco declive. El Sistema Ibérico sufrió los efectos de polarización asociados a la industrialización, pero en contrapartida no se benefició de grandes efectos de difusión. El modelo de la montaña Norte o parte del Pirineo estaba fuera de alcance por motivos geográficos. Dados los bajos índices de humedad, una reconversión de la cabaña hacia el bovino resultaba inviable. La posibilidad de una especialización agrícola tampoco estaba abierta, salvo para un pequeño número de casos excepcionales. Los problemas de los campesinos del Sistema Ibérico para afianzarse en la división del trabajo impidieron una especialización más decidida de las explotaciones. La economía agraria mantuvo, de este modo, un carácter mixto, más orientado hacia el polo ganadero pero con la agricultura desempeñando un papel (en ocasiones para el autoconsumo o el intercambio local) más importante que en la montaña Norte o el Pirineo.

La mediocridad de la vida campesina, que en términos relativos aumentaba conforme se desarrollaba (por pausado que fuera su ritmo) la economía española, se veía perpetuada por la ausencia de grandes novedades productivas en los sectores no agrarios. Un modesto tejido de pequeñas empresas transformadoras sustituyó a lo que en algunos casos habían sido distritos manufactureros importantes, al menos para el canon preindustrial. Tan sólo en la comarca soriana de Pinares se desarrolló, en el sector maderero, una industria con potencia pautaadora para el conjunto de la economía. En realidad, la pobre historia industrial de las comarcas del Sistema Ibérico no dejaba de formar

parte de la no menos pobre historia de las provincias en que éstas se encontraban enclavadas, casi todas ellas provincias interiores con muy baja densidad demográfica y económica. Los incentivos para la despoblación quedaban completados con la proximidad de algunos focos con gran capacidad de atracción y, sobre todo en las comarcas septentrionales de la cordillera, con el rápido progreso de la alfabetización (en parte, un efecto diferido de la inserción mercantil preindustrial). Tan sólo el ritmo calmado del desarrollo económico general impedía que las salidas migratorias se aceleraran definitivamente.

La evolución demográfica del Sistema Central fue menos problemática (de hecho, fue ligeramente expansiva) durante la fase 1850-1950. Algunas de sus comarcas sí lograron consolidar una cierta base exportadora agraria, bien agrícola (como en las comarcas del extremo occidental de la cadena) bien ganadera. De hecho, la cercanía de Madrid impulsó un mayor grado de especialización en algunas de las comarcas mejor comunicadas. Además, hay que tener en cuenta que ni la trashumancia ovina ni la manufactura dispersa habían alcanzado en la mayor parte del Sistema Central un carácter vertebrador tan acentuado, por lo que su crisis no resultó tan devastadora. Aun con todo, y al igual que en el Sistema Ibérico, los campesinos estaban lejos de los niveles de vida de la montaña húmeda y la economía no tendía a diversificarse de manera significativa.

Las carencias de la montaña Interior se hicieron especialmente patentes durante la segunda mitad del siglo XX. El deterioro relativo del bienestar de sus habitantes se agudizó, no sólo porque la ausencia de oportunidades fuera de la agricultura deprimiera los niveles de renta, sino también porque las bajas densidades demográficas (un rasgo estructural previo a la despoblación y ampliamente determinado por factores geográficos) y la precariedad de las comunicaciones acentuaban la penalización impuesta por el hábitat rural sobre el acceso a servicios básicos. La despoblación y la consiguiente desertización del espacio fueron extremas. A lo largo de las últimas décadas, el desarrollo del sector turístico ha carecido de la fuerza necesaria para mermar la perifericidad de la montaña Interior. Además, el modelo pirenaico de recuperación demográfica basada en la residencialidad post-industrial y la generación de saldos migratorios positivos tan sólo ha podido ser seguido en la comarca madrileña de Lozoya-Somosierra y, en menor medida, por la vecina comarca de Segovia. Los espectaculares resulta-

dos obtenidos por ambas han bastado, sin embargo, para elevar la población actual del Sistema Central por encima de su nivel de 1991. Y, sobre todo, han demostrado que las posibilidades de recuperación pasaban mucho más por una afortunada inserción en la dinámica general del sistema que por la acción de medidas políticas concretas, como en el sentido contrario ha podido comprobar la gran mayoría de comarcas del Sistema Ibérico que participó en la Iniciativa LEADER. Pero tal inserción es precisamente uno de los problemas históricos de la montaña Interior.

La montaña Sur: dramas rurales superpuestos

Si consideramos todo el periodo 1860-2000, la montaña Sur ha sido la zona con menores pérdidas demográficas. Buena parte de ese aparente éxito se fraguó en la fase previa a 1950, durante la cual la población aumentó en casi un 50%. Esta trayectoria, la más expansiva (con mucho) de la montaña española, se dio sin embargo en el marco de una economía campesina precaria, en la que la mortalidad era elevada, los niveles de consumo alimenticio eran muy bajos, el analfabetismo era masivo y los beneficios derivados de la inserción en la división del trabajo se canalizaban de manera menos generalizada entre la población que en otras áreas montañosas. Las insuficiencias de esta economía campesina se prolongaron hasta bien entrado el siglo XX, ya que tampoco surgieron oportunidades económicas destacadas fuera del sector agrario. ¿Cómo, entonces, pudo ser posible un crecimiento demográfico como el registrado entre 1860 y 1950? La respuesta tiene que ver con la fortaleza de la base exportadora y los obstáculos que bloquearon la gestación de una mayor sensibilidad migratoria ante la precariedad.

El bajo grado de humedad de la montaña Sur dificultaba el mantenimiento de densidades ganaderas elevadas e incentivaba, junto con el resto de condicionantes ecológicos, la orientación agrícola de las explotaciones. La trilogía mediterránea (cereal, olivar y viñedo) se encontraba originalmente más extendida que en las otras zonas de montaña, y el contexto mercantil del periodo 1850-1950 hizo posible una expansión aún mayor. La consolidación de la opción agrícola de especialización quedó reflejada en el correspondiente cambio en los

usos del suelo y, en algunos casos, también en los derechos de propiedad. La privatización de los montes públicos no llegó tan lejos como en las tierras bajas circundantes (cuya base exportadora agrícola también encontraba nuevas posibilidades de expansión en el marco de la industrialización), pero sí más allá de lo común en montaña. Las potencialidades agrícolas de algunos de los montes crearon presiones internas para su privatización (la cual perjudicó a algunos de los segmentos más desfavorecidos de la población). El crecimiento agrícola vivido por la montaña Sur durante esta fase hizo posible un aumento paralelo del número de familias (aumento que, precisamente, era más factible que en otras zonas debido a la menor presencia de superficies comunales) y, por esa vía, de la población total. Había salidas migratorias permanentes, pero apenas alcanzaban el 50-60% del crecimiento vegetativo.

La secuencia fue paradigmática en las sierras subbéticas, donde el cultivo cereal y un olivar en continua expansión por las laderas conformaron una base exportadora sólida, alejando a la zona de los problemas que la crisis de la trashumancia había causado en el Sistema Ibérico o el Pirineo. En las sierras penibéticas, las dificultades fueron mayores. Aprovechando una dotación natural muy peculiar, que permitía el acceso a zonas agroclimáticas muy diversas en un corto radio geográfico, los campesinos penibéticos desarrollaron una actividad agrícola más diversa y, para el estándar de montaña, exótica. Sin embargo, algunos de estos cultivos, como por ejemplo el viñedo, atravesaron coyunturas inestables por motivos biológicos y mercantiles, y revelaron a los campesinos las ventajas y los riesgos de su inserción en la división del trabajo. Como consecuencia de estas inestabilidades, las sierras penibéticas alcanzaron su máximo poblacional en una fecha tan temprana como 1887, y en 1950 tenían un tamaño demográfico similar al de 1860. Pero debemos considerar que sus campesinos tuvieron que atravesar crisis en las que su precariedad cotidiana se veía agravada por dificultades coyunturales en su inserción mercantil, problemas de sobrecarga ecológica y un excesivo desequilibrio entre el número de productores y el número de consumidores dentro de las familias campesinas. Lo que sorprende, en realidad, es que no hubiera una tendencia clara hacia la despoblación.

El alejamiento físico de los principales focos de la industrialización y la persistencia del analfabetismo contribuyeron a disminuir la pro-

pensión migratoria de los campesinos de la montaña Sur. Además, el hecho de que sus rutas de migración temporal estuvieran poco vinculadas a las regiones punteras del país (en parte, de nuevo, debido a la posición geográfica) pudo reforzar este efecto. Como la inserción en la división del trabajo se vio consolidada o, en el peor de los casos, no se derrumbó de manera estructural, la economía campesina de la montaña Sur, ajena a la fuerza polarizadora que estaba despoblando varias de las comarcas montañosas del cuadrante nororiental de la Península, se reprodujo a escala ampliada en términos demográficos.

Pero la montaña Sur no sólo estaba quedándose fuera de la polarización demográfica, sino también de la difusión productiva en los sectores no agrarios. Así, a la altura de 1950, su grado de diversificación sectorial era mínimo. Durante la segunda mitad del siglo XX, la distancia y el nivel educativo han seguido actuando como filtros y han impedido una despoblación extrema como la de la montaña Interior, que es lo que tendría que haberse producido si tenemos en cuenta la enorme brecha de bienestar existente. Los niveles de renta y consumo eran bajísimos y, a pesar de que las densidades demográficas no eran tan bajas como en otras partes de la montaña española, la penalización rural era muy considerable. En cuanto las oportunidades de promoción social fuera de la montaña se multiplicaron, como ocurrió entre 1950 y 1975, las salidas migratorias se aceleraron, llegando probablemente a los niveles de la montaña Interior.

Ahora bien, la expansión del periodo previo había generado una estructura por edades que oponía a esa tendencia mayores saldos vegetativos que en la montaña Interior. A lo largo de las tres últimas décadas, además, las salidas migratorias y la despoblación se han ralentizado, otorgando un cierto carácter inconcluso al declive. Así, la reserva demográfica no se ha vaciado en la medida en que lo ha hecho en la mayor parte de zonas: los niveles de envejecimiento han estado entre los más bajos de la montaña española y el crecimiento vegetativo sólo se ha vuelto negativo a partir de la década de 1990. Y esto se ha conseguido sin que tampoco el turismo o la residencialidad post-industrial hayan terminado de cuajar, como ya ocurriera previamente con la industria. Los niveles de renta se mantienen por debajo del 75% de la media nacional, como quizá no podía ser de otro modo teniendo en cuenta el ambiente macroeconómico regional, y la desagrarización “por defecto” ha contribuido en gran medida al cambio estructural.

Como la despoblación no ha vaciado plenamente la reserva demográfica, la desagrarización ha sido menos profunda que en otras partes y el sector agrario aún representa el 25% del empleo total.

Por todo ello, la montaña Sur da la impresión de haber recorrido con particular lentitud la senda común. Menos expuesta que otras zonas a las tensiones (polarizadoras y difusoras) de la industrialización, su economía se ha transformado siempre de manera lenta, y su declive demográfico ha sido tardío y no ha guardado proporcionalidad con la magnitud de los déficit de bienestar secularmente soportados por la población. ¿Dónde está, pues, el drama rural? ¿En la despoblación, consecuencia del escaso bienestar, o en la persistencia de los bajos niveles de vida, consecuencia parcial (al menos en perspectiva comparada) de la tibieza del ajuste demográfico? ¿En la eliminación de la vida rural tradicional, consecuencia del desarrollo económico, o en su persistencia parcial, consecuencia de la debilidad (también parcial) del mismo? Las políticas de desarrollo rural deberían abandonar las metáforas que sugieren la necesidad de restablecer situaciones pasadas (y que, por cierto, instalan una tozuda “fracasomanía” hirschmaniana en el ambiente).⁴² En mi opinión, el objetivo no es recomponer, sino (contribuir a) crear algo nuevo. Las economías de montaña ya se encuentran bastante desagrarizadas, y los estándares aceptables de bienestar también han cambiado mucho. El objetivo puede ser, más bien, construir en estas condiciones una sociedad rural viable. El epílogo reflexiona sobre este tema.

⁴² Sobre la “fracasomanía” y la “propensión a ver tinieblas y fracasos por todas partes”, Hirschman (1968; 1970b); véase también Hirschman (1992: 241-242).

Epílogo

**HACIA LA ESTRATEGIA
DEL DESARROLLO RURAL**

La temática del desarrollo rural en los países occidentales es compleja y ocupa a numerosos especialistas. No es mi intención en este epílogo realizar una revisión exhaustiva de los diferentes conceptos y posiciones. En correspondencia, tampoco aspiro a presentar un planteamiento detallado de mis propuestas. Pero sí creo que el análisis histórico hasta ahora realizado contiene algunas enseñanzas útiles. En este epílogo las integro con varias opiniones personales sobre lo que deberían ser las respuestas políticas a la situación de nuestras zonas de montaña y, por extensión, de nuestro medio rural.

El agrarismo, un error de la política de montaña

Aún hoy día, cuando menos del 20% de la población de montaña vive del sector agrario, persiste la percepción generalizada de que la actividad agropecuaria constituye la espina dorsal de la economía rural.¹ Hace un cuarto de siglo, cuando se debatía en España la puesta en marcha de una política de montaña, la percepción era aún más común. Si la Ley de Agricultura de Montaña hubiera sido debatida a partir de los datos reales de una muestra de comarcas representativas (y no a partir de “sabiduría convencional”), el resultado habría podido

¹ De acuerdo con una encuesta reciente, hasta el 75% de la población considera que el medio rural se sostiene gracias al sector agrario y en torno al 35-40% no cree que dicho sector esté perdiendo peso en la economía rural (Vilalta y Miguel 1999: 419). En realidad, sin embargo, esta actividad apenas representa ya el 15% de los ingresos de los hogares rurales españoles (B. García Sanz e Izcarra 1999-2000: 122, 129).

ser diferente.² A la altura de 1981, un año antes de que se promulgara la ley, ya sólo el 41% de la población ocupada de la montaña trabajaba en el sector agrario. Éste era aún el empleador principal, pero dejaría de serlo durante la década de 1980. Lejos de constituir una sorpresa, la continua pérdida de peso ocupacional y social del sector agrario era predecible a partir de las tendencias originadas por el arranque de la despoblación y el hundimiento de la sociedad campesina.

Pero se insistió en la vía agraria hacia el desarrollo rural y, de ese modo, se restringió de inicio la propia capacidad de la política para influir sobre la trayectoria de las comarcas montañosas. La aplicación efectiva de la Ley de Agricultura de Montaña, reducida a la concesión de Indemnizaciones Compensatorias de Montaña a un pequeño porcentaje de explotaciones agrarias, reforzó el agrarismo que ya se derivaba de su diseño. En mi opinión, la política debe desagrarizarse, como ha hecho ya la economía. El desarrollo rural no debería seguir siendo un apartado (financieramente modesto, para más inri) de la política agraria.³ Antes al contrario, ésta debería subordinarse a una estrategia general de desarrollo rural. Un cambio institucional que

² El propio ministro del ramo en el momento de entrar en vigor la ley, José Luis Álvarez, dio muestras de la precariedad técnica en que se movían nuestros representantes políticos: en su exposición parlamentaria, no pareció consciente del crecimiento demográfico que en términos agregados registró la montaña hasta 1950, redujo la ganadería de montaña a la actividad trashumante y la actividad agrícola a simples cultivos marginales de bajo rendimiento, y parecía considerar que en la montaña apenas había empresas de tamaño siquiera mediano (*Ley* 1985: 169-170). Incluso el principal responsable de la línea agrarista que finalmente tomó la política de montaña, Jaime Lamo de Espinosa, se manifiesta ahora también en favor de “una política de desarrollo rural no basada estrictamente en el desarrollo agrario” (Lamo 1997: 217).

³ Todo ello sin perjuicio de que, ya desde la década de 1980, se manifieste en la Política Agraria Común un gradual desplazamiento desde el objetivo del crecimiento agrario hacia el del desarrollo rural (Etxezarreta 1995: 186). Pero la modestia del desarrollo rural como “segundo pilar” de la PAC puede percibirse por ejemplo en los datos presupuestarios proporcionados por la **Comisión Europea** (1999: 5); véanse también Sumpsi (2002: 137-143) y Alario (2001: 253, 256).

podría favorecer (o, cuando menos, formalizar) esta nueva concepción sería la transformación de las administraciones agrarias en administraciones rurales. Así, aunque por ahora siguen siendo casos excepcionales, algunas Comunidades Autónomas han dado ya este paso. El propio Ministerio de Agricultura podría pasar a ser un Ministerio de Asuntos Rurales (o Desarrollo Rural); en realidad, suyas son ya algunas de las competencias políticas que más afectan al medio rural.⁴ Finalmente, una transformación similar del organigrama europeo podría tener importantes efectos de difusión sobre el resto de niveles administrativos.

De hecho, uno de los argumentos barajados en su momento por los defensores del agrarismo fue la necesidad de adaptar la política de montaña española a los cánones europeos, definidos en la Directiva 75/268 sobre agricultura de montaña. Pero los cánones europeos también habían sido establecidos desde una distorsión agrarista de la realidad de las economías de montaña. La lección (¿aprendida?) es que Europa no siempre tiene razón o, más sutilmente, que las administraciones central y autonómicas no tienen por qué limitarse a gestionar meras adaptaciones de la política europea bajo el pretexto de su pérdida de soberanía.⁵ España podría haberse dotado de una política de montaña multisectorial (como reclamaban algunos grupos parlamentarios a los que el tiempo ha dado la razón) sin por ello dejar de satisfacer los cánones europeos en los apartados agrarios de la misma. La Ley Catalana de Alta Montaña de 1983 pronto iba a demostrarlo. Pero, lamentablemente, no siempre hay selección teleológica en el mundo de las instituciones. Aún en los recientes debates establecidos en el Senado sobre la situación de las poblaciones de montaña, la persisten-

⁴ En esta línea véanse Sumpsi (2002: 139-140) o Hervieu (1997: 39-40); también Esparcia y Noguera (1999: 34-35). La creación de una Comisión Interministerial de Asuntos Rurales, apuntada en el reciente *Libro Blanco* (2003: 27), sería un paso interesante en esta dirección, pero Huillet (1999: 121) señala algunos de los problemas operativos de esta fórmula y su inferioridad respecto a la fórmula ministerial pura.

⁵ Regidor (2000: 146, 178-181) argumenta así “la necesidad de estrategias nacionales y regionales de desarrollo rural, que *orienten* esta variada gama de medidas e instrumentos” (la cursiva es mía). Véanse también Sancho Hazak (1997b: 865), y Lamo (1994: 253-254) sobre “Bruselas como excusa y como escudo”.

cia de la oposición a un enfoque decididamente multisectorial resulta sorprendente.⁶ El tiempo corre y la montaña se desagrariza cada vez más, pero la acción institucional específica sigue presa de la preconcepción agrarista.⁷

¿Productivismo o kulturstaat?

Desde al menos finales de los años 1980, la diversificación de la economía rural pasó a convertirse en objetivo explícito de las políticas europeas. Pero el énfasis en la diversificación económica, reflejado por ejemplo en la Iniciativa LEADER, ha tenido mucho de ilusorio: la gran mayoría de fondos que ha fluido hacia el medio rural ha seguido vinculada a la producción agraria a través de la PAC. Las actuales perspectivas de revisión de la misma plantean el paulatino trasvase de fondos desde dicha política hacia la política de desarrollo rural, pero aún estarían lejos de la equiparación de ambos pilares (y ello sin considerar las medidas que, aunque catalogadas como desarrollo rural, benefician exclusivamente a los agricultores).

Además, el énfasis por el fomento de actividades no agrarias ha reforzado, al menos en parte, el sesgo productivista de las políticas rurales. En su libro *La estrategia del desarrollo económico*, Albert Hirschman diferenciaba entre la promoción de actividades directamente productivas y la provisión de capital social fijo como elementos clave de la estrategia.⁸ El primer elemento ha primado hasta ahora en

⁶ Véase Diario de Sesiones del Senado – Pleno, nº 37, 20 de marzo de 2001, y nº 90, 21 de mayo de 2002 (www.senado.es, Publicaciones). Como ya hiciera durante su primera etapa en la oposición (pero no durante su posterior etapa en el gobierno), el PSOE se mostró en estos debates partidario de una política integral de montaña.

⁷ Salvo en los casos en que los gobiernos autonómicos decidan lo contrario, como ocurrió (de nuevo) en Cataluña con el Programa de Política General de Montaña (Resolución PTO/300/2002), significativamente emitido no por un organismo de política agraria sino por el Departamento de Política Territorial y Obras Públicas. Sobre algunas actuaciones previas de este Departamento en el marco de la Ley Catalana de Alta Montaña, Jané y Castelló (1995: 250-252).

⁸ Hirschman (1958).

la estrategia del desarrollo rural europeo. Incluso aunque se produjera de manera más decidida que hasta el momento, el desplazamiento del énfasis desde la agricultura hacia la economía rural diversificada altera el contenido, pero no la esencia, del enfoque productivista.

Sin embargo, el cambio estructural “por defecto” y algunos genuinos efectos de difusión han contribuido a acabar con algunos de los problemas que la estrategia diversificadora estaba resuelta a corregir. Así, tanto la estructura del empleo como la renta per cápita de la montaña han convergido con la media nacional, como hemos visto en el capítulo 4. Lo que esta convergencia haya podido tener de engañoso no la convierte en irreal. En estos momentos, la economía de montaña se encuentra muy diversificada y proporciona a sus habitantes unos ingresos relativos cada vez más satisfactorios. En mi opinión, el problema central no reside en que no se hayan alcanzado mayores niveles de diversificación y renta, sino en que ése ha sido precisamente el único objetivo “logrado” (las comillas responden a lo engañoso que va implícito en el logro). La penalización rural en el bienestar sigue manifestándose, sin grandes signos de convergencia, en el acceso a numerosos equipamientos, servicios e infraestructuras.⁹ La acción pública no puede acabar con esta penalización, que en parte se deriva de desventajas mercantiles en un contexto de baja densidad demográfica, pero sí puede mitigarla. Lo que necesitamos es reorientar la estrategia del desarrollo rural desde la promoción de actividades productivas hacia la provisión de capital social fijo (en un sentido amplio).

Esto nos lleva al nudo del asunto: los fines que debe perseguir la política rural.¹⁰ En mi opinión, el fin último remite al mantenimiento de comunidades rurales vivas, dinámicas, capaces de ofrecer niveles de bienestar aceptables para sus habitantes e integradas con el medio

⁹ O, como señala Sancho Hazak (1997a: 204): “la diversificación productiva, definida como paradigma actual del desarrollo rural estaría más presente de lo que inicialmente se supone y el problema de los planificadores no sería tanto el diversificar como el fijar las condiciones de residencia en régimen de competencia con los otros núcleos de domicilio, es decir en la oferta de servicios y equipamientos”.

¹⁰ Sobre la necesidad de establecer mayores niveles de discusión explícita sobre los objetivos de las políticas rurales, Abad y Naredo (1997: 306).

urbano a través de numerosos flujos sociales, culturales y económicos.¹¹ Se derivan de aquí dos objetivos próximos: la mejora de la habitabilidad rural (la mitigación de la penalización en el bienestar) y la conservación del patrimonio ecológico y cultural. Ambas líneas de actuación benefician al conjunto de la población rural (y no sólo a los agricultores) y, bajo determinadas condiciones, pueden favorecer un desarrollo más fluido de las actividades productivas (en particular, el turismo).¹² Pero, además, benefician también a la población urbana deseosa de garantizar (y disfrutar de) una mayor diversidad territorial y social en su proyecto vital.¹³ Se trata, pues, de una versión adaptada a los nuevos tiempos del *kulturstaat* o “Estado civilizador” que Kautsky oponía, como verdadera protección de la población rural, a la interesada protección arancelaria del sector agrario frente a la competencia extranjera.¹⁴

En determinadas situaciones (como la construcción de infraestructuras de transporte o la preservación de espacios naturales protegidos), la acción de este *kulturstaat* no puede ser sino directa. Pero el peligro de “la absorción de toda espontaneidad social por el Estado” no es menos importante que las pérdidas de diversidad que pudieran derivarse de la no intervención.¹⁵ Debe favorecerse también la regulación indi-

¹¹ Una convincente crítica al enfoque alternativo de “supervivencia-conservación etnológica” puede encontrarse en Ortega Valcárcel (1989: 115-116); véase también Peña Rotella (2002: 765-766).

¹² “El control ambiental puede ser realmente bueno para el negocio”: Galbraith (2001: 47-48) proporciona una anécdota personal acerca de la preservación ecológica y sus efectos inductores sobre el turismo rural.

¹³ Tal proyecto recoge un eco milliano: véase la defensa que Mill (1871: 643) hace del mantenimiento de un cierto grado de soledad, de la contemplación ecológica o del perfeccionamiento del “arte de vivir [...] cuando los espíritus dejan de estar absorbidos por la preocupación constante del arte de progresar”.

¹⁴ Kautsky (1899: 451-454). Evidentemente, las formas (financieras y territoriales) óptimas de este tipo de acción pública son asunto abierto al debate; un ejemplo de la complejidad que éste alcanza, en López Laborda y Salas (2002).

¹⁵ La expresión, que sobrevive al contexto en que fue formulada, es de Ortega y Gasset (1929: 149).

recta que, alterando los incentivos y condiciones informativas de los agentes privados, permita la conexión de (algunos de) los objetivos de la política rural a los mecanismos de mercado.¹⁶ Los incentivos agro-ambientales de la PAC (o la modulación en clave ecológica de la Indemnización Compensatoria de Montaña) marcan las posibilidades que se le abren al sector agrario desde esta perspectiva. Por esta vía, el límite de la estrategia reside más bien en los problemas extraeconómicos que los sociólogos han detectado en los procesos de “mercantilización de la diferencia”.¹⁷ En cualquier caso, es probable que el camino hacia la estrategia del desarrollo rural tenga menos que ver con la brillantez de la originalidad intelectual que con un sensato desplazamiento de los focos de interés entre objetivos e instrumentos ya existentes.¹⁸

¿Necesitamos una política de montaña?

Dentro de la montaña española se ha registrado siempre una gran diversidad de condiciones sociales, económicas, demográficas y ecológicas. Pese a ello, nuestra política de montaña se diseñó en términos unitarios, desde una particular aplicación del principio de igualdad de todos los españoles ante la ley: la Ley de Agricultura de Montaña era, por su propia naturaleza, compensatoria y, pese a dejar fuera de sus beneficios a toda la población urbana y a toda la población del rural no montañoso, se consideró que no podían establecerse distinciones entre los distintos agricultores de montaña.¹⁹ Pero las situaciones eran, en

¹⁶ En el plano ecológico, por ejemplo, esta aproximación ha sido reivindicada por Costanza y otros (1997: 214-228). En comparación con la esfera pública, la esfera privada ha recibido una atención marginal en el debate académico sobre el desarrollo rural; una excepción, en Salvà (1999: 100-104).

¹⁷ Boltanski y Chiapello (1999: 567-570, 596-598).

¹⁸ De hecho, la visión sectorialista se consolidó en España a comienzos de la década de 1970 desplazando, precisamente, a una visión previa más global y con mayor vocación territorial (Sancho Hazak 1997b: 852-854; *Libro Blanco* 2003: 595).

¹⁹ Véase la discusión parlamentaria en torno a la conveniencia de que los criterios delimitativos de la montaña fueran o no los mismos a lo largo de todo el territorio nacional: *Ley* (1985: 88, 339-341).

efecto, diferentes y, en la actualidad siguen siéndolo en mayor grado de lo que el marco institucional parece dispuesto a considerar.²⁰

El Pirineo, por ejemplo, ha ganado una tendencia demográfica y unos niveles de bienestar que se alejan con claridad del estándar de la montaña en crisis. En su caso, el desarrollo rural significa seguir mitigando la penalización rural y evitar que la concentración de la población en las cabeceras comarcales genere externalidades ecológicas y urbanísticas de signo negativo. Todo cambia en la montaña Sur, donde los efectos de difusión que han tirado de la economía pirenaica se han manifestado sólo de manera tardía y débil. En estas sierras meridionales, persisten bolsas de pobreza relativa y los ajustes relacionados con la crisis demográfica no han llegado tan lejos como en otras partes de la montaña española. En la montaña Interior, en cambio, los niveles de renta son cada vez más aceptables y el problema básico es de penalización rural y crisis demográfica extrema. La estrategia del desarrollo rural no puede ser la misma en todos los casos.

De hecho, la propia concepción de una política de montaña resulta discutible. Del análisis histórico precedente se extrae la conclusión de que, si bien las zonas montañosas han compartido y comparten numerosos rasgos en común, también son muchos los elementos que las diferencian. La mayor parte de los resultados obtenidos sobre la crisis demográfica de la montaña pueden extrapolarse al conjunto de áreas rurales del país. También la propuesta de optar por un desarrollo rural basado en la mitigación de la penalización rural y la conservación ecológica (con los problemas de pobreza relativa incorporados a estrategias de desarrollo regional) podría hacerse extensiva al rural no montañoso. En mi opinión, no necesitamos una política de montaña, sino una política rural flexible, que sea capaz de adaptarse a la diversidad de situaciones existentes, incorporando este condicionante geográfico como uno más de los elementos a considerar. Sin duda, la transformación de la PAC en una auténtica política rural induciría numerosos cambios paralelos en las políticas de las administraciones central y autonómicas. Pero los cambios también pueden comenzar desde abajo.

²⁰ Una crítica en este sentido, en Sumpsi y otros (2003: 159, 235).

Los desafíos de la política rural se enmarcan así en panoramas sorprendentemente trascendentes. La profundización de nuestros mecanismos democráticos, favoreciendo una mayor participación ciudadana y mejorando el engarce entre los distintos niveles administrativos, es uno de los elementos de la agenda.²¹ Otro es la necesidad de encontrar el “equilibrio social” entre una producción privada alimentada por el instinto vebleniano de la emulación pecuniaria y unos servicios públicos con permanente tendencia a quedar retrasados.²² Una vez resuelto el “problema económico” (en la expresión de J. M. Keynes), la crítica artística al capitalismo, incluyendo los problemas de la tendencia hacia la homogeneización humana (ya enunciado por John Stuart Mill o José Ortega y Gasset) o “el nefasto enloquecimiento de la población en las grandes ciudades” (en palabras de Kautsky), gana peso en relación a la crítica social.²³ El propio Mill, en su Inglaterra decimonónica, ya sentenciaba que “no es el deseo de riquezas lo que hay que enseñar, sino más bien la manera de servirse de éstas, como asimismo la de apreciar otros objetos de deseo que no se pueden comprar con riquezas”.²⁴ Y Polanyi escribió más tarde que “una sociedad industrial puede darse el lujo de ser libre” y sacrificar, si es preciso, la eficiencia económica en favor de otros objetivos.²⁵

²¹ Una aplicación al caso de los espacios naturales, en Carbonell, Fábregas y Gárate (2002).

²² Galbraith (1958: 55).

²³ Keynes (1930: 327-328), Mill (1859: 126-151; 1873: 239), Ortega y Gasset (1929: 42), Kautsky (1899: 329). La distinción entre la crítica artística y la crítica social se encuentra desarrollada en Boltanski y Chiapello (1999: 84-89).

²⁴ Mill (1871: 114). Mill (1871: 642) consideraba que “sólo en los países atrasados del mundo es todavía un asunto importante el aumento de la producción”, sin entender el “motivo para congratularse de que personas que son ya más ricas de lo que nadie necesita ser, hayan doblado sus medios de consumir cosas que producen poco o ningún placer excepto como representativas de riqueza”; véase también Galbraith (1971: 103).

²⁵ Polanyi (1944: 254); véase también Bell (1973: 63, 327, 343-345) que, en estilo schumpeteriano, identificó ésta como “la tendencia histórica a largo plazo de la sociedad occidental”.

Pero, ¿sabemos cómo hacerlo? Keynes veía aquí el “problema real y permanente” del ser humano: “cómo usar su libertad respecto de los afanes económicos acuciantes [...] para vivir sabia y agradablemente bien”.²⁶ Hoy como ayer, los pueblos de montaña viven, desde su perifericidad, envueltos en algunos de los interrogantes centrales de nuestra sociedad. Y, como todos nosotros, necesitan respuestas.

²⁶ Keynes (1930: 329).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Fuentes primarias

Anuario (1997) de turismo rural 1997. España y Portugal. Madrid, Susaeta.

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE LA CARRETERA (1998): *Las carreteras españolas en cifras. 1996/1997.*

BANESTO (1965): *Anuario del mercado español 1965.* Madrid.

- (1966): *Anuario del mercado español 1966.* Madrid.
- (1971): *Anuario del mercado español 1971.* Madrid.
- (1972): *Anuario del mercado español 1972.* Madrid.
- (1982): *Anuario Banesto del mercado español 1982.* Madrid.
- (1983): *Anuario Banesto del mercado español 1983.* Madrid.
- (1992): *Anuario del Mercado Español, 1992.* Madrid.
- (1993): *Anuario del Mercado Español, 1993.* Madrid.

Catálogo (1862) de los montes públicos exceptuados de la desamortización. 1862. Madrid, ICONA, 1991.

Catálogo (1901) de los montes y demás terrenos forestales exceptuados de la desamortización por razones de utilidad pública. Madrid, ICONA, 1993.

Clasificación (1859) general de los montes públicos. 1859. Madrid, ICONA, 1990.

COMISIÓN EUROPEA (1999): *CAP Reform: Rural Development.* Bruselas.

CPDES [COMISARÍA DEL PLAN DE DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL] (1963): *Factores humanos y sociales.* Madrid, Imprenta Nacional del Boletín Oficial del Estado.

Crisis (1887-89) agrícola y pecuaria. Actas y dictámenes de la comisión creada por el Real Decreto de 7 de julio de 1887 para estudiar la crisis que atraviesa la agricultura y la ganadería. Madrid.

DGAIC [DIRECCIÓN GENERAL DE AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO] (1891a): *Avance estadístico sobre cultivo y producción de la vid en España formado por la Junta Consultiva Agronómica. 1889. Madrid.*

- (1891b): *Avance estadístico sobre cultivo y producción del olivo en España formado por la Junta Consultiva Agronómica. 1888. Madrid.*
- (1891c): *Avance estadístico sobre el cultivo cereal y de leguminosas asociadas en España formado por la Junta Consultiva Agronómica. 1890. Quinquenio de 1886 a 1890, ambos inclusive. Madrid.*
- (1892): *La ganadería en España. Avance sobre la riqueza pecuaria en 1891 formada por la Junta Consultiva Agronómica conforme a las memorias reglamentarias que en el citado año han redactado los ingenieros del Servicio Agronómico. Madrid.*
- (1896): *Estadística de producción de cereales y leguminosas en 1895 formada por la Junta Consultiva Agronómica con arreglo a los datos remitidos por los ingenieros del servicio provincial. Madrid.*

DGIGCE [DIRECCIÓN GENERAL DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO, CATASTRAL Y DE ESTADÍSTICA] (1932): *Censo de la población de España según el empadronamiento hecho en la Península e islas adyacentes y posesiones del norte y costa occidental del África. Madrid.*

DGIGE [DIRECCIÓN GENERAL DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO Y ESTADÍSTICO] (1883): *Censo de la población de España, según el empadronamiento hecho en 31 de diciembre de 1877. Madrid.*

- (1892): *Censo de la población de España según el empadronamiento hecho en 31 de diciembre de 1887. Madrid.*
- (1895): *Movimiento de la población de España 1886-1892. Madrid.*

- (1902): *Censo de la población de España según el empadronamiento hecho en la Península e islas adyacentes el 31 de diciembre de 1900*. Madrid.
- (1912-14): *Reseña Geográfica y Estadística de España*. Madrid.
- (1913): *Censo de la población de España según el empadronamiento hecho en la Península e islas adyacentes el 31 de diciembre de 1910*. Madrid.

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA (1922): *Censo de la población de España según el empadronamiento hecho en la península e islas adyacentes el 31 de diciembre de 1920*. Madrid.

- (1943): *Censo de la población de España según el empadronamiento hecho en la Península e islas adyacentes y posesiones del norte y costa occidental de África el 31 de diciembre de 1940*. Madrid.
- (1944): *Anuario Estadístico Provincial de Cuenca. Año 1943*. Madrid.

DUN & BRADSTREET (1989): *Duns 15000. Principales Empresas Españolas 1989*. Madrid.

Estadística (1883) minera de España correspondiente al año de 1881, formada por la Junta Superior Facultativa de Minería y publicada por orden de la Dirección General de Agricultura, Industria y Comercio. Madrid.

Estadística (1910) minera de España formada y publicada por el Consejo de Minería. Año 1908. Madrid.

Estadística (1925) minera de España formada y publicada por el Consejo de Minería. Año 1924. Madrid.

Estadística (1951) minera y metalúrgica de España. Año 1950. Madrid, Ministerio de Industria y Comercio.

Estadística (1967) minera y metalúrgica de España formada y publicada por el Consejo de Minería y Metalurgia. Año 1967. Madrid, Ministerio de Industria.

GARCÍA FERNÁNDEZ, P. (1985): *Población de los actuales términos municipales 1900-1981. Poblaciones de hecho según los Censos*. Madrid, INE.

INSTITUTO GEOGRÁFICO NACIONAL (1995): *Atlas Nacional de España*. Madrid.

INE [INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA] (1949a): *Ensayo de división de las provincias españolas en comarcas agrícolas homogéneas. Trabajo previo efectuado por el Servicio de Estadísticas Económicas con la colaboración de las delegaciones provinciales del Instituto*. Madrid.

- (1949b): *Anuario Estadístico Provincial de Zamora. Año 1948*. Madrid.
- (1950): *Reseña estadística de la provincia de Navarra*. Madrid.
- (1952): *Censo de la población de España y territorios de su soberanía y protectorado, según el empadronamiento realizado el 31 de diciembre de 1950*. Madrid.
- (1953): *Reseña estadística de la provincia de León*. Madrid.
- (1954a): *Reseña estadística de la provincia de Logroño*. Madrid.
- (1954b): *Reseña estadística de la provincia de Palencia*. Madrid.
- (1954c): *Reseña estadística de la provincia de Santander*. Madrid.
- (1955a): *Reseña estadística de la provincia de Álava*. Madrid.
- (1955b): *Reseña estadística de la provincia de Albacete*. Madrid.
- (1955c): *Reseña estadística de la provincia de Burgos*. Madrid.
- (1955d): *Reseña estadística de la provincia de Huesca*. Madrid.
- (1956a): *Nomenclátor de las ciudades, villas, lugares, aldeas y demás entidades de población correspondientes al censo de 1950*. Madrid.
- (1956b): *Reseña estadística de la provincia de Granada*. Madrid.
- (1956c): *Reseña estadística de la provincia de Orense*. Madrid.
- (1956d): *Reseña estadística de la provincia de Oviedo*. Madrid.
- (1958a): *Reseña estadística de la provincia de Ávila*. Madrid.
- (1958b): *Reseña estadística de la provincia de Cuenca*. Madrid.
- (1958c): *Reseña estadística de la provincia de Guadalajara*. Madrid.
- (1958d): *Reseña estadística de la provincia de Lérida*. Madrid.
- (1958e): *Reseña estadística de la provincia de Soria*. Madrid.

- (1959): *Reseña estadística de la provincia de Gerona*. Madrid.
- (1960): *Reseña estadística de la provincia de Zamora*. Madrid.
- (1962): *Censo de la población y de las viviendas de España según la inscripción realizada el 31 de diciembre de 1960*. Madrid.
- (1963): *Reseña estadística de la provincia de León*. Madrid.
- (1964): *Reseña estadística de la provincia de Palencia*. Madrid.
- (1965a): *Reseña estadística de la provincia de Almería*. Madrid.
- (1965b): *Reseña estadística de la provincia de Burgos*. Madrid.
- (1966a): *Primer censo agrario de España. Octubre de 1962*. Madrid.
- (1966b): *Reseña estadística de la provincia de Álava*. Madrid.
- (1973a): *Censo de la población de España según la inscripción realizada el 31 de diciembre de 1970*. Madrid.
- (1973b): *Censo de la vivienda en España según la inscripción realizada el 31 de diciembre de 1970*. Madrid.
- (1973c): *Censo de los edificios en España según la inscripción realizada el 31 de diciembre de 1970*. Madrid.
- (1984a): *Censo de la población de España de 1981. Nomenclátor*. Madrid.
- (1984b): *Censo de edificios de 1980*. Madrid.
- (1985a): *Censo de población de 1981*. Madrid.
- (1985b): *Censo agrario de España 1982*. Madrid.
- (1991): *Censo agrario 1989*. Madrid.
- (1992): *Censo de edificios 1990*. Madrid.
- (1993): *Nomenclátor de las ciudades, villas, lugares, aldeas y demás entidades de población con especificación de sus núcleos. Censos de población y viviendas 1991*. Madrid.
- (1994): *Censo de Población de 1991*. Madrid.
- (1995): *Movimiento Natural de la Población Española 1992*. Madrid.
- (1996): *Movimiento Natural de la Población Española 1993*. Madrid.

- (1997a): *Nomenclátor de las ciudades, villas, lugares, aldeas y demás entidades de población con especificación de sus núcleos. Rectificación del padrón municipal de habitantes a 1 de mayo de 1996*. Madrid.
- (1997b): *Movimiento Natural de la Población Española 1994*. Madrid.
- (1998): *Movimiento Natural de la Población Española 1995*. Madrid.

INSTITUTO TECNOLÓGICO GEOMINERO DE ESPAÑA (1991): *Directorio de la minería española*. Madrid.

JUNTA GENERAL DE ESTADÍSTICA (1863): *Censo de población de España, según el recuento verificado en 25 de diciembre de 1860*. Madrid.

- (1868): *Censo de la ganadería de España, según el recuento verificado en 24 de Septiembre de 1865*. Madrid.

LA CAIXA (2000): *2000. Anuario Social de España*. Barcelona.

- (2001): *Anuario Económico de España 2001*. Barcelona.

Ley (1985) *de Agricultura de Montaña*. Madrid, MAPA.

LÓPEZ MARTÍNEZ, M., HIDALGO, J y PRIETO, M. (1885-89): *Diccionario Enciclopédico de Agricultura, Ganadería e Industrias Rurales*. Madrid, Viuda e Hijos de D. J. Cuesta.

MADOZ, P. (1845-50): *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de ultramar*. Madrid.

MAICOP [MINISTERIO DE AGRICULTURA, INDUSTRIA, COMERCIO Y OBRAS PÚBLICAS] (1905): *Prados y pastos. Resumen hecho por la Junta Consultiva Agronómica de las Memorias sobre dicho tema remitidas por los Ingenieros Jefes de Sección del Servicio Agronómico Nacional*. Madrid.

- (1915): *El regadío en España. Resumen hecho por la Junta Consultiva Agronómica de las Memorias sobre riegos remitidas por los Ingenieros del Servicio Agronómico provincial*. Madrid.

Mapa (1957) *de carreteras de España* Firestone. San Sebastián, Firestone Hispania.

MAPA [MINISTERIO DE AGRICULTURA, PESCA Y ALIMENTACIÓN] (1982): Madrid.

- (1990): *La agricultura, la pesca y la alimentación españolas en 1989*. Madrid.
- (1991): *La agricultura, la pesca y la alimentación españolas en 1990*. Madrid.
- (1992): *La agricultura, la pesca y la alimentación españolas en 1991*. Madrid.
- (1998): *La agricultura, la pesca y la alimentación españolas en 1997*. Madrid.
- (1999): *La agricultura, la pesca y la alimentación españolas en 1998*. Madrid.
- (2000): *La agricultura, la pesca y la alimentación españolas en 1999*. Madrid.

MINISTERIO DE AGRICULTURA (1978): *Comarcalización agraria de España*. Madrid.

- (1980): *Tipificación de las comarcas agrarias españolas*. Madrid.

MINISTERIO DE ECONOMÍA (2001): *Impuesto sobre Bienes Inmuebles. Bienes de naturaleza urbana. Año 2000*. Madrid.

MINISTERIO DE ECONOMÍA Y HACIENDA (1990): *Contribución territorial urbana. Datos tributarios básicos por municipios. Comparación años 1984-1989*. Madrid.

MINISTERIO DE FOMENTO (1913): *Avance estadístico de la riqueza que en España representa la producción media anual de Árboles y arbustos frutales. Tubérculos, raíces y bulbos. Resumen hecho por la Junta Consultiva Agronómica de las Memorias de 1910, remitidas por los Ingenieros del Servicio agronómico provincial*. Madrid.

- (1914): *Avance estadístico de la riqueza que en España representan la producción media anual de Pastos, prados y algunos aprovechamientos y Pequeñas industrias zoógenas anexas. Resumen hecho por la Junta Consultiva Agronómica de las Memorias de 1912, remitidas por los Ingenieros del Servicio agronómico provincial*. Madrid.
- (1915): *Avance estadístico de la riqueza que en España representa la producción media anual en el decenio de 1902 a 1912 de Cereales y leguminosas, vid y olivo. Aprovechamientos diversos derivados de estos cultivos. Resumen hecho por la Junta*

Consultiva Agronómica de las Memorias de 1913, remitidas por los Ingenieros del Servicio agronómico provincial. Madrid.

- (1920-21): *Estudio de la ganadería en España. Resumen hecho por la Junta Consultiva Agronómica de las Memorias de 1917, remitidas por los Ingenieros del Servicio Agronómico provincial. Madrid.*
- (1923a): *Avance estadístico de la producción agrícola en España. Resumen hecho por la Junta Consultiva Agronómica de las Memorias de 1922 remitidas por los Ingenieros del Servicio Agronómico provincial. Madrid.*
- (1923b): *El aceite de oliva. Resumen hecho por la Junta Consultiva Agronómica de las memorias de 1921 remitidas por los ingenieros del Servicio agronómico provincial. Madrid.*
- (2001): *Mapa Oficial de Carreteras. Madrid.*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1989): *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española. Madrid, Espasa-Calpe.*

RED NACIONAL DE LOS FERROCARRILES ESPAÑOLES (1964): *Plan Decenal de Modernización 1964-1973. Madrid.*

RIERA, P. (1881-87): *Diccionario geográfico, estadístico, histórico, biográfico, postal, municipal, militar, marítimo y eclesiástico de España y sus posesiones de ultramar. Barcelona, Imprenta y Librería Religiosa y Científica del Heredero de D. Pablo Riera.*

Fuentes secundarias

ABAD, C., GARCÍA DELGADO, J. L. y MUÑOZ, C. (1994): "La agricultura española en el último tercio del siglo XX: principales pautas evolutivas", en J. M. Sumpsi (coord.), pp. 69-125.

- y NAREDO, J. M. (1997): "Sobre la 'modernización' de la agricultura española (1940-1995): de la agricultura tradicional hacia la capitalización agraria y la dependencia asistencial", en C. Gómez Benito y J. J. González (eds.), pp. 249-316.

ABELLA, M. A., FILLAT, F. (coord.); GÓMEZ, A., LASANTA, T., MANRIQUE, E., MÉNDEZ, C., REVILLA, R., RUIZ, J. P. y RUIZ, M. (1988): "Sistemas ganaderos de montaña", *Agricultura y Sociedad*, 46, pp. 119-189.

- ACÍN, J. L. y PINILLA, V. (coords.) (1995): *Pueblos abandonados. ¿Un mundo perdido?* Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses, 2000.
- AGARWAL, B. (1999): "Negociación y relaciones de género: dentro y fuera de la unidad doméstica", *Historia Agraria*, 17, pp. 13-58.
- AGNOLETTI, M. (2003): "Bosques e industria de la madera en Italia, de la unificación al fascismo (1861-1940)", en J. A. Sebastián y R. Uriarte (eds.), pp. 403-429.
- AGUILERA, F. (1991): "¿La tragedia de la propiedad común o la tragedia de la malinterpretación en economía?", *Agricultura y Sociedad*, 61, pp. 157-181.
- AGULHON, M. (1976a): "La propriété et les classes sociales", en E. Juillard (dir.), pp. 74-95.
- (1976b): "Attitudes politiques", en E. Juillard (dir.), pp. 131-61.
 - (1976c): "La société paysanne et la vie à la campagne", en E. Juillard (dir.), pp. 286-328.
- ALARIO, M. (2001): "Las políticas de planificación y de desarrollo de los espacios rurales", en F. García Pascual (coord.), pp. 213-265.
- ALBERA, D. y CORTI, P. (2000): "Movimenti migratori nell'arco alpino e nella montagna mediterranea: questioni e prospettive per un'analisi comparata", en D. Albera y P. Corti (coords.), pp. 7-27.
- y CORTI, P. (coords.) (2000): *La montagna mediterranea: una fabbrica d'uomini? Mobilità e migrazioni in una prospettiva comparata (secoli XV-XX)*. Cuneo, Gribaudo.
- ALONSO, J. L. y CABERO, V. (1982): *El Bierzo. Despoblación rural y concentración urbana*. Ponferrada, Instituto de Estudios Bercianos.
- ÁLVAREZ GÓMEZ, J. (2002): "El programa LEADER en España", en E. Pérez Correa y J. M. Sumpsi (coords.), pp. 305-319.
- AMBROSIUS, G. y HUBBARD, W. H. (1986): *A Social and Economic History of Twentieth-Century Europe*. Cambridge / Londres, Harvard, 1989.
- ANES, G. (ed.) (1982): *La economía española al final del Antiguo Régimen. I. Agricultura*. Madrid, Alianza / Banco de España.
- (ed.) (1999): *Historia económica de España. Siglos XIX y XX*. Barcelona, Círculo de Lectores.

- ANES, R. (1985): "Límites de la primera industrialización en Asturias", en N. Sánchez-Albornoz (comp.) (1987), pp. 252-265.
- ANGLADA, S., BALCELLS, E., CREUS, J., GARCÍA RUIZ, J. M., MARTÍ, C. y PUIGDEFÁBREGAS, J. (1980): *La vida rural en la montaña española (orientaciones para su promoción)*. Jaca, Instituto de Estudios Pirenaicos.
- ANSÓN, M. C. (1994): "Movimientos migratorios en Asturias desde 1768 a 1857", en A. Eiras y O. Rey (eds.), II, pp. 553-570.
- ARAQUE, E. (1990): *Los montes públicos en la Sierra de Segura. Siglos XIX y XX*. Granada, Universidad de Granada.
- y SÁNCHEZ, J. (2003): "La agricultura y los montes públicos. Gestión de recursos, usos del suelo y evolución del paisaje en la Sierra de Segura (Jaén, España)", en A. Ortega Santos y J. Vignet (eds.), pp. 105-130.
- ARIZKUN, A. (1999): "*Fundiciones de Hierro y Fábrica de Acero del Bidasoa*, S. A.: la supervivencia de la producción de hierro en Navarra", en A. Carreras Odriozola, P. Pascual, D. Reher y C. Sudrià (eds.), II, pp. 904-921.
- (2001): "Navarra: de la especialización agraria a la industrialización", en L. Germán y otros (eds.), pp. 125-152.
- ARNÁEZ, J. (1981): "Pautas de comportamiento del turismo en la estación de esquí de Valdezcaray (Rioja)", *Cuadernos de Investigación Geográfica*, 7 (1-2), pp. 101-114.
- GÓMEZ, A. y MANZANARES, C. (1986): "La incidencia socio-económica de una estación de esquí en el ámbito local y regional. Valdezcaray (Rioja)", *Berceo*, 110-111, pp. 239-247.
 - LASANTA, T., ORTIGOSA, L. M. y RUIZ, P. (1990): "L'abandon de l'espace agricole dans la montagne subméditerranéenne en Espagne (Pyrénées centrales et Système ibérique)", *Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest*, 61 (2), pp. 237-253.
- ARNALTE, E. (1997): "Formas de producción y tipos de explotaciones en la agricultura española: viejas y nuevas líneas de diferenciación", en C. Gómez Benito y J. J. González (eds.), pp. 501-531.
- ARQUÉ, M., GARCIA, Á. y MATEU, X. (1982): "La penetració del capitalisme a les comarques de l'Alt Pirineu", *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 1, pp. 9-67.

- ARTIAGA, A. y BALBOA, X. (1992): "La individualización de la propiedad colectiva: aproximación e interpretación del proceso en los montes vecinales de Galicia", *Agricultura y Sociedad*, 65, pp. 101-120.
- y FERNÁNDEZ, Á. (1997): "Labradores, gandeiros, artesáns e traficantes. Unha aproximación ás actividades productivas da poboación rural en Galicia 1750-1900", *Semata*, 9, pp. 307-341.
- ASTORGA, A. F. (1994): "Crisis y posibilidades de activación socioeconómica de las zonas deprimidas de la provincia de León", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie VII, Geografía*, 7, pp. 201-234.
- AUDENINO, P. (2000): "La mobilità artigianale nelle Alpi italiane", en D. Albera y P. Corti (coords.), pp. 93-108.
- AYUDA, M. I. y PINILLA, V. (2002): "El proceso de desertización demográfica de la montaña pirenaica en el largo plazo: Aragón", *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, 2, pp. 101-138.
- BAILA, M. A. (1986): "Transició demogràfica i industrialització a Vilafranca", *Cuadernos de Geografía*, 39-40, pp. 157-173.
- y RECAÑO, J. (1992): "Aproximació a una tipologia demogràfica comarcal a finals del segle XIX: el País Valencià en 1887", en M. Livi-Bacci (coord.), pp. 183-196.
- BAINES, D. (2003): "Internal migration", en J. Mokyr (ed.), vol. 3, pp. 116-119.
- BALBOA, X. (1999): "La historia de los montes públicos españoles (1812-1936): Un balance y algunas propuestas", *Historia Agraria*, 18, pp. 95-128.
- BALCELLS, E. (1983): "Evolución socio-económica reciente de tres comunidades comarcales pirenaicas y destino actual de las superficies más productivas de su demarcación", *Cuadernos de Investigación Geográfica*, 9, pp. 41-82.
- (1989): "Utilización territorial de las mancomunidades de Echo y Ansó y su evolución gestora a medida de las pérdidas demográficas de las doce últimas décadas", *Geographicalia*, 25, pp. 6-39.
- BARBERIS, C. (1992): "La montage ou les montagnes italiennes, identités et civilisation", *Revue de Géographie Alpine*, 4.

- BARBIER, B., DURBIANO, C. y VIDAL, C. (1976): "Le tourisme dans une haute vallée de montagne: les transformations de Vars", *Méditerranée*, 26 (3), pp. 3-18.
- BARCELÓ, L. V. (1994): "Políticas de modernización de la agricultura española", en J. M. Sumpsi (coord.), pp. 171-242.
- BARCIELA, C. (1996): "Las empresas agrarias y el desarrollo de la agricultura española durante el siglo XX", en F. Comín y P. Martín Aceña (eds.), pp. 203-217.
- (1997): "La modernización de la agricultura y la política agraria", *Papeles de Economía Española*, 73, pp. 112-133.
 - (ed.) (2003): *Autarquía y mercado negro. El fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*. Barcelona, Crítica.
 - y LÓPEZ, M. I. (2003): "El fracaso de la política agraria del primer franquismo, 1939-1959. Veinte años perdidos para la agricultura española", en C. Barciela (ed.), pp. 57-93.
- BARDÓN, E. (1990): "Consideraciones sobre el turismo rural en España y medidas de desarrollo", *Estudios Turísticos*, 108, pp. 61-82.
- BAYÓN, F. (dir.) (1999): *50 años del turismo español. Un análisis histórico y estructural*. Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces, S. A.
- BAZIN, G. (1980): "Intégration marchande et évolution des systèmes agraires montagnards. Les cas de Dômes (Massif Central)", *Études rurales*, 77, pp. 63-80.
- y BARJOLLE, D. (1990): "La politique de la montagne en Suisse. Quelques enseignements pour la France", *Économie Rurale*, 197, pp. 3-8.
- BELL, D. (1973): *El advenimiento de la sociedad post-industrial*. Madrid, Alianza, 1989.
- (1976): *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid, Alianza, 1996.
- BEREND, I. T. y RANKI, G. (1982): *The European periphery and industrialization 1780-1914*. Cambridge, Cambridge University Press.
- BERGER, S. y PIORE, M. J. (1980): *Dualism and discontinuity in industrial societies*. Cambridge, Cambridge University Press.

- BERNAL, A. M. (1999): "La agricultura y la ganadería españolas en el siglo XIX", en G. Anes (ed.), pp. 83-183.
- y DRAIN, M. (1985): "Progreso y crisis de la agricultura andaluza en el siglo XIX", en R. Garrabou y J. Sanz (eds.), pp. 412-442.
- BIANCARDI, V. (1977): "Esodo ed aziende nell'Apennino bolognese", *Rivista di Economia Agraria*, 32 (3), pp. 655-677.
- BIELZA DE ORY, V. y PUEYO, J. A. (1995): "Aragón", en *Geografía de España*, vol. 12: Aragón. Cataluña, Barcelona, Océano, pp. 2122-2213.
- BILLET, J. y ROUGIER, H. (1984): "L'évolution récente de la population des Alpes suisses", *Revue de Géographie Alpine*, 72 (1), pp. 9-20.
- BIUCCHI, B. M. (1969): "La revolución industrial en Suiza", en C. M. Cipolla (ed.), *Historia económica de Europa (4). El nacimiento de las sociedades industriales. Segunda parte*, Barcelona, Ariel (1989), pp. 273-301.
- BLANCHARD, I. (2003): "Consumption: Leisure", en J. Mokyr (ed.), pp. 523-526.
- BOLTANSKI, L. y CHIAPELLO, È. (1999): *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid, Akal, 2002.
- BONALES, J. (1997): *La desamortización de tierras comunales en la Conca de Tremp (Lleida) 1855-1931*. Tesis de licenciatura inédita, Universitat de Lleida.
- BOORSMA, P. (1989-90): "Migración temporal de Albuñol (Granada) a la siega de Jerez de la Frontera en la segunda mitad del siglo XIX", *Cuadernos Geográficos de la Universidad de Granada*, 18-19, pp. 47-76.
- BORDIÚ, E. (1985): "Valoración de la infrautilización en la Sierra de Ayllón y aportación de un modelo alternativo", *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 5, pp. 167-187.
- BORRÁS, J. M. (2002): "El trabajo infantil en el mundo rural español (1849-1936). Género, edades y ocupaciones", en J. M. Martínez Carrión (ed.), pp. 497-547.
- BOSQUE, J. (1991): "Andalucía: La Costa del Sol", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 8, pp. 338-366.

- y BORRÁS, E. (1959): *Geografía agrícola de España*. Barcelona, Teide.
 - y VILÀ, J. (dirs.) (1989-92): *Geografía de España*. Barcelona, Planeta.
- BOTÍN, C. (1948): "Los ferrocarriles de vía estrecha", en *Cien años de ferrocarril en España*, Madrid, Comisión oficial para la conmemoración del primer centenario del ferrocarril en España, II, pp. 269-284.
- BOWLES, S. y EDWARDS, R. (1985): *Introducción a la economía: Competencia, autoritarismo y cambio en las economías capitalistas*. Madrid, Alianza, 1990.
- BOYER, R. (1989): *La teoría de la regulación: un análisis crítico*. Buenos Aires, Hvmantitas.
- BRAUDEL, F. (1966): *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México, FCE, 1987.
- (1977): *La dinámica del capitalismo*. Madrid, Alianza, 1985.
 - (1979): *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII. Tomo III. El tiempo del mundo*. Madrid, Alianza, 1984.
- BRETÓN, V., COMAS, D. y CONTRERAS, J. (1997): "Cambio social en la agricultura familiar española", en C. Gómez Benito y J. J. González (eds.), pp. 653-671.
- BRONDEL, G. (1975): "Las fuentes de energía, 1920-1970", en C. M. Cipolla (ed.), *Historia económica de Europa (5). El siglo XX. Primera parte*, Barcelona, Ariel (1981), pp. 238-323.
- BRYDEN, J. (1981): "Appraising a regional development programme - The case of the Scottish Highlands and Islands", *European Review of Agricultural Economics*, 8 (4), pp. 475-497.
- CABELLO, M. P. (1983): *Barruelo de Santullán: la crisis de un núcleo minero*. Valladolid, Universidad de Valladolid.
- CABERO, V. (1980): *Espacio agrario y economía de subsistencia en las montañas galaico-leonesas: La Cabrera*. Salamanca, Universidad de Salamanca / Institución Fray Bernardino de Sahagún / CSIC.
- (1981): "La despoblación de las áreas de montaña en España y la transformación del hábitat. El ejemplo de las montañas galaico-

- leonesas (Sanabria y La Cabrera)", en *Supervivencia de la montaña. Actas del Coloquio Hispano-Francés sobre las Áreas de Montaña*, Madrid, Ministerio de Agricultura, pp. 171-185.
- CABO, Á. (1960): "La ganadería española. Evolución y tendencias actuales", *Estudios Geográficos*, 79, pp. 123-169.
- (1993): "La cabaña española en el último medio siglo", en A. Gil Ocina y A. Morales (eds.), pp. 115-149.
 - y MANERO, F. (1990): "Castilla y León", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 6, pp. 255-588.
- CALATRAVA, J. y SALAS, I. (1980): "La emigración en zonas deprimidas próximas a núcleos agrarios en rápida expansión económica: el caso de Los Guájares en la comarca de Motril (Granada)", *An. INIA / Serie Economía y Sociología Agrarias*, 5, pp. 39-71.
- y SAYADI, S. (1997): "Subempleo agrícola y sustentabilidad económica en explotaciones en zonas de montaña del sureste español: un análisis cuantitativo", *Investigación Agraria: Economía*, 12 (1-3), pp. 265-275.
- CALS, J., CAPELLÀ, J. y VAQUÉ, E. (1995): *El turismo en el desarrollo rural de España*. Madrid, MAPA.
- CALVO, F. y LÓPEZ, F. (1992): "Murcia", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 10, pp. 337-499.
- CALVO, J. L. (1970): "Aisa, un valle pirenaico", *Pirineos*, 97, pp. 29-62.
- (1972): "Tres momentos en el proceso de industrialización de la provincia de Logroño", *Berceo*, 83, pp. 263-281.
 - (1977): *Los Cameros. De región homogénea a espacio-plan*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.
- CAMARERO, L. A. (1993): *Del éxodo rural y del éxodo urbano. Ocaso y renacimiento de los asentamientos rurales en España*. Madrid, MAPA.
- (1997): "Pautas demográficas y espaciales de las transformaciones del medio rural: Ruralidad y agricultura", en C. Gómez Benito y J. J. González (eds.), pp. 225-246.
- CANTO, C. del (1981): *La vertiente meridional de la sierra de Gredos como un área de recreo y residencia secundaria de la población madrileña*. Madrid, Universidad Complutense.

- (1993): "Un exemple d'espace rural multifonctionnel: La Vallée du Tiétar en Espagne", *REM*, 41 (3) (nº 163), pp. 3-18.
- CAPELLÀ, H. (2002): "El espejismo del turismo en tres áreas rurales: Terra Alta, Matarranya y Els Ports", *Actas del XI Coloquio de Geografía Rural. Los espacios rurales entre el hoy y el mañana*, Santander, Universidad de Cantabria, pp. 79-88.
- CAPPUCCINI, G. (1958): "L'evoluzione dell'economia montagna in Italia", *Rivista Italiana di Economia, Demografia e Statistica*, 12 (1-2), pp. 431-447.
- CARBONELL, J. y GÓMEZ, C. (1981): "La experiencia de la ordenación rural en comarcas de montaña", en *Supervivencia de la montaña. Actas del Coloquio Hispano-Francés sobre las Áreas de Montaña*, Madrid, Ministerio de Agricultura, pp. 615-631.
- CARBONELL, X., FÁBREGAS, M. y GÁRATE, A. (2002): "La participación local en la planificación y gestión de los espacios de interés natural", en I. Blanco y R. Gomà (eds.), *Gobiernos Locales y Redes Participativas*, Barcelona, Ariel, pp. 117-141.
- CARMONA, J. y SIMPSON, J. (2003): *El laberinto de la agricultura española. Instituciones, contratos y organización entre 1850 y 1936*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- CARMONA BADÍA, X. (1982): "Sobre as orixes da orientación exportadora na produción bovina galega. As exportacións a Inglaterra na segunda metade do século XIX", en L. Fernández Prieto (ed.) (2000), pp. 305-352.
- (1990a): "Crisis y transformación de la base industrial gallega, 1850-1936", en J. Nadal y A. Carreras (dir. y coord.), pp. 23-48.
- (1990b): *El atraso industrial de Galicia. Auge y liquidación de las manufacturas textiles (1750-1900)*. Barcelona, Ariel.
- (2001): "Galicia: minifundio persistente e industrialización limitada", en L. Germán y otros (eds.), pp. 13-45.
- y PUENTE, L. de la (1988): "Crisis agraria y vías de evolución ganadera en Galicia y Cantabria", en R. Garrabou (ed.), pp. 181-211.
- CARRERAS ODRIOZOLA, A. (1983): "El aprovechamiento de la energía hidráulica en Cataluña, 1840-1920. Un ensayo de interpretación", *Revista de Historia Económica*, 1 (2), pp. 31-63.

- (coord.) (1989): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*. Madrid, Fundación Banco Exterior.
 - PASCUAL, P., REHER, D. y SUDRIÀ, C. (eds.) (1999): *Doctor Jordi Nadal. La industrialización y el desarrollo económico de España*. Barcelona, Universitat de Barcelona.
 - y TAFUNELL, X. (1993): "La gran empresa en España (1917-1974). Una primera aproximación", *Revista de Historia Industrial*, 3, pp. 127-175.
 - y TAFUNELL, X. (1996): "La gran empresa en la España contemporánea: entre el mercado y el Estado", en F. Comín y P. Martín Aceña (eds.), pp. 73-90.
 - y TAFUNELL, X. (2004): *Historia económica de la España contemporánea*. Barcelona, Crítica.
- CARRERAS VERDAGUER, C. (1992a): "Cataluña: La energía", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 9, pp. 173-180.
- (1992b): "Cataluña: La industria", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 9, pp. 180-204.
- CASTILLO, F. del, LEZANA, M. y ORTUZAR, M. (1987): "El desarrollo económico de los municipios vascos. Un indicador sintético", *Ekonomiaz*, 7-8, pp. 223-258.
- CASTRO, J. y BELO, M. (1992): "Quelle perspective pour les agricultures dans les zones de montagne du Portugal?", *Revue de Géographie Alpine*, 4, pp. 117-127.
- CATALÁN, J. (1999): "Las vías de industrialización y la Europa periférica", en A. Carreras Odriozola, P. Pascual, D. Reher y C. Sudrià (eds.), I, pp. 205-239.
- CÁTEDRA, M. (1977): "Trashumancia: las 'dos vidas' del vaqueiro de alzada", *Revista de Estudios Sociales*, 19, pp. 119-136.
- CAUSSIMONT, G. (1983): "Crisis de mentalidades en el Pirineo occidental", *Pirineos*, 119, pp. 55-89.
- CEÑA, F. (1995): "Planteamientos económicos del desarrollo rural: una perspectiva histórica", en E. Ramos y J. Cruz (coords.), pp. 91-129.
- CEOTMA (1982): *Síntesis del estudio de ordenación territorial de la Comarca de la Sierra de Cazorla*. Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo.

- (1983): *Estudio socioeconómico de la Comarca de Molina de Aragón*. Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo.
- CERNEA, M. (comp.) (1995): *Primero la gente. Variables sociológicas en el desarrollo rural*. México, FCE / Banco Mundial.
- CHABERT, L. (1993): "L'aménagement de la montagne suisse", *Revue de Géographie Alpine*, 2, pp. 51-64.
- CHASTAGNARET, G. (2000): *L'Espagne, puissance minière dans l'Europe du XIX^e siècle*. Madrid, Casa de Velázquez.
- CHAYANOV, A. V. (1924a): *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- (1924b): "On the Theory of Non-Capitalist Economic Systems", en D. Thorner, B. Kerblay y R. E. F. Smith (eds.) (1986), A. V. Chayanov *on the theory of peasant economy*. Wisconsin, University of Wisconsin Press, pp. 1-28.
- CHRISTENSON, B. (1955): "Aspetti della economia agricola in relazione allo spopolamento dell'alta valle dell'Aniene", *Rivista Italiana di Economia, Demografia e Statistica*, 9 (3-4), pp. 453-461.
- CIANFERONI, R. (1956): "Problemi della montagna appenninica", *Rivista di Politica Agraria*, 3 (1), pp. 37-49.
- CIPOLLA, C. M. (1969): *Educación y desarrollo en Occidente*. Barcelona, Ariel, 1983.
- (1974): *Historia económica de la Europa preindustrial*. Madrid, Alianza, 1987.
- CLEMENT, V. (2003): "El concepto de la transición forestal y su interés para la comprensión de los bosques actuales. El ejemplo de la Tierra de Pinares segoviana (s. XI-XX)", en J. A. Sebastián y R. Uriarte (eds.), pp. 39-68.
- CLOUT, H. (1984): *A Rural Policy for the EEC?* Londres, Methuen.
- COBO, F., CRUZ, S. y GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (1992): "Privatización del monte y protesta campesina en Andalucía oriental (1836-1920)", *Agricultura y Sociedad*, 65, pp. 253-302.
- COLL, S. y SUDRIÀ, C. (1987): *El carbón en España, 1770-1961. Una historia económica*. Madrid, Turner.
- COLLANTES, F. (2001a): "La migración en la montaña española, 1860-1991: construcción de una serie histórica", *Revista de Demografía Histórica*, 19 (1), pp. 105-38.

- (2001b): "El declive demográfico de la montaña española, 1860-1991: revisión crítica de propuestas teóricas", *Historia Agraria*, 24, pp. 203-225.
- (2001c): "La montaña española en el desarrollo capitalista, 1860-1991: perifерización segura, difusión condicionada", *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo de Áreas Rurales*, 1, pp. 9-45.
- (2002): "Infraestructuras de transporte y despoblación en las áreas rurales de montaña españolas (1850-2000): elementos para la reflexión normativa", *Actas del XI Coloquio de Geografía Rural. Los espacios rurales entre el hoy y el mañana*, Santander, Universidad de Cantabria, pp. 559-568.
- (2002-03): *El declive demográfico y económico de las zonas de montaña en España: un análisis a largo plazo (1850-2000)*. Tesis doctoral, Universidad de Cantabria.
- (2003a): "La ganadería de montaña en España, 1865-2000: Historia de una ventaja comparativa anulada", *Historia Agraria*, 31, pp. 141-167.
- (2003b): "Energía, industria y medio rural: el caso de las zonas de montaña españolas (1850-2000)", *Revista de Historia Industrial*, 23, pp. 65-93.
- (2003c): "El declive demográfico de las economías de montaña en España, 1860-2000", trabajo inédito ganador del premio Ramón Carande 2003.
- (2004a): "La evolución de la actividad agrícola en las áreas de montaña españolas (1860-2000)", *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, 201, pp. 79-104.
- (2004b): "Las disparidades educativas en el medio rural español, 1860-2000: un análisis comparado de las comarcas montañosas", *Revista de Demografía Histórica*, próximamente.
- (2004c): "'Exit' and 'voice': genesis, implementation and inelasticity of Spanish mountain policy (1975-2004)", *XI World Congress of Rural Sociology*, Working Group 29: *Changing frameworks of agricultural and rural policy*, Trondheim (Noruega).
- y PINILLA, V. (2004): "Extreme Depopulation in Spanish Rural Mountain Areas: a case study of Aragon in the 19th and 20th centuries", *Rural History*, 15 (2), pp. 149-166.

- PINILLA, V. y AYUDA, M. I. (2004): "Los determinantes de la localización de la población española a largo plazo: un modelo (1860-2000)", *VII Congreso de la Asociación de Demografía Histórica, Sesión II: Dinámicas espaciales de la población en el largo plazo (siglos XIX y XX)*, Granada.
- COLLOMP, A. (2000): "Migrazioni e sistema familiare in Provenza nei secoli XVIII e XIX", en D. Albera y P. Corti (coords.), pp. 121-130.
- COMAS, D. (1995): "Familias, sistemas de herencia y estratificación social. Estrategias hereditarias y despoblación", en J. L. Acín y V. Pinilla (coords.), pp. 141-152.
- COMÍN, F., HERNÁNDEZ, M. y LLOPIS, E. (eds.) (2002): *Historia económica de España. Siglos X-XX*. Barcelona, Crítica.
- y MARTÍN ACEÑA, P. (eds.) (1996): *La empresa en la historia de España*. Madrid, Civitas.
- MARTÍN ACEÑA, P., MUÑOZ, M. y VIDAL, J. (1998): *150 Años de Historia de los Ferrocarriles Españoles*. Madrid, Fundación de los Ferrocarriles Españoles.
- COMPÁN, D. (1991): "Andalucía: La Andalucía subdesértica: Almería", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 8, pp. 366-380.
- CORBERA, M. (1999): "Las políticas de desarrollo rural en la región cantábrica: los programas LEADER", en M. Corbera (ed.), pp. 175-235.
- (2002): "Cambios en el empleo rural en Cantabria: neoliberalismo, desarrollo rural y pluriactividad", *Actas del XI Coloquio de Geografía Rural. Los espacios rurales entre el hoy y el mañana*, Santander, Universidad de Cantabria, pp. 327-336.
- (ed.) (1999): *Cambios en los espacios rurales cantábricos tras la integración de España en la UE*. Santander, Universidad de Cantabria.
- CORTIZO, J., MAYA, A., GARCÍA, A. y LÓPEZ, L. (1994): *La Omaña: transformaciones en un espacio rural de la montaña leonesa*. León, Universidad de León.
- CORTIZO, T., FERNÁNDEZ, F. y MACEDA, A. (1990): "Asturias", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 4, pp. 289-459.

- COSTA, A., INIESTA, A. y TORRES, J. C. (1999): "Turismo activo y deportivo", en F. Bayón (dir.), pp. 749-780.
- COSTANZA, R., CUMBERLAND, J., DALY, H., GOODLAND, R. y NORGAARD, R. (1997): *Introducción a la economía ecológica*. Madrid, AENOR, 1999.
- CRIVELLI, R. (1994): "Rationalité et vie quotidienne en montagne: un regard historique", *Revue de Géographie Alpine*, 3, pp. 95-106.
- CRUZ ARTACHO, S., GONZÁLEZ DE MOLINA, M., NÚÑEZ, M., ORTEGA, A. y HERRERA, A. (2003): "¿Por qué se quemó el monte mediterráneo? Una relectura socioambiental de los incendios forestales en Andalucía oriental, 1840-1890", en A. Ortega Santos y J. Vignet (eds.), pp. 85-104.
- CRUZ OROZCO, J. (1988): "Las áreas montañas valencianas: crisis y reactivación", *Cuadernos de Geografía*, 44, pp. 183-202.
- (1990a): "Changements récents dans les zones montagneuses du Pays valencien", *Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest*, 61 (2), pp. 187-203.
 - (1990b): *Les comarques de muntanya*. Valencia, Alfons el Magnànim.
 - (2003): "El comercio de la nieve en el Mediterráneo español", en A. Ortega Santos y J. Vignet (eds.), pp. 27-59.
- CUESTA, J. M. (2001): *La despoblación del Sobrarbe. ¿Crisis demográfica o regulación?* Zaragoza, CEDDAR.
- CUSSÓ, X. y NICOLAU, R. (2000): "La mortalidad antes de entrar en la vida activa en España. Comparaciones regionales e internacionales, 1860-1960", *Revista de Historia Económica*, 18 (3), pp. 525-551.
- DADÀ, A. (2000): "Uomini e strade dell'emigrazione dall'Appennino toscano", en D. Albera y P. Corti (coords.), pp. 153-164.
- DAUMAS, M. (1976): *La vie rurale dans le Haut Aragón Oriental*. Madrid, CSIC.
- (1981): "Un type d'évolution de moyenne montagne méditerranéenne: les Pyrénées Centrales Espagnoles", en *Supervivencia de la montaña. Actas del Coloquio Hispano-Francés sobre las Áreas de Montaña*, Madrid, Ministerio de Agricultura, pp. 187-202.

- DELGADO, C. (1997): "Crisis y reconversión en espacios rurales de montaña en Cantabria", *Ería*, 44, pp. 335-357.
- GIL, C., HORTELANO, L. A. y PLAZA, J. I. (2002): "Actividades y usos extraagrarios en el sector central de la montaña cantábrica", *Actas del XI Coloquio de Geografía Rural. Los espacios rurales entre el hoy y el mañana*, Santander, Universidad de Cantabria, pp. 569-580.
- DELL'AMORE, G. (1956): "La difesa dell'economia montana", *Rivista Italiana di Economia, Demografia e Statistica*, 10 (1-2), pp. 357-376.
- DESBORDES, F. y LABORIE, J. P. (1991): "L'évolution récente de la population dans les Pyrénées françaises", *Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest*, 62 (1), pp. 7-18.
- DÉSERT, G. (1976a): "Vers le surpeuplement?", en E. Juillard (dir.), pp. 49-73.
- (1976b): "Prosperité de l'agriculture", en E. Juillard (dir.), pp. 202-237.
 - (1976c): "La grande dépression de l'agriculture", en E. Juillard (dir.), pp. 359-382.
 - y SPECKLIN, R. (1976a): "Victoire sur la disette", en E. Juillard (dir.), pp. 96-130.
 - y SPECKLIN, R. (1976b): "Les réactions face à la crise", en E. Juillard (dir.), pp. 383-428.
- DEVINE, T. M. (1979): "Temporary migration and the Scottish Highlands in the Nineteenth Century", *Economic History Review*, 32 (3), pp. 344-359.
- DIRY, J. P. (1995): "Moyennes montagnes d'Europe occidentale et dynamiques rurales", *Revue de Géographie Alpine*, 3, pp. 15-26.
- DOBADO, R. y LÓPEZ, S. (2001): "Del vasto territorio y la escasez de hombres: la economía de Castilla-La Mancha en el largo plazo", en L. Germán y otros (eds.), pp. 238-270.
- DOBROWOLSKI, K. (1958): "La cultura campesina tradicional", en T. Shanin (comp.), *Campesinos y sociedades campesinas*, México, FCE (1979), pp. 249-267.

- DOMINGO, T. (1982): "Algunos aspectos de la estructura agraria en el País Valenciano y su explicación en base a las tesis clásicas", *Revista de Economía Política*, 91, pp. 179-207.
- DOMÍNGUEZ, R. (1988): *Actividades Comerciales y Transformaciones Agrarias en Cantabria, 1750-1850 (Cambio y Limitaciones Estructurales en el Corredor del Besaya)*. Santander, Tantín.
- (1992): "Campesinos, mercado y adaptación. Una propuesta de síntesis e interpretación desde una perspectiva interdisciplinar", *Noticiario de Historia Agraria*, 3, pp. 91-130.
 - (1994): "Campesinos en movimiento. Pluriactividad, ajuste familiar y desplazamientos de los campesinos del norte de España, siglos XVIII-XIX", en A. Eiras y O. Rey (eds.), II, pp. 587-615.
 - (1995): "De reserva demográfica a reserva etnográfica: el declive de las economías de montaña en el área cantábrica", en J. L. Acín y V. Pinilla (coords.), pp. 35-54.
 - (1996): *El campesino adaptativo. Campesinos y mercado en el norte de España, 1750-1880*. Santander, Universidad de Cantabria / Asamblea Regional de Cantabria.
 - (2001a): "La ganadería española: del franquismo a la CEE. Balance de un sector olvidado", *Historia Agraria*, 23, pp. 39-52.
 - (2001b): "Las transformaciones del sector ganadero en España (1940-1985)", *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, 1, pp. 47-84.
 - (2001c): "La industria láctea en España, 1830-1985", *Las industrias agroalimentarias en España e Italia (siglos XVIII al XX)* (Alicante, octubre 2001) (inédito).
 - (2002a): *La riqueza de las regiones. Las desigualdades económicas regionales en España, 1700-2000*. Madrid, Alianza.
 - (2002b): "Autoconsumo, mercantilización y niveles de vida campesinos en la España atlántica, 1750-1930. Algunas hipótesis a contracorriente", en J. M. Martínez Carrión (ed.), pp. 287-320.
 - (ed.) (1997): *La vocación ganadera del norte de España. Del modelo tradicional a los desafíos del mercado mundial*. Madrid, MAPA.

- y LANZA, R. (1991): "Propiedad y pequeña explotación campesina en Cantabria a fines del Antiguo Régimen", en P. Saavedra y R. Villares (eds.), pp. 173-214.
 - y PÉREZ, P. (2001): "Cantabria: del mercado colonial al mercado nacional", en L. Germán y otros (eds.), pp. 66-94.
 - y PUENTE, L. de la (1995): "Condicionantes e itinerarios del cambio técnico en la ganadería cántabra, 1750-1930", *Noticiario de Historia Agraria*, 9, pp. 69-86.
 - y PUENTE, L. de la (1997): "Historia de un liderazgo: cambio técnico y trayectorias de la tecnología en la ganadería de Cantabria, 1850-1950", en R. Domínguez (ed.), pp. 89-146.
- DOPICO, F. (1982): "Productividade, rendementos e tecnoloxía na agricultura galega de fins do século XIX", en L. Fernández Prieto (ed.) (2000), pp. 217-235.
- DORFMANN, M. (1983): "Régions de la montagne: de la dépendance à l'auto-développement?", *Revue de Géographie Alpine*, 71 (1), pp. 5-34.
- DURÁN, M. A. y PANIAGUA, Á. (1999): "Visibilidad e invisibilidad del trabajo de las mujeres rurales", en *Mujeres y Sociedad Rural. Entre la inercia y la ruptura*, Madrid, Instituto de la Mujer, pp. 27-49.
- DURBIANO, C.; RADVANYI, J. y KIBALTCHITCH, D. (1987): "Les transformations contemporaines de l'économie des montagnes de Crimée et du Caucase oriental - Comparaison avec les Alpes du Sud", *Méditerranée*, 61 (2-3), pp. 111-123.
- DURIE, A. J. (2003): "Leisure industry: Historical Overview", en J. Mokyr (ed.), vol. 3, pp. 290-292.
- EIRAS, A. y REY, O. (eds.) (1994): *Les migrations internes et à moyenne distance en Europe, 1500-1900*. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia.
- ENTRENA, F. (1998): *Cambios en la construcción social de lo rural. De la autarquía a la globalización*. Madrid, Tecnos.
- (2000): "La juventud rural: situación y perspectivas", *Sociedad y Utopía*, 15, pp. 321-338.
- ERDOZÁIN, P. (2000): "Perspectivas demográficas de la sociedad rural en la década de los noventa", *Historia Agraria*, 22, pp. 57-77.

- y MIKELARENA, F. (1996): "Algunas consideraciones acerca de la evolución de la población rural en España en el siglo XIX", *Noticiario de Historia Agraria*, 12, pp. 91-118.
 - y MIKELARENA, F. (1999): "Las cifras de activos agrarios de los censos de población españoles del periodo 1877-1991. Un análisis crítico", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 17 (1), pp. 89-113.
 - MIKELARENA, F. y PAUL, J. I. (2003): "Campesinado y pluriactividad en la Navarra Cantábrica en la primera mitad del siglo XIX", *Historia Agraria*, 29, pp. 155-186.
- ESCUADERO, A. (2002): "Volviendo a un viejo debate: el nivel de vida de la clase obrera británica durante la Revolución Industrial", *Revista de Historia Industrial*, 21, pp. 13-60.
- ESPARCIA, J. (2001): "Las políticas de desarrollo rural: evaluación de resultados y debate en torno a sus orientaciones futuras", en F. García Pascual (coord.), pp. 267-309.
- y NOGUERA, J. (1999): "Reflexiones en torno al territorio y al desarrollo rural", en E. Ramos (coord.), pp. 9-44.
- ESPEJO, C. (1997): "El envejecimiento de los ganaderos de vacuno de leche en Asturias", *Estudios de Ciencias Sociales*, 10, pp. 11-34.
- ESTEBAN, C. y TEJÓN, D. (1986): *Catálogo de razas autóctonas españolas*. Madrid, MAPA.
- ESTÉBANEZ, J. G., MOLINA, M., PANADERO, M. y PÉREZ, C. (1991): "Castilla-La Mancha", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 7, pp. 159-333.
- ESTIENNE, P. (1989): "Évolution de la population des montagnes françaises au XXe siècle", *Revue de Géographie Alpine*, 77 (4), pp. 395-406.
- ETXEZARRETA, M. (1995): "Una visión crítica de las políticas agrarias españolas en el contexto internacional", en E. Ramos y J. Cruz (coords.), pp. 169-202.
- (1997): "Trabajo y agricultura: los cambios del sistema de trabajo en una agricultura de transformación", en C. Gómez Benito y J. J. González (eds.), pp. 533-564.
- FAUS, M. C. e HIGUERAS, A. (1999): "Características de la población rural española", *Professor Joan Vilà Valentí. El seu mestratge en la geografia universitària*, Barcelona, Universitat de Barcelona, pp. 913-929.

- FERNÁNDEZ CORTIZO, C. (1991): "Estrategias familiares y pequeña explotación campesina en la Galicia del siglo XVIII", en P. Saavedra y R. Villares (eds.), pp. 310-345.
- FERNÁNDEZ CUESTA, G. y FERNÁNDEZ, J. R. (1999): *Atlas industrial de España. Desequilibrios territoriales y localización de la industria*. Oviedo, Nobel.
- FERNÁNDEZ DE PINEDO, E. (1994): "Los movimientos emigratorios *medium distance* vasco-navarros, 1500-1900: una visión de conjunto", en A. Eiras y O. Rey (eds.), II, pp. 183-207.
- FERNÁNDEZ GÁRATE, L. A., FERNÁNDEZ DE ISASI, J. y FERNÁNDEZ-TRAPA DE ISASI, T. (1990): "Esquí en los Pirineos. Historia para un futuro sin fronteras (II)", *Estudios Turísticos*, 105: 79-99.
- FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, M. F. (2001): "Innovación tecnológica y desarrollo económico: la metalurgia del mercurio en Mieres, Asturias, siglos XIX-XX. El ejemplo de la sociedad especial minera *El Porvenir*", *VII Congreso de la Asociación de Historia Económica. 9. Cambio tecnológico y transformación económica: indicadores y perspectivas*, Zaragoza.
- FERNÁNDEZ PRIETO, L. (ed.) (2000): *Terra e progreso. Historia agraria da Galicia contemporánea*. Vigo, Xerais.
- FERRER BENIMELI, C. (1992): "Los pastos del Pirineo central y su explotación ganadera", *El Campo*, 124, pp. 41-45.
- FERRER RODRÍGUEZ, A. y URDIALES, M. E. (1991a): "Andalucía: Las Altiplanicies Béticas interiores", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 8, pp. 294-307.
- y URDIALES, M. E. (1991b): "Andalucía: Los Montes", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 8, pp. 307-315.
 - y URDIALES, M. E. (1991c): "Andalucía: Las comarcas de Cazorla y Segura", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 8, pp. 315-318.
 - y URDIALES, M. E. (1994): "El Parque Natural de Sierra Nevada: abandono agrario e impulso del turismo", *VII Coloquio de Geografía Rural. Comunicaciones*, Córdoba, Universidad de Córdoba, pp. 370-377.

- FILLAT, F. y MONTSERRAT, P. (1981): "Evolución e importancia de la economía ganadera en el Campóo y montaña santanderina", en *Supervivencia de la montaña. Actas del Coloquio Hispano-Francés sobre las Áreas de Montaña*, Madrid, Ministerio de Agricultura, pp. 215-228.
- FLORENCIO, A. y LÓPEZ, A. L. (1994): "Migraciones estacionales y mercado de trabajo agrario en la Baja Andalucía en la primera mitad del siglo XIX", en A. Eiras y O. Rey (eds.), II, pp. 789-809.
- y LÓPEZ, A. L. (2000): "Las migraciones estacionales agrarias en Andalucía anteriores al siglo XX", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 18 (1), pp. 71-100.
- FLORISTÁN, A. (1993): "Entre la España húmeda y seca. Transformaciones agrarias en Navarra", en A. Gil Ocina y A. Morales (eds.), pp. 753-769.
- (1995): "Navarra", en *Geografía de España*, vol. 9: País Vasco, Navarra, La Rioja, Barcelona, Océano, pp. 1644-1695.
 - y BOSQUE, J. (1957): "Movimientos migratorios de la provincia de Granada", *Estudios Geográficos*, 67-68, pp. 361-402.
 - CREUS, J. y FERRER, M. (1990): "Navarra", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 5, pp. 249-341.
- FONSECA, I. y FREIRE, D. (2003): "'Bárbaros sin libertad'. Resistencia y agitación en las comunidades de montaña contra la acción de los servicios forestales en Portugal (1926-1974)", en J. A. Sebastián y R. Uriarte (eds.), pp. 195-222.
- FONTAINE, L. (1990): "Solidarités familiales et logiques migratoires en pays de montagne à l'époque moderne", *Annales ESC*, 45 (6), pp. 1433-1450.
- FONTANA, J. (1975): *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*. Barcelona, Ariel.
- y NADAL, J. (1976): "España 1914-1970", en C. M. Cipolla (ed.), *Historia económica de Europa (6). Economías contemporáneas. Segunda parte*, Barcelona, Ariel (1980), pp. 95-163.
- FRESCHI, L. (1993): "La politique d'aménagement de la montagne au Tyrol du Sud (Italie): un modèle d'autodéveloppement", *Revue de Géographie Alpine*, 2, pp. 31-49.

- FRUTOS, L. M. (1990): "Aragón", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 6, pp. 9-252.
- GALBRAITH, J. K. (1958): "El caso del equilibrio social", en J. K. Galbraith (2001), pp. 47-61.
- (1971): "Economía y calidad de vida", en J. K. Galbraith (2001), pp. 95-111.
 - (1999): "El asunto inacabado del siglo", en J. K. Galbraith (2001), pp. 303-309.
 - (2001): *Obra esencial*. Barcelona, Crítica, 2002.
- GALLEGO, D. (1986): *La producción agraria de Álava, Navarra y La Rioja desde mediados del siglo XIX a 1935*. Madrid: Universidad Complutense.
- (1992): "Precios y circulación del excedente en las economías rurales: una aproximación analítica", *Noticiario de Historia Agraria*, 3, pp. 7-31.
 - (1998): "De la sociedad rural en la España contemporánea y del concepto de sociedad capitalista: un ensayo", *Historia Agraria*, 16, pp. 13-53.
 - (2001a): "Sociedad, naturaleza y mercado: un análisis regional de los condicionantes de la producción agraria española (1800-1936)", *Historia Agraria*, 24, pp. 11-57.
 - (2001b): "Historia de un desarrollo pausado: integración mercantil y transformaciones productivas de la agricultura española (1800-1936)", en J. Pujol, M. González de Molina, L. Fernández, D. Gallego y R. Garrabou, *El pozo de todos los males. Sobre el atraso en la agricultura española contemporánea*, Barcelona, Crítica, pp. 147-214.
 - (2003): "Los aranceles, la política de comercio exterior y la estabilidad de la agricultura española", *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, 198, pp. 9-74.
 - GERMÁN, L. y PINILLA, V. (1993): "Crecimiento económico, especialización productiva y disparidades internas en el Valle medio del Ebro", *Cuadernos Aragoneses de Economía*, 3 (2) (2ª época), pp. 277-319.
- GARCÍA ALONSO, J. M. y IRANZO, J. E. (1999): "Sector energético: hacia una nueva ordenación", en J. L. García Delgado (dir.), pp. 129-173.

- GARCÍA BALLESTEROS, A., MÉNDEZ, R. y POZO RIVERA, E. (1991): "Madrid", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 7, pp. 335-589.
- GARCÍA BARTOLOMÉ, J. M. (1992): "El trabajo de la mujer agricultora en las explotaciones familiares agrarias españolas", *Revista de Estudios Agro-Sociales*, 161, pp. 71-97.
- (1997): "La juventud rural española: entre la inercia y el cambio", en C. Gómez Benito y J. J. González (eds.), pp. 735-770.
 - (1999): "Mujeres rurales, sociedad civil y desarrollo rural", en *Mujeres y Sociedad Rural. Entre la inercia y la ruptura*, Madrid, Instituto de la Mujer, pp. 63-79.
- GARCÍA DELGADO, J. L. (dir.) (1999): *España, Economía: Ante el Siglo XXI*. Madrid, Espasa.
- GARCÍA DORY, M. Á. y MARTÍNEZ, S. (1988): *La ganadería en España. ¿Desarrollo integrado o dependencia?* Madrid, Alianza.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J. (1975): *Organización del espacio y economía rural en la España atlántica*. Madrid, Siglo XXI.
- (1993): "Transformaciones en las montañas de Castilla", en A. Gil Ocina y A. Morales (ed.), pp. 297-335.
- GARCÍA GONZÁLEZ, F. (1994): "Inmigración profesional y actividad industrial en una comarca de montaña del interior castellano a finales del siglo XVIII", en A. Eiras y O. Rey (eds.), II, pp. 715-725.
- GARCÍA GRANDE, M. J. y VEGA, J. (2000): "El sector porcino en la economía española", *Cuadernos de Agricultura, Pesca y Alimentación*, 13, pp. 5-12.
- GARCÍA MANRIQUE, E. y OCAÑA, C. (1990): "L'évolution récente des montagnes méridionales de l'Andalousie", *Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest*, 61 (2), pp. 205-216.
- GARCÍA PASCUAL, F. (coord.) (2001): *El mundo rural en la era de la globalización: incertidumbres y potencialidades*. Madrid, MAPA / Universitat de Lleida.
- (2003): "Las áreas rurales de baja densidad de población en Cataluña: nuevas dinámicas", en F. García Pascual (coord.), *La lucha contra la despoblación todavía necesaria. Políticas y estra-*

tegias sobre la despoblación de las áreas rurales en el siglo XXI, Zaragoza, CEDDAR, pp. 127-193.

- GARCÍA RAMÓN, M. D. (1997): "Trabajo invisible y relaciones de género en la explotación agraria familiar en España", en C. Gómez Benito y J. J. González (eds.), pp. 705-734.
- GARCÍA RUIZ, J. M. (1978): "Evolución urbana y desconexión regional: el caso de Jaca y del Alto Aragón", *Estudios Geográficos*, 153, pp. 539-560.
- y ARNÁEZ, J. (1990): "La Rioja", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 5, pp. 433-589.
 - y BALCELLS, E. (1978): "Tendencias actuales de la ganadería en el Alto Aragón", *Estudios Geográficos*, 153, pp. 519-538.
 - y LASANTA, T. (1993): "Land-use conflicts as a result of land-use change in the Central Spanish Pyrenees: a review", *Mountain Research and Development*, 13 (3), pp. 295-304.
- GARCÍA SANZ, Á. (1978): "La agonía de la Mesta y el hundimiento de las exportaciones laneras: un capítulo de la crisis económica del antiguo régimen en España", en Á. García Sanz y R. Garrabou (eds.) (1985), pp. 174-216.
- (1985): "Crisis de la agricultura tradicional y revolución liberal (1800-1850)", en Á. García Sanz y R. Garrabou (eds.), pp. 7-99.
 - (1994a): "Competitivos en lanas, pero no en paños: lana para la exportación y lana para los telares nacionales en la España del Antiguo Régimen", *Revista de Historia Económica*, 12 (2), pp. 397-434.
 - (1994b): "La ganadería española entre 1750 y 1865: los efectos de la reforma agraria liberal", *Agricultura y Sociedad*, 72, pp. 81-119.
 - y GARRABOU, R. (eds.) (1985): *Historia agraria de la España contemporánea. 1. Cambio social y nuevas formas de propiedad (1800-1850)*. Barcelona, Crítica.
- GARCÍA SANZ, B. (1993): "Población española: un enfoque ecológico", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 10 (1), pp. 59-87.
- (1997a): *La sociedad rural ante el siglo XXI*. Madrid, MAPA.

- (1997b): "Del agrarismo a la terciarización: modelos de actividad en la sociedad rural", en C. Gómez Benito y J. J. González (eds.), pp. 635-652.
 - (1999): "Algunos procesos sociodemográficos del mundo rural", en *Mujeres y Sociedad Rural. Entre la inercia y la ruptura*, Madrid, Instituto de la Mujer, pp. 97-111.
 - e IZCARA, S. P. (1999-2000): "Pluriactividad y diversificación de ingresos en el medio rural español", *Sociología del Trabajo*, 38, pp. 119-134.
 - y PARICIO, J. M. (1997): "Población rural en Europa y en España: perspectivas de futuro", *Política y Sociedad*, 26, pp. 95-111.
- GARRABOU, R. (1997): "Políticas agrarias y desarrollo de la agricultura española contemporánea: unos apuntes", *Papeles de Economía Española*, 73, pp. 141-148.
- (2000): "La organización del trabajo en el mundo rural y sus evoluciones históricas. Época contemporánea", *Historia Agraria*, 20, pp. 25-38.
 - (ed.) (1988): *La crisis agraria de fines del siglo XIX*. Barcelona, Crítica.
 - (coord.) (1992): *Propiedad y explotación campesina en la España contemporánea*. Madrid, MAPA.
 - PASCUAL, P., PUJOL, J. y SAGUER, E. (1995): "Potencialidad productiva y rendimientos cerealícolas en la agricultura catalana contemporánea (1820-1935)", *Noticiario de Historia Agraria*, 10, pp. 89-130.
 - y SANZ, J. (1985): "La agricultura española durante el siglo XIX: ¿inmovilismo o cambio?", en R. Garrabou y J. Sanz (eds.), pp. 7-191.
 - y SANZ, J. (eds.) (1985): *Historia agraria de la España contemporánea. 2. Expansión y crisis (1850-1900)*. Barcelona, Crítica.
- GARRUÉS, J. (1997): "El desarrollo del sistema eléctrico navarro, 1888-1986", *Revista de Historia Industrial*, 11, pp. 73-117.
- GAUDARD, G. (1995): "Les chances et les risques du tourisme dans les régions suisses de moyenne montagne", *Revue de Géographie Alpine*, 3, pp. 51-64.

- GAVIRIA, M. (1979): "La montaña como refugio", *Ciudad y Territorio*, 4, pp. 23-29.
- (1981): "El comunismo llamado arcaico y la recuperación por los montañeses de su soberanía sobre los recursos naturales y espaciales", en *Supervivencia de la montaña. Actas del Coloquio Hispano-Francés sobre las Áreas de Montaña*, Madrid, Ministerio de Agricultura, pp. 661-665.
- GERMÁN, L. (1990): "La industrialización de Aragón. Atraso y dualismo interno", en J. Nadal y A. Carreras (dir. y coord.), pp. 185-218.
- (1995): "Crecimiento económico y disparidades espaciales. Notas para su estudio y aplicación a la industrialización española", en J. L. Acín y V. Pinilla (coords.), pp. 19-34.
 - LLOPIS, E., MALUQUER DE MOTES, J. y ZAPATA, S. (eds.) (2001): *Historia económica regional de España, siglos XIX y XX*. Barcelona, Crítica.
- GERVAIS, M.; JOLLIVET, M. y TAVERNIER, Y. (1977): *Histoire de la France rurale. 4. La fin de la France paysanne depuis 1914*. Éditions du Seuil, 1992.
- GIBBONS, R. (1992): *Un primer curso de teoría de juegos*. Barcelona, Antoni Bosch, 1993.
- GIL OCINA, A. y MORALES, A. (eds.) (1993): *Medio siglo de cambios agrarios en España*. Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.
- GIMÉNEZ, C. (1991): *Valdelaguna y Coatepec. Permanencia y funcionalidad del régimen comunal agrario en España y México*. Madrid, MAPA.
- GIUSTI, U. (1943): "Le dépeuplement des régions montagneuses en Italie", *Bulletin Mensuel de Renseignements Économiques et Sociaux*, 34 (9), pp. 295-322.
- GÓMEZ BENITO, C. y GONZÁLEZ, J. J. (eds.) (1997): *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas / MAPA.
- RAMOS, E. y SANCHO, R. (1987): *La política socioestructural en zonas de agricultura de montaña en España y la C.E.E.* Madrid, MAPA.

- GÓMEZ MENDOZA, A. (1989): "Transportes y comunicaciones", en A. Carreras Odriozola (coord.), pp. 269-325.
- (1990): "De la harina al automóvil: un siglo de cambio económico en Castilla y León", en J. Nadal y A. Carreras (dir. y coord.), pp. 159-184.
 - (1991): "Las obras públicas, 1850-1935", en F. Comín y P. Martín Aceña (dirs.), *Historia de la empresa pública en España*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 177-204.
- GÓMEZ MENDOZA, J. (1995): "Desarrollo rural y espacios naturales protegidos", en E. Ramos y J. Cruz (coords.), pp. 381-410.
- GÓMEZ MORENO, M. L. (1987): "Las áreas de montaña en la provincia de Almería: ensayo de delimitación de un espacio en crisis. Almería y la Ley de Agricultura de Montaña", *Paralelo 37º*, 10, pp. 95-120.
- GÓMEZ PIÑEIRO, J. (1990): "Euskadi", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 5, pp. 9-247.
- GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L. y MORENO, J. R. (1997): "El problema agrario en las sierras de La Rioja: de la prosperidad a la subsistencia (siglos XVIII-XIX)", *Agricultura y Sociedad*, 82, pp. 79-113.
- GONZÁLEZ, M. J. (1999a): "La economía española desde el final de la guerra civil hasta el Plan de Estabilización de 1959", en G. Anes (ed.), pp. 625-663.
- (1999b): "La economía española desde el Plan de Estabilización de 1959 hasta la transición política", en G. Anes (ed.), pp. 665-716.
- GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (2000): "De la 'cuestión agraria' a la 'cuestión ambiental' en la historia agraria de los noventa", *Historia Agraria*, 22, pp. 19-36.
- y SEVILLA-GUZMÁN, E. (1991): "Minifundio y gran propiedad agraria: estabilidad y cambio en la Alta Andalucía, 1758-1930", en P. Saavedra y R. Villares (eds.), pp. 88-138.
- GONZÁLEZ ENCISO, A. (1984): "La protoindustrialización en España", *Revista de Historia Económica*, 2 (1), pp. 11-44.
- GONZÁLEZ GARCÍA, J. M. (1987): "Notas de la agricultura al final del antiguo régimen en un pueblo de la montaña leonesa. Las Bodas (Boñar) 1750-1840", *Estudios Humanísticos: Geografía, Historia, Arte*, 9, pp. 129-142.

- GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K. (eds.) (1996): *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. Bilbao, Universidad del País Vasco.
- GONZÁLEZ RAMOS, J. I. y GONZÁLEZ, J. (1991): "El proceso de desarticulación de las bases económicas tradicionales y sus posibles alternativas en los Ancares leoneses", *Polígonos*, 1, pp. 41-65.
- GORDON, D. M., EDWARDS, R. y REICH, M. (1982): *Trabajo segmentado, trabajadores divididos. La transformación histórica del trabajo en Estados Unidos*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1986.
- GORRÍA, A. J. (1995): *El Pirineo como espacio frontera*. Zaragoza, Gobierno de Aragón.
- GOZÁLVEZ, J. L. (1979): "Orto y ocaso de los pueblos serranos: Castilfrío de la Sierra a mediados del siglo XVIII", *Celtiberia*, 58, pp. 203-225.
- GRANET-ABISSET, A. M. (2000): "La partenza verso l'America: miti e realtà di un'emigrazione alpina oltre-atlantico nel XIX secolo", en D. Albera y P. Corti (coords.), pp. 109-119.
- GRANTHAM, G. (1999): "The Evolution of Agricultural Labour Markets", *XI Congreso de Historia Agraria*, Bilbao.
- (2003): "Agriculture: Historical Overview", en J. Mokyr (ed.), vol. 1, pp. 65-75.
- GRAY, M. (1955): "The Highland potato famine of the 1840's", *Economic History Review*, 7 (3), pp. 357-368.
- GRIGG, D. (1992): *The transformation of agriculture in the West*. Oxford-Cambridge, Blackwell.
- GRISERO, V. (1956): "Aspetti e problemi dell'alpicoltura valdostana", *Rivista Italiana di Economia, Demografia e Statistica*, 10 (3-4), pp. 279-282.
- GROSS, N. T. (1973): "La revolución industrial en la monarquía de los Habsburgo, 1750-1914", en C. M. Cipolla (ed.), *Historia económica de Europa* (4). *El nacimiento de las sociedades industriales. Primera parte*, Barcelona, Ariel (1982), pp. 234-287.
- GRUPO DE ESTUDIOS AGRARIOS (1995): "Transformaciones agrarias y cambios en la funcionalidad de los poderes locales en la

Alta Andalucía, 1750-1950", *Noticiario de Historia Agraria*, 10, pp. 35-66.

GRUPO DE ESTUDIOS DE HISTORIA RURAL (1985): "Contribución al análisis histórico de la ganadería española, 1865-1929", en R. Garrabou y J. Sanz (eds.), pp. 229-278.

- (1991): *Estadísticas históricas de la producción agraria española, 1859-1935*. Madrid, MAPA.
- (1994): "Más allá de la 'propiedad perfecta'. El proceso de privatización de los montes públicos españoles (1859-1926)", *Historia Agraria*, 8, pp. 99-152.
- (2002): "Política forestal y producción de los montes públicos españoles. Una visión de conjunto, 1861-1933", *Revista de Historia Económica*, 20 (3), pp. 509-541.
- (2003): "Bosques y crisis de la agricultura tradicional. Producción y gestión de los montes españoles durante el franquismo (1946-1979)", en J. A. Sebastián y R. Uriarte (eds.), pp. 293-367.

GRUPO DE INVESTIGACIÓN DEL INSTITUTO GERÓNIMO DE UZTÀRIZ DE PAMPLONA (1992): "La propiedad privada en Navarra a fines del siglo XIX", en R. Garrabou (coord.), pp. 93-158.

GUMUCHIAN, H., MERIAUDEAU, R. y PELTIER, C. (1980): "L'isolement en montagne: éléments de réflexion", *Revue de Géographie Alpine*, 68 (4), pp. 305-325.

GURRÍA, J. L. (1985): *El paisaje de montaña en Extremadura (delimitación, economía y población)*. Cáceres, Universidad de Extremadura.

HARDIN, G. (1968): "La tragedia de los espacios colectivos", en H. E. Daly (comp.) (1980), *Economía, ecología, ética. Ensayos hacia una economía en estado estacionario*, México, FCE (1989), pp. 111-124.

HARRIS, M. (1988): *Introducción a la antropología general*. Madrid, Alianza, 2001.

HERBIN, J. y REMMER, J. (1984): "L'évolution démographique des Alpes austro-allemandes", *Revue de Géographie Alpine*, 72 (1), pp. 21-40.

- HERRANZ, A. (1995): "La construcción de pantanos y su impacto sobre la economía y población del Pirineo aragonés", en J. L. Acín y V. Pinilla (coords.), pp. 79-101.
- (2002): "Infraestructuras y desarrollo económico en el Pirineo central (1850-2000)", *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo de Áreas Rurales*, 2, pp. 197-226.
- HERRERO, M. A. (1992): "La decadencia de la ganadería trashumante en la Sierra de Cameros (1780-1821)", *Revista de Historia Económica*, 10 (2), pp. 201-212.
- HERVIEU, B. (1997): *Los campos del futuro*. Madrid, MAPA.
- HIRSCHMAN, A. O. (1958): *La estrategia del desarrollo económico*. México, FCE, 1973.
- (1968): "La economía política de la industrialización a través de la sustitución de importaciones en América Latina", en A. O. Hirschman (1971), pp. 88-123.
 - (1970a): *Salida, voz y lealtad. Respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y Estados*. México, FCE.
 - (1970b): "La búsqueda de paradigmas como impedimento a la comprensión", en A. O. Hirschman (1971), pp. 324-341.
 - (1971): *Desarrollo y América Latina. Obstinación por la esperanza*. México, FCE, 1973.
 - (1992): "La industrialización y sus múltiples descontentos: el Oeste, el Este y el Sur", en A. O. Hirschman (1995), pp. 227-242.
 - (1993): "Salida, voz y el destino de la RDA. Un ensayo de historia conceptual", en A. O. Hirschman (1995), pp. 15-55.
 - (1995): *Tendencias autosubversivas. Ensayos*. México, FCE, 1996.
- HODGSON, G. M. (1992): "Thorstein Veblen and post-Darwinian economics", *Cambridge Journal of Economics*, 16, pp. 285-301.
- (1993a): "Theories of economic evolution: a preliminary taxonomy", *Manchester School of Economic and Social Studies*, 61 (2), pp. 125-143.
 - (1993b): *Economía y Evolución. Revitalizando la Economía*. Madrid, Celeste, 1995.
 - (2003): "The hidden persuaders: institutions and individuals in economic theory", *Cambridge Journal of Economics*, 27 (2), pp. 159-175.

- HUILLET, C. (1999): "La coordinación institucional para el desarrollo rural", en E. Ramos (coord.), pp. 117-131.
- HUMBERT, A. (2003): "Recogida y tratamiento tradicionales de las materias vegetales en el monte de las sierras béticas", en A. Ortega Santos y J. Vignet (eds.), pp. 131-148.
- IRIARTE, I. (1995): "Algunas implicaciones ecológicas de la despoblación: administración forestal y repoblaciones", en J. L. Acín y V. Pinilla (coords.), pp. 103-116.
- (1997): *Bienes comunales y capitalismo agrario en Navarra*. Madrid, MAPA.
 - (1998): "La pervivencia de los bienes comunales y la teoría de los derechos de propiedad. Algunas reflexiones desde el caso navarro, 1855-1935", *Historia Agraria*, 15, pp. 113-142.
 - (2002a): "Common Lands in Spain, 1800-1995: Persistence, Change and Adaptation", *Rural History*, 13 (1), pp. 19-37.
 - (2002b): "Derechos de propiedad y crisis de las economías pirenaicas. Una visión a largo plazo", *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, 2, pp. 139-171.
 - (2003a): "La funcionalidad económica y social de los montes. Un esbozo de las transformaciones de largo plazo", *Cuadernos de la Sociedad Española de Ciencias Forestales*, 16, pp. 31-40.
 - (2003b): "Algunos modelos de explotación forestal: ingresos de montes y haciendas municipales en el norte de Navarra (1867-1935)", en J. A. Sebastián y R. Uriarte (eds.), pp. 225-255.
- JANÉ, A. y CASTILLÓ, A. (1995): "Los pueblos abandonados o en peligro de abandono en el Pirineo catalán", en J. L. Acín y V. Pinilla (coords.), pp. 241-252.
- JAUNEAU, J. C. (1995): "Objectifs environnementaux et objectifs de soutien à l'agriculture, une convergence possible dans les zones de moyenne montagne menacées de déprise", *Revue de Géographie Alpine*, 3, pp. 83-100.
- JIMÉNEZ BLANCO, J. I. (1986a): "Introducción", en R. Garrabou y otros (eds.), pp. 9-141.

- (1986b): *La producción agraria de Andalucía oriental, 1874-1914*. Madrid, Universidad Complutense.
 - (2002): "El monte: una atalaya de la Historia", *Historia Agraria*, 26, pp. 141-190.
- JONES, E. L. (1987): *El milagro europeo. Entorno, economía y geopolítica en la historia de Europa y Asia*. Madrid, Alianza, 1990.
- JONSSON, U. y PETTERSSON, R. (1989): "Friends or foes? Peasants, capitalists and markets in west european agriculture, 1850-1939", *Review*, 12 (4), pp. 535-71.
- JUARISTI, J. (1995): "País Vasco", en *Geografía de España*, vol. 9: *País Vasco, Navarra, La Rioja*, Barcelona, Océano, pp. 1546-1643.
- JUILLARD, E. (dir.) (1976): *Histoire de la France rurale. 3. Apogée et crise de la civilisation paysanne de 1789 a 1914*. Éditions du Seuil, 1992.
- KATZ, E. (1991): "Breaking the Myth of Harmony: Theoretical and Methodological Guidelines to the Study of Rural Third World Households", *Review of Radical Political Economics*, 23 (3-4), pp. 37-56.
- KAUTSKY, K. (1899): *La cuestión agraria. Estudio de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia*. Barcelona, Laia, 1974.
- KEYNES, J. M. (1930): "Las posibilidades económicas de nuestros nietos", en J. M. Keynes (1972), *Ensayos de persuasión*, Barcelona, Folio (1997), vol. II, pp. 323-333.
- KLEMENCIC, M. M. (1995): "Socio-économie de la Slovénie subalpine: entre renaissance et déclin", *Revue de Géographie Alpine*, 3.
- KRIEDTE, P., MEDICK, H. y SCHLUMBOHM, J. (1977): *Industrialización antes de la industrialización*. Barcelona, Crítica, 1986.
- KRUGMAN, P. R. (1992): *Geografía y comercio*. Barcelona, Antoni Bosch.
- KUZNETS, S. (1966): *Crecimiento económico moderno*. Madrid, Aguilar, 1973.
- LABORDETA, J. A. (1995): "Quién te cerrará los ojos", en J. L. Acín y V. Pinilla (coords.), pp. 279-281.

- LADRERO, P. (1980): "La evolución demográfica de la cuenca del río Leza 1950-1979", *Geographicalia*, 5, pp. 33-69.
- LAMO, J. (1991): "Las áreas de montaña y la política forestal en la nueva Política Agraria Comunitaria", *Revista de Estudios Agro-Sociales*, 158, pp. 29-55.
- (1994): "La Ley de Modernización Agraria: entre Jovellanos y la Unión Europea", en J. M. Sumpsi (coord.), pp. 243-284.
 - (1997): *La década perdida. 1986-1996: la agricultura española en Europa*. Madrid, Mundi-Prensa.
- LANDES, D. S. (1969): *Progreso tecnológico y revolución industrial*. Madrid, Tecnos, 1979.
- LANGREO, A. (1995): *Historia de la industria láctea española: una aplicación a Asturias 1830-1995*. Madrid, MAPA.
- LANZA, R. (1999): "Las migraciones temporales en la Cantabria del Antiguo Régimen", *I Encuentro de Historia de Cantabria*, Santander, Universidad de Cantabria / Gobierno de Cantabria, II, pp. 725-754.
- (2001): "El crecimiento de la ganadería de Cantabria entre los siglos XVI y XIX: una temprana especialización regional", *Historia Agraria*, 23, pp. 79-118.
- LASANTA, T. (1988): "The process of desertion of cultivated areas in the Central Spanish Pyrenees", *Pirineos*, 132, pp. 15-36.
- (1989): *Evolución reciente de la agricultura de montaña: el Pirineo aragonés*. Logroño, Geoforma.
 - (1990): "L'agriculture en terrasses dans les Pyrénées centrales espagnoles", *Méditerranée*, 71 (3-4), pp. 37-42.
 - (2002): "Los sistemas de gestión en el Pirineo central español durante el siglo XX: del aprovechamiento global de los recursos a la descoordinación espacial en los usos del suelo", *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, 2, pp. 173-195.
 - y ERREA, M. P. (1997): "Cambios recientes en las relaciones entre agricultura y ganadería extensiva: de la complementariedad a la dependencia de la ganadería", *Polígonos*, 7, pp. 47-75.
 - y ERREA, M. P. (2001): *Despoblación y marginación en la sierra riojana*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.

- y LAGUNA, M. (2002): "Desarrollo turístico y sostenibilidad en el Pirineo aragonés: efectos opuestos del modelo dominante", *Actas del XI Coloquio de Geografía Rural. Los espacios rurales entre el hoy y el mañana*, Santander, Universidad de Cantabria, pp. 681-688.
 - y ORTIGOSA, L. M. (1992): "Estrategias recientes en el aprovechamiento de áreas montañosas marginales: repercusiones económicas y ecológicas en Cameros Viejo (Sistema Ibérico)", *Ería*, 27, pp. 21-31.
- LAZONICK, W. (1993): *Business organization and the myth of the market economy*. Cambridge, Cambridge University Press.
- LEAL, J. L., LEGUINA, J., NAREDO, J. M. y TARRAFETA, L. (1975): *La agricultura en el desarrollo capitalista español (1940-1970)*. Madrid, Siglo XXI, 1977.
- LEBOUTTE, R. (2003): "Coal basins", en J. Mokyr (ed.), vol. 1, pp. 455-459.
- LECOMTE, C. (1965): "Le tourisme de la neige dans trois vallées des Alpes du Sud", *Méditerranée*, 1, pp. 9-28.
- LEIBUNDGUT, H. (1981): "Promoción del territorio montañoso en Suiza. Desarrollo, estado actual y experiencia adquirida hasta la fecha", *Ciudad y Territorio*, 1, pp. 39-52.
- LEMEUNIER, G. (1994): "Las migraciones a corta y mediana distancia en Murcia y Albacete, 1500-1900", en A. Eiras y O. Rey (eds.), II, pp. 305-320.
- Libro Blanco* (2003) *de la Agricultura y el Desarrollo Rural*. Madrid, MAPA.
- LINARES, A. M. (2001): "Estado, comunidad y mercado en los montes municipales extremeños (1855-1924)", *Revista de Historia Económica*, 19 (1), pp. 17-52.
- LISÓN, J. (1983): "Actividad agraria de una comunidad del Pirineo aragonés oriental: 1ª parte: ciclo anual de atención a los cultivos", *Pirineos*, 120, pp. 21-45.
- (1984): "Actividad agraria de una comunidad del Pirineo aragonés oriental: 2ª parte: el ciclo anual de atención al ganado", *Pirineos*, 122, pp. 65-88.

- LISZEWSKI, S. (1989): "La typologie fonctionnelle de l'implantation touristique; l'exemple des villages de Wysowa et Rytro, dans les Carpates polonaises", *Méditerranée*, 69 (4), pp. 25-32.
- LIVI-BACCI, M. (coord.) (1992): *Modelos regionales de la transición demográfica en España y Portugal*. Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil Albert / Seminari d'Estudis sobre la Població del País Valencià.
- LONG, J. y FERRIE, J. P. (2003): "Labor Mobility", en J. Mokyr (ed.), vol. 3, pp. 248-250.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, B. (1986): "Atonía y agotamiento demográficos en los municipios de la montaña de León", *Ería*, 10, pp. 130-139.
- LÓPEZ GÓMEZ, A. (1954): "Valdelaguna. Colectivismo agrario en las montañas burgalesas", *Estudios Geográficos*, 57, pp. 551-567.
- (1955): "La trashumancia en Valdelaguna (Burgos)", *Estudios Geográficos*, 60, pp. 163-166.
 - (1966): "La casa rural y los pueblos en la serranía de Atienza", *Estudios Geográficos*, 103, pp. 349-431.
 - (1974): "Colectivismo y sistemas agrarios en la Serranía de Atienza (Guadalajara)", *Estudios Geográficos*, 137, pp. 519-578.
 - (1981): "Despoblación y cambios de paisaje en la Serranía de Atienza (Guadalajara)", en *Supervivencia de la montaña. Actas del Coloquio Hispano-Francés sobre las Áreas de Montaña*, Madrid, Ministerio de Agricultura, pp. 229-242.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, A. y RODRÍGUEZ, R. (1997): "Os intercambios comerciais nas sociedades campestres. Evolución recente e concentración nas vilas galegas", *Semata*, 9, pp. 107-127.
- LÓPEZ IGLESIAS, F. (1994): "La emigración hacia Castilla en la Asturias suroccidental (siglos XVII-XIX)", en A. Eiras y O. Rey (eds.), II, pp. 635-648.
- LÓPEZ LABORDA, J. y SALAS, V. (2002): "Financiación de servicios públicos en territorios con desigual densidad de demanda", *Revista de Economía Aplicada*, 28, pp. 121-150.
- LÓPEZ LINAGE, J. (1978): *Antropología de la ferocidad cotidiana: supervivencia y trabajo en una comunidad cántabra*. Madrid, Ministerio de Agricultura.

- LÓPEZ LÓPEZ, M. (2002): "Consolidación y perspectivas de la actividad ganadera en las áreas de montaña de Galicia: la importancia de la explotación extensiva de bovino de carne y ovino", *Actas del XI Coloquio de Geografía Rural. Los espacios rurales entre el hoy y el mañana*, Santander, Universidad de Cantabria, pp. 699-705.
- LÓPEZ ORTIZ, M. I. (1999): "Entre la tradición y el cambio: la respuesta de la Región de Murcia a la crisis de la agricultura tradicional", *Historia Agraria*, 19, pp. 75-113.
- LÓPEZ PALOMEQUE, F. (1992): "Cataluña: Las actividades terciarias", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 9, pp. 204-240.
- (1995): "Cataluña". En *Geografía de España*, vol. 12: Aragón. Cataluña, Barcelona, Océano, pp. 2214-2312.
 - (1996): "Turismo de invierno y estaciones de esquí en el Pirineo catalán", *Investigaciones Geográficas*, 15, pp. 19-39.
 - y MAJORAL, R. (1981): "Emigración y cambio económico en el Pirineo catalán", en *Supervivencia de la montaña. Actas del Coloquio Hispano-Francés sobre las Áreas de Montaña*, Madrid, Ministerio de Agricultura, pp. 299-332.
- LOZATO, J. P. (1980): "La désertification de la moyenne montagne Corse: les cantons du Bozio et du Mercurio, un exemple caractéristique de la situation interne de l'île", *Revue de Géographie Alpine*, 68 (3), pp. 223-235.
- LLOPIS, E. (1982): "Las explotaciones trashumantes en el siglo XVIII y primer tercio del XIX: la cabaña del monasterio de Guadalupe, 1709-1835", en G. Anes (ed.), pp. 1-101.
- (2002): "La crisis del Antiguo Régimen y la revolución liberal", en F. Comín, M. Hernández y E. Llopis (eds.), pp. 165-202.
 - y ZAPATA, S. (2001): "El 'Sur del Sur'. Extremadura en la era de la industrialización", en L. Germán y otros (eds.), pp. 271-298.
- McNEILL, J. R. (1992): *The Mountains of the Mediterranean World: an Environmental History*. Cambridge, Cambridge University Press.
- MACEDA, A. (1985): "Distribución espacial de las categorías de montes colectivos en Asturias", *Ería*, 9, pp. 113-129.
- MAISO, E. y LASANTA, T. (1990): "El espacio agrario en el valle de Linares: características y utilización reciente", *Berceo*, 118-119, pp. 53-62.

- MAJORAL, R. (1992a): "Cataluña: La agricultura", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 9, pp. 138-166.
- (1992b): "Cataluña: Comarcas de los Pirineos y Prepirineos", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 9, pp. 270-304.
 - (1997): "Desarrollo en áreas de montaña", *Geographicalia*, 34, pp. 23-49.
 - y LÓPEZ, F. (1983): *Anàlisi de l'agricultura de la Vall d'Aran*. Generalitat de Catalunya.
- MALLET, M. (1978): "Agriculture et tourisme dans un milieu haut-alpin: un exemple briançonnais", *Études rurales*, 71-72, pp. 111-154.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1985): "La revolución industrial en Cataluña", en N. Sánchez-Albornoz (comp.) (1987), pp. 199-225.
- (2002): "Crisis y recuperación económica en la Restauración (1882-1913)", en F. Comín, M. Hernández y E. Llopis (eds.), pp. 243-284.
- MARDSSEN, T., MUNTUN, R. y WARD, N. (1992): "Incorporating social trajectories into uneven agrarian development: farm businesses in upland and lowland Britain", *Sociologia Ruralis*, 32 (4), pp. 408-430.
- MARSHALL, A. (1890): *Principios de economía*. Madrid, Aguilar, 1963.
- MARTÍN ACEÑA, P. y COMÍN, F. (1990): "La acción regional del Instituto Nacional de Industria, 1941-1976", en J. Nadal y A. Carreras (dir. y coord.), pp. 379-419.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, M. (1990): "Andalucía: luces y sombras de una industrialización interrumpida", en J. Nadal y A. Carreras (dir. y coord.), pp. 342-376.
- MARTÍNEZ CARRIÓN, J. M. (1988): "Cambio agrícola y desarrollo capitalista. El sector agrario murciano a finales del siglo XIX, 1875-1914", en R. Garrabou (ed.), pp. 131-160.
- (1991): *La ganadería en la economía murciana contemporánea. 1860-1936*. Murcia, Región de Murcia.
 - (2002): "El nivel de vida en la España rural, siglos XVIII-XX. Nuevos enfoques, nuevos resultados", en J. M. Martínez Carrión (ed.), pp. 15-72.

- (ed.) (2002): *El nivel de vida en la España rural, siglos XVIII-XX*. Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- MARTÍNEZ COBO, A. y GONZÁLEZ-TEJERO, M. R. (2003): "La Alpujarra: recursos vegetales y su utilización", en A. Ortega Santos y J. Vignet (eds.), pp. 75-84.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, A. (1997): "Perspectiva histórica de la ganadería gallega: de la complementariedad agraria a la crisis de la intensificación láctea (1850-1995)", en R. Domínguez (ed.), pp. 17-57.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, D. y MARTÍNEZ, M. (2001): "Las hilanderas de Montefrío. Una visión del trabajo femenino en la Alta Andalucía (1826-1851)", *VII Congreso de la Asociación de Historia Económica*, Zaragoza.
- MARTOS, P. (1999): *El sistema turístico-deportivo de las estaciones de esquí y montaña españolas*. Tesis doctoral, Universidad de Granada.
- MARX, K. (1872): *El capital. Crítica de la economía política. Libro I: El proceso de producción del capital*. Madrid, Siglo XXI, 1978.
- MASSULLO, G. (2000): "Mobilità territoriale e quadri ambientali in Molise tra otto e novecento", en D. Albera y P. Corti (coords.), pp. 141-152.
- MATA, R. (1997): "Paisajes y sistemas agrarios españoles", en C. Gómez Benito y J. J. González (eds.), pp. 109-172.
- MAY, T. (1991): "Human settlement and land use at Trévez (Sierra Nevada): a historical-geographical approach", *Pirineos*, 138, pp. 53-68.
- MAZZOLENI, M. Y NEGRI, G. G. (1981): "La situación de la montaña en Italia", *Ciudad y Territorio*, 1, pp. 25-37.
- MELÓN, A. (1977): "Modificaciones del mapa municipal de España a través de un siglo (1857-1960)", *Estudios Geográficos*, 148-149, pp. 829-850.
- MÉNDEZ, R. (1990): "Las actividades industriales", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 3, pp. 73-229.
- MERCURI, S. (1951): "La pecora nell'economia montana. Insopprimibili rapporti tra il monte e il piano", *L'agricoltura italiana*, 2 (18), pp. 446-449.

- MERLO, M. (1974): "Agricultura e integrazioni economiche nella montagna italiana", *Rivista di Politica Agraria*, 21 (4), pp. 49-57.
- MÉTAILIÉ, J. P., BONHÔTE, J., DAVASSE, B., DUBOIS, C., GALOP, D. e IZARD, V. (2003): "La construcción del paisaje forestal en los Pirineos orientales, del Neolítico a nuestros días. Un modelo cronológico del bosque en el largo plazo", en J. A. Sebastián y R. Uriarte (eds.), pp. 15-38.
- MEYZENQ, C. (1984): "La population des Alpes du Sud, Un nouvel équilibre?", *Revue de Géographie Alpine*, 72 (1), pp. 41-53.
- MIGNON, C. (1981): "La crise et les problemes de renovation de la vie rurale de montagne en Haute-Alpujarra (Sierra Nevada.-Province de Granada)", en *Supervivencia de la montaña. Actas del Coloquio Hispano-Francés sobre las Áreas de Montaña*, Madrid, Ministerio de Agricultura, pp. 511-523.
- (1982): *Campos y campesinos de la Andalucía mediterránea*. Madrid, MAPA.
- MIKELARENA, F. (1992a): "Las estructuras familiares en la España tradicional: geografía y análisis a partir del censo de 1860", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 10 (3), pp. 15-61.
- (1992b): "El hogar rural en España a mediados del siglo XIX: algunas consideraciones desde la perspectiva de la historia agraria", *Noticiario de Historia Agraria*, 3: 33-61.
 - (1993): "Los movimientos migratorios interprovinciales en España entre 1877 y 1930: áreas de atracción, áreas de expulsión, periodización cronológica y cuencas migratorias", *Cuadernos Aragoneses de Economía*, 3 (2), pp. 213-240.
- MILL, J. S. (1859): *Sobre la libertad*. Madrid, Alianza, 1999.
- (1871): *Principios de economía política*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
 - (1873): *Autobiografía*. Madrid, Alianza, 1986.
- MITCH, D. (2003): "Literacy", en J. Mokyr (ed.), vol. 3, pp. 335-340.
- MOKYR, J. (ed.) (2003): *The Oxford Encyclopedia of Economic History*. Nueva York, Oxford University Press.
- MOLINA, M. (1990): "Fuentes de energía y recursos minerales", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 3, pp. 9-71.

- MOLINA GALLART, D. (2002): "El proceso de desertización demográfica de la montaña pirenaica en el largo plazo: Cataluña", *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo de Áreas Rurales*, 2, pp. 81-99.
- MOLINARI, A. (2000): "Dalla Valfontanabuona al mondo: mobilità contadina e migrazioni dalla montagna ligure tra Ottocento e Novecento", en D. Albera y P. Corti (coords.), pp. 165-179.
- MOLINERO, F. (1999): "Caracterización y perspectivas de los espacios rurales españoles", en E. Ramos (coord.), pp. 65-92.
- MOLL, I. y MIKELARENA, F. (1993): "Elementos para el estudio de las sociedades agrarias: de los procesos de trabajo al ciclo de vida", *Noticiario de Historia Agraria*, 5, pp. 25-42.
- MORAL, J. del (1979): *La agricultura española a mediados del s. XIX (1850-70). Resultados de una encuesta agraria de la época*. Madrid, Ministerio de Agricultura.
- MORENO FERNÁNDEZ, J. R. (1994): "Subsistencia y medio natural: la conservación del monte en La Rioja durante los siglos XVIII y XIX", *VII Coloquio de Geografía Rural. Comunicaciones*, Córdoba, Universidad de Córdoba, pp. 242-246.
- (1998): "El régimen comunal y la reproducción de la comunidad campesina en las sierras de La Rioja (siglos XVIII-XIX)", *Historia Agraria*, 15, pp. 75-111.
 - (1999): *La economía de montaña en La Rioja a mediados del siglo XVIII*. Tesis doctoral, Universidad de Zaragoza.
 - (2000): "Entre el padre y el patrón. La organización del trabajo trashumante en la montaña riojana (S. XVIII)", *Historia Agraria*, 22, pp. 131-158.
 - (2001a): "Las áreas rurales de montaña en la España del siglo XVIII: el caso de las sierras del sur de La Rioja", *Revista de Historia Económica*, 19 (número extraordinario), pp. 61-83.
 - (2001b): "La Rioja: las otras caras del éxito", en L. Germán y otros (eds.), pp. 153-181.
 - (2001c): "El impacto del liberalismo sobre la ganadería de montaña: la Sierra de Cameros (La Rioja) entre los siglos XVIII y XIX", *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, 1, pp. 113-158.

- (2002): "La economía de montaña en el Antiguo Régimen: los equilibrios tradicionales en el Pirineo aragonés", *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, 2, pp. 43-80.
- MORENO JIMÉNEZ, A. (1978): "La ganadería vacuna en el área de atracción granadina", *Estudios Geográficos*, 150, pp. 23-48.
- MORENO LÁZARO, J. (2001): "La precaria industrialización de Castilla y León", en L. Germán y otros (eds.), pp. 182-208.
- MORO, J. M. (1979): "Los montes públicos en Asturias a mediados del siglo XIX", *Agricultura y Sociedad*, 12, pp. 227-248.
- MULLER, J. M. (1995): "L'industrie dans le Massif vosgien", *Revue de Géographie Alpine*, 3, pp. 161-168.
- MUÑOZ, C. y ESTRUCH, V. (1993): "La agricultura de montaña y los nuevos enfoques de política agraria rural. El caso valenciano", *Revista de Estudios Agro-Sociales*, 163, pp. 27-50.
- MYRDAL, G. (1957): *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*. México, FCE, 1968.
- NADAL, J. (1975): *El fracaso de la Revolución industrial en España, 1814-1913*. Barcelona, Ariel, 1991.
- (1981): "De la manteca al hierro y al cinc. La industrialización asturiana de 1850 a 1935", en J. Nadal (1992), pp. 155-208.
- (1983): "Andalucía, paraíso de los metales no ferrosos", en J. Nadal (1992), pp. 3-52.
- (1984a): "Los dos abortos de la revolución industrial en Andalucía", en J. Nadal (1992), pp. 53-83.
- (1984b): "El fracaso de la revolución industrial en España. Un balance historiográfico", en J. Nadal (1992), pp. 306-327.
- (1985): "Cataluña, la fábrica de España. La formación de la industria moderna en Cataluña", en J. Nadal (1992), pp. 84-154.
- (1986): "La debilidad de la industria química española en el siglo XIX. Un problema de demanda", en J. Nadal (1992), pp. 273-305.
- (1992): *Moler, tejer y fundir. Estudios de historia industrial*. Barcelona, Ariel.
- (1999): "Industria sin industrialización", en G. Anes (ed.), pp. 185-222.

- (2003): "Un recorrido poco exitoso: de la primera a la segunda revolución industrial, 1814-1939. Introducción", en J. Nadal (dir.), pp. 61-70.
 - (dir.) (2003): *Atlas de la industrialización de España 1750-2000*. Barcelona, Fundación BBVA / Crítica.
 - y CARRERAS, A. (dir. y coord.) (1990): *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*. Barcelona, Ariel.
 - CARRERAS, A. y SUDRIÀ, C. (comps.) (1987): *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*. Barcelona, Ariel.
- NAREDO, J. M. (1975): "Presentación: algunos problemas generales", en J. L. Leal, J. Leguina, J. M. Naredo y L. Tarrafeta, pp. 1-11.
- (1996): *La evolución de la agricultura en España (1940-1990)*. Granada, Universidad de Granada.
- NAVARRO, Á. (1982): *La comarca de Molina de Aragón: estudio geográfico*. Madrid, Universidad Complutense.
- NEGRI, G. G. (1993): "Les montagnes de Lombardie", *Revue de Géographie Alpine*, 2, pp. 65-83.
- NICOLAU, R. (1989): "La población", en A. Carreras (coord.), pp. 49-90.
- NORTH, D. C. (1959): "Agriculture in regional economic growth", *Journal of Farm Economics*, 51, pp. 943-951.
- (1994): "Economic Performance Through Time", *American Economic Review*, 84 (3), pp. 359-368.
- NUGENT, J. B. (2003): "Common goods", en J. Mokyr (ed.), vol. 1, pp. 492-493.
- NÚÑEZ, C. E. (1992): *La fuente de la riqueza. Educación y desarrollo económico en la España contemporánea*. Madrid, Alianza.
- (2001): "Within the European Periphery: Education and Labor Mobility in Twentieth-Century Spain", *VII Congreso de la Asociación de Historia Económica*, Zaragoza.
 - y TORTELLA, G. (eds.) (1993): *La maldición divina. Ignorancia y atraso económico en perspectiva histórica*. Madrid, Alianza.
- NÚÑEZ ROMERO-BALMAS, G. (1994): "Cien años de evolución institucional en el sector eléctrico en España", en G. Núñez y L.

- Segreto (eds.), *Introducción a la historia de la empresa en España*, Madrid, Abacus, pp. 221-256.
- (2003): "Las empresas eléctricas: crisis de crecimiento en un contexto de crisis política", en G. Sánchez Recio y J. Tascón (eds.), *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Barcelona, Crítica / Universidad de Alicante, pp. 121-144.
- OFFER, A. (1997): "Between the gift and the market: the economy of regard", *Economic History Review*, 50 (3), pp. 450-476.
- OJEDA, G. (2001): "Asturias: de la vieja a la nueva economía", en L. Germán y otros (eds.), pp. 46-65.
- y VÁZQUEZ, J. A. (1990): "Asturias: una industrialización intervenida", en J. Nadal y A. Carreras (dir. y coord.), pp. 49-78.
- OJEDA, R. (1995): "La industria papelera riojana en el siglo XIX: los molinos de Torrecilla", *Berceo*, 128, pp. 201-214.
- OLAIZOLA, A. M., MANRIQUE, E., BERNUES, A. y MAZA, M. T. (1996): "Incidencia de programas de abandono de la producción lechera sobre explotaciones de vacuno", *Investigación Agraria, Economía*: 11 (2), pp. 355-376.
- ORTEGA SANTOS, A. (2003): "Introducción: a propósito de las montañas del Mediterráneo", en A. Ortega Santos y J. Vignet (eds.), pp. 17-24.
- y VIGNET, J. (eds.) (2003): *Las montañas del Mediterráneo*. Granada, Diputación Provincial de Granada.
- ORTEGA VALCÁRCCEL, J. (1974): *La transformación de un espacio rural. Las Montañas de Burgos*. Valladolid, Universidad de Valladolid.
- (1975): "Organización del espacio y evolución técnica en los Montes de Pas", *Estudios Geográficos*, 140-141, pp. 863-899.
 - (1989): "La economía de montaña: una economía de equilibrio", *Ería*, 19-20, pp. 115-128.
 - (1990a): "Cantabria", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 4, pp. 461-589.
 - (1990b): "La industrialización en Cantabria (1844-1944). Génesis de una industria especializada", en J. Nadal y A. Carreras (dir. y coord.), pp. 79-105.

- (1991): "La consolidación de la pequeña explotación agraria en Cantabria: de campesinos renteros a propietarios en precario", en P. Saavedra y R. Villares (eds.), pp. 156-172.
 - (1999): "Procesos de cambio en las áreas rurales cántabras. La evolución de los espacios rurales cántabros y la integración de España en la Unión Europea", en M. Corbera (ed.), pp. 237-250.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1929): *La rebelión de las masas*. Madrid, Espasa Calpe, 1986.
- OSTROM, E. (1990): *Governing the Commons. The Evolution of Institutions for Collective Action*. Cambridge, Cambridge University Press.
- PALAFOX, J. (1985): "Exportaciones, demanda interna y crecimiento económico en el País Valenciano", en N. Sánchez-Albornoz (comp.) (1987), pp. 319-343.
- PAN-MONTOJO, J. (1994): *La bodega del mundo. La vid y el vino en España (1800-1936)*. Madrid, Alianza.
- PANADERO, M. (1995): "Castilla-La Mancha", en *Geografía de España, vol. 10: Castilla-La Mancha*. Madrid, Barcelona, Océano, pp. 1738-1833.
- PANIAGUA, Á. (1992): "Población y colonización en España: 1939-1973", *Polígonos*, 2, pp. 87-108.
- (1997): "Significación social e implicaciones para la política agraria de la 'cuestión ambiental' en el medio rural español", en C. Gómez Benito y J. J. González (eds.), pp. 975-1016.
- PARDO, C. (1994a): "Ganadería extensiva y aprovechamiento de los ecosistemas naturales de montaña: evolución, crisis y transformación", *VII Coloquio de Geografía Rural. Comunicaciones*, Córdoba, Universidad de Córdoba, pp. 254-260.
- (1994b): "Problemática de la ganadería extensiva en España", *Estudios Geográficos*, 222, pp. 125-149.
- PAREJO, A. (2001): "Industrialización, desindustrialización y nueva industrialización de las regiones españolas (1950-2000). Un enfoque desde la historia económica", *Revista de Historia Industrial*, 19-20, pp. 15-75.
- PARELLADA, M. (1994): "Renda i territori a Catalunya 1979-1991. Algunes consideracions", *Revista Econòmica de Catalunya*, 25, pp. 114-121.

- PARENTE, E. (1956): "Pennellate sull'economia silvo-pastorale montana degli Abruzzi e Molise", *Rivista Italiana di Demografia, Economia e Statistica*, 10 (3-4), pp. 341-365.
- PASCUAL, P. (1998): "El ferrocarril carbonífero de Sant Joan de les Abadesses (1867-1900). La frustración de una empresa estratégica", *Revista de Historia Industrial*, 14, pp. 11-42.
- PAUNERO, X. (1988): "Agricultura a temps parcial a l'alta muntanya catalana. El cas de l'Alt Urgell", *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 12, pp. 99-115.
- PEIRÓ, A. (2000): *Tiempo de industria. Las Tierras Altas turolenses, de la riqueza a la despoblación*. Zaragoza, CEDDAR.
- PELLEJERO, C. (dir.) (1999): *Historia de la economía del turismo en España*. Madrid, Civitas.
- PEÑA, S., PÉREZ, D. S. y PARREÑO, J. M. (1997): *Aproximación a modelos de ordenación territorial en áreas de montaña. La comarca de los Montes Granadinos*. Granada, Universidad de Granada / Diputación Provincial de Granada.
- PEÑA ROTELLA, A. (2002): "Áreas rurales de montaña en España", *Actas del XI Coloquio de Geografía Rural. Los espacios rurales entre el hoy y el mañana*, Santander, Universidad de Cantabria, pp. 759-769.
- PÉREZ CORREA, E. y SUMPSI, J. M. (coords.) (2002): *Políticas, instrumentos y experiencias de desarrollo rural en América Latina y Europa*. Madrid, MAPA.
- PÉREZ DÍAZ, V. (1965): "Medio rural y desarrollo regional. Análisis de algunos problemas metodológicos y materiales relacionados con el desarrollo de regiones y comarcas rurales de España", en V. Pérez Díaz (1974), pp. 205-243.
- (1967): "Emigración y cambio en la sociedad rural", en V. Pérez Díaz (1974), pp. 36-57.
 - (1971): *Emigración y cambio social. Procesos migratorios y vida rural en Castilla*. Barcelona, Ariel.
 - (1974): *Pueblos y clases sociales en el campo español*. Madrid, Siglo XXI.
- PÉREZ MOREDA, V. (1984): "Evolución de la población española desde finales del Antiguo Régimen", *Papeles de Economía Española*, 20, pp. 20-38.

- (1985): "La modernización demográfica, 1800-1930. Sus limitaciones y cronología", en N. Sánchez-Albornoz (comp.) (1987), pp. 25-62.
 - (1999a): "Población y economía en la España de los siglos XIX y XX", en G. Anes (ed.), pp. 7-62.
 - (1999b): "El análisis de la nupcialidad y del matrimonio desde una perspectiva interdisciplinar", *Actas del Congreso Internacional de la Población. V Congreso de la ADEH*, Logroño, vol. IV, pp. 23-38.
- PÉREZ PICAZO, M. T. (1990): "Pautas de industrialización de la región murciana. Del textil al agroalimentario", en J. Nadal y A. Carreras (dir. y coord.), pp. 315-341.
- (1999): "En la estela de Pollard. Un ejemplo de industrialización fracasada en el noroeste de la región murciana", en A. Carreras Odriozola, P. Pascual, D. Reher y C. Sudrià (eds.), II, pp. 1232-1247.
 - y MARTÍNEZ CARRIÓN, J. M. (2001): "Murcia: crecimiento en un medio físico difícil", en L. Germán y otros (eds.), pp. 413-440.
- PÉREZ ROMERO, E. (1996): "Trashumancia y pastos de agostadero en las sierras sorianas durante el siglo XVIII", *Revista de Historia Económica*, 14 (1), pp. 91-124.
- PERINI, D. (1958): "I fattori economici e sociali della montagna alpina", *Rivista di Economia Agraria*, 13 (2-3), pp. 324-335.
- PERRET, J., DOBREMEZ, L. y BOUJU, S. (1993): "Les logiques d'acteurs d'un espace désertifié. Massif du Montdenier. Alpes de Haute-Provence - France", *Revue de Géographie Alpine*, 3, pp. 67-81.
- PERRIER-CORNET, P. (1986): "Le massif Jurassien. Les paradoxes de la croissance en montagne; éleveurs et marchands solidaires dans un système de rente", *Cahiers d'économie et sociologie rurales*, 2, pp. 61-121.
- PERROUX, F. (1964): *La economía del siglo XX*. Barcelona, Ariel.
- PINILLA, V. (1995a): *Entre la inercia y el cambio. El sector agrario aragonés, 1850-1935*. Madrid, MAPA.
- (1995b): "Crisis, declive y adaptación de las economías de montaña: una interpretación sobre la despoblación en Aragón", en J. L. Acín y V. Pinilla (coords.), pp. 55-78.

- (2003): "Économie de montagne et industrialisation en Espagne. Le dépeuplement de la montagne aragonaise aux XIXe et XXe siècles", *Histoire des Alpes*, 8, pp. 267-285.
 - (2004): "Agricultura y crecimiento económico en España, 1800-1935", *Historia Agraria*, próximamente.
- PIORE, M. J. (1980): "Dualism as a response to flux and uncertainty", en S. Berger y M. J. Piore, pp. 23-54.
- PIQUERAS, J. (1992): "Comunidad Valenciana", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 10, pp. 9-335.
- PLANS, A. (1981): "Los Grups de l'Alt Pirineu (GAP) por la participación de los habitantes permanentes en el desarrollo de las áreas de montaña", en *Supervivencia de la montaña. Actas del Coloquio Hispano-Francés sobre las Áreas de Montaña*, Madrid, Ministerio de Agricultura, pp. 757-761.
- POLANYI, K. (1944): *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México, FCE, 1992.
- POLLARD, S. (1981): *La conquista pacífica: la industrialización de Europa, 1760-1970*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991.
- (1997a): *Marginal Europe. The Contribution of Marginal Lands since the Middle Ages*. Nueva York, Oxford University Press.
 - (1997b): *The International Economy Since 1945*. Londres / Nueva York, Routledge.
- PRADIER, B. (1997): "L'espace rural de Haute-Loire: l'esquisse d'un changement de trajectoire", *REM*, 46 (179), pp. 297-315.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, L. (1988): *De imperio a nación. Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930)*. Madrid, Alianza.
- (2003): *El progreso económico de España (1850-2000)*. Madrid, Fundación BBVA.
- PRECEDO, A. (1990): "Galicia", en J. Bosque y J. Vilà (dirs.), vol. 4, pp. 9-287.
- PRIETO, E. (1988): *Agricultura y atraso en la España contemporánea. Estudio sobre el desarrollo del capitalismo*. Madrid, Endymión.

- PUENTE, L. de la (1992): *Transformaciones agrarias en Cantabria, 1860-1930: especialización vacuna y construcción del espacio agrario*. Santander, Universidad de Cantabria / Asamblea Regional de Cantabria.
- PUIGDEFÁBREGAS, J. y BALCELLS, E. (1970): "Relaciones entre la organización social y la explotación del territorio en el Valle de El Roncal (Navarra Oriental)", *Pirineos*, 98, pp. 53-89.
- PUJOL, J. (2002): "Especialización ganadera, industrias agroalimentarias y costes de transacción: Cataluña, 1880-1936", *Historia Agraria*, 27, pp. 191-219.
- QUAINI, M. (2000): "Dalla Corsica alle Alpi marittime: alla ricerca di un laboratorio storico sulla montagna mediterranea", en D. Albera y P. Corti (coords.), pp. 181-192.
- QUINTANA, J., CAZORLA, A. y MERINO, J. (1999): *Desarrollo rural en la Unión Europea: Modelos de participación social*. Madrid, MAPA.
- RAMOS, E. (coord.) (1999): *El desarrollo rural en la Agenda 2000*. Madrid, MAPA.
- y CRUZ, J. (coords.) (1995): *Hacia un nuevo sistema rural*. Madrid, MAPA.
- REBOUD, L. (1971): "La région franco-italienne des Alpes du Nord", *Économies et sociétés*, 5 (3-4), pp. 673-698.
- REBOURS, F. (1990): "Versants aménagés et déprise rurale dans l'est des Alpes-Maritimes", *Méditerranée*, 71 (3-4), pp. 31-36.
- REGIDOR, J. G. (2000): *El futuro del medio rural en España. Agricultura y desarrollo económico*. Madrid, Consejo Económico y Social.
- REHER, D. S. (1988): *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca. 1700-1970*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas / Siglo XXI.
- (1993): "Una perspectiva comarcal y regional de España en 1887", en D. S. Reher, M. N. Pombo y B. Nogueras, *España a la luz del Censo de 1887*, Madrid, INE, pp. 33-114.
 - (1994): "Las dimensiones del mercado matrimonial en España durante la Restauración", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 12 (2/3), pp. 45-77.

- (1996): *La familia en España. Pasado y presente*. Madrid, Alianza.
 - (1998): "Mortalidad rural y mortalidad urbana: un paseo por la transición demográfica en España", en F. Dopico y D. S. Reher, *El declive de la mortalidad en España, 1860-1930*, ADEH, pp. 59-103.
 - (2001): "In Search of the 'Urban Penalty': Exploring Urban and Rural Mortality Patterns in Spain during the Demographic Transition", *International Journal of Population Geography*, 7, pp. 105-127.
 - (2003): "Perfiles demográficos de España, 1940-1960", en C. Barciela (ed.), pp. 1-26.
 - y CAMPS. E. (1991): "Las economías familiares dentro de un contexto histórico comparado", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 55, pp. 65-91.
- REY, O. (1994): "Movimientos migratorios en Galicia, siglos XVI-XIX", en A. Eiras y O. Rey (eds.), II, pp. 85-130.
- RHOADES, R. E. y THOMPSON, S. I. (1975): "Adaptive strategies in Alpine environments: beyond ecological particularism", *American Ethnologist*, 238, pp. 535-551.
- RICHEZ, J. (1972): "Renovation rurale et tourisme. L'exemple de Ceillac en Queyras", *Méditerranée*, 9 (1), pp. 51-79.
- RICO, E. (2000): "Política forestal y conflictividad social en el noroeste de España durante el primer franquismo, 1939-1959", *Historia Social*, 38, pp. 117-140.
- RIEUTORT, L. (1997): "Les moyennes montagnes d'Europe occidentale: affaiblissement ou réadaptation des campagnes?", *Norois*, 173, pp. 61-83.
- RINGROSE, D. R. (1996): *España, 1700-1900: el mito del fracaso*. Madrid, Alianza.
- RÓDENAS, C. (1994): "Migraciones interregionales en España (1960-1989): cambios y barreras", *Revista de Economía Aplicada*, 4, pp. 5-36.
- RODRÍGUEZ CANCHO, M. (1994): "Migraciones internas en la Extremadura moderna". En A. Eiras y O. Rey (eds.), II, pp. 321-355.

- RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, F. (1987): "La diversidad de la montaña legal asturiana. Bases para el desarrollo de una política asturiana de montaña", *Ería*, 14, pp. 195-211.
- (1989): *La organización agraria de la montaña central asturiana*. Oviedo, Principado de Asturias.
 - (1990): "Les Asturies et la montagne: l'interprétation d'un scénario de crise", *Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest*, 61 (2), pp. 217-236.
 - (1993): "El balance de un decenio de política de montaña en España (1982-1992)", *Ería*, 30, pp. 61-72.
 - (1997): "La evolución del sector ganadero en Asturias (1750-1995)", en R. Domínguez (ed.), pp. 59-87.
- RODRÍGUEZ LABANDEIRA, J. (1991): *El trabajo rural en España (1876-1936)*. Barcelona / Madrid, Anthropos / MAPA.
- RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, F. y JIMÉNEZ, Y. (1993-94): "De la montaña al desierto. Algunas consecuencias del abandono agrícola en la periferia meridional de Sierra Nevada (España)", *Paralelo* 37°, 16, pp. 85-94.
- ROMERO GONZÁLEZ, J. (1993): "La agricultura valenciana en el proceso de industrialización y urbanización. Cambios estructurales en el periodo 1950-1990", en A. Gil Ocina y A. Morales (eds.), pp. 363-392.
- y DELIOS, E. (1997): "Pobreza rural en España", en C. Gómez Benito y J. J. González (eds.), pp. 581-614.
- ROMERO RODRÍGUEZ, J. J. y DELGADO, M. (1979): "Comarcas marginadas en Andalucía oriental", *Revista de Estudios regionales*, 1 (extraordinario), pp. 165-224.
- ROSÉS, J. R. (2003): "Why Isn't the Whole of Spain Industrialized? New economic geography and Early Industrialization, 1797-1910", *Journal of Economic History*, 63 (4), pp. 995-1022.
- ROWLAND, R. (1988): "Sistemas matrimoniales en la Península Ibérica (siglos XVI-XIX). Una perspectiva regional", en V. Pérez Moreda y D. Reher (eds.), *Demografía histórica en España*, Madrid, Ediciones El Arquero, pp. 72-137.
- RUBIO BENITO, M. T. (1989): "Emigración y cambio de actividad en el Pirineo", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie VI, Geografía*, 2, pp. 155-168.

- (1994): "Envejecimiento demográfico y actividad agraria en el Valle de Gistáin", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie VII, Geografía*, 7, pp. 135-200.
- RUBIO PÉREZ, L. M. (1990): "Limitaciones al desarrollo económico y respuesta demográfica en tierras noroccidentales leonesas durante los siglos XVIII y XIX", *Estudios Humanísticos: Geografía, Historia, Arte*, 12, pp. 157-194.
- RUBIO TERRADO, P. (1991): "Clasificación de las provincias españolas según su tendencia ganadera, 1950-1988", *Geographica*, 28, pp. 193-212.
- RUIZ BUDRÍA, E. (1998): *El Mas turolense: pervivencia y viabilidad de una explotación agraria tradicional*. Zaragoza, Institución "Fernando el Católico".
- RUIZ TORRES, P. (1985): "Desarrollo y crisis de la agricultura en el País Valenciano a finales del antiguo régimen", en Á. García Sanz y R. Garrabou (eds.), pp. 347-379.
- (1996): "Reforma agraria y revolución liberal en España", en Á. García Sanz y J. Sanz (coords.), *Reformas y políticas agrarias en la historia de España (De la Ilustración al primer franquismo)*, Madrid, MAPA, pp. 201-245.
- RUSSO, S. (2000): "Montagne e pianura nel mezzogiorno adriatico (XVII-XIX sec.)", en D. Albera y P. Corti (coords.), pp. 133-140.
- RYSER, W. (1956): "Suisse. Mesures pour résoudre le problème des paysans montagnards", *Supplément a la Revue Fatis: Regions Agricoles Critiques en Europe*, pp. 62-68.
- SAAVEDRA, P. y VILLARES, R. (eds.) (1991): *Señores y campesinos en la Península Ibérica, siglos XVIII-XX. 2. Campesinado y pequeña explotación*. Barcelona, Crítica / Consello da Cultura Galega.
- SABIO, A. (1997): *Los montes públicos en Huesca (1859-1930): El bosque no se improvisa*. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- SÁENZ, M. (1993): "Éxodo y envejecimiento en el medio rural andaluz: consecuencias y medidas correctoras", en A. Gil Ocina y A. Morales (eds.), pp. 649-675.
- y FERRER, A. (1983): "La ordenación del espacio rural: en torno al Proyecto de Ley de Agricultura de Montaña", *Anales INIA. Serie Economía y Sociología Agrarias*, 7, pp. 93-117.

- SÁEZ, L. A. (2001): "De la *Operación Integrada de Desarrollo* al *Examen territorial de la OCDE-Teruel: una región rural*. Diagnósticos, estrategias y objetivos", *Economía Aragonesa*, 14, pp. 101-132.
- SALA, P. (1996): "Tragèdia del comunals i Tragèdia dels tancaments, dilema del presoner i cooperació no altruista. Un estat de la qüestió sobre la propietat comunal", *Recerques*, 33, pp. 137-147.
- (1997): "Conflictividad rural en el monte comunal gerundense: pueblos y mansos ante el Estado interventor en la segunda mitad del s. XIX", *Noticiario de Historia Agraria*, 13, pp. 105-124.
- SALAS, J. A. (1994): "Migraciones internas y *medium-distance* en Aragón (1500-1900)", en A. Eiras y O. Rey (eds.), II, pp. 247-273.
- SALVÀ, P. A. (1999): "Los nuevos retos del mundo rural de los países desarrollados en los años finales del s. XX. El dilema asistencia dinamismo como freno de la capacidad y limitación de la iniciativa privada en el Desarrollo Rural", en E. Ramos (coord.), pp. 93-105.
- SAMPEDRO, R. (1999): "Las mujeres rurales ante el reto de la des-agrarización", en *Mujeres y Sociedad Rural. Entre la inercia y la ruptura*, Madrid, Instituto de la Mujer, pp. 15-25.
- SAN ROMÁN, J. M. (2000): *Valdeorras. La industria de la pizarra y las transformaciones espaciales. Municipios de O Barco, Carballeda y Rubiá (1950-1998)*. Barco de Valdeorras, Instituto de Estudios Valdeorreses.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, N. (1968): *España hace un siglo: una economía dual*. Madrid, Alianza, 1988.
- (1985a): "La modernización económica", en N. Sánchez-Albornoz (comp.) (1987), pp. 13-22.
 - (1985b): "Castilla. El neoarcaísmo agrario, 1830-1930", en N. Sánchez-Albornoz (comp.) (1987), pp. 287-298.
 - (comp.) (1987): *La modernización económica de España 1830-1930*. Madrid, Alianza.
- SÁNCHEZ ALONSO, B. (1995): *Las causas de la emigración española, 1880-1930*. Madrid, Alianza.
- SÁNCHEZ DE TEMBLEQUE, A. (1985): "Desarticulación del sistema económico tradicional en un área de montaña: el Valle de

- Cabuérniga (Cantabria)", *VIII Coloquio de Geógrafos Españoles*, pp. 542-548.
- SÁNCHEZ DOMÍNGUEZ, M. A. (1999): "La política regional en el primer franquismo, los Planes Provinciales de ordenación económica y social", *Revista de Historia Industrial*, 16, pp. 91-112.
- SÁNCHEZ PICÓN, A. (1995): "Modelos tecnológicos en la minería del plomo andaluza durante el siglo XIX", *Revista de Historia Industrial*, 7, pp. 11-37.
- SÁNCHEZ SALAZAR, F. (1995): "La desamortización civil en la sierra riojana: las respuestas a los interrogatorio de 1851", *Agricultura y Sociedad*, 76, pp. 219-244.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, J. (1988): "Perspectivas de desarrollo rural en la sierra de Alcaraz (Albacete) y necesidad de acciones integradas", *Espacio, Tiempo y Forma*, 3, pp. 217-238.
- (1995): "La política de desarrollo rural en áreas de montaña: de la visión sectorial al enfoque integrado", *XIV Congreso Nacional de Geografía. Cambios regionales a finales del siglo XX*, pp. 224-227.
 - y RODRÍGUEZ, V. (1989): "Politique socio-structurelle pour les Zones d'agriculture de montagne (Z.A.M.). Deux années d'aide communautaire pour les Z.A.M. espagnoles", *Méditerranée*, 67, pp. 23-32.
- SANCHO, S. y ROS, C. (1996): "Movimientos migratorios en Catalunya a nivel municipal, 1923-36 y 1975-91", en M. González Portilla y K. Zárraga (eds.), pp. 259-279.
- SANCHO HAZAK, R. (1997a): "Estructura demográfica y tipificación de los asentamientos y áreas rurales españolas", en C. Gómez Benito y J. J. González (eds.), pp. 173-223.
- (1997b): "Las políticas socioestructurales en la modernización del mundo rural", en C. Gómez Benito y J. J. González (eds.), pp. 839-882.
- SANDBERG, L. G. (1982): "Ignorancia, pobreza y atraso económico en las primeras etapas de la industrialización europea: variaciones sobre el gran tema de Alexander Gerschenkron", en C. E. Núñez y G. Tortella (eds.) (1993), pp. 61-88.
- SANTILLANA, I. (1981): "Los determinantes económicos de las migraciones internas en España, 1960-73", *Cuadernos de Economía*, 25, pp. 381-407.

- SANZ FERNÁNDEZ, J. (1985): "La historia contemporánea de los montes públicos españoles, 1812-1930. Notas y reflexiones (I)", en R. Garrabou y J. Sanz (eds.), pp. 193-228.
- SANZ GIMENO, A. y RAMIRO, D. (2002): "Infancia, mortalidad y niveles de vida en la España interior. Siglos XIX y XX", en J. M. Martínez Carrión (ed.), pp. 359-403.
- SARASÚA, C. (1994): "Las emigraciones temporales en una economía de minifundio: los montes de Pas, 1758-1888", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 12 (2/3), pp. 165-179.
- (2000): "El análisis histórico del trabajo agrario: Cuestiones recientes", *Historia Agraria*, 22, pp. 79-96.
 - (2002): "El acceso de niñas y niños a los recursos educativos en la España rural del siglo XIX", en J. M. Martínez Carrión (ed.), pp. 549-609.
- SAUVAIN, P. (1988): "Desarrollo endógeno de las zonas de montaña. Pays-d'Enhaut (Suiza)", *Agricultura y Sociedad*, 46, pp. 191-225.
- SCARPA, G. (1955a): "Problemi attuali di struttura e di sfruttamento nell'economia agraria alpina dell'Alto Adige", *Rivista Italiana di Economia, Demografia e Statistica*, 9 (3-4), pp. 401-410.
- (1955b): "Il maso chiuso e le proprietà collettive nell'economia alpina dell'Alto Adige", *Rivista di Economia Agraria*, 10 (2), pp. 302-314.
 - (1957): "Spopolamento montano e sviluppo economico", *Rivista di Economia Agraria*, 12 (2), pp. 157-171.
- SCHOLLIERS, P. (2003): "Labor Markets: Historical Overview", en J. Mokyr (ed.), vol. 3, pp. 238-242.
- SCHUMPETER, J. A. (1939): *Ciclos económicos: análisis teórico, histórico y estadístico del proceso capitalista*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2002.
- (1946): *Capitalismo, socialismo y democracia*. Madrid, Aguilar, 1971.
 - (1947): "The Creative Response in Economic History", *Journal of Economic History*, 7 (2), pp. 149-159.
- SCHWARTZ, A. (1973): "Interpreting the Effect of Distance on Migration", *Journal of Political Economy*, 81 (5), pp. 1153-1169.

- SEBASTIÁN, J. A. y URIARTE, R. (eds.) (2003): *Historia y economía del bosque en la Europa del sur (siglos XVIII-XX)*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- SEGUÍ, A. (1982): "La explotación familiar agraria en la montaña aragonesa", *Quaderns Agraris*, 2, pp. 61-64.
- SEVILLA-GUZMÁN, E. (1979): *La evolución del campesinado en España*. Barcelona, Península.
- SIDDLE, D. J. (1997): "Migration as a strategy of accumulation: social and economic change in eighteenth-century Savoy", *Economic History Review*, 50 (1), pp. 1-20.
- SIERRA, J. (1982): "Industrialización puntual y producción del espacio: el caso de la cuenca minera de Villablino (León)", *Ciudad y Territorio*, 54, pp. 19-31.
- (1992): "El complejo vidriero de Campóo (Cantabria), 1844-1928: una aportación a la historia de la industria española del vidrio", *Revista de Historia Industrial*, 2, pp. 63-85.
- SIGUÁN, M. (1972): *El medio rural en Andalucía oriental*. Barcelona, Ariel.
- SILVA, R. (1995): "Aplicabilidad de la PAC en la ganadería extensiva andaluza", en E. Ramos y J. Cruz (coords.), pp. 689-717.
- SILVESTRE, J. (2001): "Viajes de corta distancia: una visión espacial de las emigraciones interiores en España, 1877-1930", *Revista de Historia Económica*, 19 (2), pp. 247-286.
- (2004): "Internal migrations in Spain, 1877-1930", trabajo inédito.
- SIMPSON, J. (1997): *La agricultura española (1765-1965): la larga siesta*. Madrid, Alianza.
- SMITH, A. (1776): *La riqueza de las naciones*. Madrid, Alianza, 2001.
- SOLÉ, L. (1951): *Los Pirineos. El medio y el hombre*. Barcelona, Alberto Martín.
- SOMBART, W. (1927): *El apogeo del capitalismo*. México, FCE, 1984.
- SORET, P. (1999): "Turismo rural y de naturaleza", en F. Bayón (dir.), pp. 721-736.
- SORIANO, J. M. (1994): "El procés de despoblament a les comarques de la Cerdanya i l'Alt Urgell", *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 25, pp. 141-163.

- SOY, A. y PETITBÓ, A. (1984): "Industrialización y crisis de una comarca de montaña: el Ripollés", *Estudios Territoriales*, 13-14, pp. 91-100.
- y URSA, Y. (1989): "Una aproximación socio-económica al Pirineo", *Estudios Territoriales*, 29, pp. 27-42.
- SPENCER, D. A. (2000): "The demise of radical political economics? An essay on the evolution of a theory of capitalist production", *Cambridge Journal of Economics*, 24 (5), pp. 543-564.
- STEDEN, A. (1956): "Autriche", *Supplément a la Revue Fatis: Regions Agricoles Critiques en Europe*, pp. 17-20.
- SUDRIÀ, C. y BARTOLOMÉ, I. (2003): "La era del carbón", en J. Nadal (dir.), pp. 73-99.
- SUMPSI, J. M. (2002): "La política agraria y rural de la Unión Europea", en E. Pérez Correa y J. M. Sumpsi (coords.), pp. 123-146.
- (coord.) (1994): *Modernización y cambio estructural en la agricultura española*. Madrid, MAPA.
 - AMBROSIO, L., LANGREO, A. y BENITO, I. (2003): *Estudio sobre evaluación y seguimiento de la medida de Indemnización Compensatoria en zonas desfavorecidas hasta el año 2001*. Trabajo inédito.
- TAFUNELL, X. (2000): "La rentabilidad financiera de la empresa española, 1880-1981: Una estimación en perspectiva sectorial", *Revista de Historia Industrial*, 18, pp. 71-112.
- TERÁN, M. de (1947): "Vaqueros y cabañas en los Montes de Pas", *Estudios Geográficos*, 28, pp. 493-536.
- THOREZ, P. y REPARAZ, A. de (1987): "La population et le peuplement dans le Caucase oriental et dans les Alpes du Sud. Formes traditionnelles, formes contemporaines, différenciations régionales", *Méditerranée*, 61 (2-3), pp. 95-110.
- THORMODSAETER, A. (1956): "Norvège", *Supplément a la Revue Fatis: Regions Agricoles Critiques en Europe*, pp. 41-44.
- TODD, E. (1990): *La invención de Europa*. Barcelona, Tusquets, 1995.
- TORRES, M. P. (1993): "La agricultura de montaña en Galicia. Una visión geográfica", en A. Gil Ocina y A. Morales (eds.), pp. 805-836.

- (1995): "Galicia", en *Geografía de España*, vol. 7: *El Estado de las Autonomías. Galicia*, Barcelona, Océano, pp. 1252-1352.
- LOIS, R. C. y PÉREZ, A. (1993): *A Montaña galega: o home e o medio*. Santiago de Compostela, Universidade.
- TORTELLA, G. (1994): *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*. Madrid, Alianza.
- TULLA, A. F. (1982): "Una tipología de transformación agraria en áreas de montaña", *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 1, pp. 107-139.
- (1984): "L'avantatge comparatiu en àrees rurals de muntanya", *Recerques*, 16, pp. 51-70.
- UBALDI, L. (1956): "Accenni sugli aspetti e sui problemi agricoli dell'Appennino pistoiese", *Rivista Italiana di Economia, Demografia e Statistica*, 10 (3-4), pp. 319-339.
- URIARTE, R. (1995): "La industrialización del bosque en la España interior: producción y cambio técnico en la industria resinera (1860-1914)", *Revista de Historia Económica*, 13 (3), pp. 509-551.
- URIOL, J. I. (1990-92): *Historia de los caminos de España*. Madrid, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.
- VALDÉS, L. (1996): "El turismo rural en España", en A. Pedreño (dir.) y V. M. Monfort (coord.), *Introducción a la economía del turismo en España*, Madrid, Civitas, pp. 365-401.
- VALENZUELA, M. (1995): "Madrid", en *Geografía de España*, vol. 10: *Castilla-La Mancha. Madrid*, Barcelona, Océano, pp. 1834-1928.
- VALLS, M. (2004): "Analfabetismo en la Cataluña central. La comarca del Berguedà (1860-1930)", *VII Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*, Sesión plenaria A, *Una perspectiva demográfica y territorial de los niveles educativos en la Península Ibérica*, Granada.
- VAQUERA, M. D. (1985): "La minería alpujarreña: de la dispersión al monopolio", *Anuario de Historia Contemporánea*, 12, pp. 183-235.
- (1986): "La minería de la Alpujarra granadina: cuestión social (1824-1936)", *Anuario de Historia Contemporánea*, 13, pp. 89-118.
- VEBLEN, T. (1898): "Why is economics not an evolutionary science?", *Cambridge Journal of Economics*, 22, pp. 403-414 (1998).

- (1899): *Teoría de la clase ociosa*. México, FCE, 1974.
- VERA, F. (coord.), LÓPEZ PALOMEQUE, F., MARCHENA, M. J. y ANTÓN, S. (1997): *Análisis territorial del turismo. Una nueva geografía del turismo*. Barcelona, Ariel.
- VIAZZO, P. P. (1994): "Les modèles alpins de mortalité infantile", *Annales de Démographie Historique* 1994, pp. 97-117.
- (2000): "Il modello alpino dieci anni dopo", en D. Albera y P. Corti (coords.), pp. 31-46.
- y ALBERA, D. (1987): "Nupcialidad, fecundidad y estructura familiar: el caso de los Alpes occidentales", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 5 (3), pp. 5-40.
- VILALTA, M. y MIQUEL, J. L. (1999): "La contribución de la agricultura y los agricultores al desarrollo rural", en E. Ramos (coord.), pp. 413-439.
- VILLEGAS, F. (1971): *El Valle de Lecrín*. Granada, Universidad de Granada.
- VILLUENDAS, A. (1968): "El valle de la Garcipollera", *Pirineos*, 87-90, pp. 121-132.
- VINCENT, J. A. (1980): "The political economy of alpine development: tourism or agriculture in St. Maurice", *Sociologia Ruralis*, 20 (4), pp. 250-271.
- VIOLANT, R. (1949): *El Pirineo español. Vida, usos, costumbres, creencias y tradiciones de una cultura milenaria que desaparece*. Madrid, Plus-Ultra.
- VIVIER, D. (1992): "Les micro-marchés de produits de qualité: un atout pour le développement des montagnes d'Europe (l'exemple du fromage de Beaufort. Alpes françaises)", *Revue de Géographie Alpine*, 4.
- VIVIER, N. (2003): "La mercantilización de los bosques comunales en Francia en el siglo XIX", en J. A. Sebastián y R. Uriarte (eds.), pp. 143-159.
- VONTOBEL, J. (1959): "Le développement des Conseils d'exploitation dans les régions de montagne de la Suisse", *Revue Fatis*, 6 (2), pp. 45-46.
- VRIES, J. de (2003): "Peasantry", en J. Moky (ed.), vol. 4, pp. 173-177.

- WAIS, F. (1948): "Nacimiento, desarrollo y constitución de la red española", en *Cien años de ferrocarril en España*, Madrid, Comisión oficial para la conmemoración del primer centenario del ferrocarril en España, II, pp. 241-257.
- WALL, R. (2003): "Household", en J. Mokyr (ed.), vol. 2, pp. 542-547.
- WALLERSTEIN, I. (1983): *El capitalismo histórico*. Madrid, Siglo XXI, 1988.
- (1997): "La ecología y los costos de producción capitalistas. No hay salida", en I. Wallerstein (1999), *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*, México, Siglo XXI (2001), pp. 88-89.
- WEBER, M. (1923): *Historia económica general*. Madrid, FCE, 1974.
- WOLF, E. R. (1966): *Los campesinos*. Barcelona, Labor, 1978.
- WRIGLEY, E. A. (1988): *Cambio, continuidad y azar. Carácter de la Revolución industrial inglesa*. Barcelona, Crítica, 1993.
- ZABALZA, A. (1994): "Migración y estructura familiar en el Pirineo navarro (XVI-XVIII). Sobre la correlación entre troncalidad y migración", en A. Eiras y O. Rey (eds.), II, pp. 679-688.
- ZAMBRANA, J. F. (1987): *Crisis y modernización del olivar. 1870-1930*. Madrid, MAPA.
- ZAPATA, S. (1986): *La producción agraria de Extremadura y Andalucía occidental, 1875-1935*. Madrid, Universidad Complutense.
- (2001): "Apéndice estadístico", en L. Germán y otros (eds.), pp. 561-596.
- ZATTA, P. L. (1956): "La cooperazione nella zona montana e pedemontana - piccola proprietà contadina con particolare riferimento alla provincia di Rieti", *Rivista Italiana di Economia, Demografia e Statistica*, 10 (1-2), pp. 589-603.

APÉNDICE ESTADÍSTICO

A1. Trayectorias demográficas

	Tasa de variación media anual de la población de hecho						Índice con base 1860 = 100	
	1860- 1900	1900- 1950	1950- 1970	1970- 2000	1860- 1950	1950- 2000	1950	2000
Interior	-0,3	0,0	-0,2	-1,0	-0,2	-0,7	85	61
El Barco de Valdeorras	0,2	0,0	-0,8	-1,4	0,1	-1,2	110	61
Verín	0,1	0,4	-0,7	-1,5	0,2	-1,2	123	68
Sanabria	-0,4	0,3	-1,9	-2,2	0,0	-2,1	98	34
Bierzo	0,2	0,3	-0,1	-1,2	0,3	-0,8	129	88
Montaña	-0,1	-0,1	-1,8	-2,0	-0,1	-2,0	90	33
La Montaña de Luna	0,5	0,5	-0,1	-1,0	0,5	-0,7	155	111
La Montaña de Riaño	0,4	0,5	-1,5	-1,9	0,5	-1,8	153	63
La Cabrera	0,0	0,0	-1,8	-2,7	0,0	-2,3	99	31
Vegadeo	-0,2	0,1	-2,0	-1,5	0,0	-1,7	98	41
Luarca	-0,2	0,0	-0,9	-1,1	-0,1	-1,0	92	54
Cangas de Narcea	0,1	-0,1	-0,9	-1,0	0,0	-1,0	99	61
Grado	-0,1	0,0	-0,6	-1,1	0,0	-0,9	96	60
Belmonte de Miranda	0,2	-0,3	-1,5	-2,5	0,0	-2,1	96	33
Mieres	0,6	1,3	0,2	-0,8	1,0	-0,4	244	201
Llanes	0,1	0,0	-1,1	-0,7	0,0	-0,9	104	67
Cangas de Onís	0,1	0,1	-2,0	-0,9	0,1	-1,3	112	57
Guardo	0,3	1,0	1,5	-1,0	0,7	0,0	185	185
Cervera	0,1	0,2	-2,0	-2,2	0,1	-2,1	113	38
Aguilar	0,7	0,8	-1,6	-1,0	0,7	-1,2	194	105
Liébana	0,1	0,0	-1,9	-1,4	0,0	-1,6	102	45
Tudanca-Cabuérniga	0,0	0,2	-1,6	-1,7	0,2	-1,7	115	50
Pas-Igüña	-0,1	0,3	0,0	-0,6	0,2	-0,4	116	96
Asón	0,2	0,1	-1,5	-1,1	0,2	-1,3	115	61
Reinosa	0,3	0,1	-2,3	-1,5	0,2	-1,9	123	48
Merindades	-0,1	0,0	-2,4	-1,1	0,0	-1,6	97	42
Cantábrica	-0,5	0,4	3,8	0,7	0,0	1,9	99	255
Estribaciones Gorbea	-0,5	0,0	-1,4	0,4	-0,2	-0,3	82	70
Montaña Alavesa	-0,3	-0,1	-2,2	-1,7	-0,2	-1,9	82	31
Cantábrica-Baja Montaña	-0,1	0,0	-0,4	-0,5	-0,1	-0,5	95	76
Alpina	-0,3	-0,2	-2,1	-1,3	-0,2	-1,6	80	36
Jacetania	-0,2	0,1	-0,9	0,4	0,0	-0,1	99	95
Sobrarbe	-0,4	-0,1	-3,3	-1,3	-0,2	-2,1	81	28
Ribagorza	-0,6	-0,3	-2,3	-0,9	-0,5	-1,5	66	31
Valle de Arán	-1,4	0,1	-1,3	2,1	-0,6	0,7	59	85
Pallars-Ribagorza	-1,2	0,0	-1,3	-1,2	-0,5	-1,3	62	33
Alto Urgel	-1,1	0,2	-0,7	0,0	-0,4	-0,3	71	62
Conca	-0,8	-0,1	-0,7	-0,4	-0,4	-0,5	67	51
Solsones	-1,1	0,5	-0,6	0,1	-0,2	-0,2	83	76

	Tasa de variación media anual de la población de hecho						Índice con base 1860 = 100	
	1860- 1900	1900- 1950	1950- 1970	1970- 2000	1860- 1950	1950- 2000	1950	2000
Bergadá	-0,5	0,9	0,5	-0,6	0,3	-0,2	128	116
Cerdaña	0,1	-0,1	1,2	0,6	0,0	0,9	102	157
Ripollés	0,3	0,2	0,1	-0,6	0,3	-0,3	127	109
Demanda	0,1	0,0	-1,7	-1,8	0,0	-1,7	101	42
Sierra Rioja Alta	-0,5	-0,2	-2,4	-1,7	-0,4	-2,0	72	26
Sierra Rioja Media	-0,3	-0,7	-3,8	-1,2	-0,5	-2,3	61	20
Sierra Rioja Baja	-0,2	-0,6	-4,4	-2,2	-0,4	-3,1	69	14
Pinares	-0,1	0,7	0,1	-0,8	0,4	-0,5	137	109
Tierras Altas y Valle del Tera	0,0	-0,2	-3,8	-2,9	-0,1	-3,3	93	17
Jaraiz de la Vera	0,3	1,1	-0,9	-1,1	0,7	-1,0	189	113
Barco Ávila-Piedrahita	0,4	0,1	-1,9	-2,6	0,3	-2,3	126	39
Gredos	0,2	0,4	-2,0	-2,5	0,3	-2,3	129	41
Valle Bajo Alberche	0,6	0,4	-0,7	-0,6	0,5	-0,6	159	116
Valle del Tiétar	0,4	0,6	-1,1	-0,6	0,5	-0,8	158	105
Segovia	0,2	0,2	-1,3	0,1	0,2	-0,5	119	93
Lozoya Somosierra	-0,3	0,2	-0,9	1,5	0,0	0,6	100	132
Arcos de Jalón	-0,1	0,1	-3,4	-2,9	0,0	-3,1	98	20
Sierra	-0,2	-0,4	-3,3	-1,9	-0,3	-2,5	77	22
Molina de Aragón	0,1	-0,1	-3,1	-2,5	0,0	-2,7	100	26
Alcarria Baja	-0,2	0,0	-3,4	-1,5	0,0	-2,3	96	30
Serranía Alta	0,3	0,2	-2,1	-2,3	0,2	-2,2	120	39
Serranía Baja	0,5	0,4	-2,5	-1,7	0,4	-2,0	148	54
Rincón de Ademuz	0,3	-0,3	-2,5	-2,2	0,0	-2,3	101	31
Alto Turia	0,2	-0,2	-1,9	-1,1	0,0	-1,4	99	48
Serranía de Albarracín	0,1	-0,2	-2,4	-2,0	-0,1	-2,2	95	32
Serranía de Montalbán	0,2	0,0	-2,1	-1,9	0,1	-2,0	108	39
Maestrazgo	-0,1	-0,7	-2,7	-2,0	-0,4	-2,3	68	21
Alto Maestrazgo	0,3	-0,7	-1,9	-1,8	-0,2	-1,8	80	32
Peñagolosa	0,2	-0,4	-2,7	-2,1	-0,1	-2,3	90	28
Sierra Alcaraz	0,3	0,4	-2,9	-1,9	0,4	-2,3	139	44
Sierra Segura	0,2	1,1	-1,8	-2,0	0,7	-2,0	182	68
Noroeste	0,3	0,5	-1,1	0,1	0,4	-0,3	144	122
Sierra de Segura	0,5	1,1	-1,5	-1,6	0,9	-1,6	215	98
Mágina	0,7	1,0	-1,9	-1,4	0,9	-1,6	217	98
Sierra de Cazorla	0,8	1,1	-1,0	-1,2	1,0	-1,1	238	136
Sierra Sur	0,5	0,9	-1,6	-0,5	0,7	-0,9	184	117
Montefrío	0,5	0,6	-1,1	-0,9	0,6	-0,9	171	106
Huéscar	0,4	0,5	-1,5	-1,6	0,5	-1,6	157	71
Los Vélez	0,2	0,0	-1,4	-1,4	0,1	-1,4	109	54
Río Nacimiento	0,0	-0,3	-1,9	-1,5	-0,2	-1,6	86	37
Campo Tabernas	0,4	-0,5	-2,1	-1,5	-0,1	-1,7	92	38
Alto Andarax	-0,4	-0,3	-1,2	-1,3	-0,4	-1,2	72	39
La Costa	0,0	0,2	-0,6	0,1	0,1	-0,2	108	99
Las Alpujarras	-0,4	0,4	-1,8	-1,8	0,1	-1,8	105	43
Valle de Lecrín	0,2	0,6	-0,3	-0,5	0,4	-0,4	148	121

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1902), INE (1952; 1973a) y www.ine.es (población municipal en 2000). Elaboración propia.

A2. Índice de envejecimiento

	1860	1887	1981	1991	2001
Interior	20	23	74	118	246
El Barco de Valdeorras	10	12	86	159	249
Verín	11	13	82	178	353
Sanabria	11	18	133	238	410
Bierzo	10	13	59	90	212
Montaña	11	13	107	191	401
La Montaña de Luna	11	15	53	74	194
La Montaña de Riaño	11	15	81	157	351
La Cabrera	10	13	129	289	518
Vegadeo	13	21	108	148	296
Luarca	13	21	80	129	263
Cangas de Narcea	12	15	60	93	199
Grado	13	18	96	152	274
Belmonte de Miranda	14	17	128	222	493
Mieres	14	11	52	93	223
Llanes	14	17	94	145	245
Cangas de Onís	14	17	133	168	271
Guardo	11	15	35	66	153
Cervera	11	15	107	176	281
Aguilar	11	15	104	126	185
Liébana	16	19	124	173	242
Tudanca-Cabuémiga	18	21	92	176	322
Pas-Iguña	14	20	61	95	176
Asón	10	15	82	137	270
Reinosa	13	16	103	152	278
Merindades	13	16	98	158	256
Cantábrica	13	18	24	52	129
Estribaciones Gorbea	13	18	59	118	116
Montaña Alavesa	13	18	85	227	367
Cantábrica-Baja Montaña	13	17	52	89	140
Alpina	10	14	92	170	263
Jacetania	12	14	59	99	163
Sobrarbe	11	13	122	178	224
Ribagorza	11	13	124	205	249
Valle de Arán	14	23	45	69	82
Pallars-Ribagorza	9	13	82	158	192
Alto Urgel	8	12	78	116	163
Conca	9	13	109	180	236
Solsones	11	15	61	103	151
Bergadá	11	14	73	121	192
Cerdaña	10	5	51	78	109
Ripollés	10	5	69	120	203
Demanda	8	13	100	201	352
Sierra Rioja Alta	12	15	144	209	295
Sierra Rioja Media	12	15	109	198	358
Sierra Rioja Baja	12	15	228	276	362
Pinares	9	12	75	112	198
Tierras Altas y Valle del Tera	9	12	178	420	512

	1860	1887	1981	1991	2001
Jaraiz de la Vera	8	10	74	100	167
Barco Ávila-Piedrahita	8	11	135	261	459
Gredos	8	11	115	276	499
Valle Bajo Albarche	7	10	63	103	176
Valle del Tiétar	7	10	79	118	199
Segovia	9	13	71	104	126
Lozoya Somosierra	9	14	67	101	101
Arcos de Jalón	9	14	126	314	409
Sierra	9	14	211	282	373
Molina de Aragón	10	15	162	284	383
Alcarria Baja	15	16	145	205	341
Serranía Alta	9	12	205	251	309
Serranía Baja	9	12	139	196	344
Rincón de Ademuz	9	11	169	317	372
Alto Turia	9	11	122	169	250
Serranía de Albarracín	9	13	158	267	351
Serranía de Montalbán	9	12	63	110	212
Maestrazgo	9	12	125	188	234
Alto Maestrazgo	8	12	130	176	261
Peñagolosa	8	13	238	221	293
Sierra Alcaraz	9	13	66	127	209
Sierra Segura	7	11	75	114	219
Noroeste	9	12	47	70	108
Sierra de Segura	8	9	60	95	146
Mágina	9	13	57	77	123
Sierra de Cazorla	8	12	44	63	110
Sierra Sur	9	13	63	81	120
Montefrío	10	13	47	73	115
Huéscar	10	12	47	77	137
Los Vélez	10	12	74	109	175
Río Nacimiento	7	10	60	99	197
Campo Tabernas	7	10	72	108	218
Alto Andarax	7	10	62	94	164
La Costa	7	9	41	62	99
Las Alpujarras	7	9	62	89	148
Valle de Lecrín	7	9	45	70	104

Índice de envejecimiento: (Población mayor de 64 años / Población menor de 16 años) * 100

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1892), INE (1985a; 1994) y www.ine.es (Censo de Población de 2001). Elaboración propia.

A3. Densidad de población (habitantes por km²)

	1860	1900	1950	1970	2000
Interior	67,2	58,7	57,4	55,3	40,8
El Barco de Valdeorras	30,8	33,3	33,8	28,8	18,8
Verín	35,3	36,3	43,3	37,6	23,9
Sanabria	17,0	14,7	16,8	11,4	5,8
Bierzo	26,2	28,3	33,7	33,1	23,0
Montaña	34,5	33,2	31,0	21,4	11,5
La Montaña de Luna	14,8	17,9	23,0	22,4	16,4
La Montaña de Riaño	13,3	15,6	20,3	15,0	8,4
La Cabrera	13,1	13,1	12,9	9,1	4,0
Vegadeo	40,5	37,8	39,7	26,5	16,7
Luarca	62,0	56,5	57,2	47,6	33,8
angas de Narcea	27,4	28,9	27,0	22,5	16,7
Grado	83,4	81,3	80,3	70,5	50,0
Belmonte de Miranda	26,7	29,1	25,6	18,9	8,9
Mieres	35,1	44,1	85,7	89,3	70,5
Llanes	66,8	68,7	69,4	55,9	45,0
Cangas de Onís	23,6	24,5	26,3	17,6	13,4
Guardo	12,3	13,9	22,7	30,6	22,7
Cervera	14,5	14,8	16,3	10,9	5,5
Aguilar	21,5	28,0	41,7	30,4	22,7
Liébana	21,3	22,0	21,8	14,8	9,7
Tudanca-Cabuérniga	13,2	13,5	15,2	11,0	6,6
Pas-Iguña	37,6	36,7	43,5	43,2	36,2
Asón	25,6	27,7	29,4	21,8	15,7
Reinosa	21,4	24,5	26,2	16,3	10,3
Merindades	22,1	21,4	21,4	13,1	9,4
Cantábrica	39,1	32,1	38,8	81,7	99,8
Estribaciones Gorbea	24,4	20,3	20,1	15,2	17,0
Montaña Alavesa	18,7	16,5	15,4	9,8	5,8
Cantábrica-Baja Montaña	28,6	27,3	27,3	25,0	21,7
Alpina	13,3	11,8	10,6	7,0	4,8
Jacetania	12,3	11,6	12,2	10,2	11,7
Sobrarbe	10,3	8,8	8,4	4,3	2,9
Ribagorza	15,7	12,1	10,3	6,5	4,9
Valle de Arán	17,8	10,3	10,6	8,1	15,1
Pallars-Ribagorza	14,4	9,1	8,9	6,8	4,7
Alto Urgel	20,3	13,3	14,5	12,6	12,6
Conca	24,7	17,6	16,5	14,4	12,6
Solsones	16,3	10,6	13,5	12,1	12,3
Bergadá	25,0	20,2	32,0	35,0	28,9
Cerdaña	27,9	29,3	28,5	36,4	43,7
Ripollés	23,6	26,8	30,1	30,7	25,8
Demanda	17,0	17,5	17,1	12,2	7,1
Sierra Rioja Alta	14,8	12,1	10,7	6,5	3,9
Sierra Rioja Media	18,5	16,1	11,4	5,2	3,6

	1860	1900	1950	1970	2000
Sierra Rioja Baja	26,2	24,0	18,0	7,3	3,7
Pinares	12,8	12,4	17,6	18,0	14,0
Tierras Altas y Valle del Tera	15,6	15,7	14,5	6,6	2,7
Jaraiz de la Vera	22,5	25,2	42,5	35,8	25,5
Barco Ávila-Piedrahita	26,8	31,9	33,8	23,2	10,5
Gredos	16,1	17,3	20,7	13,9	6,5
Valle Bajo Alberche	18,2	23,1	28,9	25,1	21,1
Valle del Tiétar	25,9	30,0	41,0	32,9	27,3
Segovia	16,9	18,3	20,1	15,3	15,7
Lozoya Somosierra	16,7	14,7	16,6	14,0	22,1
Arcos de Jalón	14,7	14,0	14,5	7,2	3,0
Sierra	17,4	16,2	13,5	6,8	3,8
Molina de Aragón	11,3	11,7	11,3	6,1	2,9
Alcarria Baja	14,5	13,6	13,9	7,0	4,4
Serranía Alta	7,5	8,4	9,1	6,0	3,0
Serranía Baja	8,7	10,6	12,8	7,8	4,7
Rincón de Ademuz	23,7	27,2	23,9	14,3	7,4
Alto Turia	17,3	18,9	17,1	11,6	8,2
Serranía de Albarracín	9,7	10,2	9,2	5,7	3,1
Serranía de Montalbán	13,5	14,4	14,6	9,5	5,3
Maestrazgo	14,2	13,8	9,7	5,6	3,1
Alto Maestrazgo	19,5	22,1	15,7	10,6	6,2
Peñagolosa	22,0	23,6	19,7	11,5	6,1
Sierra Alcaraz	14,1	15,9	19,6	10,9	6,2
Sierra Segura	11,3	12,0	20,5	14,2	7,6
Noroeste	13,6	15,7	19,7	15,9	16,6
Sierra de Segura	14,0	17,1	30,2	22,2	13,7
Mágina	22,0	29,4	47,7	32,6	21,7
Sierra de Cazorla	18,1	24,6	43,2	35,4	24,7
Sierra Sur	41,0	49,2	75,3	55,1	48,1
Montefrío	37,2	46,4	63,7	51,2	39,6
Huéscar	12,6	15,1	19,8	14,7	9,0
Los Vélez	18,6	20,3	20,4	15,3	10,1
Río Nacimiento	30,9	31,3	26,5	18,1	11,6
Campo Tabernas	23,3	27,6	21,4	14,1	8,9
Alto Andarax	50,2	42,2	35,9	28,4	19,4
La Costa	68,5	68,3	74,2	65,6	67,6
Las Alpujarras	48,5	42,1	50,9	35,6	20,9
Valle de Lecrín	35,3	37,7	52,1	48,9	42,5

Fuente: **Junta General de Estadística** (1863), **DGIGE** (1902), **INE** (1952; 1973a), www.ine.es (población municipal en 2000) y **Ministerio de Agricultura** (1978).
Elaboración propia.

A4. Porcentaje de ocupados en el sector primario

	1860	1887	1960*	1981	1991	2001
Interior	87	92	100	52	29	7
El Barco de Valdeorras	83	86	90	44	32	9
Verín	92	93	96	70	44	15
Sanabria	76	88	96	53	32	14
Bierzo	84	88	81	21	12	6
Montaña	80	94	93	76	66	46
La Montaña de Luna	79	90	70	23	16	9
La Montaña de Riaño	79	90	78	39	27	15
La Cabrera	84	88	100	68	37	19
Vegadeo	83	90	87	58	46	30
Luarca	83	90	85	58	48	30
Cangas de Narcea	88	93	83	52	40	30
Grado	77	91	83	44	34	18
Belmonte de Miranda	91	94	93	52	44	27
Mieres	73	79	63	6	3	3
Llanes	83	90	81	47	31	14
Cangas de Onís	83	90	96	67	42	24
Guardo	69	80	61	8	6	8
Cervera	69	80	78	41	30	20
Aguilar	69	80	68	20	14	9
Liébana	74	91	92	61	45	25
Tudanca-Cabuérniga	69	86	89	57	42	25
Pas-Iguña	82	89	85	42	32	16
Asón	86	91	91	62	48	31
Reinosa	67	90	78	35	26	16
Merindades	83	86	86	47	31	18
Cantábrica	77	80	57	6	4	3
Estribaciones Gorbea	77	80	89	20	14	7
Montaña Alavesa	77	80	100	51	36	23
Cantábrica-Baja Montaña	72	80	82	17	15	9
Alpina	72	80	88	29	23	14
Jacetania	69	80	69	18	10	6
Sobrarbe	81	84	86	49	32	17
Ribagorza	81	84	90	48	30	18
Valle de Arán	74	76	61	11	5	2
Pallars-Ribagorza	77	82	67	32	22	10
Alto Urgel	74	78	66	28	16	9
Conca	77	82	74	27	20	14
Solsones	74	80	65	29	19	13
Bergadá	57	54	41	9	7	5
Cerdaña	66	59	54	16	11	6
Ripollés	66	59	35	10	7	4
Demanda	73	87	89	33	22	12
Sierra Rioja Alta	51	75	74	30	17	13

	1860	1887	1960*	1981	1991	2001
Sierra Rioja Media	51	75	82	37	22	11
Sierra Rioja Baja	51	75	83	50	33	26
Pinares	72	81	69	21	10	10
Tierras Altas y Valle del Tera	72	81	93	73	49	28
Jaraiz de la Vera	81	84	81	54	45	36
Barco Ávila-Piedrahita	77	85	90	57	37	21
Gredos	77	85	91	60	43	23
Valle Bajo Alberche	78	86	79	32	17	10
Valle del Tiétar	78	86	84	40	23	13
Segovia	72	78	67	27	15	9
Lozoya Somosierra	67	79	78	21	11	5
Arcos de Jalón	83	80	91	39	37	25
Sierra	72	84	88	40	26	14
Molina de Aragón	73	85	87	46	35	23
Alcarria Baja	80	87	86	29	19	11
Serranía Alta	79	85	92	54	35	25
Serranía Baja	79	85	92	56	47	25
Rincón de Ademuz	85	89	89	59	37	16
Alto Turia	85	89	87	57	36	19
Serranía de Albarracín	75	77	88	56	37	22
Serranía de Montalbán	73	79	90	21	20	14
Maestrazgo	73	79	90	61	44	23
Alto Maestrazgo	59	80	72	40	33	19
Peñagolosa	79	88	90	43	29	12
Sierra Alcaraz	72	80	84	54	28	19
Sierra Segura	81	88	91	54	29	16
Noroeste	73	81	55	41	21	13
Sierra de Segura	77	84	87	55	45	34
Mágina	81	84	82	56	38	36
Sierra de Cazorla	77	82	84	47	40	32
Sierra Sur	81	84	87	53	42	26
Montefrío	86	88	81	60	59	40
Huéscar	74	81	85	57	41	25
Los Vélez	78	84	82	64	46	26
Río Nacimiento	82	84	86	60	31	21
Campo Tabernas	80	82	81	66	37	24
Alto Andarax	66	81	93	66	42	22
La Costa	77	81	81	55	36	27
Las Alpujarras	77	81	96	61	45	14
Valle de Lecrín	77	81	86	53	31	8

El dato de 1960* es meramente aproximativo

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1892), CPDES (1963), INE (1962; 1966a; 1985a; 1994) y www.ine.es (Censo de Población de 2001).
Elaboración propia.

A5. Los condicionantes ecológicos y la orientación productiva de las economías campesinas

	<i>Altitud media (metros)</i>	<i>Pendiente media (%)</i>	<i>Índice de humedad</i>	<i>Trilogía mediterránea (%). 1886-90</i>	<i>Densidad ganadera</i>	
					<i>1865</i>	<i>1917</i>
Interior	509	12,1	292	10,7	56,6	31,9
El Barco de Valdeorras	990	16,8	196	9,9	21,5	22,7
Verín	792	11,3	175	12,3	30,7	20,6
Sanabria	1.192	11,3	188	1,1	17,6	4,9
Bierzo	1.002	21,0	179	28,5	17,4	12,4
Montaña	774	19,6	197	7,7	18,7	30,8
La Montaña de Luna	1.410	22,1	200	21,8	23,5	15,8
La Montaña de Riaño	1.355	22,5	218	21,3	23,5	15,8
La Cabrera	1.266	19,8	144	28,3	17,4	12,4
Vegadeo	559	21,1	203	1,8	20,9	18,9
Luarca	366	19,8	197	2,0	20,9	18,9
Cangas de Narcea	852	28,5	213	3,0	17,6	31,2
Grado	357	17,2	165	4,9	73,5	74,2
Belmonte de Miranda	1.026	32,4	174	2,0	24,1	16,0
Mieres	931	31,5	183	2,1	37,2	19,3
Llanes	336	20,3	189	2,2	36,1	20,3
Cangas de Onís	795	34,5	224	2,0	36,1	20,3
Guardo	1.303	12,4	170	16,3	18,2	11,6
Cervera	1.333	15,0	173	13,9	18,2	11,6
Aguilar	1.058	6,8	121	15,2	18,2	11,6
Liébana	1.083	34,9	161	2,8	19,5	26,7
Tudanca-Cabuérniga	732	27,7	187	1,5	27,7	24,7
Pas-Iguña	551	22,3	221	3,6	29,7	28,8
Asón	608	26,5	247	2,2	15,9	14,9
Reinosa	1.017	12,0	154	6,5	22,2	33,7
Merindades	784	11,7	139	59,9	21,3	10,9
Cantábrica	416	15,9	171	13,1	24,6	17,5
Estribaciones Gorbea	672	10,3	187	13,5	24,6	17,5
Montaña Alavesa	838	10,9	133	12,5	24,6	17,5
Cantábrica-Baja Montaña	624	18,6	228	13,6	30,1	22,2
Alpina	947	18,6	211	14,2	19,2	14,2
Jacetania	1.225	22,2	176	10,5	14,4	11,8
Sobrarbe	1.337	30,9	185	9,2	11,5	9,4
Ribagorza	1.222	23,1	139	9,1	11,5	9,4
Valle de Arán	1.847	40,0	184	3,1	27,1	15,8
Pallars-Ribagorza	1.728	36,2	156	8,1	13,2	9,4
Alto Urgel	1.392	27,9	128	11,0	12,8	11,5
Conca	881	18,2	106	7,9	13,2	9,4

	<i>Altitud media (metros)</i>	<i>Pendiente media (%)</i>	<i>Índice de humedad</i>	<i>Trilogía mediterránea (%), 1886-90</i>	<i>Densidad ganadera</i>	
					1865	1917
Solsones	855	14,3	106	17,4	7,3	8,9
Bergadá	1.043	20,2	137	8,7	6,5	7,8
Cerdaña	1.565	19,9	189	11,3	20,2	27,2
Ripollés	1.312	25,5	167	11,2	20,2	27,2
Demanda	1.186	9,1	121	27,7	21,4	12,6
Sierra Rioja Alta	1.289	26,7	132	13,7	16,3	8,1
Sierra Rioja Media	1.241	16,5	108	13,7	16,3	8,1
Sierra Rioja Baja	986	14,8	74	16,4	16,3	8,1
Pinares	1.256	8,4	126	30,8	17,9	16,5
Tierras Altas y Valle del Tera	1.262	11,8	103	31,1	17,9	16,5
Jaraiz de la Vera	841	18,6	156	10,2	16,8	14,1
Barco Ávila-Piedrahita	1.361	14,6	125	25,3	28,5	18,4
Gredos	1.545	14,8	130	26,4	28,5	18,4
Valle Bajo Alberche	1.109	11,8	97	24,8	19,0	15,3
Valle del Tiétar	876	18,1	150	22,8	19,0	15,3
Segovia	1.242	8,6	96	40,9	21,4	16,8
Lozoya Somosierra	1.219	13,0	97	53,7	23,3	25,1
Arcos de Jalón	1.098	3,3	85	27,1	17,2	18,0
Sierra	1.151	8,6	98	21,4	10,7	10,2
Molina de Aragón	1.263	5,1	92	10,7	9,8	7,3
Alcarria Baja	1.032	6,4	98	31,0	13,3	9,6
Serranía Alta	1.350	11,5	141	11,2	7,2	10,3
Serranía Baja	1.084	7,4	80	12,7	7,2	10,3
Rincón de Ademuz	1.085	10,3	66	14,0	7,1	6,7
Alto Turia	848	11,5	66	15,2	7,1	6,7
Serranía de Albarracín	1.402	7,6	97	23,0	15,4	10,8
Serranía de Montalbán	1.135	7,7	72	26,3	13,7	8,7
Maestrazgo	1.382	10,4	92	25,4	13,7	8,7
Alto Maestrazgo	970	12,6	94	19,3	11,4	15,6
Peñagolosa	934	15,3	94	18,2	12,7	10,3
Sierra Alcaraz	1.060	7,3	85	43,0	6,9	7,7
Sierra Segura	1.013	13,0	69	37,1	6,7	5,4
Noroeste	977	8,6	55	39,5	8,6	6,6
Sierra de Segura	1.084	16,3	108	19,4	8,1	11,4
Mágina	955	14,3	68	52,8	11,2	13,5
Sierra de Cazorla	898	14,6	97	42,2	8,7	10,4
Sierra Sur	971	15,1	87	55,3	11,2	13,5
Montefrío	848	11,1	73	83,6	19,2	12,7
Huéscar	1.224	10,8	64	22,7	7,9	4,7

	<i>Altitud media (metros)</i>	<i>Pendiente media (%)</i>	<i>Índice de humedad</i>	<i>Trilogía mediterránea (%), 1886-90</i>	<i>Densidad ganadera</i>	
					<i>1865</i>	<i>1917</i>
Los Vélez	1.083	8,9	50	50,8	11,3	4,9
Río Nacimiento	1.115	15,7	39	26,4	9,9	4,6
Campo Tabernas	687	10,6	36	12,6	8,6	5,9
Alto Andarax	1.231	20,3	54	21,7	11,0	7,8
La Costa	589	22,8	65	36,9	12,6	11,2
Las Alpujarras	1.402	24,6	81	36,3	12,6	11,2
Valle de Lecrín	1.154	16,3	72	35,1	12,6	11,2

Índice de humedad: Precipitación media anual / Evapotranspiración media anual

El dato sobre trilogía mediterránea se refiere al peso del sistema cereal, el olivar y el viñedo dentro de la superficie agraria total

La densidad ganadera (unidades ganaderas por km²) de 1917 está sesgada a la baja; en caso contrario, la de 1865 podría estarlo al alza.

Fuente: www.mapya.es, DGAIC (1891c), Junta General de Estadística (1868) y Ministerio de Fomento (1920-21). Elaboración propia.

A6. Educación y sanidad en las economías campesinas

	<i>Tasa (bruta) de alfabetización (%)</i>				<i>Tasa (bruta) de mortalidad (tanto por mil), 1886-92</i>
	<i>1860</i>	<i>1887</i>	<i>1920</i>	<i>1963</i>	
Interior	24	27	45	68	22,2
El Barco de Valdeorras	20	27	43	75	26,9
Verfín	13	19	33	76	29,6
Sanabria	24	32	50	76	32,2
Bierzo	20	25	44	75	32,7
Montaña	20	25	43	74	32,1
La Montaña de Luna	40	51	74	76	24,6
La Montaña de Riaño	40	51	74	76	24,6
La Cabrera	20	25	44	71	32,7
Vegadeo	26	35	51	74	24,8
Luarca	26	35	51	74	24,8
Cangas de Narcea	22	32	54	72	26,9
Grado	29	32	56	74	21,5
Belmonte de Miranda	24	34	57	72	22,5
Mieres	33	42	50	75	25,7
Llanes	32	54	56	74	21,1
Cangas de Onís	32	54	56	72	21,1
Guardo	44	61	71	75	34,6
Cervera	44	61	71	75	34,6
Aguilar	44	61	71	75	34,6
Liébana	52	60	71	75	26,9
Tudanca-Cabuérniga	49	59	70	75	28,1
Pas-Iguña	38	50	71	75	26,8
Asón	35	44	68	75	22,6
Reinosa	54	62	75	76	29,1
Merindades	40	54	67	73	30,6
Cantábrica	43	57	71	76	28,6
Estribaciones Gorbea	43	57	71	76	28,6
Montaña Alavesa	43	57	71	75	28,6
Cantábrica-Baja Montaña	28	41	59	75	22,1
Alpina	36	51	70	76	24,8
Jacetania	27	38	62	75	30,5
Sobrarbe	14	23	50	73	27,8
Ribagorza	14	23	50	74	27,8
Valle de Arán	26	37	64	74	25,7
Pallars-Ribagorza	14	21	51	74	26,7
Alto Urgel	15	29	54	74	29,6
Conca	14	21	51	75	26,7
Solsones	15	22	47	71	25,5
Bergadá	18	26	51	75	38,8
Cerdaña	22	31	54	75	34,3
Ripollés	22	31	54	74	34,3

	<i>Tasa (bruta) de alfabetización (%)</i>				<i>Tasa (bruta) de mortalidad (año por mil), 1886/92</i>
	<i>1860</i>	<i>1887</i>	<i>1920</i>	<i>1963</i>	
Demanda	41	51	66	75	36,5
Sierra Rioja Alta	45	56	71	75	32,5
Sierra Rioja Media	45	56	71	75	32,5
Sierra Rioja Baja	45	56	71	75	32,5
Pinares	40	49	64	75	35,2
Tierras Altas y Valle del Tera	40	49	64	76	35,2
Jaraiz de la Vera	21	25	32	69	44,1
Barco Ávila-Piedrahita	29	39	58	75	32,2
Gredos	29	39	58	71	32,2
Valle Bajo Alberche	23	33	39	72	40,8
Valle del Tiétar	23	33	39	72	40,8
Segovia	42	53	68	75	35,9
Lozoya Somosierra	31	37	54	73	32,6
Arcos de Jalón	35	49	62	75	32,2
Sierra	31	38	53	74	35,0
Molina de Aragón	35	44	62	75	34,3
Alcarria Baja	26	31	40	74	42,8
Serranía Alta	19	26	34	73	32,9
Serranía Baja	19	26	34	73	32,9
Rincón de Ademuz	14	15	27	74	35,1
Alto Turia	14	15	27	74	35,1
Serranía de Albarracín	21	31	44	74	36,7
Serranía de Montalbán	19	26	42	74	35,7
Maestrazgo	19	26	42	73	35,7
Alto Maestrazgo	17	17	38	72	32,7
Peñagolosa	10	12	28	70	31,7
Sierra Alcaraz	11	15	22	63	30,8
Sierra Segura	9	10	16	62	33,6
Noroeste	11	14	20	69	35,6
Sierra de Segura	8	12	15	73	35,6
Mágina	15	18	21	73	34,6
Sierra de Cazorla	25	15	21	73	39,8
Sierra Sur	15	18	21	73	34,6
Montefrío	10	13	20	61	34,0
Huéscar	11	14	26	62	39,0
Los Vélez	13	14	26	71	37,1
Río Nacimiento	13	13	22	72	36,0
Campo Tabernas	8	9	21	72	30,5
Alto Andarax	17	19	39	72	38,0
La Costa	13	15	23	62	31,0

	<i>Tasa (bruta) de alfabetización (%)</i>				<i>Tasa (bruta) de mortalidad (tanto por mil), 1886/92</i>
	<i>1860</i>	<i>1887</i>	<i>1920</i>	<i>1963</i>	
Las Alpujarras	13	15	23	61	31,0
Valle de Lecrín	13	15	23	62	31,0

Tasa bruta de alfabetización: porcentaje de alfabetizados sobre la población total. El dato de 1963 es aproximativo.

Tasa bruta de mortalidad: (Defunciones medias anuales entre 1886 y 1892 / Población en 1887) * 1000

Fuente: **Junta General de Estadística** (1863), **DGIGE** (1892; 1895), **Dirección General de Estadística** (1922), **INE** (1962) y **CPDES** (1963).
Elaboración propia.

A7. Diversificación productiva y asalarización

	Población ocupada en el sector secundario (%)				Intensidad turística (España=100)		Trabajadores asalariados (%)	
	1887	1960	1981	2001	1963*	1999	1981	2001
Interior	5	0	21	39	0	13	41	82
El Barco de Valdeorras	5	0	29	42	8	33	48	75
Verín	3	3	14	32	12	16	25	70
Sanabria	3	1	14	31	1	110	35	66
Bierzo	4	6	53	45	13	24	64	78
Montaña	1	4	10	17	0	54	15	43
La Montaña de Luna	3	9	53	43	9	26	64	76
La Montaña de Riaño	3	7	32	31	2	43	49	66
La Cabrera	4	0	18	53	0	40	27	69
Vegadeo	4	9	15	24	3	100	29	55
Luarca	4	11	16	24	3	59	34	58
Cangas de Narcea	2	8	30	28	0	23	41	56
Grado	3	12	27	30	0	45	48	68
Belmonte de Miranda	2	3	30	26	2	128	41	61
Mieres	15	26	62	39	3	10	81	81
Llanes	4	13	21	29	30	248	37	63
Cangas de Onís	4	2	13	22	17	243	22	53
Guardo	9	30	61	39	2	23	77	77
Cervera	9	17	34	26	6	111	49	62
Aguilar	9	24	46	38	6	64	63	72
Liébana	2	3	10	22	0	300	29	52
Tudanca-Cabuérniga	4	8	24	33	0	160	42	66
Pas-Iguña	3	11	41	42	0	30	51	72
Asón	2	7	20	28	0	41	29	55
Reinosa	3	20	44	38	0	91	61	72
Merindades	3	5	24	31	4	34	41	62
Cantábrica	7	38	71	47	0	11	86	83
Estribaciones Gorbea	7	9	49	38	59	79	60	72
Montaña Alavesa	7	0	29	37	28	56	40	64
Cantábrica-Baja Montaña	10	10	49	45	24	41	66	75
Alpina	10	4	30	36	58	90	53	70
Jacetania	9	19	37	29	81	219	69	75
Sobrarbe	7	8	19	23	26	224	37	62
Ribagorza	7	5	27	25	32	344	40	63
Valle de Arán	10	29	32	21	51	663	71	71
Pallars-Ribagorza	9	25	37	26	60	236	51	65
Alto Urgel	10	21	32	26	193	171	54	73
Conca	9	23	33	27	193	76	51	68
Solsones	10	8	46	40	67	123	60	72
Bergadá	34	43	65	41	58	63	76	77
Cerdaña	25	18	36	32	840	273	59	72
Ripollés	25	55	63	48	113	97	76	80
Demanda	3	8	36	42	11	61	54	69
Sierra Rioja Alta	11	16	43	42	26	191	45	64
Sierra Rioja Media	11	11	37	41	43	113	51	72
Sierra Rioja Baja	11	10	32	32	22	90	42	64

	<i>Población ocupada en el sector secundario (%)</i>				<i>Intensidad turística (España=100)</i>		<i>Trabajadores asalariados (%)</i>	
	1887	1960	1981	2001	1963*	1999	1981	2001
Pinares	6	24	48	51	4	59	68	69
Tierras Altas y Valle del Tera	6	2	8	24	9	100	24	61
Jaraiz de la Vera	6	11	24	24	1	81	42	65
Barco Ávila-Piedrahita	6	3	10	22	5	57	27	55
Gredos	6	3	12	28	5	41	35	54
Valle Bajo Alberche	5	11	36	41	59	27	62	70
Valle del Tiétar	5	8	28	34	7	44	66	69
Segovia	7	20	38	31	71	69	61	74
Lozoya Somosierra	6	10	39	29	138	59	60	79
Arcos de Jalón	7	3	16	20	2	49	51	57
Sierra	6	9	26	30	17	118	49	69
Molina de Aragón	6	11	22	27	5	82	47	60
Alcarria Baja	6	8	39	35	3	38	61	73
Serranía Alta	8	5	26	34	13	81	59	66
Serranía Baja	8	5	22	32	6	50	41	59
Rincón de Ademuz	6	9	17	31	9	75	38	67
Alto Turia	6	10	23	34	7	25	52	70
Serranía de Albarracín	12	8	21	30	11	137	39	61
Serranía de Montalbán	13	4	58	48	7	59	51	72
Maestrazgo	13	4	19	40	6	93	32	56
Alto Maestrazgo	13	20	35	40	15	108	46	65
Peñagolosa	6	7	40	54	0	65	49	73
Sierra Alcaraz	9	9	18	31	0	63	65	64
Sierra Segura	4	5	19	33	0	65	74	71
Noroeste	8	37	23	41	0	37	75	77
Sierra de Segura	4	6	13	20	0	46	75	71
Mágina	7	9	18	33	0	9	73	75
Sierra de Cazorla	8	8	16	22	0	79	75	78
Sierra Sur	7	6	18	32	8	6	72	73
Montefrío	7	16	9	21	0	5	64	77
Huéscar	9	9	13	23	2	26	65	72
Los Vélez	6	9	10	24	0	32	36	65
Río Nacimiento	6	6	14	29	0	17	65	78
Campo Tabernas	9	8	15	27	1	24	59	75
Alto Andarax	11	3	13	28	1	27	58	75
La Costa	9	14	14	20	74	110	63	74
Las Alpujarras	9	3	17	27	146	90	53	71
Valle de Lecrín	9	10	22	39	2	6	72	79

Los datos sobre población ocupada en el sector secundario son, para 1960, meramente aproximativos.

Coefficiente de intensidad turística: (Porcentaje de cuota de mercado turística sobre el total nacional / Porcentaje de población sobre el total nacional) * 100.

Los datos de 1963* están sesgados al alza.

Fuente: **DGIGE** (1892), **CPDES** (1963), **INE** (1985a), **Banesto** (1965; 1966). **La Caixa** (2001) y www.ine.es (Censo de Población de 2001). Elaboración propia.

A8. La aparición de nuevas pautas residenciales y arquitectónicas

	(1)	(2)	(3)	(4)		(5)	
				1989	2000	1970	2001
Interior	6,0	-8,4	0,1	32	28	1,01	1,08
El Barco de Valdeorras	3,7	1,9	0,7	38	50	1,08	1,37
Verín	2,1	2,2	0,6	25	38	1,03	1,22
Sanabria	4,0	-1,4	0,5	11	21	1,03	1,08
Bierzo	1,9	-6,7	0,9	26	35	1,19	1,31
Montaña	6,0	-7,5	0,2	12	32	1,00	1,19
La Montaña de Luna	3,2	-11,9	1,0	29	58	1,36	1,49
La Montaña de Riaño	4,0	-11,0	0,5	23	28	1,16	1,28
La Cabrera	10,2	-5,5	0,4	3	15	1,01	1,05
Vegadeo	5,3	-2,7	0,0	16	33	1,10	1,27
Luarca	2,3	-3,5	0,5	15	39	1,12	1,22
Cangas de Narcea	1,0	-8,6	0,4	19	44	1,19	1,44
Grado	1,1	1,1	0,8	39	41	1,19	1,49
Belmonte de Miranda	4,8	-1,9	0,3	14	16	1,05	1,11
Mieres	0,7	-2,0	0,6	40	46	1,74	2,33
Llanes	1,0	4,7	1,2	35	43	1,24	1,49
Cangas de Onís	0,1	2,2	0,4	22	33	1,09	1,30
Guardo	5,2	-11,2	1,6	37	48	1,47	1,81
Cervera	8,5	-9,5	0,4	19	40	1,10	1,34
Aguilar	0,0	1,7	1,0	41	76	1,29	1,58
Liébana	6,5	0,7	0,2	31	56	1,07	1,28
Tudanca-Cabuérniga	11,0	-1,7	0,2	19	28	1,04	1,11
Pas-Iguña	0,8	-1,5	0,9	41	48	1,13	1,34
Asón	1,3	-4,1	0,4	30	44	1,11	1,42
Reinosa	2,8	3,4	0,2	32	42	1,10	1,25
Merindades	-0,9	-7,0	1,5	29	56	1,29	1,75
Cantábrica	0,2	-3,4	3,1	n.d.	n.d.	2,66	3,65
Estribaciones Gorbea	-4,2	23,6	1,3	n.d.	n.d.	1,77	1,38
Montaña Alavesa	9,4	4,4	0,7	n.d.	n.d.	1,16	1,20
Cantábrica-Baja Montaña	1,9	-4,8	1,3	n.d.	n.d.	1,44	1,74
Alpina	11,0	-1,7	0,6	n.d.	n.d.	1,25	1,37
Jacetania	-19,4	3,9	2,8	66	70	1,80	3,60
Sobrarbe	5,9	8,4	0,3	31	80	1,17	1,45
Ribagorza	-3,2	7,1	1,2	38	82	1,14	1,70
Valle de Arán	-16,9	23,1	3,2	106	84	1,34	2,75
Pallars-Ribagorza	9,0	11,3	1,1	50	88	1,39	1,91
Alto Urgel	-4,1	6,3	1,7	63	89	1,51	1,75
Conca	-9,1	3,7	1,5	61	61	1,56	2,03

	(1)	(2)	(3)	(4)		(5)	
				1989	2000	1970	2001
Solsones	0,9	7,0	1,7	64	74	1,56	1,73
Bergadá	-0,5	1,8	1,4	88	78	2,13	2,18
Cerdaña	-0,1	13,4	3,8	144	112	1,87	2,63
Ripollés	0,7	-1,1	1,5	95	82	2,23	2,17
Demanda	9,0	-2,5	0,8	16	34	1,10	1,22
Sierra Rioja Alta	6,4	3,4	1,4	30	50	1,21	1,86
Sierra Rioja Media	8,0	3,1	0,6	9	61	1,11	1,23
Sierra Rioja Baja	7,0	-4,5	-0,1	27	40	1,03	1,09
Pinares	4,8	-2,4	1,3	32	54	1,18	1,41
Tierras Altas y Valle del Tera	13,9	4,4	-0,3	14	21	1,01	1,07
Jaraiz de la Vera	7,0	-4,2	2,0	35	48	1,20	1,47
Barco Ávila-Piedrahita	7,5	-7,1	0,6	19	23	0,98	1,19
Gredos	7,1	-5,3	0,9	20	19	1,01	1,14
Valle Bajo Alberche	0,4	-2,9	2,4	52	56	1,22	1,38
Valle del Tiétar	4,5	1,3	2,2	47	58	0,97	1,44
Segovia	0,9	18,1	1,8	47	76	1,28	1,45
Lozoya Somosierra	-1,5	34,7	3,4	65	74	1,14	1,26
Arcos de Jalón	6,0	-4,8	0,1	5	27	1,17	1,22
Sierra	-2,6	6,7	0,5	21	37	1,15	1,22
Molina de Aragón	9,4	-3,8	0,4	19	23	1,08	1,20
Alcarria Baja	2,1	5,5	0,7	35	129	1,06	1,15
Serranía Alta	14,6	-0,2	0,7	20	23	1,03	1,06
Serranía Baja	3,9	3,1	0,6	30	29	1,03	1,13
Rincón de Ademuz	6,3	1,7	0,2	8	19	1,02	1,08
Alto Turia	2,2	9,3	0,6	17	34	1,09	1,22
Serranía de Albarracín	9,8	-2,9	0,4	21	27	1,08	1,15
Serranía de Montalbán	5,8	-11,6	0,0	26	24	1,13	1,27
Maestrazgo	8,9	0,3	0,3	29	33	1,05	1,18
Alto Maestrazgo	3,9	0,3	0,0	19	33	1,09	1,14
Peñagolosa	3,3	1,6	-0,3	22	24	1,10	1,22
Sierra Alcaraz	3,9	-6,9	-0,2	14	30	1,04	1,14
Sierra Segura	7,2	-6,9	0,1	14	35	1,03	1,18
Noroeste	1,4	0,1	1,2	19	40	1,12	1,53
Sierra de Segura	4,9	-7,0	-0,1	15	55	1,05	1,14
Mágina	8,1	-5,7	0,3	15	47	1,07	1,15
Sierra de Cazorla	4,9	-8,3	0,7	25	58	1,07	1,27
Sierra Sur	3,5	-0,5	0,8	45	69	1,07	1,27
Montefrío	3,3	-7,1	0,7	59	44	1,03	1,15
Huéscar	7,0	-16,0	0,3	18	42	1,07	1,15
Los Vélez	4,2	0,4	0,4	19	51	1,05	1,11

	(1)	(2)	(3)	(4)		(5)	
				1989	2000	1970	2001
Río Nacimiento	4,0	-2,1	-0,2	7	22	1,03	1,08
Campo Tabernas	1,5	-0,8	0,0	11	16	1,02	1,05
Alto Andarax	5,8	1,2	0,7	13	28	0,95	1,13
La Costa	1,2	-1,8	2,4	77	63	1,27	2,32
Las Alpujarras	4,0	-10,5	0,5	22	41	1,07	1,24
Valle de Lecrín	2,2	-2,2	1,4	50	62	1,05	1,14

(1): Diferencia entre la población de derecho y la población de hecho (porcentaje sobre la población de hecho), 1991

(2): Tasa migratoria anual (tanto por mil), 1991-2000

(3): Tasa de variación media anual del número de viviendas, 1950-2001

(4): Valor catastral unitario (España=100); n.d.: dato no disponible

(5): Número de viviendas por edificio residencial

Fuente: INE (1952; 1973b; 1973c; 1994; 1995; 1996; 1997b; 1998), www.ine.es (Censo de Población de 2001, población municipal en 2000, Movimiento Natural de la Población entre 1996 y 2000), **Ministerio de Economía y Hacienda** (1990) y **Ministerio de Economía** (2001). Elaboración propia.

A9. La Iniciativa LEADER II (1994-1999)

<i>Grupo LEADER II</i>	<i>Presupuesto per cápita (euros)</i>	<i>Destino de las inversiones (%)</i>				
		<i>Turismo rural</i>	<i>Pequeña empresa</i>	<i>Productos primarios</i>	<i>Medio ambiente</i>	<i>Mercado laboral</i>
Conso-Frieiras	610	24	17	38	5	9
Os Ancares	919	20	31	16	15	8
Comarca Monterrei	285	20	22	20	20	8
Val do Limia	249	32	19	25	6	9
Ribeira Sacra do Sil	347	33	9	23	18	9
Ancares-Seo	311	29	14	19	25	3
A Fonsagrada	1.189	41	24	13	10	5
Montañas del Teleno	662	28	15	19	25	2
Oriente de Asturias	270	37	22	20	10	2
Valle del Eze-Entrecabos	304	37	22	20	11	2
Oscos-Eo	451	37	22	20	11	2
Montaña palentina	146	41	20	17	9	3
Saja-Nansa	685	36	21	4	26	5
Campóo-Los Valles	368	47	16	7	12	6
Merindades	204	33	23	15	17	3
Montaña de Navarra	123	22	33	18	9	7
Sobrarbe y Ribagorza	638	62	12	3	13	5
Pallars	212	29	30	21	14	2
Berguedà	172	31	32	22	7	2
Sierra de Aranza	817	29	15	19	26	3
La Rioja	179	37	19	23	13	3
Pinares El Valle	232	27	32	17	12	3
Barco-Piedrahita-Gredos	409	29	15	19	25	3
Sierra Norte de Madrid	258	36	21	12	18	4
Almazán-Arcos de Jalón	591	27	29	17	15	3
Sierra Norte de Guadalupe	776	28	31	14	19	2
Señoría de Molina	695	17	35	13	21	5
Serranía de Cuenca	321	26	28	14	24	2
La Serranía-R. Ademuz	664	24	28	10	22	8
Sierra de Albarracín	1.494	33	29	18	9	5
Maestrazgo	860	36	9	27	18	5
Els Ports	611	27	35	6	18	6
Alto Palancia-Alto Mijares	344	24	24	10	19	10
Montiel y Sierra de Alcaraz	245	30	25	20	7	9
Sierra del Segura	288	30	20	22	9	8
Noroeste de Murcia	165	45	29	12	2	4

<i>Grupo LEADER II</i>	<i>Presupuesto per cápita (euros)</i>	<i>Destino de las inversiones (%)</i>				
		<i>Turismo rural</i>	<i>Pequeña empresa</i>	<i>Productos primarios</i>	<i>Medio ambiente</i>	<i>Mercado laboral</i>
Sierra de Segura	350	38	12	33	4	2
Sierra Mágina	284	33	19	28	7	4
Poniente Granadino	161	20	19	29	18	7
Noreste de Granada	194	19	28	21	16	6
Los Vélez	877	28	28	27	6	6
Alpujarras	143	28	31	14	13	4

Las inversiones que restan hasta completar el 100% fueron destinadas a apoyo técnico para el desarrollo rural y en ningún caso superaron el 12%

Fuente: www.mapya.es. Elaboración propia. Las siguientes comarcas estaban involucradas en grupos LEADER II: Barco de Valdeorras (Conso-Freiras y Ribeira Sacra do Sil), Montaña (Os Ancares), Verín (Comarca Monterrei y Val do Limia), Bierzo (Ancares-Seo), Montaña (A Fonsagrada), La Cabrera (Montañas del Teleno), Llanes y Cangas de Onís (Oriente de Asturias), Grado y Cangas de Narcea (Valle del Ese-Entrecabos), Vegadeo y Luarca (Oscos-Eo), Guardo, Cervera y Aguilar (Montaña palentina), Tudanca-Cabuérniga (Saja-Nansa), Reinosa (Campóo-Los Valles), Merindades (Merindades), Cantábrica Baja-Montaña y Alpina (Montaña de Navarra), Sobrarbe y Ribagorza (Sobrarbe y Ribagorza), Pallars-Ribagorza y Conca (Pallars), Bergadá (Berguedá), Demanda (Sierra de Aranza), Sierra Rioja Alta, Sierra Rioja Media y Sierra Rioja Baja (La Rioja), Demanda y Pinares (Pinares el Valle), Barco de Ávila-Piedrahita y Gredos (Barco-Piedrahita-Gredos), Lozoya Somosierra (Sierra Norte de Madrid), Arcos de Jalón (Almazán-Arcos de Jalón), Sierra (Sierra Norte de Guadalajara), Molina de Aragón (Señoría de Molina), Serranía Alta y Serranía Baja (Serranía de Cuenca), Alto Turia y Rincón de Ademuz (La Serranía-Rincón de Ademuz), Serranía de Albarracín (Sierra de Albarracín), Maestrazgo y Serranía de Montalbán (Maestrazgo), Alto Maestrazgo (Els Ports), Peñagolosa (Alto Palancia-Alto Mijares), Sierra Alcaraz (Montiel y Sierra de Alcaraz), Sierra Segura (Sierra del Segura), Noroeste (Noroeste de Murcia), Sierra de Segura (Sierra de Segura), Mágina (Sierra Mágina), Montefrío (Poniente Granadino), Huéscar (Noreste de Granada), Los Vélez (Los Vélez), y Alpujarras, Río Nacimiento y Alto Andarax (Alpujarras).

A10. La renta per cápita y una ilustración de la penalización rural

	<i>Renta familiar disponible per cápita (España = 100)</i>		<i>Índice sintético de dotación comercial (España = 100)</i>		
	1970	1999	1963	1981	2000
Interior	35	75	30	26	31
El Barco de Valdeorras	55	89	42	44	44
Verín	42	87	35	40	34
Sanabria	56	86	40	30	37
Bierzo	64	87	58	43	27
Montaña	40	84	24	26	21
La Montaña de Luna	90	90	42	34	21
La Montaña de Riaño	72	86	41	30	26
La Cabrera	34	83	10	15	10
Vegadeo	52	98	49	56	70
Luarca	59	95	85	54	65
Cangas de Narcea	69	93	24	28	34
Grado	91	96	91	75	75
Belmonte de Miranda	50	91	24	29	29
Mieres	83	94	109	98	70
Llanes	84	98	84	58	114
Cangas de Onís	63	97	35	34	57
Guardo	100	93	62	59	45
Cervera	85	98	30	3	28
Aguilar	102	93	78	47	62
Liébana	64	87	24	32	50
Tudanca-Cabuérniga	59	87	11	16	26
Pas-Iguña	79	89	74	52	43
Asón	72	86	46	25	30
Reinosa	73	84	34	21	5
Merindades	96	100	53	43	40
Cantábrica	103	105	72	108	90
Estribaciones Gorbea	112	109	14	10	5
Montaña Alavesa	115	106	29	20	23
Cantábrica-Baja Montaña	103	115	129	59	49
Alpina	90	112	99	83	50
Jacetania	101	110	53	50	49
Sobrarbe	86	105	7	30	40
Ribagorza	94	107	26	40	68
Valle de Arán	101	125	39	61	69
Pallars-Ribagorza	88	116	28	44	61
Alto Urgel	101	124	59	73	60
Conca	98	124	69	61	68
Solsones	107	118	92	61	70
Bergadá	102	107	116	79	85
Cerdaña	121	119	159	161	182
Ripollés	108	119	96	85	89
Demanda	83	95	36	32	34
Sierra Rioja Alta	75	102	38	48	63
Sierra Rioja Media	79	102	34	56	60

	<i>Renta familiar disponible per cápita (España = 100)</i>		<i>Índice sintético de dotación comercial (España = 100)</i>		
	1970	1999	1963	1981	2000
Sierra Rioja Baja	68	102	15	37	43
Pinares	100	94	58	35	16
Tierras Altas y Valle del Tera	59	93	15	44	35
Jaraiz de la Vera	71	81	59	30	46
Barco Ávila-Piedrahita	64	90	32	29	55
Gredos	52	83	2	4	15
Valle Bajo Alberche	95	90	45	46	43
Valle del Tiétar	81	89	68	58	54
Segovia	103	98	44	40	45
Lozoya Somosierra	99	104	80	58	49
Arcos de Jalón	66	93	12	12	31
Sierra	67	87	33	53	44
Molina de Aragón	61	86	14	43	51
Alcarria Baja	81	83	12	35	22
Serranía Alta	46	93	29	46	55
Serranía Baja	49	91	28	29	33
Rincón de Ademuz	52	83	34	44	72
Alto Turia	78	86	26	29	36
Serranía de Albarracín	65	104	35	36	53
Serranía de Montalbán	71	102	31	32	56
Maestrazgo	60	104	22	21	31
Alto Maestrazgo	91	99	37	22	76
Peñagolosa	57	96	23	19	43
Sierra Alcaraz	47	73	23	22	38
Sierra Segura	50	68	24	15	27
Noroeste	81	83	37	39	42
Sierra de Segura	56	72	41	31	42
Mágina	52	68	65	36	43
Sierra de Cazorla	59	71	71	39	46
Sierra Sur	63	75	79	45	61
Montefrío	36	67	50	27	26
Huéscar	42	70	29	17	30
Los Vélez	48	81	30	26	40
Río Nacimiento	49	73	31	21	20
Campo Tabernas	52	73	22	22	34
Alto Andarax	58	75	37	30	33
La Costa	67	75	56	83	82
Las Alpujarras	49	69	31	36	37
Valle de Lecrín	51	70	33	6	45

Fuente: Banesto (1965; 1966; 1972; 1982; 1983) y La Caixa (2001). Elaboración propia.

Las dotaciones de establecimientos comerciales por habitante y por km2 han sido transformadas de acuerdo con la fórmula: $(X_i - X_{min}) * 100 / (X_{max} - X_{min})$, donde X_i es el valor a transformar y X_{max} y X_{min} son respectivamente los valores más alto y más bajo de la muestra. El índice sintético se calcula como la media aritmética de los resultados de ambas transformaciones.

A11. Las infraestructuras de transporte

	<i>Metros de carretera por km² de superficie</i>			<i>Metros de vía férrea por km² de superficie</i>			
	1896	1958	2002	1860	1900	1942	1994
Interior	44,5	44,5	62,8	-	-	-	-
El Barco de Valdeorras	38,1	28,0	71,4	-	16,2	16,2	26,4
Verín	16,3	41,4	66,6	-	-	-	21,4
Sanabria	31,6	31,6	62,1	-	-	-	34,0
Bierzo	48,5	40,2	83,7	-	26,9	41,4	41,4
Montaña	22,2	22,2	45,5	-	-	-	-
La Montaña de Luna	32,1	79,0	95,8	-	26,5	37,2	37,2
La Montaña de Riaño	-	72,9	80,5	-	34,6	36,2	36,2
La Cabrera	-	-	-	-	-	-	-
Vegadeo	7,5	28,0	123,3	-	-	-	26,1
Luarca	75,2	127,1	127,1	-	-	-	55,1
Cangas de Narcea	52,1	81,4	81,4	-	-	-	-
Grado	74,4	192,8	213,4	-	-	30,3	62,0
Belmonte de Miranda	-	-	-	-	-	-	-
Mieres	29,9	73,0	106,4	-	37,6	60,5	54,9
Llanes	78,7	88,9	143,5	-	33,0	125,7	125,7
Cangas de Onís	-	109,9	117,7	-	-	-	-
Guardo	-	72,1	72,1	-	46,2	46,2	46,2
Cervera	-	80,2	88,1	-	34,2	34,2	34,2
Aguilar	44,7	80,8	110,6	48,9	123,4	123,4	123,4
Liébana	-	130,6	125,4	-	-	-	-
Tudanca-Cabuérniga	-	75,9	75,9	-	-	-	-
Pas-Iguña	73,9	73,9	109,6	24,2	45,0	45,0	32,3
Asón	-	107,4	158,8	-	26,8	26,8	26,8
Reinosa	34,0	54,9	101,9	18,0	69,9	69,9	69,9
Merindades	28,4	76,5	81,3	-	41,9	56,3	41,9
Cantábrica	57,2	153,5	171,5	-	69,2	69,2	69,2
Estribaciones Gorbea	24,6	105,9	105,9	-	54,2	54,2	-
Montaña Alavesa	-	51,2	67,6	-	-	-	-
Cantábrica-Baja Montaña	59,5	68,0	94,9	-	12,2	35,0	12,6
Alpina	-	39,1	69,1	-	-	11,3	-
Jacetania	31,1	67,0	72,3	-	18,4	25,8	29,8
Sobrarbe	-	62,6	78,2	-	-	-	-
Ribagorza	-	99,6	99,6	-	-	-	-
Valle de Arán	-	112,8	112,8	-	-	-	-
Pallars-Ribagorza	-	63,8	63,8	-	-	-	-
Alto Urgel	19,5	53,0	78,0	-	-	-	-
Conca	-	51,8	51,8	-	-	-	35,9
Solsones	17,9	32,2	69,0	-	-	-	-
Bergadá	-	71,1	82,0	-	38,5	48,4	-
Cerdaña	-	187,7	199,7	-	-	71,9	71,9
Ripollés	-	139,9	149,0	-	17,1	69,5	69,5
Demanda	23,4	23,4	23,4	-	-	25,8	-
Sierra Rioja Alta	-	56,0	74,0	-	-	7,8	-
Sierra Rioja Media	61,0	61,0	61,0	-	-	-	-
Sierra Rioja Baja	-	34,2	34,2	-	-	9,8	-
Pinares	54,1	54,1	54,1	-	-	55,6	-

	<i>Metros de carretera por km² de superficie</i>			<i>Metros de vía férrea por km² de superficie</i>			
	1896	1958	2002	1860	1900	1942	1994
Tierras Altas y Valle del Tera	29,8	29,8	29,8	-	-	-	-
Jaraiz de la Vera	-	-	11,6	-	-	-	-
Barco Ávila-Piedrahita	-	62,1	62,1	-	-	-	-
Gredos	-	31,8	31,8	-	-	-	-
Valle Bajo Alberche	-	33,6	57,9	-	22,4	22,4	22,4
Valle del Tiétar	-	69,8	69,8	-	-	-	-
Segovia	95,2	100,4	119,0	-	11,6	11,6	11,6
Lozoya Somosierra	38,7	59,1	64,1	-	-	-	40,8
Arcos de Jalón	26,8	62,2	94,7	-	40,2	40,2	40,2
Sierra	-	45,4	45,4	-	15,5	15,5	15,5
Molina de Aragón	27,1	55,3	55,3	-	-	-	-
Alcarria Baja	26,8	56,3	64,2	-	-	13,1	-
Serranía Alta	-	28,1	28,1	-	-	-	-
Serranía Baja	25,3	45,3	67,4	-	-	28,5	28,5
Rincón de Ademuz	-	91,8	137,7	-	-	-	-
Alto Turia	10,2	44,1	44,1	-	-	-	-
Serranía de Albarracín	-	-	-	-	-	-	-
Serranía de Montalbán	35,9	52,7	72,2	-	-	17,4	-
Maestrazgo	-	7,1	78,1	-	-	-	-
Alto Maestrazgo	29,5	29,5	87,6	-	-	-	-
Peñagolosa	-	-	-	-	-	-	-
Sierra Alcaraz	50,0	73,1	77,4	-	-	-	-
Sierra Segura	-	23,1	23,1	-	-	-	-
Noroeste	-	38,5	38,5	-	-	1,6	1,6
Sierra de Segura	-	21,7	21,7	-	-	-	-
Mágina	36,9	36,9	36,9	-	37,9	37,9	37,9
Sierra de Cazorla	-	-	-	-	-	-	-
Sierra Sur	63,5	87,3	134,0	-	-	-	-
Montefrío	19,7	19,7	19,7	-	-	-	-
Huéscar	-	28,5	28,5	-	-	-	-
Los Vélez	33,3	33,3	35,9	-	-	-	-
Río Nacimiento	-	87,4	111,5	-	55,8	55,8	55,8
Campo Tabernas	43,1	53,5	20,7	-	-	-	-
Alto Andarax	-	80,9	-	-	-	-	-
La Costa	50,7	145,8	90,3	-	-	-	-
Las Alpujarras	-	76,6	-	-	-	-	-
Valle de Lecrín	55,4	89,5	144,8	-	-	-	-

El dato sobre carreteras incluye, para 1896, las carreteras de primer y segundo orden; para 1957, todas las nacionales y las comarcales más importantes; y, para 2002, las autopistas, autovías, nacionales y autonómicas de primer orden

Fuente: Wais (1948), Botín (1948), Uriol (1990-92), Comín, Martín Aceña, Muñoz y Vidal (1998), Instituto Geográfico Nacional (1995), Red Nacional de Ferrocarriles Españoles (1964), www.renfe.es, www.feve.es, Mapa (1957), Ministerio de Fomento (2001) y Asociación Española de la Carretera (1998). Elaboración propia.

A12. Sobre la elaboración de la base estadística

Debido a consideraciones de espacio, no me es posible reproducir con detalle los supuestos de trabajo de que me he valido para construir la base estadística manejada. La parte final de mi tesis doctoral (Collantes 2002-03: 838-893) contiene detalladas indicaciones en ese sentido, así como reflexiones y comprobaciones acerca de las distintas opciones existentes en determinados casos. A ella me remito, poniéndola a disposición de los interesados.

A continuación consigno tan sólo un par de elementos que no se encontraban presentes en la tesis y cuya elaboración requiere un breve apunte:

1. Los datos sobre estructura ocupacional en torno a 1960 son más aproximativos que los referidos a otras fechas y obtenidos a partir de los censos de población. Estos datos se han calculado a partir del cociente entre el número de explotaciones agrarias registrado por el censo agrario de 1962 y el número de familias censadas en 1960. Este cociente ha sido posteriormente corregido, añadiendo las proporciones de trabajadores eventuales calculables a partir de **CPDES** (1963). Finalmente, se ha obtenido la media entre el porcentaje de ocupados agrarios resultante y el calculable a partir de **CPDES** (1963), asumiendo, para el cálculo de valores absolutos y la agregación supracomarcial, que el porcentaje que los ocupados representaban sobre la población total era similar al de 1887. Los datos sobre ocupación en los sectores secundario y terciario se han calculado entonces respetando las proporcionalidades calculables a partir de **CPDES** (1963). Se trata de aproximaciones cuantitativas toscas, pero que casan bastante bien con la información cualitativa de que dispone-mos, en particular a nivel supracomarcial (por ejemplo, N=10).

2. Para estimar la superficie agraria a la que se accedía de modo indirecto en 1962, he replicado el procedimiento ya empleado por Gallego (2001a: 14), respetando las proporcionalidades reflejadas en el censo de 1982.

ÍNDICES DE CUADROS, GRÁFICOS Y MAPAS

Cuadros

	<u>Págs.</u>
1.1. Zonas de agricultura de montaña (ZAM) por Comunidades Autónomas	24
1.2. La evolución demográfica de la montaña española, 1860-1991	25
1.3. Las comarcas agrarias de montaña, por agregados geográficos	27
1.4. Comparación entre la muestra de 84 comarcas y el total de municipios ZAM	31
1.5. Trayectorias demográficas comparadas	35
1.6. Tasa de variación media anual del número de familias	41
1.7. Razón de masculinidad de la población de derecho ...	44
1.8. Porcentaje de solteros en la población mayor de 15 años	45
1.9. Razón de masculinidad de la población soltera	45
1.10. Índice de envejecimiento	47
1.11. Tasa de crecimiento vegetativo medio anual (tantos por mil	50
1.12. Densidad de población (habitantes por km ²)	52
2.1. El desarrollo económico y sus tensiones	80
2.2. Porcentaje de ocupados en el sector primario	88
2.3. Variación de la población ocupada en el sector primario y el número de explotaciones	90
3.1. Los condicionantes geográficos	99
3.2. La "trilogía mediterránea": porcentaje sobre la superficie agraria total	100
3.3. Densidades ganaderas (unidades ganaderas por km ²) ..	101
3.4. La dotación de infraestructuras de transporte	113
3.5. La dimensión media de las explotaciones a finales del siglo XIX	118
3.6. La organización del trabajo agrario	120

	<u>Págs.</u>
3.7. Los tamaños de las familias y el celibato definitivo . . .	122
3.8. Algunos indicadores relacionados con las migraciones temporales	126
3.9. Los montes públicos y su privatización	132
3.10. La dotación educativa y el proceso de alfabetización . .	135
3.11. Algunos indicios sobre el nivel de vida de los campesinos	139
4.1. Porcentaje de población ocupada en el sector secundario	150
4.2. La especialización energética	151
4.3. La industria en las economías de montaña	153
4.4. Porcentaje de ocupados en el sector terciario	154
4.5. El turismo en las economías de montaña	157
4.6. La diversificación "por defecto" entre 1960 y 2001 . . .	165
4.7. La evolución de la ganadería de montaña	167
4.8. La evolución de la actividad agrícola	167
4.9. Los cambios en la dimensión y el nivel tecnológico de las explotaciones agrarias	169
4.10. El mercado laboral y la agricultura a tiempo parcial . .	176
4.11. Organización del trabajo agrario y dimensiones de la familia	178
4.12. La aparición de nuevas pautas residenciales	181
4.13. Capacidad de embalse (Hm ³ por km ²)	186
4.14. La Indemnización Compensatoria de Montaña (ICM) .	190
4.15. La iniciativa LEADER II (1994-1999)	192
4.16. La convergencia de la renta familiar disponible per cápita	195
4.17. Porcentaje de edificios residenciales dotados de equipamientos básicos	197
4.18. Número de teléfonos por cada 1.000 habitantes	197
4.19. Dotación de establecimientos comerciales y oficinas bancarias por habitante y por km ² : índices sintéticos con base España=100	199
4.20. Dotación sanitaria y dotación educativa por habitante y por km ² : índices sintéticos con base España=100	200
4.21. La dotación de infraestructuras de transporte durante la segunda mitad del siglo XX	201

Gráficos

	<u>Págs.</u>
1.1. Tasa de variación media anual de la población de hecho.	37
1.2. Evolución comparada de la población y el número de familias en dos periodos	43
1.3. La despoblación y el envejecimiento	48
1.4. El envejecimiento y la generación de saldos vegetativos negativos	51
3.1. Peso económico de la ganadería bovina y tamaño demográfico de las familias campesinas	123
3.2. Índice de humedad y tasa bruta de mortalidad a finales del siglo XIX	141
4.1. La mecanización y el tamaño de las explotaciones en 1982	171
4.2. Diversificación ocupacional y extensión del mercado laboral a comienzos de la década de 1980	177
4.3. Coeficientes de correlación de rangos de Spearman ...	179
4.4. Diversificación ocupacional y nivel de renta en 1981 .	196
5.1. El crecimiento de la economía española y la despoblación de las zonas de montaña	210
5.2. La evolución demográfica antes y después de 1950 ...	215
5.3. Diversificación económica y despoblación durante la segunda mitad del siglo XX	219
5.4. Penalización rural en el bienestar y despoblación en la segunda mitad del siglo XX	220
5.5. Urbanización del medio rural y despoblación durante la segunda mitad del siglo XX	221
5.6. Saldos migratorios y saldos vegetativos en la década de 1990	222
5.7. Indemnización Compensatoria de Montaña y trayectorias demográficas	228

Mapas

	<i>Págs.</i>
1.1. Las comarcas de montaña de la muestra: Norte, Pirineo, Interior y Sur	32
1.2. Tasa de variación media anual de la población de hecho entre 1860 y 1950	38
1.3. Tasa de variación media anual de la población de hecho entre 1950 y 2000	39
1.4. Población en 2000 como porcentaje de la población en 1860	40
1.5. Densidad demográfica (habitantes por km2), 2000 ...	54
3.1. Densidad ganadera (unidades ganaderas por km2), 1865	102
3.2. Porcentaje de superficie agraria ocupada por la "trilogía mediterránea", 1886/90	106
3.3. Tamaño medio de las familias (número de miembros), 1887	124
3.4. Tasa bruta de alfabetización (%), 1920	137
3.5. Tasa bruta de mortalidad (tanto por mil), 1886/92	142
4.1. Población ocupada en los sectores secundario y terciario (%), 1981	158
4.2. Número de viviendas por edificio residencial, 2001 ...	184
4.3. Renta familiar disponible per cápita (España=100), 1999	203
4.4. Dotación de establecimientos comerciales (índice sintético con base España=100), 2000	204
4.5. Densidad viaria (metros de carretera por km2), 2002 ..	205

PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA, PESCA Y ALIMENTACIÓN

SERIE ESTUDIOS

1. García Fernando, Manuel. *La innovación tecnológica y su difusión en la agricultura*. 1976. 300 p. (agotado).
2. *Situación y perspectivas de la agricultura familiar en España*. Arturo Camilleri Lapeyre et al. 1977. 219 p. (agotado).
3. *Propiedad, herencia y división de la explotación agraria. La sucesión en el Derecho Agrario*. Director: José Luis de los Mozos. 1977. 293 p. (agotado).
4. Artola, Miguel, Contreras, Jaime y Bernal, Antonio Miguel. *El latifundio. Propiedad y explotación, siglos XVIII-XX*. 1978. 197 p. (agotado).
5. Juan i Fenollar, Rafael. *La formación de la agroindustria en España (1960-1970)*. 1978. 283 p.
6. López Linage, Javier. *Antropología de la ferocidad cotidiana: supervivencia y trabajo en una comunidad cántabra*. 1978. 283 p.
7. Pérez Yruela, Manuel. *La conflictividad campesina en la provincia de Córdoba (1931-1936)*. 1978. 437 p.
8. López Ontiveros, Agustín. *El sector oleícola y el olivar: oligopolio y coste de recolección*. 1978. 218 p.
9. Castillo, Juan José. *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino en España (la Confederación Nacional Católica Agraria, 1917-1924)*. 1979. 552 p.
10. *La evolución del campesinado: la agricultura en el desarrollo capitalista*. Selección de Miren Etxezarreta Zubizarreta. 1979. 363 p.
11. Moral Ruiz, Joaquín del. *La agricultura española a mediados del siglo XIX (1850-1870). Resultados de una encuesta agraria de la época*. 1979. 228 p.
12. Titos Moreno, Antonio y Rodríguez Alcaide, José Javier. *Crisis económica y empleo en Andalucía*. 1979. 198 p.
13. Cuadrado Iglesias, Manuel. *Aprovechamiento en común de pastos y leñas*. 1980. 539 p.
14. Díez Rodríguez, Fernando. *Prensa agraria en la España de la Ilustración. El semanario de Agricultura y Artes dirigido a los párrocos (1797-1808)*. 1980. 215 p.
15. Arnalte Alegre, Eladio. *Agricultura a tiempo parcial en el País Valenciano. Naturaleza y efectos del fenómeno en el regadío litoral*. 1980. 378 p.

16. Grupo ERA (Estudios Rurales Andaluces). *Las agriculturas andaluzas*. 1980. 505 p.
17. Bacells, Albert. *El problema agrario en Cataluña. La cuestión Rabassaire (1980-1936)*. 1980. 438 p.
18. Carnero i Arbat, Teresa. *Expansión vinícola y atraso agrario (1870-1900)*. 1980. 289 p.
19. Cruz Villalón, Josefina. *Propiedad y uso de la tierra en la Baja Andalucía. Carmona, siglos XVIII-XX*. 1980. 360 p.
20. Héran Haen, François. *Tierra y parentesco en el campo sevillano: la revolución agrícola del siglo XIX*. 1980. 268 p.
21. García Ferrando, Manuel y González Blasco, Pedro. *Investigación agraria y organización social*. 1981. 226 p.
22. Leach, Gerald. *Energía y producción de alimentos*. 1981. 210 p.
23. Mangas Navas, José Manuel. *El régimen comunal agrario de los Concejos de Castilla*. 1981. 316 p.
24. Tió, Carlos. *La política de aceites comestibles en la España del siglo XX*. 1982. 532 p.
25. Mignon, Christian. *Campos y campesinos de la Andalucía mediterránea*. 1982. 606 p.
26. Pérez Touriño, Emilio. *Agricultura y capitalismo. Análisis de la pequeña producción campesina*. 1983. 332 p.
27. Vassberg, David E. *La venta de tierras baldías. El comunitarismo agrario y la Corona de Castilla durante el siglo XVI*. 1983. 265 p.
28. Romero González, Juan. *Propiedad agraria y sociedad rural en la España mediterránea. Los casos valenciano y castellano en los siglos XIX y XX*. 1983. 465 p.
29. Gros Imbiola, Javier. *Estructura de la producción porcina en Aragón*. 1984. 235 p.
30. López López, Alejandro. *El boicot de la derecha y las reformas de la Segunda República. La minoría agraria, el rechazo constitucional y la cuestión de la tierra*. 1984. 452 p.
31. Moyano Estrada, Eduardo. *Corporatismo y agricultura. Asociaciones profesionales y articulación de intereses en la agricultura española*. 1984. 357 p.
32. Donézar Díez de Ulzurrun, Javier María. *Riqueza y propiedad en la Castilla del Antiguo Régimen. La provincia de Toledo en el siglo XVIII*. 2.^a edición 1996. 580 p.
33. Mangas Navas, José Manuel. *La propiedad de la tierra en España. Los patrimonios públicos. Herencia contemporánea de un reformismo inconcluso*. 1984. 350 p. (agotado).

34. *Sobre agricultores y campesinos. Estudios de Sociología Rural de España.* Compilador. Eduardo Sevilla-Guzmán. 1984. 425 p.
35. Colino Sueiras, José. *La Integración de la agricultura gallega en el capitalismo. El horizonte de la CEE.* 1984. 438 p.
36. Campos Palacín, Pablo. *Economía y Energía en la dehesa extremeña.* 1984. 335 p. (agotado).
37. Piqueras Haba, Juan. *La agricultura valenciana de exportación y su formación histórica.* 1985. 249 p.
38. Viladomiu Canela, Lourdes. *La inserción de España en el complejo soja-mundial.* 1985. 448 p.
39. Peinado García, María Luisa. *El consumo y la industria alimentaria en España. Evolución, problemática y penetración del capital extranjero a partir de 1960.* 1985. 453 p.
40. *Lecturas sobre agricultura familiar.* Compiladores: Manuel Rodríguez Zúñiga y Rosa Soria Gutiérrez. 1985. 401 p.
41. *La agricultura insuficiente. La agricultura a tiempo parcial.* Directora: Miren Etxezarreta Zubizarreta. 1983. 442 p.
42. Ortega López, Margarita. *La lucha por la tierra en la corona de Castilla al final del Antiguo Régimen. El expediente de Ley Agraria.* 1986. 330 p.
43. Palazuelos Manso, Enrique y Granda Alva, Germán. *El mercado del café. Situación mundial e importancia en el comercio con América Latina.* 1986. 336 p.
44. *Contribución a la historia de la trashumancia en España.* Compiladores: Pedro García Martín y José María Sánchez Benito. 2.^a edición 1996. 512 p.
45. Zambrana Pineda, Juan Francisco. *Crisis y modernización del olivar español, 1870-1930.* 1987. 472 p.
46. Mata Olmo, Rafael. *Pequeña y gran propiedad agraria en la depresión del Guadalquivir.* 1987. 2 tomos. (agotado).
47. *Estructuras y regímenes de tenencia de la tierra en España: Ponencias y comunicaciones del II Coloquio de Geografía Agraria.* 1987. 514 p.
48. San Juan Mesonada, Carlos. *Eficacia y rentabilidad de la agricultura española.* 1987. 469 p.
49. Martínez Sánchez, José María. *Desarrollo agrícola y teoría de sistemas.* 1987. 375 p. (agotado).
50. *Desarrollo rural integrado.* Compiladora: Miren Etxezarreta Zubizarreta. 1988. 436 p. (agotado).

51. García Martín, Pedro. *La ganadería mesteña en la España borbónica (1700-1836)*. 1988. 483 p.
52. Moyano Estrada, Eduardo. *Sindicalismo y política agraria en Europa. Las organizaciones profesionales agrarias en Francia, Italia y Portugal*. 1988. 648 p.
53. Servolin, Claude. *Las políticas agrarias*. 1988. 230 p. (agotado).
54. *La modernización de la agricultura española. 1956-1986*. Compilador: Carlos San Juan Mesonada. 1989. 559 p.
55. Pérez Picazo, María Teresa. *El Mayorazgo en la historia económica de la región murciana, expansión, crisis y abolición (Ss. XVII-XIX)*. 1990. 256 p.
56. *Camino rural en Europa. Programa de investigación sobre las estructuras agrarias y la pluriactividad*. Montpellier, 1987. Fundación Arkleton. 1990. 381 p.
57. *La agrocuidad mediterránea. Estructuras sociales y procesos de desarrollo*. Compilador: Francisco López-Casero Olmedo. 1990. 420 p.
58. *El mercado y los precios de la tierra: funcionamiento y mecanismos de intervención*. Compiladora: Consuelo Varela Ortega. 1988. 434 p.
59. García Álvarez-Coque, José María, *análisis institucional de las políticas agrarias. Conflictos de intereses y política agraria*. 1991. 387 p.
60. Alario Trigueros, Milagros. *Significado espacial y socioeconómico de la concentración parcelaria en Castilla y León*. 1991. 457 p.
61. Giménez Romero, Carlos. *Valdelaguna y Coatepec. Permanencia y funcionalidad del régimen comunal agrario en España y México*. 1991. 547 p.
62. Menegus Bornemann, Margarita. *Del Señorío a la República de indios. El caso de Toluca, 1500-1600*. 1991. 260 p.
63. Dávila Zurita, Manuel María y Buendía Moya, José. *El mercado de productos fitosanitarios*. 1991. 190 p.
64. Torre, Joseba de la. *Los campesinos navarros ante la guerra napoleónica. Financiación bélica y desamortización civil*. 1991. 289 p.
65. Barceló Vila, Luis Vicente. *Liberación, ajuste y reestructuración de la agricultura española*. 1991. 561 p.
66. Majuelo Gil, Emilio y Pascual Bonis, Ángel. *Del catolicismo agrario al cooperativismo empresarial. Setenta y cinco años de la Federación de Cooperativas navarras, 1910-1985*. 1991. 532 p.
67. Castillo Quero, Manuela. *Las políticas limitantes de la oferta lechera. Implicaciones para el sector lechero español*. 1992. 406 p.
68. *Hitos históricos de los regadíos españoles*. Compiladores: Antonio Gil Olcina y Alfredo Morales Gil. 1992. 404 p.

69. *Economía del agua*. compilador: Federico Aguilera Klink. 2.^a edición 1996. 425 p.
70. *Propiedad y explotación campesina en la España contemporánea*. Compilador: Ramón Garrabou. 1992. 379 p.
71. Cardesín, José María. *Tierra, trabajo y reproducción social en una aldea gallega. (Ss. XVII-XX). Muerte de unos, vida de otros*. 1992. 374 p.
72. Aldanondo Ochoa, Ana María. *Capacidad tecnológica y división internacional del trabajo en la agricultura. (Una aplicación al comercio internacional hortofrutícola y a la introducción de innovaciones postcosecha en la horticultura canaria)*. 1992. 473 p.
73. Paniagua Mazorra, Ángel. *Repercusiones sociodemográficas de la política de colonización durante el siglo XIX y primer tercio del XX*. 1992. 413 p.
74. Marrón Gaite, María Jesús. *La adopción y expansión de la remolacha azucarera en España (de los orígenes al momento actual)*. 1992. 175 p.
75. *Las organizaciones profesionales agrarias en la Comunidad Europea*. Compilador: Eduardo Moyano Estrada. 1993. 428 p.
76. *Cambio tecnológico y medio ambiente rural. (Procesos y reestructuraciones rurales)*. Compiladores: Philip Lowe, Terry Marsden y Sarah Whatmore. 1993. 339 p.
77. Gavira Álvarez, Lina. *Segmentación del mercado de trabajo rural y desarrollo: el caso de Andalucía*. 1993. 580 p.
78. Sanz Cañada, Javier. *Industria agroalimentaria y desarrollo regional. Análisis y toma de decisiones locacionales*. 1993. 405 p.
79. Gómez López, José Daniel. *Cultivos de invernadero en la fachada Sureste peninsular ante el ingreso en la C.E.* 1993. 378 p.
80. Moyano Estrada, Eduardo. *Acción colectiva y cooperativismo en la agricultura europea (Federaciones de cooperativas y representación de intereses en la Unión Europea)*. 1993. 496 p.
81. Camarero Rioja, Luis Alfonso. *Del éxodo rural y del éxodo urbano. Ocaso y renacimiento de los asentamientos rurales en España*. 1993. 501 p.
82. Baraja Rodríguez, Eugenio. *La expansión de la industria azucarera y el cultivo remolachero del Duero en el contexto nacional*. 1994. 681 p.
83. Robledo Hernández, Ricardo. *Economistas y reformadores españoles: La cuestión agraria (1760-1935)*. 1994. 135 p.
84. Bonete Perales, Rafael. *Condicionamientos internos y externos de la PAC*. 1994. 470 p.

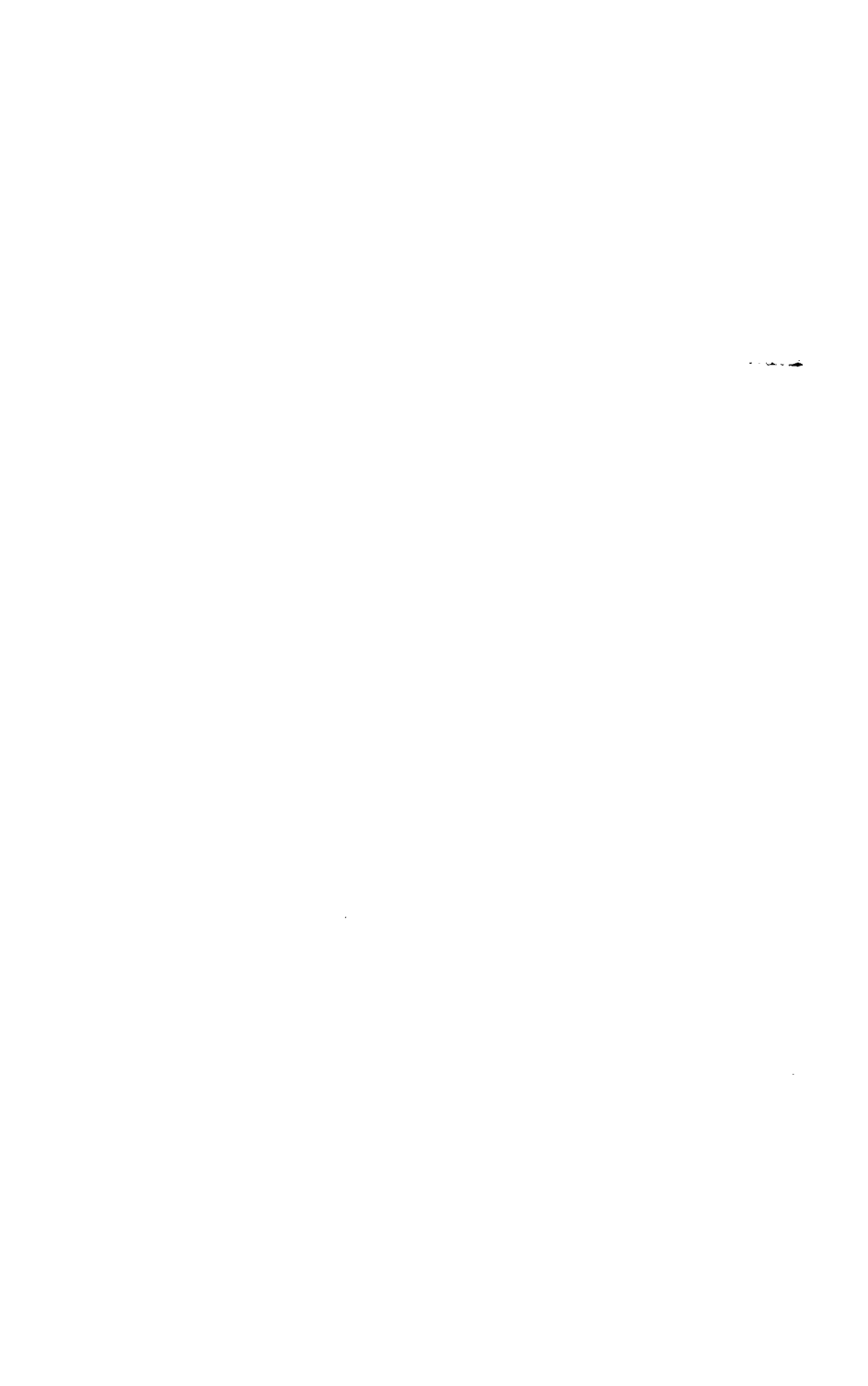
85. Ramón Morte, Alfredo. *Tecnificación del regadío valenciano*. 1994. 642 p.
86. Pérez Rubio, José Antonio. *Yunteros, braceros y colonos. La política agraria en Extremadura, 1940-1975*. 1994. 612 p.
87. *La globalización del sector agroalimentario*. Director: Alessandro Bonnano. 1994. 310 p.
88. *Modernización y cambio estructural en la agricultura española*. Coordinador: José María Sumpsi Viñas. 1994. 366 p.
89. Mulero Mendigorrí, A. *Espacios rurales de ocio. Significado general y análisis en la Sierra Morena cordobesa*. 1994. 572 p.
90. Langreo Navarro, Alicia y García Azcárate, Teresa. *Las interprofesionales agroalimentarias en Europa*. 1994. 670 p.
91. Montiel Molina, Cristina. *Los montes de utilidad pública en la Comunidad Valenciana*. 1994. 372 p.
92. *La agricultura familiar ante las nuevas políticas agrarias comunitarias*. Miren Etxezarreta Zubizarreta et al. 1994. 660 p.
93. *Estimación y análisis de la balanza comercial de productos agrarios y agroindustriales de Navarra*. Director: Manuel Rapún Gárate. 1995. 438 p.
94. Billón Currás, Margarita. *La exportación hortofrutícola. El caso del albaricoque en fresco y la lechuga iceberg*. 1995. 650 p.
95. *California y el Mediterráneo. Historia de dos agriculturas competidoras*. Coordinador: José Morilla Critz. 1995. 499 p.
96. Pinilla Navarro, Vicente. *Entre la inercia y el cambio: el sector agrario aragonés, 1850-1935*. 1995. 500 p.
97. *Agricultura y desarrollo sostenible*. Coordinador: Alfredo Cadenas Marín. 1994. 468 p.
98. Oliva Serrano, Jesús. *Mercados de trabajo y reestructuración rural: una aproximación al caso castellano-manchego*. 1995. 300 p.
99. *Hacia un nuevo sistema rural*. Coordinadores: Eduardo Ramos Real y Josefina Cruz Villalón. 1995. 792 p.
100. Catálogo monográfico de los 99 libros correspondientes a esta Serie.
101. López Martínez, María. *Análisis de la industria agroalimentaria española (1978-1989)*. 1995. 594 p.
102. Carmona Ruiz, María Antonia. *Usurpaciones de tierras y derechos comunales en Sevilla y su "Tierra" durante el siglo XV*. 1995. 254 p.
103. Muñoz Torres, María Jesús. *Las importaciones de cítricos en la República Federal de Alemania. Un enfoque cuantitativo*. 1995. 174 p.
104. García Muñoz, Adelina. *Los que no pueden vivir de lo suyo: trabajo y cultura en el campo de Calatrava*. 1995. 332 p.

105. Martínez López, Alberte. *Cooperativismo y transformaciones agrarias en Galicia, 1886-1943*. 1995. 286 p.
106. Cavas Martínez, Faustino. *Las relaciones laborales en el sector agrario*. 1995. 651 p.
107. *El campo y la ciudad (sociedad rural y cambio social)*. Edición a cargo de M.^a Antonia García León. 1996. 282 p.
108. *El sistema agroalimentario español. Tabla input-output y análisis de las relaciones intersectoriales*. Director: Antonio Titos Moreno. 1995. 431 p.
109. Langreo Navarro, Alicia. *Historia de la industria láctea española: una aplicación a Asturias*. 1995. 551 p.
110. Martín Gil, Fernando. *Mercado de trabajo en áreas rurales. Un enfoque integrador aplicado a la comarca de Sepúlveda*. 1995. 619 p.
111. Sumpsi Viñas, José María y Barceló Vila, Luis V. *La Ronda Uruguay y el sector agroalimentario español (Estudio del impacto en el sector agroalimentario español de los resultados de la Ronda Uruguay)*. 1996. 816 p.
112. Forgas i Berdet, Esther. *Los ciclos del pan y del vino en las paremias hispanas*. 1996. 562 p.
113. *Reformas y políticas agrarias en la historia de España (De la Ilustración al primer franquismo)*. Coordinadores: Ángel García Sanz y Jesús Sanz Fernández. 1996. 406 p.
114. Milij, Samir. *Organización de mercados y estrategias empresariales en el subsector del aceite de oliva*. 1996. 383 p.
115. Burgaz Moreno, Fernando J. y Pérez-Morales Albarrán, M.^a del Mar. *1902-1992. 90 años de seguros agrarios en España*. 1996. 548 p.
116. Rodríguez Ocaña, Antonio y Ruiz Avilés, Pedro. *El sistema agroindustrial del algodón en España*. 1996.
117. Manuel Valdés, Carlos M. *Tierras y montes públicos en la Sierra de Madrid (sectores central y meridional)*. 1996. 551 p.
118. Hervieu, Bertrand. *Los campos del futuro*. 1996. 168 p.
119. Parras Rosa, Manuel. *La demanda de aceite de oliva virgen en el mercado español*. 1996. 369 p.
120. López Iglesias, Edelmiro. *Movilidad de la tierra y dinámica de las estructuras en Galicia*. 1996.
121. Baz Vicente, María Jesús. *Señorío y propiedad foral de la alta nobleza en Galicia. Siglos XVI y XX. La Casa de Alba*. 1996.
122. Giráldez Rivero, Jesús. *Crecimiento y transformación del sector pesquero gallego (1880-1936)*. 1996. 123 p.

123. Sánchez de la Puerta, Fernando. *Extensión y desarrollo rural. Análisis y praxis extensionistas*. 1996.
124. Calatrava Andrés, Ascensión y Melero Guilló, Ana María. *España, Marruecos y los productos agroalimentarios. Dificultades y potencialidades para las exportaciones de frutas y hortalizas*. 1996. 286 p.
125. García Sanz, Benjamín. *La sociedad rural ante el siglo XXI*. 1996.
126. Román Cervantes, Cándido. *Propiedad, uso y explotación de la tierra en la comarca del campo de Cartagena. (Siglos XIX y XX)*. 1996.
127. *Estructuras agrarias y movimientos campesinos en América Latina (1950-1990)*. Coordinadores: León Zamosc, Estela Martínez y Manuel Chiriboga. 1996.
128. Casado, Santos. *Los primeros pasos de la ecología en España. Los naturalistas del cambio de siglo y la introducción a la ciencia ecológica (Coedición con el CSIC)*. 1996.
129. *Transformaciones agrarias y cultura material en Andalucía Oriental y Norte de Marruecos*. González Alcantud, J. A. et al. 1996.
130. Iriarte Goñi, J. I. *Bienes comunales y capitalismo agrario en Navarra. 1855-1935*. 1996.
131. Azcárate Luxán, Isabel. *Plagas agrícolas y forestales en España (Siglos XVIII y XIX)*. 1996.
132. Baumeister, Martín. *Campesinos sin tierra. Supervivencia y resistencia en Extremadura (1800-1923)*. 1996.
133. Domínguez Martín, Rafael. *La vocación ganadera del norte de España. Del modelo tradicional a los desafíos del mercado mundial*. 1996. 448 p.
134. Díaz Méndez, Cecilia. *Estrategias familiares y juventud rural*. 1997. 328 p.
135. Gonzalo, Manuel y Lamo de Espinosa, Jaime (directores). *Oportunidades para la inversión y el comercio agroalimentario español en América*. 1997. 492 p.
136. Cadenas Marín, Alfredo y Cantero Talavera, Catalina. *Implicaciones agroalimentarias de la adhesión a la Unión Europea de los PECO*. 1997. 206 p.
137. Morilla Critz, José; Gómez-Pantoja, Joaquín y Cressier, Patrice (eds). *Impactos exteriores sobre el mundo rural mediterráneo*. 1997. 660 p.
138. Recopilación Ponencias Seminario. *La comercialización y la distribución de productos perecederos agroalimentarios y pesqueros*. 1998. 274 p.

139. Gonzalo, Manuel y Sainz Vélez, José (directores). *El derecho público de la Agricultura: Estado actual y perspectivas*. 1998. 494 p.
140. Quintana, J.; Cazorla, A. y Merino, J. *Desarrollo rural en la Unión Europea: Modelos de participación social*. 1999. 258 p.
141. Andrés Pedreño Cánovas. *Del jornalero agrícola al obrero de las factorías vegetales: Estrategias familiares y nomadismo laboral en la ruralidad murciana*. 1999. 376 p.
142. Eduardo Ramos Real. *El desarrollo rural en la Agenda 2000*. 1999. 624 p.
143. Gonzalo, M. y Velarde Fuertes, J. *Reforma de la PAC y Agenda 2000: Nuevos tiempos, nueva agricultura*. 2000. 336 p.
144. García González, F. *Las estrategias de la diferencia. Familia y reproducción social en la Sierra (Alcaraz, s. XVIII)*. 400 p.
145. Recopilación Ponencias-Seminario. *Comercialización y distribución de productos pesqueros*. 2000. 344 p.
146. García Pascual, F. (Coordinador). *El mundo rural en la era de la globalización. Incertidumbres y potencialidades*. 2001. 544 p.
147. Ainz Ibarrondo, M.^a J. *El caserío vasco en el país de las industrias*. 2001. 368 p.
148. Sayady, S. y Calatrava, J. *Análisis funcional de los sistemas agrarios para un desarrollo rural sostenible: las funciones productivas, recreativas y estéticas de la agricultura en la Alpujarra alta*. 2001. 332 p.
149. Compés López, R.; García Álvarez-Coque, J. M.^a y Reig Martínez, E. *Agricultura, comercio y alimentación. (La Organización Mundial del Comercio y las negociaciones comerciales multilaterales)*. 2001. 408 p.
150. González Fernández, M.; *Sociología y Ruralidades (La construcción social del desarrollo rural en el Valle de Liébana)*. 2002. 512 p.
151. Segrelles Serrano, J. A. (Coordinador). *Agricultura y Espacio Rural en Latinoamérica y España. (Posibilidades y riesgos ante la mundialización de la economía)*. 2002. 408 p.
152. Piqueras Arenas, J. A. (Coordinador). *Bienes comunales. (Propiedad, poderes y apropiación)*. 2002. 260 p.
153. Lamo de Espinosa, Jaime (director). *Visión del futuro de la agricultura europea*. 2002. 256 p.

154. García Sanz, Benjamín. *Sociedad Rural y Desarrollo*. 2002. 452 p.
155. Delgado Serrano, M.^a del Mar. *La política rural europea en la encrucijada*. 2004. 352 p.
156. Marrón Gaite, M.^a J., García Fernández, G. (Coordinadores). *Agricultura, Medio ambiente y Sociedad*. 2004. 280 p.
157. Thierry Desrues. *Estado de Agricultura en Marruecos: Trayectoria de la política agraria y articulación de interés (1956-2000)*. 2004. 346 p.
158. Martín Cerdeñas, V. J. *Alimentación, Economía y Ocio*. 2004. 250 p.





Algunas de las manifestaciones más extremas de la despoblación rural en España pueden encontrarse en las comarcas de montaña, cuya historia económica y demográfica es analizada en este libro. En contra de la interpretación tradicional, basada en una concepción autárquica de la economía campesina, este libro subraya la importancia de las relaciones mercantiles mantenidas con el exterior. Estas economías rurales guardaban así numerosas similitudes con otras de la montaña europea, y por ello se vieron igualmente expuestas a una constante tensión entre los efectos de polarización y los efectos de difusión desatados en el marco de la industrialización y el desarrollo económico de la España contemporánea.

Las dos consecuencias más relevantes de dicha tensión fueron la descomposición de la economía campesina, paulatinamente sustituida por un organismo económico más diversificado, y la despoblación, que fue una respuesta de los habitantes de la montaña ante las insuficiencias de su vida rural y las crecientes oportunidades urbanas. De cara al diseño de las políticas rurales del presente, el análisis de estas transformaciones históricas enlaza la problemática de los pueblos de montaña con interrogantes sociales más amplios.

Fernando Collantes, profesor del Dpto. de Estructura e Historia Económica de la Universidad de Zaragoza y miembro del Centro de Estudios sobre la Despoblación y Desarrollo de Áreas Rurales (CEDDAR), utiliza un acertado y original enfoque multidisciplinar que combina la historia económica, el enfoque geográfico y las técnicas estadísticas, para desarrollar un análisis inédito a partir de fuentes primarias, de las pautas de despoblación y sus causas, del funcionamiento de las economías campesinas de montaña, de los niveles de vida en esas zonas y de su evolución paralela al proceso de diversificación económica que han conocido.

ISBN 84-491-0639-7



9 788449 106392



MINISTERIO
DE AGRICULTURA, PESCA
Y ALIMENTACIÓN

CENTRO DE PUBLICACIONES
Paseo de la Infanta Isabel, 1 - 28014 Madrid